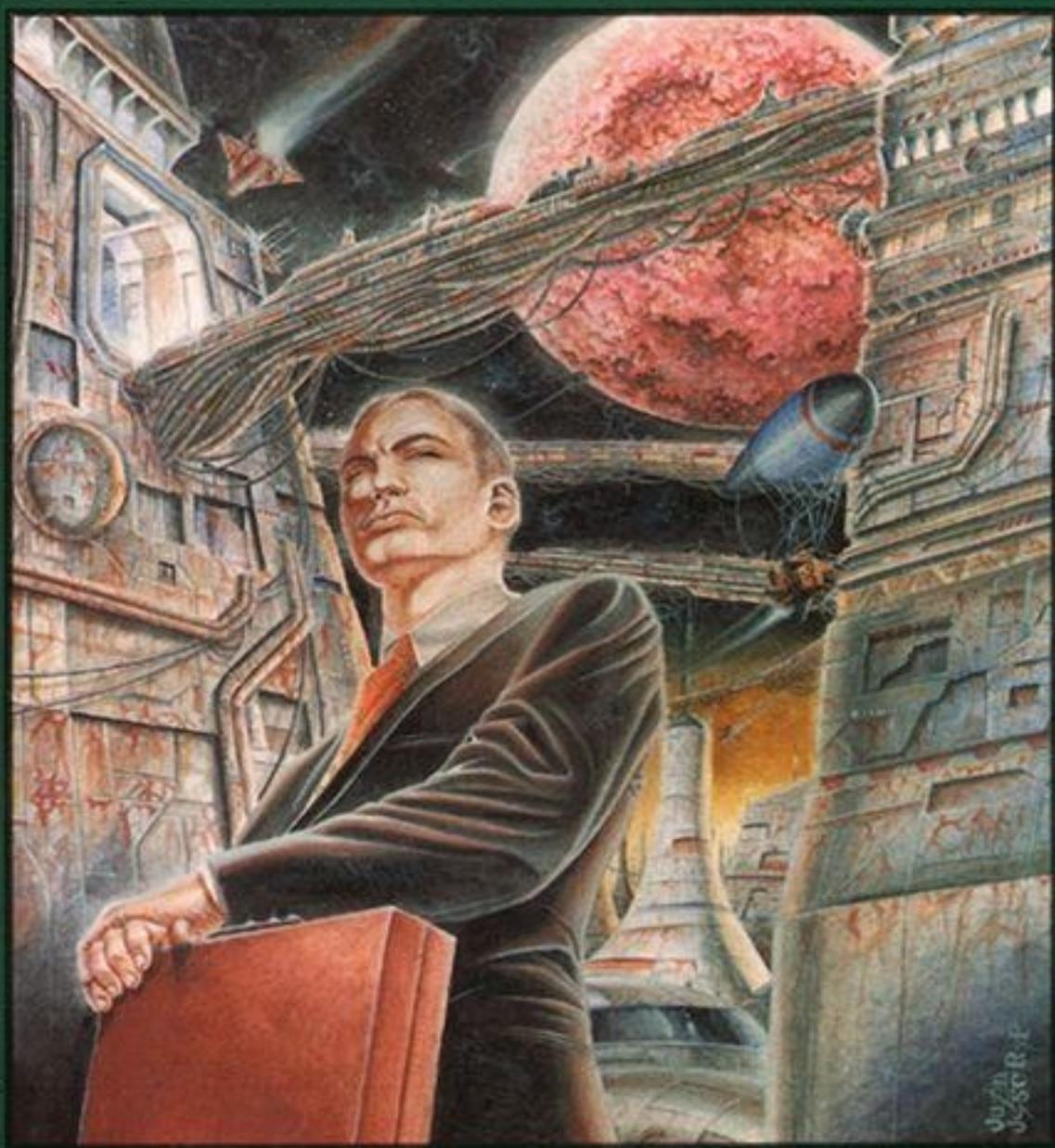


León Arsenal

BESOS DE ALACRÁN

y otros relatos



Lectulandia

Ésta es una antología que recoge parte de los relatos producidos por León Arsenal entre los años 1992 y 1999. A lo largo de estas páginas, el lector podrá disfrutar de exotismo, aventura, mala intención, planteamientos originales, amor *fou*, sensualidad turbia, fascinación por la muerte y nombre de sonoridades extrañas.

En estos doce cuentos, Arsenal nos demuestra por qué está considerado una de los mejores autores españoles en cuestión de literatura fantástica, ciencia-ficción y fantasía, y casi el mejor a la hora de crear o recrear los escenarios más originales y lejanos. Entre las virtudes de su producción están el exotismo, la aventura, la intriga, además de unos recursos técnicos a la hora de narrar, marcados por la sobriedad y la concisión, así como la utilización de un español rico que, a veces, al recuperar términos y expresiones de nuestro idioma, tiñe a éstos de exotismo.

Y, sobre todo, una de sus principales virtudes es la de contar buenas historias.

Quien quiera adentrarse en esta antología, podrá encontrar relatos que van desde la Galicia medieval a las profundidades del espacio, pasando por nuestro mundo actual. Viajar por las arenas rojizas de un Marte mítico que sabemos que nunca será. Buscar en vano a ese esquivo personaje conocido como «el agente exterior». Hacer frente a los espíritus en el bosque brumoso. O, con un poco de suerte, sentir en los labios el beso ardiente del alacrán...

Lectulandia

León Arsenal

Besos de alacrán y otros relatos

ePub r1.0

Trujano 28.02.14

Título original: *Besos de alacrán y otros relatos*
León Arsenal, 2000
Ilustración de portada: Juan José Rodríguez y Prieto

Editor digital: Trujano
Corrección de erratas: Mowgli, Crissmar, guau70
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A todos mis amigos de la TerMa (Tertulia de literatura fantástica de Madrid), que ha sido, incontestablemente, el motor más poderoso de la ciencia ficción y la fantasía, en España, durante esta década de los noventa que ya acaba. Ojalá que, si en el futuro deja de serlo, se deba a la aparición de algún otro generador aún más vigoroso, y no a la pérdida de fuelle por parte de la TerMa.

Presentación: *Besos de alacrán y otros relatos*

Esta recopilación recoge buena parte de los relatos salidos del procesador de textos de León Arsenal, desde 1992 hasta mediados de 1999. Hay dos buenos motivos para que estas doce narraciones se cobijen bajo el título genérico de *Besos de alacrán y otros relatos* y no bajo el igualmente apropiado de *Ojos de sombra y otros relatos*. El primero es que *Ojos de sombra*, siendo un bonito título, no resulta nada epatante. Bajo esa frase de tres palabras cabe lo mismo un relato cursi que uno de misterio; una ensoñación románticoide que una historia de terror. Sugiere demasiadas cosas si no se conoce al autor o se separa el título en demasía del relato al que da nombre. Decididamente *Besos de alacrán*, con su paradójica mezcla de sensualidad y animal fóbico, llama más la atención. La segunda razón es que, cristalizando en cualquiera de ambos y en grado casi absoluto, la mayoría de las virtudes que caracterizan como escritor a León Arsenal, pesa finalmente el que Arsenal haya cultivado más asiduamente el «*space opera*» de *Besos de alacrán*, que la «fantasía histórica» de *Ojos de sombra*.

En todo caso, cualquiera de ambos, está plagado de exotismo, aventura, «mala uva», planteamientos originales, «amor *fou*», sensualidad turbia, fascinación por la muerte y nombres propios de sonoridad extraña. Todo lo cual, bien puede figurar en el catálogo descriptivo de lo que habitualmente ofrecen los relatos de León Arsenal. Al completo, o en altas dosis de cualquiera de ellos, estos ingredientes se encuentran en casi la totalidad de las narraciones que componen esta recopilación. Con todo, puesto que el intervalo temporal en el que están escritas es dilatado y las motivaciones que originaron estos cuentos son tan diversas como el concurrir a un determinado premio literario, conseguir un ultracorto de impacto, o crear un ciclo de relatos con un universo referencial común, las diferencias que se aprecian entre ellos son grandes. Serían necesarias muchas más páginas de las que disponemos ahora, o una serie de introducciones particularizadas a lo «buen doctor Asimov», para poner en situación informada al lector sobre cada relato de este volumen. Como ocasión y apetencia faltan —los buenos cuentos han de defenderse solos, sin abogado que los encomie o justifique— sólo cabe señalar algunos datos que pueden hacerles más disfrutable la lectura.

Lo primero, más que un dato, es una precisión. Quien sea devoto partidario de que, en literatura, no se transgredan los límites de lo «políticamente correcto», tiene bien pocas posibilidades de convertir a León Arsenal en su lectura favorita. No es cuestión de si hay sexo o violencia en sus relatos —afortunadamente los hay—, se trata más bien de sentimientos turbios y moralmente ambiguos; de conflictos hombre-mujer en los que las mujeres no siempre son víctimas; de minorías culturales no enteramente respetables; e incluso de Eros y Thánatos jugueteen por entre los

párrafos. Y tengan por cierto que, algunos de sus héroes, están armados más con «malas pulgas» que con «bondad de corazón». Además fuman mucho...

En cuanto a las virtudes que hacen aconsejable su lectura, bien, algunas ya las enumeramos como características en los primeros párrafos de esta presentación: exotismo, aventura, intriga... Otras, más relacionadas con sus recursos técnicos como escritor, las mencionaremos ahora: sobriedad y concisión en el narrar, lógica en el desarrollo de la trama, la utilización de un español rico, que recupera términos y expresiones de nuestro idioma que, caídos en desuso, reaparecen teñidos de exotismo —«alimañero», «pistear», «al descuido»—, y, sobre todo, buenas historias.

Como tendrán ustedes ocasión de comprobar, los escenarios en que éstas transcurren, son muy variados. Desde la Galicia del siglo x donde ocurre *Ojos de sombra*, a los escenarios contemporáneos de *El Libro Negro* o el profundo vacío estelar de *El Centro Muerto*. Sin embargo cinco o seis de ellos, los más específicamente de «*space opera*», parecen compartir un a modo de escenario común y presentan incluso algunas relaciones directas. Les llamo la atención, por ejemplo, sobre Dagú Dagú, un funcionario de la Inteligencia pereporeana que aparece en *El agente exterior*, y reaparece unos cuantos mundos más allá en el relato *Oscuro candente*. En esta ocasión como cuasi director de seguridad en Cósig Venus. Por otra parte, el doctor Surban Argorades, en funciones de alimañero en la memorable cacería de las playas de Cósig Venus, recibe al protagonista de *Cromatóforo*, a su llegada al astropuerto de MundoRan. Y, si no me equivoco *En las Fraguas Marcianas*, se alude a un Venus que muy bien pudiera ser el de *Oscuro candente*. Todos estos relatos parecen tener una soterrada conexión, más firme y menos sutil, que la que les presta el compartir un cierto aire de familia, propio de una misma manera de concebir el «*space opera*» por parte de su autor. Se barrunta un no enunciado ciclo del que parecen formar parte algunos de los mejores relatos de León Arsenal. Un Universo referencial donde la Federación terrestre es un «peso pesado», pero no el único poder que cuenta; donde los planetas digieren mal un intervencionismo terrestre no ejercido por la fuerza, pero sí omnipresente; compuesto por una pluralidad de mundos donde conviven los humanos con otras razas y en el cual se ambientan relatos de muy diversa índole. Es un marco geográfico, sólo un grandioso marco, en el cual se pueden tocar mil temas. Eso sí, espero que siempre con esa manía de entretener y emocionar al lector de la que hasta la fecha León Arsenal hace gala.

Y aunque esto no suele hacerse... los relatos preferidos del autor de esta presentación siempre han sido *Besos de alacrán*, *El agente exterior*, *Ojos de sombra* y *El Libro Negro*. Hubiera sido más rápido afirmar que hay un relato de entre los doce que me gusta menos que los demás, pero es de los cortos y además, señalarle..., eso sí que sería de mala educación...

OJOS DE SOMBRA

Aquel primer encuentro tuvo lugar tras una de esas cruentas batallas que jalonaron buena parte del año 36, cuando el califa lanzó a sus mejores tropas a la conquista de Calatayud. En esa época, yo era soldado con Aboyaya, rey de Zaragoza y aún puedo recordar la forma en que, durante horas, estuve tendido entre los muertos. Y también recuerdo el cielo entrevelado por las nubes de polvo que flotaban en el aire inmóvil, el calor sofocante, los lentos aleteos de los buitres en las alturas, el zumbido de las moscas al apiñarse sobre mi vientre herido y mis labios reseco. Fue entonces cuando vi al hombre de negro merodeando entre los cadáveres y, cuando se me acercó, pensé que había llegado mi hora. Pero él se limitó a mirarme y menear la cabeza, y así supe que debía seguir viviendo. Luego se alejó y yo volví a quedarme solo, abandonado a la sed y a los insectos, hasta después de la caída del sol.

Años más tarde, cuando mis pasos me llevaron de vuelta a casa, el hombre de negro y yo habríamos de encontrarnos de nuevo. Fue en la costa y, de aquel día, recuerdo un cielo muy azul, recorrido por enormes nubes oscuras, como montañas hirvientes, que llegaban desde el mar, empujadas por un viento helado, para cubrir la tierra de sombras y anegarla con chubascos repentinos. El mar alborotado estaba lleno de espuma blanca, el oleaje retumbaba contra las rocas negruzcas y, casi a pie de playa, había un gran roble de cuyas ramas colgaban racimos de cadáveres harapientos.

Los cuerpos giraban lentamente, agitados por el viento, y la lluvia resbalaba por sus andrajos, chorreando desde los pies descalzos. El hombre de negro estaba parado junto al árbol, soportando el aguacero mientras observaba el balanceo de los ahorcados. Por un instante, se volvió hacia mí, entre las cortinas de agua, para clavar sus ojos oscuros en los míos y, por aquella mirada, supe que me esperaban sucesos portentosos. Luego apartó la vista para seguir contemplando los pausados vaivenes de los muertos, aguardando con paciencia a que las almas se desprendieran de los cuerpos.

El chubasco pasó y yo me alejé de aquel lugar de muerte. El aliento de la destrucción parecía soplar sobre la tierra y no era nada difícil toparse con cadáveres ahorcados por docenas en las encrucijadas, o acuchillados en las cunetas; no en aquellos días, cuando la guerra asolaba medio país. Porque, al igual que las grandes nubes de tormenta volaban negras sobre mi cabeza, así las calamidades sucedían a las calamidades. Primero la rebelión, luego los ejércitos de Córdoba, embistiendo sin tregua contra los pasos, después la gran incursión del propio Abderramán, que llegó hasta la costa. Ni siquiera la muerte de los infantes Bermudo, Eudo y Fortis, caudillos de la revuelta, había traído la paz, ya que los bosques hervían aún de rebeldes al gran rey y los tornadizos condes se hacían perdonar cualquier tibieza anterior aplicando

horca y cuchillo a mansalva. Y así, todo el norte de Galicia seguía en armas, se avivaban las contiendas y las poblaciones ardían como antorchas en la noche.

Camino adelante, divisé hombres de armas a caballo. Las grandes monturas chapoteaban ruidosamente en el barro de la senda y las lorigas, las cotas de malla, las lanzas, los dardos, centelleaban al menor roce de un sol que asomaba y escondía tras las nubes negras. El viento tremolaba los gallardetes mojados y, viéndoles, entendí que eran cazadores de hombres al servicio del gran rey de León. También, al instante, supe quién era aquel jinete alto y delgado que cabalgaba a la cabeza de la compañía, con sus ropas negras, un esbelto dardo en la diestra y una gran capucha sobre la cabeza, ocultando las mejillas consumidas por una vieja enfermedad: Froila del Capuchón, vasallo de Guttier Osoriz, conde de Lugo y uno de los pocos verdaderamente leales al rey Ramiro.

Él también me reconoció apenas verme, a pesar de la distancia, los años transcurridos y la capa con la que me cubría, y se destacó al trote para saludarme con voz profunda.

—¡Mouro...! —me miró con atención—. Así que el vagabundo ha vuelto por fin a casa.

—Así es. Ya era tiempo. —Suspiré y, recordando cuánto tiempo había pasado y cómo las hebras blancas iban ya salpicándome la barba, sentí una repentina tristeza.

Apartando la capa, la retorcí para escurrirla. Alrededor, el agua de lluvia goteaba rítmicamente desde las hojas de los árboles a los charcos y resbalaba formando regatos por entre la tierra oscura.

La partida se detuvo a nuestra altura, refrenando los caballos y observándonos con curiosidad. Pude reconocer a muchos de sus integrantes, ya que eran antiguos vecinos míos; aunque el tiempo no había pasado en vano para ellos, como no lo había hecho para mí.

—Supongo —dije— que fuisteis vosotros los que colgaron a todos esos infelices en el roble de ahí atrás.

—Cierto, cierto. —Froila esbozó una mueca desagradable y sus grandes dientes relucieron en la penumbra del capuchón—. Esta noche, las brujas de la vecindad podrán cortar cuantas manos de ahorcado quieran para sus hechizos. ¿Y tú?

—De acá para allá, ya me conoces. Ahora, voy a la feria.

—¿A la feria? —Hizo un amago de sorpresa, antes de apuntar con el dardo a la espalda—. No queda lejos, pero poco de interés hay allá... ¡Bah! Vamos, Mouro, sube conmigo a la grupa: vente con nosotros y, antes de que oscurezca, habremos colgado a unos cuantos rebeldes.

Pero yo negué con la cabeza.

—La verdad es que preferiría no matar paisano. Además, ya te lo he dicho: voy a la feria.

—¿Paisanos nuestros? ¿Éstos? ¡Bah! —Con un nuevo gesto, mezcla de los anteriores, aunó desprecio y sorpresa—. Me gustaría tenerte en mi compañía, pero tú sabrás... ya nos veremos. Con Dios. —Azuzó a su caballo y todo el grupo se alejó al trote por el sendero.

Me quedé observándoles hasta que desaparecieron tras las revueltas del camino. Justo entonces el sol se nubló al tiempo que el aire se teñía de repente de gris, y un nuevo chubasco llegó rugiendo desde el mar. Volví a envolverme en la capa, antes de reanudar mi camino.

* * *

Esa noche estuve sentado junto a una de las hogueras de la feria, entretenido en afilar mi espada: un arma de factura oriental, con la hoja pesada, ancha y curva, que es mi bien máspreciado y cuyo manejo aprendí de los esclavos del califa.

En un momento dado, un tratante de ganado se detuvo a mi lado, mirándome con curiosidad.

—De seguro —me comentó— que cuidas mejor a la espada que a la mujer.

Tardé algún tiempo en responder, ya que me costaba entender el habla de la costa, tanto por las diferencias de acento como por todos los años que yo había pasado fuera de la tierra.

—De seguro —acepté al cabo—, porque yo no tengo mujer.

Sonrió de buen humor y tendió las manos hacia el fuego. Y yo seguí sacando brillo a la hoja de mi espada, ligeramente sorprendido. Los feriantes habían valorado de soslayo mi estatura, tez morena y cejas juntas, así como los amuletos que llevaba al cuello, y procuraban esquivarme; pero eso es algo a lo que todos los que llevamos sangre de lobo en las venas estamos acostumbrados.

Me levanté, envainando el acero, y comencé a deambular sin rumbo fijo por entre los fuegos, deteniéndome de vez en cuando a escuchar cómo los charlatanes proclamaban sus pócimas y reliquias. La guerra no había mermado al mercado; antes al contrario, había hecho que se congregara una gran multitud en aquella llanada, porque la gente ha de ganarse el sustento y el número da seguridad. Por eso, la feria estaba abarrotada de mercaderes y buhoneros, y los recintos llenos de ganado, conducido hasta allí por grandes partidas de vaqueros armados.

Había un baile en un extremo de la explanada y la gente giraba entre las hogueras, al compás de una música estrepitosa y chirriante. Ocioso, fui merodeando por los límites de aquella improvisada pista, observando cómo los celebrantes bailaban por parejas, con el cuerpo apartado y un brazo tendido, sujetándose uno a otro por el codo. Había gran número de espectadores, mirando sin participar; Froila del Capuchón y sus hombres también estaban allí, agrupados en una esquina, bebiendo y

apartados del resto.

No me uní a ellos sino que, manteniéndome también al margen y apoyando un pie sobre una roca, me entretuve observando la danza, con los brazos cruzados sobre el pecho. Así pasé largo rato, observando las evoluciones. Luego, cuando miré más allá de los bailarines, vi que había una mujer entre las sombras rojizas y oscilantes del otro lado de la pista.

En realidad había muchas, claro, desde campesinas a busconas. Pero ésta iba cubierta con un manto de brocados y ocultaba el rostro detrás de un velo. Yo ya había visto a mujeres de tal clase en el sur, entre los moros, pero siempre a distancia e invariablemente custodiadas por eunucos armados hasta los dientes. No obstante, en esa ocasión, no alcancé a distinguir ningún guardián entre las sombras y, mientras la contemplaba deambular entre la gente, no pude por menos que preguntarme qué hacía una mujer así tan al norte, paseando sola entre aldeanos. Éstos, sin embargo, no parecían inmutarse ante su presencia, así que supuse que estaban acostumbrados a ella.

Mientras observaba intrigado, ella volvió la cabeza en mi dirección y su mirada reparó en la mía. Así las mantuvimos un parpadeo, antes de apartarlas. Pero fue tan sólo para volver a cruzarlas un momento después. Fue en ese instante cuando el viento avivó las llamas de las fogatas, rechazando la oscuridad, y, a pesar de la distancia, distinguí sus ojos oscuros y brillantes. Recuerdo muy bien que, allí plantado, al pie de las hogueras, mi corazón se desbocó sin saber yo muy bien por qué. Y también recuerdo cómo, según mis ojos se perdían en el interior de aquellos otros que entraban y salían de las sombras con el flamear de las llamas, casi pude oír resonar esas invisibles cadenas que, según algunos, unen a ciertos mortales desde antes de su nacimiento, aunque son ignoradas por éstos hasta el instante del fatal encuentro entre ambos. Y quiero pensar que ella sintió lo mismo, pues nos quedamos largo rato así, cada uno con la vista fija en la del otro.

Largo rato. O quizás todo ocurrió en un aleteo, con certeza no lo sé. Luego el viento se aquietó, menguaron las llamas, los bailarines se interpusieron y, cuando se apartaron, no pude verla ya. Crucé la pista, entre la gente que giraba; pero, al llegar al otro lado, ella no estaba. Sé que deambulé ofuscado por las inmediaciones, pero no fui yo quien la encontró a ella. En un momento dado la sentí, más que verla, a mis espaldas. Me di la vuelta y allí estaba, entre las sombras que temblaban, sujetándose con una mano la falda, para evitar que arrastrara por los charcos, y contemplándose con curiosidad por encima del borde de su velo.

—¿Quién eres?

—Andobel, el Mouro. —Cogido por sorpresa, hice una leve reverencia a la manera de los moros de Zaragoza.

Se adelantó un par de pasos, observándome con atención.

—Sólo soy un vagabundo —añadí avergonzado, plenamente consciente de mis raídas vestimentas.

—¿Y esa espada? —Hizo un ademán hacia mi cadera y supuse que había sido mi acero oriental el que había prendido su atención.

—Es Bo Gou Mayac, señora... fue forjada por magos del Cáucaso —repuse, contento de poder hablar sobre lo único valioso de cuanto poseía.

—¿Podría verla?

Con otra reverencia, desenvainé el arma para mostrársela.

—Es una bonita espada. —Con la punta de unos dedos cargados de anillos acarició la hoja, admirando los reflejos que le arrancaban las llamas.

—Es una buena espada —admití, aunque yo sólo la veía a ella.

—Dime. ¿Mataste a su anterior dueño para conseguirla? —Me miró con ojos brillantes.

—Así fue —mentí; pero todo cuanto dije después era verdad—. La obtuve en Córdoba, estando al servicio del Califa.

—Córdoba... —Su mirada volvió a relumbrar interesada—. ¿Es cierto que has estado en Córdoba?

Cada vez más confundido, asentí al tiempo que envainaba la espada.

—Tienes que contarme cosas sobre Córdoba... pero más tarde. Ahora quisiera que me llevaras a bailar.

—¿Bailar? —respingué, atónito ante la idea de una mujer de alcurnia codeándose en la pista con aldeanos... y del brazo de un plebeyo, me obligué a recordar.

—Bailar —repitió con calma. Clavó su vista en la mía y hubiera jurado que una sonrisa maliciosa flotaba bajo el velo.

—¿Bailar? —me rendí al cabo, sin poder defenderme de esos ojos castaños.

Pasando al interior del ruedo de hogueras, enlazamos el brazo derecho. La luz de las llamas, a veces, arrancaba reflejos verdes a su mirada oscura; verdes y de unos matices que sólo pueden encontrarse en los ojos de la gente del país. Intrigado, me pregunté qué podía significar aquello; pero pronto lo olvidé. Los músicos eran mediocres y yo, la verdad, nunca estuve muy dotado para el baile. Sin embargo, aquella noche mis pies volaban mientras girábamos y girábamos. Y, de igual manera, al llegar a ese punto, mi memoria sobre esa noche se va convirtiendo en un remolino. Lo último cierto es que la luz de las hogueras flameaba al embate del viento helado mientras nosotros dábamos vueltas en la pista, primero en un sentido, luego en el otro... y a partir de ahí ya no hay hechos y sí tan sólo una vorágine de sensaciones.

* * *

Amanecí caído en el bosque, entre los helechos, cubierto de rocío. Me incorporé

tiritando y mareado, sin saber qué podía haber sucedido. No es que mi memoria sobre esa noche esté del todo vacía: recuerdo. Pero esos recuerdos no están ligados a sucesos ciertos, sino que son sólo un resabio a luces, sonidos, tactos, olores, sensaciones, sentimientos. Y resulta de lo más turbador revivir las cadencias de una voz sin poderlas asociar a lo hablado, o el tacto de una piel sin recordar haberla acariciado, o el ímpetu de una emoción sin saber qué es lo que la ha desatado... es desconcertante, pero así fue.

Estuve largo tiempo sentado en el bosque, rememorando aquellos sentimientos que la noche anterior me habían embargado, caldeando mi sangre y abrasándome el corazón. No sabía a ciencia cierta que había pasado y, sin embargo recordaba, recordaba... ¿cómo explicar que tan sólo recordaba lo sentido?

Por último me atusé la barba con los dedos y me encaminé hacia la feria. Deambulé aturdido entre los tenderetes, sin reparar en la gente que regateaba y cerraba tratos, hasta descubrir a un hombre sentado ocioso sobre una valla de piedra; un vaquero al que recordaba haber visto la noche antes en el baile. Le interpele sin más.

—Dime. ¿No sabrías, acaso, quién era la mujer, vestida al estilo de los caldeos, con la que estuve bailando anoche?

Era un patán grande y colorado que no parecía tener muchas luces. Rumió largo rato mi pregunta.

—¿Qué mujer? —farfulló por fin.

Nos miramos unos momentos, mutuamente desconcertados.

—No importa —suspiré luego.

Después me acerqué a un buhonero rechoncho y malencarado, al que también recordaba de la noche anterior, y le repetí la pregunta. Pero éste se limitó a mirarme de reojo, murmurar entre dientes algo que no entendí y darme la espalda sin mediar más palabras.

Entre dos latidos, pasé del asombro a la ira ciega —algo que aflige como una maldición a los de mi sangre— y, de un empujón, le envié dando tumbos por los charcos. Se levantó de un brinco, cubierto de barro, y se agazapó para pelear. En la diestra sostenía un largo cuchillo y la zurda estaba medio tendida, con el puño cerrado y el pulgar sobresaliendo entre el índice y el dedo medio, en el gesto de la figa.

Empuñando mi pesada espada, la pasé varias veces de mano y la volteé haciendo silbar el aire, al estilo de los fanfarrones de levante, para que comprendiera que no llevaba aquella hoja por azar y supiese que iba a morir.

—Dime, hombre —le sonreí furioso—: ¿Va a espantar tu figa al filo de mi espada?

Reculó unos pasos, gruñendo algo ininteligible, y, cuando yo ya avanzaba

dispuesto a partirle por la mitad, se interpuso Froila. El cazador de hombres llegó de repente, con sus atavíos negros agitándose al viento y el cinto repleto de armas, abriéndose paso entre los mirones que se arremolinaban alrededor nuestro.

—Deponed las armas. Ambos. Ya —exigió con sequedad.

Titubeé; pero al fin, a regañadientes, bajé mi espada. Froila del Capuchón no es hombre con quien puedan gastarse bromas. El buhonero guardó su cuchillo en el cinto y se alejó mirándome de soslayo de una forma que no me gustó nada.

—Bien, Andobel —gruñó el oscuro hombretón—, ya veo que los años no te han curado el mal genio. ¿A qué esta pendencia?

—Ese rufián... le pregunté por una mujer —refunfuñé a mi vez, envainando el acero.

—Una mujer, ¿eh? Eso siempre es mal asunto. Apártate de las que tienen hombre.

—No, no —protesté—. Sólo quería saber sobre una a la que conocí anoche. Y ese pelagatos me insultó.

La cabeza encapuchada se agitó distraídamente.

—Pero tú debiste verla —proseguí—, ya que estabas anoche en el baile. Era una mora, o al menos, iba vestida como tal.

—Una caldea, ¿eh? —Ahora interesado, Froila se volvió hacia mí y pude distinguir sus ojos azules fulgurando en la negrura de la capucha.

De repente me agarró por la mano izquierda, con tanta fuerza como si empleara unas tenazas, y me subió la manga de un tirón. Luego me soltó retrocediendo.

—¿Una mujer, eh? —rugió señalando a mi antebrazo.

Atónito, contemplé una herida reciente en mi muñeca. El fiero apretón del cazador de hombres la había abierto y la sangre trazaba lentos regueros por la palma de mi mano, goteando desde los dedos entreabiertos.

—Eso no era una mujer. —Hizo un nuevo ademán hacia mi antebrazo herido—. Anoche fuiste la presa de un demonio; ¡un súcubo bebedor de sangre!

—Un demonio... no es posible —musité.

—¿No es posible? ¡Mira tu brazo!... y eso que dicen que la gente de tu clase espanta a las brujas y el ajo.

—Tan sólo si así lo deseamos, Froila, tan sólo si así lo deseamos —rezongué, sin poder despegar los ojos de mi muñeca lacerada.

—Esto viene ocurriendo desde hace años por estos pagos. Un día cualquiera, un hombre comienza a hablar sobre una mujer cubierta con un velo, una mora a la que sólo él ha visto, y, a partir de ese instante, va languideciendo y se consume, hasta que llega el día en que le encuentran muerto. Muerto. ¡Más seco que un pellejo roto! Con todos es igual, Mouro.

—Conmigo no —dije, recordando aquel carrusel nocturno de sentimientos. Yo...

Pero no añadí nada, porque nada podía explicar. Sin embargo, de alguna forma,

fue bastante como para que Froila entendiera, porque a veces era un hombre de lo más perspicaz.

—Ay; no, Mouro. Eres víctima de un maleficio; eres la presa de un demonio y no hay ahí nada real. Debieras cambiar esos amuletos de pagano por una cruz bendita.

—No hay talismán que pueda protegernos de nosotros mismos, Froila —sonreí, recuperando algo de mi temple—. Además, en lo que toca a mujeres, te diré que las hubo que fue como si me arrancaran el corazón de cuajo. Después de eso, un poco de sangre no me parece que sea un precio tan alto, ni el demonio me resulta tan terrible.

—Hechizado, estás hechizado —murmuró sacudiendo la cabeza—. Si no quieres defenderte del embrujo, vas a acabar tan muerto como todos los demás.

Y se alejó de mí con grandes zancadas, aún hablando para sí mismo, haciendo cuernos, cruces y figas para espantar los maleficios.

Oprimiéndome la muñeca para restañar la sangre, me volví a contemplar el bosque. Ofrecía una estampa solitaria y temible: una profusión enmarañada de árboles que se mecían y susurraban bajo el embate del aire marino. Observé pensativamente cómo las hojas muertas daban tumbos entre los troncos y las rocas, a capricho de las ráfagas de viento. Nunca he temido a las profundidades de la fraga: por derecho de sangre, yo pertenezco al bosque. Y, por los dones de mi sangre, supe —mientras escudriñaba aquel laberinto de verdes y pardos, agitado por la brisa— que ella estaba allí, en alguna parte de la espesura, esperando la caída de la noche.

* * *

Al ocaso, fui a sentarme junto a una fogata, al pie del bosque, y, mientras aguardaba, me entretuve en lustrar mi espada, al tiempo que contemplaba el baile de las llamas. Y la noche fue así pasando, viendo cómo una gran luna asomaba entre las ondulantes copas de los árboles y sin impaciencia, porque yo tenía la certeza de que, al sonar la hora, ella volvería.

Repasaba con parsimonia ambas caras del acero, una y otra vez, hasta lograr que sus aguas casi cegaran. Eso es algo que siempre ha tenido la virtud de sosegarme; acariciar la superficie pulida de la hoja y recorrer, con la yema de los dedos, esos extraños símbolos cincelados por los magos herreros del Cáucaso en sus fraguas subterráneas.

Tuve que esperar hasta la madrugada, cuando ya todos dormían y el brillo de las hogueras había menguado al resplandor de los rescoldos. Pero al fin, en su momento, mientras jugueteaba distraídamente con la espada, alcé la vista y pude verla entre los árboles, justo en el límite de la luz de mi fogata. Durante unos instantes, observé aquella figura inmóvil entre las sombras; luego, con un suspiro, aparté la capa y me puse en pie empuñando la espada: Bo Gou Mayac, que, según el búlgaro que me la

vendiera, fue templada para medirse tanto con *djinni* como con mortales.

Con la mano izquierda, palpé mi collar de amuletos, fortaleciéndome para pelear. Sin embargo, aunque no temo a los demonios, mi ánimo flaqueaba. ¿No tuve, la noche anterior, la certeza de haber recobrado al fin mi mitad perdida? ¿No sentí como si los muros del corazón cedieran al roce de aquellos ojos? Pero, por otra parte, ¿qué fue de cuantos se vieron arrastrados al bosque por aquella mirada oscura? ¿Acaso era todo cuanto había sentido un espejismo, fruto del maleficio que obraba para mi destrucción?

Di un paso. Ella me aguardaba al pie de las sombras, inmóvil, envuelta en su manto agitado por el viento, y viéndola allí, en la oscuridad, supe que era en verdad un espíritu del bosque, un demonio nocturno del que no podía esperar sino muerte. Pero, al tiempo, sin embargo...

Volví a rozar los amuletos, pero eso no me trajo seguridad y me detuve a pocos pasos, medio agazapado. Los conjuros flotaban a nuestro alrededor, tantos que casi era posible tocarlos: maleficios y, no obstante, algo más. Entonces, ella salió de las sombras de los árboles, sujetándose el velo sobre el rostro con una mano, y allí, sin poder yo evitarlo, de nuevo encontramos nuestros ojos.

Observando dentro de esa mirada, aquella vez pude distinguir claramente esa avidéz de sangre que domina a los espectros. Pero también, al tiempo, pude sentir algo más dentro de aquellos ojos brillantes. Algo más que contuvo a mi espada. Algo más que era mucho más; tanto que no cabría en un centenar de libros, suponiendo que los sentimientos pudieran plasmarse por escrito. Y, ya fuera por obra del maleficio, de mi sangre, o porque realmente nos forjaron el uno para el otro, lo cierto es que, al resplandor de las llamas, volví a perderme en esos ojos llenos de sombras.

Luego, pude ver como la sed de sangre ardía en su mirada, creciendo e imponiéndose sobre todo lo demás. Aún así, depuse mi espada curva mientras nos acercábamos el uno al otro; porque, como le dijera al cazador de hombres, no hay magia que pueda protegernos de nosotros mismos. Y, casi en las fronteras de mi memoria, recuerdo que los resplandores de las llamas volvieron a arrancar destellos verdes a sus ojos castaños, tal y como sucediera la noche anterior.

—¿Pero quién eres tú? —alcancé a musitar desconcertado.

* * *

Sé bien que, al recobrar la razón, aún era noche cerrada y no había nadie a mi lado; también sé que la espada descansaba en su vaina. Aturdido, me tambaleé hasta la fogata moribunda y, avivando los rescoldos con un puñado de ramas, me senté envuelto en la capa. Contemplando los fugaces dibujos de las llamas, no pude encontrar nada en mi memoria, excepto una vorágine de sensaciones y sentimientos.

Me sentía enfermo, afiebrado por la picadura de aquellos extraños ojos oscuros, llenos de sombras verdes, y la aflicción y el arrebató ardían juntos por mis venas. Porque recordaba, recordaba emociones que eran como metales candentes.

Allí sentado, al calor de las llamas, en las horas que preceden al alba, ya no pensé en nada: dejé hacer al corazón, tal como aconsejan los sabios, y al fin supe como obrar. Pasé el resto de la noche lustrando la hoja curva de mi espada mientras rogaba, en vano, al espíritu de mis antepasados para que acudiera a mí.

Con la primer claridad, me encaminé al campo de Froila. El tiempo había cambiado y espesos bancos de niebla llegaban desde el mar para cegar la tierra y cubrirla de humedad. El cazador de hombres ya estaba en pie, calentándose las manos junto a una hoguera, e inclinó ominosamente la cabeza encapuchada al reparar en mi aspecto macilento. Con un ademán, me señaló el fuego y ambos tomamos asiento junto a la fogata.

—Ella está en alguna parte del bosque —le dije—. Me está esperando y voy a buscarla.

—Has vuelto en ti —respondió con su voz profunda—. Has decidido librarte de ese súcubo... me alegro.

—Ojalá pudiera quedarme para siempre a su lado —sonreí cansado—. Pero no puede ser.

Me miró y supe que entendía.

—Andobel —dijo gravemente—, todo es falso. Es sólo un maleficio, ilusión.

—Quizás —contesté—. Ya no sé que es mentira y que es verdad. Pero, en lo que toca a mis sentimientos, te juro que todo es muy real.

Agitó la cabeza, guardando silencio durante unos instantes.

—Hay rebeldes... la fraga es peligrosa, más en un día como éste. —Con un gesto amplio, abarcó la niebla que nos rodeaba.

—El bosque siempre es peligroso —me encogí de hombros—, y ella no puede esperar. ¿Vendrás conmigo?

Asintió.

—Si fracasamos, tus hombres avisarán a mis parientes: ellos sabrán que hacer.

—Vamos entonces —asintió de nuevo, incorporándose.

Al poco abandonamos la explanada de la feria para internarnos en la espesura. Yo abría la marcha, correteando entre los retazos de niebla que reptaban entre los árboles, intentando ventear los rastros de la magia. Podía notar esos flecos del maleficio, enroscados alrededor de los troncos, pegados a las rocas.

El espíritu ancestral, que me abandonara tiempo atrás, no había vuelto a mí a pesar de todos los ruegos; así que iba de acá para allá, dando vueltas y revueltas, deshaciendo lo andado; sintiendo la presencia del ensalmo, pero sin poder encontrar su fuente. Froila Núñez me seguía unos pasos más atrás, a caballo, con un dardo en la

mano, soportando pacientemente mis titubeos.

—¡Atento, Mouro!

Como conjurados por la voz profunda del cazador de hombres, un número indeterminado de siluetas apareció a nuestra derecha: figuras vagamente perfiladas en la niebla, sombras que llevaban capuchas sobre la cabeza y hachas entre las manos.

Empuñé la espada y me agazapé, acechando sus movimientos. Tras el primer sobresalto, sentí que en mi interior comenzaba a arder la vieja furia. Si eran de mi sangre, ¿por qué me cerraban el paso? Si no lo eran, ¿cómo se atrevían a plantarme cara en el bosque? Blandí la espada y el sol que se filtraba con dificultad entre los jirones de niebla arrancó débiles resplandores de la hoja curva y ancha. La ira hizo hervir mi sangre y atronar el corazón contra mis costillas, y así, repentinamente, el espíritu del primer antepasado volvió a mí.

De nuevo blandí la espada, pero esta vez para dejar escapar un aullido bronco que me brotó de algún lugar más profundo que el pecho. Recuerdo cómo el rugido atronó a través de la fraga, haciendo encabritar a la montura de Froila y desbandar a los rebeldes, que se dieron la vuelta y desaparecieron en la niebla tan bruscamente como habían llegado.

No sé cómo me contuve de ir en pos de ellos y hacerlos pedazos. A mis espaldas, Froila sofrenaba con mano de hierro a su montura, que corcoveaba llena de espanto ante la presencia que me embargaba. Con un gesto de la espada, le indiqué que me siguiera y me lancé con pie firme por el bosque.

Volvía a ser quien fuera en otros tiempos: Andobel el poseso, Andobel el pariente de lobos, al que cedían el paso los monjes de Lugo, atemorizados y haciéndose cruces. Mi primer antepasado había vuelto a mí y podía ver con claridad las trazas de la magia que corrían por la fraga, serpenteando entre troncos y piedras grises, cubiertas de líquenes, remontando las cuestas. Me abalancé por la espesura sin poder contenerme, blandiendo la espada y aullando a cada rato con una voz que apenas era la mía mientras, a mis espaldas, el cazador de hombres azuzaba a su caballo y entonaba el ujujú para espantar a posibles enemigos.

Cuánto duró aquella loca carrera, no sabría decirlo. Tan sólo puedo decir que el espíritu ancestral me abandonó, de golpe, en lo alto de una ladera arbolada, dejándome exhausto y bañado en sudor. Entonces me dedique a husmear por los alrededores, examinándolo todo, y no me llevó mucho tiempo el encontrar lo que andaba buscando. Allí, entre los robles, casi cubiertos por la hojarasca, descubrí un puñado de huesos pelados y enmohecidos, huesos pequeños y delicados, huesos de mujer.

Froila llegó, subiendo a pie la cuesta, para reunirse conmigo. Le señalé, sin palabras, los restos.

—Asesinato —musitó santiguándose. Él, que tiene tanta sangre en las manos y

vive sólo para matar.

—Hemos de quemar esos huesos, Lubb —añadió luego de una pausa, y no pude por menos que notar que había usado el sobrenombre que a veces me dan entre los caldeos.

Asentí y le hice gesto de que no se acercara. Desplegué mi capa y comencé a recoger los despojos. El cazador de hombres fue a sentarse en un tronco muerto, a mirar cómo iba sacando las piezas, una por una, limpiándolas de tierra y colocándolas sobre la prenda. De entre las hojas y la turba negra, extraje un cráneo. Froila se adelantó en su asiento y yo di vueltas a la calavera entre mis manos: la parte de la nuca estaba rota, hundida por un golpe violento, y el cazador de hombres volvió a santiguarse.

Con cuidado, la limpié y saqué toda la tierra de las órbitas, y recuerdo haber estado mirando largo rato en el interior de aquellas cuencas vacías, antes de dejarla junto a los demás restos. Un poco más tarde, mientras removía la hojarasca en busca de los huesos pequeños que pudieran haberseme escapado, encontré un jirón podrido. Lo alcé con suavidad ante mis ojos y, viéndolo, al fin lo comprendí todo.

Porque entre mis manos tenía un trozo de tela parda, del color y la textura de los tejidos con que se hacen los sayales de las aldeanas. Recogiendo de nuevo aquel cráneo quebrado, recordé los reflejos verdes que asomaban a aquellos ojos oscuros y supe, de alguna forma supe, que esos despojos eran los de una simple campesina del lugar. Por un breve instante, en mi interior se conjuró la sombra de alguien que había arrastrado la dura existencia de los pecheros; alguien que escuchaba con avidez las brillantes historias de los trovadores ambulantes y los vagabundos, acerca de la vida de los grandes de Córdoba y Toledo. Alguien que soñaba con lujos, abundancia, palacios, vestidos, sirvientes, alardes, fiestas.

Alguien que fantaseaba con ser princesa en vez de aldeana y que acabó muriendo en el bosque, sin que se tomaran siquiera la molestia de enterrarla. Suspiré. Lo ilusorio suele superar a lo real: lo bello resulta más hermoso y lo malo más terrible. Y, sin embargo, a mí tanto me daba quién fuera. Tan sólo sé que nacimos el uno para el otro y que estábamos condenados a encontrarnos, y que todo pudiera, debiera, haber sido muy distinto. Eso era cuanto importaba.

Acariciando aquella calavera de mujer, intenté imaginarme cómo había sido realmente, pero mis dones estaban empañados por la pena y, a pesar de mis esfuerzos, no pude ver nada. Cerca, sentado sobre el tronco muerto, Froila callaba y jamás llegué a saber cuánto comprendió de todo aquello.

Encendimos una gran pira en un claro cercano, acarreando brazada tras brazada de leña. Al principio, la madera mojada prendía con dificultad, levantando grandes humaredas sin llama, y tardamos en conseguir un gran fuego. Entonces, recogí el hatillo formado con mi capa y lo lancé al centro de la hoguera. Nos quedamos

contemplando durante largo rato las grandes llamas, que brincaban y rugían; luego, sin mediar palabra, el cazador de hombres me dejó.

Mientras se alejaba por el bosque, entre las volutas de niebla, el hombre de negro apareció junto a la pira. Fijé mis ojos en él, notando que la espesa barba negra desentonaba con la frente y mejillas surcadas de arrugas, dándole el aspecto de un hombre que hubiera envejecido prematuramente. Pero él no me devolvió la mirada; se quedó allí, con la vista clavada en el fuego y yo también puse mi atención en las llamas.

La capa se había consumido y los huesos estaban desparramados entre los leños ardientes. Mis ojos se toparon con las cuencas vacías de aquel cráneo hendido y sentí cómo los recuerdos y la pena me embargaban.

—Ahora, ya no nos veremos más —le musité, sin poder evitarlo—. Y no estaba escrito que fuera así; no lo estaba. Adiós —suspiré—. Adiós.

Y sé que hice bien porque, al poco tiempo, el hombre de negro se marchó y así supe que, al fin, el fuego había aventado el espíritu de los huesos.

* * *

Ahora estoy sentado ante la hoguera, viendo cómo las llamas devoran los huesos y los reducen a cenizas. Éstos ya nada significan para mí, porque ella se ha marchado; pero, sin embargo, siento como si en esa pira se consumiera también mi corazón.

Cuando arda por completo, iré a tomar venganza y, sean quienes sean, pagarán por haberme robado mi destino; porque fuimos marcados el uno para el otro, pero ella se ha ido y yo me he quedado solo.

Después... no sé. La verdad es que ya en ningún lugar hay sitio para mí. Tal es la maldición del vagabundo: quien abandona durante suficiente tiempo su casa no tiene luego a dónde volver. Mis parientes pueden sentarse en la aldea, a comentar durante semanas las anécdotas de las ferias de Lugo. Pero yo he estado en Zaragoza, en Toledo, en Córdoba; he hablado con gente nacida muy lejos, hacia levante, y por eso ahora sueño con Alejandría, con Constantinopla, con Damasco y con las montañas del Cáucaso. Sí, dejaré que mis pasos me lleven a oriente. Porque, mirando la hoguera, comprendo que una parte de mí está ardiendo, asciende con el humo y el viento la dispersa. Por eso, cuando el fuego se consuma por completo, sólo tendré recuerdos, la memoria de unos sentimientos que ya no volverán; mi corazón quedará yermo y, en adelante, la vida no será sino una larga estancia en espera de la vejez y la muerte.

EL LIBRO NEGRO

Ahora que pienso en ello, no sé por qué, pero imaginaba de otra forma al dueño del Libro Negro. Desde luego, no esperaba encontrarme con un hombre fuerte y entrado en años, con algo que me recordaba a los tenderos de antes: uno de aquellos personajes de mandiles a rayas que conocían el nombre de sus clientes y que atendían el mostrador con un lápiz detrás de la oreja. Y, sin embargo, un hombre así fue quien respondió a mis llamadas.

—El Libro Negro —dije simplemente.

—¿El Libro Negro? —Me miró con expresión perpleja.

—El Libro Negro —asentí, sin dejarme confundir por su falsa ignorancia—, usted lo tiene.

Dudó un par de segundos, estudiándome pensativo. Luego, con un gesto, me franqueó el umbral de su casa. Aquel hombre vivía con modestia, en un piso interior de paredes empapeladas. Le seguí hasta un salón minúsculo y sombrío, abarrotado de viejos muebles oscuros y macetas con plantas de interior. Me señaló una silla, antes de cerrar los visillos de la ventana. Con el índice, se ajustó las gafas de gruesos cristales.

—Poca gente ha oído hablar del Libro Negro.

Acepté ese hecho con un vaivén de la cabeza.

—La primera vez que supe del Libro Negro, fue hace casi veinte años. —Entonces, recordé mis buenos modales—. Disculpe que me presente de esta forma en su casa. Desde que tuve la certeza de que el libro existía, he dedicado mucho tiempo a descubrir su paradero, y no ha sido nada fácil. Por supuesto, usted no sabe nada sobre mí y...

Me interrumpió con un gesto, dando por buenas mis explicaciones.

—No soy bebedor, pero puedo ofrecerle un café.

—Gracias —decliné—, pero no se moleste por mí.

—Bien, un minuto. —Y se marchó por el pasillo.

Cuando volvió, sentí que el corazón me daba un vuelco. Entre las manos traía un tomo grueso y grande, parecido a esos volúmenes que vemos expuestos tras las vitrinas de los museos y que solemos asociar con la antigüedad.

—El Libro Negro —dijo con cierta solemnidad, y lo depositó sobre la mesa.

Estudié atentamente el tomo. Le señalé las tapas de madera.

—Había oído, ejem —carraspeé—, me habían dicho que estaba encuadernado en piel humana.

—Piel humana, ¿eh? —Volvió a ajustarse las gafas con gesto divertido—. A la gente le gusta exagerar. La actual encuadernación data del siglo xv y está realizada con planchas de madera, como puede usted comprobar. Los folios son de muchas

épocas; pero, hasta donde yo sé, todos son pergaminos vulgares.

Se sentó frente a mí, colocando el libro entre ambos.

—Bien —dijo—, antes de nada y para evitarnos equívocos, ¿sabe usted qué es exactamente el Libro Negro?

—Por lo poco que conozco, el Libro Negro es una especie de libro de honor, una especie de cuaderno de autógrafos, muy antiguo y dedicado a una clase de gente en particular.

—Correcto —lo abrió—, el primer folio está rubricado por Marco Cómodo Antonino, un emperador romano...

—Sucesor de Marco Aurelio —le atajé— y famoso por su crueldad.

—Así es. —Pasó el folio—. Inmediatamente después, tenemos varias anotaciones de la misma época, de personajes mucho menos conocidos, pero igual de feroces que Cómodo. Así fue como se creó el Libro Negro: alguien recopiló, por alguna razón, esos primeros documentos y sus sucesores fueron ampliando la colección. Yo se los iré mostrando: algunos pergaminos tienen muchos siglos y hay sellos de cera que se deterioran con mucha facilidad.

Comenzó a pasar lentamente las hojas. Folios y folios repletos de sellos, rúbricas y dedicatorias.

—Unos son personajes históricos, otros fueron famosos en su tiempo y algunos pasaron desapercibidos incluso en su época. Pero todos eran personajes sedientos de sangre, de una u otra forma.

—Hay algo que me intriga: parece difícil creer que tanta gente aceptara estampar su firma en un libro que es como un recuento de asesinos.

Aquel hombre volvió a sonreír divertido.

—Usted subestima la vanidad de la gente. Considere que estas páginas están rubricadas, de puño y letra, por emperadores, reyes, estadistas, figuras históricas y algunos ilustres desconocidos. La posibilidad de firmar el Libro Negro se le ofrece a muy pocas personas; es como un club muy exclusivo y, por tanto, su ingreso en él es un honor muy codiciado.

—Curioso.

Creo que pasamos horas ojeando el Libro Negro; su propio dueño, que debía conocerlo de memoria, acabó girando su silla para poder leerlo a la par que yo. Había inscripciones de todos los siglos y lugares, en una docena de alfabetos.

—Observará —me comentó— que las anotaciones del final, las de este siglo, son mucho más abundantes.

—Ha sido un siglo sangriento —admití.

—Tonterías, le aseguro que, en este siglo, no hay nada que no haya sido hecho ya con anterioridad. No, la mayor proporción se debe a la mejora de las comunicaciones. —Volvió hacia atrás, para mostrarme un poema escrito en un alfabeto oriental—.

Esta anotación es del siglo XVII, conseguirla significó un viaje de casi dos años. Con las comunicaciones actuales, eso ha cambiado.

—Y dígame —le pregunté—, en todo este tiempo, ¿el libro ha estado en posesión de su familia?

—No, claro —sonrió ante mi candidez—, dieciocho siglos pesan mucho. El Libro Negro pasa normalmente de padre a hijo, pero en todo este tiempo ha habido muchos cambios, la mayoría de las veces por extinción de líneas familiares... aunque se han dado casos más violentos.

—Bien —levanté mi maletín y lo dejé sobre la mesa.

Aquel hombre volvió a ajustarse las gafas, esta vez con gesto de asombro.

—Ni por todo el oro del mundo —balbuceó—, me desprendería del Libro Negro.

—No pensaba ofrecerle dinero. —Abrí el maletín y le mostré su contenido—. Orejas de mujer momificadas, todas del lado derecho; un centenar exacto, ni una de más, ni una de menos —puse sobre la mesa la libreta y el sobre—, fotografías, fechas, lugares, datos diversos...

Pero él me interrumpió, alzando la mano con gesto pensativo.

—No siga, no siga. —Sonrió, ajustándose las gafas—. Ya comprendo. Usted ha venido a firmar.

EL MISTERIO DE LOS ORÍGENES

Al poco de acabar la carrera, Antonio Huertas hizo algunas suplencias de médico en las UVI móviles del 061. Fue entonces cuando sucedió aquel incidente del mendigo; cuando una noche, ya de madrugada, recibieron aviso sobre un hombre que se había quemado en plena calle. Qué calle en concreto, eso es algo que podemos ahorrarnos decir, ya que cosas así pueden ocurrir en cualquier parte.

En apenas un par de minutos se plantaron allí, con todas las luces destellando. Se trataba de una calle ancha y, a la altura de un pequeño parque, sobre un banco de granito, encontraron a la víctima. Aún ardía.

Fue en una de esas noches de verano, cálidas y asfixiantes, y la calle estaba desierta. Algún vecino debía haber llamado, pero nadie se había atrevido a bajar. El hombre estaba caído sobre el banco, envuelto en llamas; no se movía y el aire nocturno apestaba a gasolina y carne quemada. Entre todo el equipo apagaron el fuego como pudieron, antes de tratar de auxiliar a la víctima. Aunque estaba claro que no había nada que hacer.

El pobre hombre había ardido como una tea y la carne se les desliada casi entre los dedos. Aún así, estaban todavía tratando de reanimarle cuando llegó el primer coche de policía y luego, en un abrir y cerrar de ojos, varios más, todos con las luces azules centelleando. Ellos abandonaron sus esfuerzos al cabo. Quien quiera que fuese, no debía haberse defendido en absoluto y quizás ni siquiera se había dado cuenta de lo que pasaba, hundido en una de esas borracheras de vino barato que tienen más que ver con el coma que con el sueño.

Porque encontraron un par de cartones de vino muy cerca del cuerpo. Se trataba de un indigente y, muy cerca, tenía un chasis de carrito de la compra, de los que algunos de ese tipo de gente suelen usar para cargar sus pocas pertenencias. Huertas y sus compañeros se apartaron, porque el cadáver no era ya asunto suyo, sino de la policía y el forense. El olor dulzón de la carne quemada saturaba la noche y parecía pegarse al paladar. Los destellos de las luces alumbraban la oscuridad a fogonazos azules y anaranjados, y las moscas zumbaban ya alrededor del cuerpo, atraídas por el hedor de la muerte. Los vecinos se asomaban ahora en gran número a las ventanas y no pocos curiosos acudían de todas partes, algunos en pijama y bata, a comentar entre ellos y ponerse de puntillas para buscar algún detalle.

Jamás se pudo saber la identidad del muerto; no era más que uno de esos mendigos sin papeles ni dirección que vagan como espectros por las grandes ciudades, viviendo y muriendo al borde oscuro de las urbes. Tampoco se supo nunca nada sobre sus asesinos. Le habían regado con gasolina, prendido fuego y desaparecido en la noche sin que nadie viera nada. O, si alguien vio algo, nunca lo contó. No era la primera vez, ni mucho menos, en que quemaban vivo a un indigente,

y no fue tampoco la última.

Al poco de todo eso, Antonio Huertas abandonó aquel empleo. Tal decisión no tuvo nada que ver con el suceso —de hecho, lo olvidó al poco tiempo— y sí con la naturaleza del trabajo. Las emergencias, la toma de decisiones a tumba abierta, le superaban. La tensión era demasiada para él, como lo es para muchos, y por eso lo dejó.

Después de aquello, fue apañándose con trabajos en clínicas privadas, a la vez que se presentaba una y otra vez, sin éxito, a las pruebas de médico interno residente en hospitales del estado. Y así estuvo, casi podríamos decir que dando tumbos, unos cuantos años.

* * *

Fue aquel asesinato, sucedido una lejana noche de verano y ya sepultado en las honduras de la memoria, lo que, cosa curiosa, hizo que le ofrecieran un trabajo de médico en cierta fundación. Aunque eso, claro, él no habría de saberlo hasta cierto tiempo después.

Le telefonearon a casa de sus padres y él, sorprendido, convino en acudir a una entrevista de trabajo al día siguiente. La dirección era la de uno de esos edificios del centro, ya antiguos y ahora destinado a oficinas, y el local era un piso grande, luminoso y bien amueblado, sin ninguna placa en la puerta.

Se entrevistó con una sola persona, un tal Eduardo Viñas; un hombre de unos cuarenta y tantos, fuerte y de manos grandes, con ese tipo físico popularmente llamado de camionero. Su despacho, si es que era el suyo, estaba atestado de libros de biología, psicología y estadística. Había reproducciones de cuadros de Gauguin en las paredes, un gran acuario y media docena de bonsáis, recortados con primor, sobre la mesa y los estantes. El propio Viñas, pese a su aspecto rudo, vestía ropa de marca; bastante más cara de lo que Huertas podía permitirse, al menos en prendas de diario.

El otro fue al grano. Le ofrecía plaza de médico en uno de sus equipos, para trabajar con grupos marginales, y su labor, aparte de la atención primaria, incluiría realizar estudios sanitarios. Eso último, sobre todo, fue para él como un anzuelo; ya que lo que le gustaba de veras era el trabajo de investigación, en un país con muy pocas oportunidades en tal sentido. Aunque, desde luego, también ayudó el que el sueldo, sin ser espectacular, fuera superior a lo que ganaba pasando consulta en clínicas privadas.

—No somos una ONG —Viñas quiso dejar las cosas claras—; somos una fundación privada que se dedica a atender a ciertos grupos de desfavorecidos. —Y puso gran énfasis en la palabra ciertos—. Realizamos una labor social pero, al contrario que otras organizaciones, no pretendemos publicidad de ninguna clase, ya

que no buscamos socios, simpatizantes o subvenciones. De hecho, preferimos trabajar con discreción.

—Es una labor legal, ¿no? —Apenas soltar eso. Huertas se puso colorado hasta la raíz, dándose cuenta de lo mal que sonaba—. Bueno...

—Desde luego que es legal. —El otro asintió, interrumpiéndole—. La fundación está inscrita en todos los registros necesarios y, de hecho, cumplimos las leyes a rajatabla. Desde el primer día, si acepta, trabajará con nómina y alta en la Seguridad Social. Lo último que queremos son problemas por culpa de empleo irregular, dinero negro o algo así.

Huertas cabeceó y Viñas se detuvo a encender un cigarrillo negro. Aún estuvieron conversando, pero el primero se había decidido ya. Aquel empleo no le obligaba a cambiar siquiera de residencia, ya que trabajaría con un grupo de indigentes que se habían asentado hacía poco junto a un vertedero, en las afueras de la ciudad.

—¿Cuándo tengo que empezar?

—¿Cuándo puede?

—¿Qué tal el lunes? Así podré dejar lo que tengo ahora sin quedar a mal.

—El lunes pues. A partir de mañana, pásese cuando quiera a firmar los papeles.

—¿Y el lunes? ¿Dónde...?

—Por ser el primer día, lo mejor será que le recoja yo y vayamos juntos; así le presento al resto del equipo. —Se recostó en su sillón, lanzando una nube de humo blanco—. Quedamos abajo, en el portal, a las diez. Por cierto, soy el supervisor de su equipo; del suyo y de otro par más.

—Una cosa —quiso saber Huertas, según estrechaba la mano de Viñas, ya despidiéndose—. ¿Por qué han pensado en mí para...?

—La Fundación tiene sus propios cazatalentos. Buscan gente para la Fundación y aquí nunca se usa otro método de contratación. El trabajo es bastante peculiar, como verá en seguida, y se requieren perfiles muy determinados... bueno, el lunes abajo, a las diez.

—A las diez.

* * *

La mañana del lunes, a la hora fijada, como un clavo, Antonio Huertas estaba en el portal. Sin embargo, Viñas no apareció hasta casi la media, maldiciendo el tráfico y los atascos. Venía al volante de un cuatro por cuatro, con ropa bastante más informal que la que llevaba en la oficina, y tuvo que tocar el claxon para que Huertas se diese cuenta de que había parado en la otra acera.

No hablaron mucho, aparte de algún que otro comentario trivial, más que nada para evitar un silencio incómodo. Viñas era un conductor irascible; uno de esos que,

entre volantazos y acelerones, va despotricando contra las obras, los coches en doble fila y las maniobras torpes; y a Huertas le recordó a esos taxistas iracundos que pueden hacer un trayecto entero sacando defectos a todo.

Enfilaron hacia el este, a lo largo de calles cada vez más rectilíneas, entre torres de pisos nuevas, hasta salir de repente a campo abierto. Sucedió así, sin esa transición natural que se daba antes en las ciudades, cuando uno pasaba de los edificios del centro a los barrios de casas bajas y, de éstos, a casitas y naves cada vez más dispersas entre huertas. De una manzana a otra, desaparecieron los rascacielos y se encontraron en medio de campos resecos, cubiertos de matojos amarillentos y sin un mal árbol en kilómetros a la redonda.

Al poco, Viñas dio un giro de volante para meterse por un camino de tierra que no tenía letrero de ninguna clase. Fueron dando botes por los baches, en medio de una polvareda pardusca, con los últimos edificios de la ciudad recortados a mano izquierda. En dos ocasiones, se cruzaron con camiones que volvían ya de vacío.

El vertedero era un gran descampado cubierto de montones de escombros y basuras que se ondulaban como dunas, con la ciudad al fondo. El viento arrastraba mil olores y, con el calor, el aire temblaba. Algunas pilas ardían lentamente sin llama, aquí y allá, alzando al aire humaredas negras y aceitosas, y las gaviotas aleteaban por todos lados, graznando mientras rebuscaban entre los despojos.

El puesto de la Fundación se hallaba a orillas de ese océano de deshechos: un remolque de camión muy largo y ancho, pintado de verde oscuro y sin logotipos o letras de ninguna clase. Muy cerca de éste, había un par de coches con matrículas bastante nuevas. Y, a una buena distancia, se hallaba el campamento de los indigentes, que habían ido a instalarse bajo un antiguo puente ferroviario por el que hacía muchos años que no pasaba ya ningún tren.

Dos hombres habían salido del remolque y Viñas se los presentó: Moro y Peregrino; así los llamó, usando tan sólo los apellidos. Ambos rondaban la treintena; el primero moreno y de pelo negro, el segundo de rasgos marcados, cabeza afeitada y perilla corta. Tras los saludos, Moro y Viñas subieron al puesto, a revisar el estado de algunos trabajos, en tanto que Peregrino y Huertas se quedaban fuera, al sol, sin saber muy bien qué decirse, que es lo que suele ocurrir en casos así.

—¿Qué tal un primer vistazo a los nuevos pacientes? —Peregrino, con un ademán, le señaló el arco de ladrillo del puente.

—Muy bien. ¿Cuándo quieren ustedes que empiece con ellos?

—Vamos a pasar muchas horas juntos, así que sería mejor que no anduviésemos con el usted a cuestas. —Rebuscó en sus bolsillos, antes de dar con el paquete de tabaco.

—Por mí, estupendo. —Con la mano, rechazó el cigarrillo que le ofrecía—. ¿Cuándo queréis que empiece?

—Ya mismo.

—Vale. Pero me llamaron la semana pasada, firmé el contrato y poco más. Nadie me ha...

—¿Nadie te ha explicado nada? —Lanzó una bocanada de humo, sonriendo—. Eso es típico de Viñas, que nunca se molesta con los pequeños detalles. Bueno: hay material para ti en el tráiler, y también han dejado el protocolo; está todo ahí, no tienes más que aplicarlo. En cuanto a ellos —señaló hacia el puente—, Moro y yo te echaremos una mano al principio, hasta que se acostumbren. Ya nos conocen y no son gente difícil... a veces, se les va la mano con el vino y se ponen un poco peleones; pero no son peligrosos.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto?

—Aquí un par de semanas. Con la Fundación, cuatro o cinco años.

Un camión pasó a cierta distancia, con el volquete lleno de escombros, rodando con estruendo por el camino de tierra. Más cerca, las gaviotas escarbaban en lo alto de los montones, con sus picos como garfios, disputándose escandalosamente los restos. Se alzó un golpe de aire caliente, arrastrando hasta ellos una vaharada de malos olores. Huertas arrugó la nariz y Peregrino se echó a reír a carcajadas.

—Ya te acostumbrarás —lanzó una nube de humo—; dentro de lo que cabe, claro.

—¿Cuál es tu trabajo aquí exactamente?

—Soy estadístico.

—¿Estadístico?

—Eso es; realizo, sobre todo, estudios de población... y no te puedes ni imaginar lo cargado de trabajo que estoy; estos grupos son de lo más peculiares.

—¿En qué sentido?

—En todos: en composición, en distribución por sexo y edad, en hábitos. No se parecen a ningún otro grupo social; pero ya te darás cuenta en seguida... Por cierto, Moro es antropólogo.

—¿Y Viñas?

—Biólogo. —Tiró al descuido la colilla y se detuvo a unos pasos del puente—. Bueno, aquí están.

El puente, que quizás datase de los años cuarenta, era de un solo ojo y estaba totalmente construido en un ladrillo que, con el paso del tiempo, iba desmenuzándose poco a poco. El grupo de indigentes vivía bajo el arco, que era lo bastante ancho y hondo como para darles cobijo a todos.

Peregrino entró saludando con desparpajo de palabra y gestos, mientras Huertas le seguía con mayor timidez, pegado a sus talones. Estaba oscuro, fresco y algo húmedo ahí dentro; había cierta resonancia a hueco y olía bastante mal.

—Son un total de veinticuatro. Ahora no están todos; casi nunca lo están: van y

vienen, y algunos desaparecen durante unos días, aunque lo normal es que acaben volviendo.

Los moradores del puente no parecían prestarles gran atención, fuera de uno o dos que les devolvieron el saludo; la mayoría se limitó a lanzarles, si acaso, miradas gachas que, a Huertas, se le antojaron bastante torvas. Estaban sentados entre papeles y harapos, acunando sus cartones de vinacho; sus ropas eran viejas y sucias, y los rostros y manos increíblemente mugrientos, luego de décadas sin conocer el agua. Tal como le había dicho el estadístico, y pese a su forma de mirar, no parecían hostiles, aunque sí un poco recelosos.

Curiosamente, muchos de ellos se parecían entre sí: eran todos achaparrados, bajos y muy anchos, con manos grandes, pelo crespo y expresión obtusa. Un tipo de mendigo con el que Huertas se había cruzado muchas veces, sin fijarse en la semejanza hasta ese momento. Pero allí, aquel grupo sucio y maloliente le produjo una impresión muy extraña, casi de raza aparte. Aunque, claro, también había pordioseros de otras clases; desde uno que, de puro flaco, parecía a punto de caerse a pedazos al calvo, grueso y de barba patriarcal que tenía toda la facha de un profeta mugriento.

—Son nueve mujeres y quince hombres —le dijo Peregrino— y casi todos están entre los cincuenta y los sesenta años.

Huertas asintió, recorriendo con los ojos aquella sarta de personajes recostados en la penumbra del puente. Se quedaron unos instantes mirándoles, en silencio.

—¿Nos vamos? —sugirió luego el estadístico, buscando de nuevo su cajilla de tabaco.

El médico asintió y, saliendo al sol, se volvieron a paso calmo, tal como habían llegado. Otro camión cargado de basuras pasaba ruidosamente, perseguido por una nube de gaviotas, casi como si fuese un barquito pesquero en puerto.

—Esa gente tiene que tener toda clase de dolencias —comentó, de pasada, Huertas.

—Todos estos grupos están así. Si no han cambiado el protocolo, supongo que tu primera labor va a ser identificar qué enfermedades, y en qué proporción, padecen.

—Y curarlos, supongo.

—Hombre, claro.

—No parecen muy cooperativos.

—No son ni hostiles ni amistosos; viven en su propio mundo y nosotros no pertenecemos a él. En eso, se parecen a ciertos grupos de animales; nunca te admiten pero, si pasas suficiente tiempo a su lado, acaban por acostumbrarse a tu presencia.

—Ya.

—Moro y yo llevamos un par de semanas con ellos; antes de eso, no teníamos noticias sobre este asentamiento. Ya te digo que te acompañaremos al principio, para

darles confianza. Por cierto, procura aprenderte cuanto antes sus nombres; eso ayuda.

Entraron en el remolque. Viñas y Moro revisaban los datos que les mostraba una pantalla y Huertas, con curiosidad mal escondida, paseó los ojos por todo el interior. Había equipo de lo más diverso, libros, carpetas, un par de ordenadores e incluso dos literas plegables. Al final del remolque, había un minúsculo cuarto de aseo.

—Todas las noches se queda por lo menos uno de guardia —le Informó Viñas—. Sobre todo porque no conviene dejar solo el remolque.

Le mostró una serie de paquetes, depositados sobre una de las mesas, antes de desentenderse de él y seguir su conversación con el antropólogo; Peregrino se había sentado ante un ordenador y estaba trabajando. En las etiquetas de todos los paquetes se leía doctor Antonio Huertas, así que fue abriéndolos todos. Contenían material médico y un grueso archivador, con el título de «Protocolo Médico», lleno de hojas impresas.

Se quedó unos instantes con el archivador en las manos, dudando. Pero allí cada cual parecía estar absorto en lo suyo; así que, tras un momento, se sentó en una de las sillas plegables de lona y, abriéndolo, comenzó a leer.

* * *

Las dos semanas siguientes estuvo más que ocupado aplicando aquel protocolo sanitario. Cada mañana conducía hasta el vertedero, para llegar más o menos a las diez, y se marchaba cuando el trabajo del día estaba acabado. Llegó a hacerse, más o menos, a la suciedad y los malos olores, y aprendió a dejar allí un par de vaqueros y camisetas, que era los que usaba para trabajar, porque la peste a basuras acababa impregnando la ropa y no se iba ni con lavados en agua hirviente. Tomaba toda clase de muestras orgánicas —sangre, saliva, orina, epitelio—, en la medida de lo posible, ya que muchos de aquellos mendigos se mostraban sumamente reacios a las agujas. Etiquetaba las pruebas y se las entregaba a Viñas, que era el que las hacía llegar al laboratorio.

También reunía muestras de las basuras entre las que vivían sus pacientes y fue, durante esos paseos con guantes, pinzas y frascos, cuando descubrió que los mendigos del puente y las gaviotas no eran los únicos que rondaban por aquel lugar. Con frecuencia, observaba a otras figuras que hurgaban en los montones de desechos, buscando cuanto aún pudiera ser útil, entre el humear del aire maloliente. Eran todos negros, flacos y mal vestidos, que se esfumaban cuando él aparecía; aunque también ellos, como los del puente, fueron acostumbrándose poco a poco a su presencia.

—Son inmigrantes; una pobre gente —le comentó Moro, que solía acompañarle al vertedero—. Han montado un campamento al otro lado y van tirando con lo que

encuentran.

—¿No habrá peligro, no? —Se inquietó un poco; ya que, después de todo, tenía que internarse a menudo y a solas en aquel desierto de escombros y basuras.

—¿Por éstos? No, pobres. Si fueran agresivos, se dedicarían al robo o al trapicheo, no a la busca.

—¿No están ellos incluidos en nuestro plan de asistencia?

—No; ni ellos ni nadie más. Lo nuestro es la gente del puente y punto; de hecho, tenemos expresamente prohibido atender a otros que no sean ellos. —Vio la cara que se le ponía a Huertas e hizo un gesto de disculpa—. Bueno, mira: si nos ponemos a repartir medicinas y bienes de primera necesidad, tendríamos a una multitud aquí en un par de días.

—Eso no dice mucho del mundo en que vivimos.

—Puede, pero no tenemos otro.

—Hum. ¿Y que pasa si, por ejemplo, me traen a uno de éstos con algo grave?

—Venga, hombre... si pasa algo así, le atiendes y ya está.

Huertas sonrió, porque ya había descubierto que Moro era un hombre bastante vehemente, tanto como Peregrino tranquilo y calmado. Dos personas bastante peculiares, al igual que el trabajo, que cada día le resultaba más intrigante.

Se pasaba el día reuniendo muestras y datos y, cada dos por tres, Viñas le encargaba nuevas pruebas. La última, una relación lo más exhaustiva posible de la dieta de los indigentes. Y también le habían llegado ya algunos informes de laboratorio. Unos eran lo que cabía esperar, porque esa gente sufría toda clase de males menores; desde carencia de vitaminas a piojos y parásitos intestinales. Pero, así mismo, había otros resultados más enigmáticos.

El que más, el de los análisis de sangre, según los cuales un gran número de aquellos mendigos, al parecer, no pertenecía a ningún grupo sanguíneo normal.

Los grupos sanguíneos se basan en la existencia, en los hematíes, de distintas proteínas con capacidad antigénica —de reacción ante cuerpos extraños—. Hay multitud de tales proteínas, pero las más importantes forman dos bloques. El primero es el factor Rhesus, el Rh, que da positivo o negativo; es decir, existe o no existe en la persona. El segundo está formado por dos proteínas, llamadas A y B, y la existencia de una, las dos o ninguna forma los subgrupos A, B, AB o cero. La combinación de ambos es lo que da los famosos grupos sanguíneos.

Dieciséis de los indigentes pertenecían al cero negativo; es decir, mostraban falta de A y B, y un factor Rh negativo. Pero, según el laboratorio, todos mostraban también la existencia de una tercera proteína a la que daban el nombre de H y con una capacidad de reacción tan virulenta como la A o la B; de forma que la trasfusión de una sangre así a cualquier persona produciría la muerte por rechazo.

Por tanto, era como si esos dieciséis fuesen parte de un grupo atípico, al que el

laboratorio llamaba H negativo; aunque el informe no era demasiado explícito; Huertas tuvo que leer entre líneas y, además, descubrir por su cuenta que los dieciséis presentaban todos un mismo tipo físico: aquel achaparrado y robusto que tanta atención le había llamado. Sin embargo, había dos con aquel fenotipo —el tipo físico— que pertenecían a grupos normales: 0+ y AB– respectivamente.

Leyó el informe infinidad de veces, antes de atreverse a comentarlo con sus compañeros. Pero éstos le dieron muy poca importancia, aunque su respuesta logró intrigarle aún más si cabe.

—Ése es uno de los ejes de este proyecto —le comentó Peregrino—; la hipótesis de que parte de la capa más baja de nuestra sociedad, ésa a la que llamamos indigente, es mucho más homogénea y endogámica de lo que siempre se ha creído.

Estaban sentados en la escala del remolque, acabado el día, viendo caer el sol, con latas de cerveza en la mano y, en el caso del estadístico, además, un cigarrillo humeante.

—¿Estamos hablando de que puede haber familias enteras que, durante generaciones, pueden haber sido indigentes?

—Exacto.

—Pero ¿hasta el punto de compartir un fenotipo y, muchos de ellos, pertenecer a un grupo sanguíneo aparte? —Meneó dudoso la cabeza—. Eso indica mucha endogamia y, sobre todo, muchas generaciones.

—Tú lo has dicho.

—Uff. Eso es casi como hablar de una raza de pobres. Y las implicaciones de una idea así son...

—Muchas. —Peregrino lanzó una bocanada de humo y, con ojos entrecerrados, observó como se dispersaba en el aire de última tarde—. Muchas, muchas.

* * *

Sin embargo, el suceso más extraño —el que hizo preguntarse a Huertas en qué estaba metido— tuvo lugar una noche. Moro y él se habían quedado de guardia en el remolque. Había poco que hacer en esas horas, fuera de charlar, leer, revisar los trabajos o dormir. De hecho, el único que sacaba algo de provecho a esas veladas nocturnas era Moro, que tenía aparatos para observar el puente a distancia; casi como si fuese un zoólogo en vez de antropólogo. Una vez que el médico se lo comentó, se había echado a reír.

—No es bueno interferir demasiado con ellos: es el problema del observador que influye en lo observado, sólo que peor. Ya te lo he dicho: esta gente es muy suya y, aunque acaben por acostumbrarse a ti, nunca te aceptan. En eso, sí que se parecen más a los animales que a un grupo humano normal.

El incidente sucedió mientras dormían, pasadas las tres de la madrugada. Fue un zumbido insistente el que despertó a Huertas, que se revolvió y, entreabriendo los párpados, trató de descubrir qué estaba sonando. Pero Moro ya estaba en pie, en calzoncillos, trasteando en sus monitores.

—Hay alguien ahí fuera.

—Será alguno de los negros. —Adormilado, se restregó los ojos.

—No creo.

Saltando del camastro, Huertas se le unió. El monitor, conectado a los aparatos de observación, mostraba en verde a dos figuras borrosas, cerca del puente. El antropólogo había cogido su teléfono móvil y estaba hablando con alguien.

—... Sí, dos. Sí. Mejor no. Vale: de acuerdo. —Bajó el teléfono y sólo entonces se fijó en que la chicharra seguía sonando. La desconectó con un gesto seco.

—¿Qué es eso? ¿Una alarma?

—Más o menos. Se activa si hay movimiento de algo grande en un radio de acción fijado de antemano.

Se quedaron sentados en la penumbra del remolque, observando a las dos figuras del monitor y Huertas, por alguna razón, no se animó a hacer más preguntas. No tuvo que pasar mucho tiempo —apenas cinco o seis minutos— antes de que aparecieran más bultos en pantalla.

Moro salió, seguido del médico. Había movimiento en la noche, en un punto que formaría casi un triángulo equilátero con el puente y el tráiler. La oscuridad y las montañas de basura interpuestas no permitían distinguir gran cosa, pero se oían gritos y unos destellos azules y fríos iluminaban a fogonazos los alrededores; luces de policía. El antropólogo volvió a sacar su móvil.

—¿Viñas? Han aparecido dos merodeadores... No. Sí. Ya los han cogido. Sí. De acuerdo. Buenas noches.

Apagó, estuvo mirando aún unos instantes hacia el lugar del incidente y, por último, se despezó antes de volverse hacia Huertas.

—He llamado a Viñas; tiene dicho que se le avise al instante, si pasa algo parecido... bueno, ¿nos vamos a dormir?

El otro, aunque asintió, se quedó todavía cierto tiempo fuera, mirando el centelleo azul y silencioso. Porque todo —la existencia de alarmas, la primera llamada y la rapidez con que había llegado la policía, así como el hecho de que Viñas hubiera ordenado que le avisasen en casos así— indicaba que se esperaba que pudiera ocurrir algo parecido.

Las luces azules se pusieron en marcha; se alejaron, alumbrando a destellos los montones de basura. Huertas las siguió con los ojos y, justo en ese momento, recordó aquel incidente del mendigo quemado. Pero después, negándose a dar de momento más vueltas al asunto, entró y se fue también a dormir.

Unos días más tarde, al llegar a primera hora al vertedero, advirtió que algo no iba bien. El todo terreno de Viñas estaba aparcado junto al remolque y había una ambulancia privada a la boca del puente. Dejó el coche donde siempre y, a paso rápido, fue hacia allá. Había cierta agitación en el túnel y fue el propio Viñas, al verle llegar, el que le salió al paso.

—Tomás ha muerto.

Se detuvo, cogido por sorpresa. Aquél era uno de los indigentes que, tanto por fenotipo como por grupo sanguíneo, parecían centrar el interés de la Fundación. Ninguno de ellos usaba apellido, sólo un nombre, y más de una vez el médico se había preguntado si no sería ése el motivo por el que la gente de la Fundación se llamaba entre sí por los apellidos.

—¿De qué ha muerto?

—Moro le ha encontrado esta mañana. Un par de ellos fueron a avisarle al remolque.

—¿Pero de qué ha sido?

—No lo sabemos: estaba donde solía dormir, tapado con mantas, así que ha tenido que ser durante el sueño.

—Humm... —Huertas se pasó los dedos por entre los cabellos.

—Tranquilo, que no pasa nada. —El supervisor quiso quitar hierro al asunto, viéndole inquieto—. Le harán la autopsia y punto.

—Parecía tener buena salud.

—Bueno, tranquilo.

Moro y Peregrino estaban a la entrada del túnel, mirando. Moro con las manos en los bolsillos y el pelo negro alborotado; Peregrino flaco y con la cabeza afeitada, fumándose un cigarrillo. Dentro, dos hombres colocaban el cadáver en una camilla, ante los ojos de los demás indigentes. Unos observaban con interés y otros con ese recelo, tan teñido de temor, que produce en muchos la muerte. Pero nadie parecía mostrar nada semejante al dolor o al pesar.

Los dos hombres hicieron rodar la camilla y, con la rapidez que da la práctica, la cargaron en la ambulancia. Luego, subieron sin decir una palabra y se pusieron en marcha. Los cuatro se quedaron mirando cómo se alejaba por el camino, dando botes y con las luces apagadas.

—Creo que debieras estar en la autopsia —comentó Viñas, con los ojos puestos aún en el vehículo.

—Me gustaría. ¿Dónde...?

—Tenemos instalaciones propias.

—¿Para autopsias? —Se volvió hacia el supervisor, perplejo. Cada vez se

preguntaba más si no se habría metido en algún mal asunto; aunque la presencia de la policía, unas noches antes, parecía descartar, al menos, que todo aquello fuese ilegal.

—Sígueme con el coche. —Viñas echó a andar hacia el suyo—. Vas a conocer al doctor Arroyo; una verdadera eminencia. Él podrá explicarte, mejor que nosotros, unas cuantas cosas. Porque supongo que, a estas alturas, tienes muchas preguntas que hacer.

—Muchas; desde hace un tiempo.

—Menos mal; empezaba a dudar ya de tu inteligencia. —Sonrió—. ¿Y cómo es que no has dicho nada?

—Soy así.

Viñas soltó una carcajada, porque le hizo gracia aquella salida. Sacó la llave de su todo terreno.

—Anda; sígueme.

* * *

Un coche detrás del otro, fueron hasta uno de los barrios del centro, a una de esas calles laterales y tranquilas, llenas de edificios del siglo pasado, palacetes y jardines que son un estallido de verde tras las verjas de hierro negro. Viñas se detuvo ante un paso de carruajes, con el coche de Huertas detrás, y sólo tuvo que hablar un instante por el telefonillo, antes de que el portón se abriera con suavidad.

El garaje no era muy grande. Viñas señaló, con el dedo, un sitio para el coche de Huertas. No había ascensor y sí una escalera ancha y de dos tramos. El doctor Arroyo estaba en su despacho, atareado con montañas de papeles, y no pareció hacerle mucha gracia la interrupción; aunque se suavizó algo al saber que el acompañante de Viñas era también médico.

Él mismo era un hombre de edad —por lo menos ochenta años—, de ésos que parecen ir resecañándose con el paso del tiempo, y, con la bata blanca, resultaba casi una caricatura de sabio a la vieja usanza. Alto, flaco y con una expresión entre lo abstraído y lo huraño que llamaba la atención.

—Vamos a ver —gruñó, sin dirigirse a ninguno en particular—. ¿Se lo han explicado ya?

Viñas negó con la cabeza.

—Vaya por Dios; siempre me toca a mí —rezongó, poniéndose en pie y apartando con gesto irritado sus papeles—. Muy bien. Venga conmigo, joven.

Huertas, intrigado —y secretamente divertido por esos modales de ermitaño—, le siguió. Viñas, aludiendo a asuntos pendientes, se fue. Arroyo, haciendo gestos con la mano, le introdujo en una segunda habitación.

El visitante se detuvo en puertas, boquiabierto. No sabía que esperaba, si es que

esperaba algo; pero, desde luego, no una estancia de buen tamaño que parecía un museo en miniatura. Había cráneos, huesos enteros o hendidos, un par de esqueletos completos, vísceras y fetos en grandes frascos, archivadores, libros, diagramas y una multitud de fotografías enmarcadas en las paredes.

—¿Qué sabe usted de antropología médica?

—Poco. Puede decirse que nada. No es algo que se estudie en la carrera.

—Y usted no se ha preocupado de aprender por su cuenta. No me sorprende; ustedes, los jóvenes, carecen de cualquier curiosidad intelectual.

—Tal vez no es así —replicó, picado—. Puede que mis prioridades, y las de otros, no coincidan con las de usted.

—¡Bah! —Arroyo hizo un mal gesto, como irritado ante la mera suposición de que pudiera haber cosas más importantes en el mundo—. De acuerdo, ¿cuánto sabe del asunto que tenemos entre manos?

—Casi nada. Me contrataron hace un mes y nadie me ha contado gran cosa.

—Es el método que suelen usar. Pero ya se habrá dado cuenta, supongo, de que ellos —y puso especial énfasis en aquel ellos— no son gente común.

—Desde luego.

—Bien: enumere las características que, a su juicio, les hacen distintos.

Huertas le miró algo atravesado; porque muchas cosas allí, desde las osamentas a la bata blanca de Arroyo, le hacían sentirse de vuelta a los días de facultad y a aquellas espantosas pruebas orales a puerta cerrada. Suspiró.

—Bueno. Muchos de ellos presentan el mismo fenotipo: son bajos, fornidos, algo patizambos, con un acusado prognatismo y, en bastantes casos, un poco contrahechos. Y está el asunto del grupo sanguíneo; casi todos los individuos con este fenotipo pertenecen a uno que no es ninguno de los normales.

—Sí —aprobó Arroyo—. Hace bien en no colocar el tema del grupo sanguíneo en primer lugar: por muy llamativo que resulte, no es sino uno más de los factores a tener en cuenta. Venga —puso la mano sobre una de las osamentas—. Dígame qué diferencias aprecia, a simple vista, con respecto a un esqueleto tipo.

Huertas observó los distintos huesos, pero Arroyo apenas le dio tiempo para pensar. Como molesto por la torpeza de su visitante, le apartó para señalar él mismo las divergencias.

—Fíjese, hombre. ¿No ve lo anchas que son las clavículas? Y mire aquí, a las costillas flotantes, que están reducidas a poco más que vestigios —iba apuntando con el dedo, con rapidez—. Los fémures se arquean de una forma muy característica y las escápulas son muy grandes; es esto último lo que les da el aspecto de ser algo jorobados. Y lo más llamativo está aquí: carece de cóccix. Fíjese, hombre; no hay ni rastro del mismo.

Huertas se inclinó un poco y, asombrado, paseó los dedos por la zona. Su

anfitrión no mentía: el cóccix, ese último vestigio de la cola de los monos, que el hombre posee al final de su columna vertebral, bajo el sacro, faltaba por completo.

—¿Es representativo este esqueleto?

—Sí. Podríamos decir que es uno de los mejores esqueletos tipo que existen en el mundo.

El otro cabeceó mientras palpaba de nuevo bajo el sacro; aunque no se le pasó por alto la forma de hablar de Arroyo, que parecía referirse a un gran grupo, mucho mayor que los pocos individuos acampados junto al vertedero.

—Con todo esto, ¿qué conclusión saca?

—Ninguna —replicó Huertas, que ya iba cansándose de que anfitrión pareciera estar poniéndole a prueba—. Sáquela usted por mí, ya que seguro que tiene más datos y, sin duda, ha contado con mucho más tiempo para ponderarlos.

—Humm. —El otro no pareció molestarse ante esa respuesta—. Bueno; está muy claro que nos hallamos ante un grupo sumamente diferenciado. Mucho.

—¿Y a dónde nos lleva todo esto? ¿Qué son? ¿Una especie de raza aparte, producto de la endogamia entre mendigos?

—No, amigo. —Arroyo se rio entre dientes—. Sigue sin darse cuenta de la escala a la que nos movemos. Cuando hablo de un grupo sumamente diferenciado, lo hago en serio. No me refiero a variantes tan pequeñas como las que marcan las razas humanas. Este sujeto —golpeó con el índice el esqueleto— pertenece a una especie distinta de la nuestra.

Huertas se le quedó mirando de hito en hito, durante un momento muy largo.

—¿De qué está hablando? —acertó a preguntar por fin.

—De que éste —volvió a tocar al esqueleto— así como sus parientes del vertedero y muchos más que andan sueltos por todo el mundo, mezclados con el resto, y a los que algunos hemos dedicado casi toda nuestra vida a estudiar, no pertenecen a la misma especie que nosotros. No son *Homo sapiens*. De hecho, en buena ciencia, no creo ni que pudieran ser catalogados como *Homo*.

* * *

En días posteriores, Huertas pensaría mucho en todo lo que le había contado esa mañana el doctor Arroyo; aunque sin dejar de notar lo poco que le habían estremecido sus revelaciones. Se quedó atónito, desde luego; pero ni el cielo ni la tierra parecieron rajarse, como se supone que un descubrimiento así habría de hacer sentir a la gente.

Hablaron largo y tendido, claro, ya que una persona normal no podía aceptar, así como así, una afirmación de tal calibre. Y, tal como fue la charla, tuvo la impresión de que Arroyo ya había mantenido otras muchas parecidas antes de ésta.

—No son una mutación —le había dicho—; siempre han estado con nosotros y lo más probable, de hecho, es que sean más antiguos que el *Homo sapiens*. Pero hasta los años cuarenta, con las nuevas técnicas, fruto de la II Guerra Mundial, y la extensión de la atención sanitaria, nadie sospechaba siquiera su existencia.

Fue entonces cuando se descubrieron los primeros sujetos y, a partir de entonces, habían sido buscados y estudiados con la mayor discreción. Y casi todos los expertos estaban de acuerdo en que ni siquiera se trataba de una especie, una rama, del grupo *Homo*; sino de un pariente aún más lejano.

—Por eso le pregunté por sus conocimientos de antropología médica; pero, claro, no se estudia en la carrera y no interesa a casi nadie. —Cogió un fémur de una repisa y lo contempló pensativo—. Verá, es muy sencillo. A lo largo de la evolución, ha habido por lo menos dos géneros dentro de la subfamilia de los homínidos: el australopiteco y el *Homo*. Algunos hablan de tres: australopiteco, parántropo y *Homo*; y quizás hayan existido más; los fósiles son muy escasos. Nosotros, el *Homo sapiens*, somos una especie perteneciente al género *Homo* y siempre se ha supuesto que éramos el único homínido vivo.

—Y no es así.

—No, no lo es. —Le mostró el hueso—. Observe este fémur. Es más arqueado y la disposición interna de las trabéculas distinta; lo que, unido a la forma del sacro y los ilíacos, da una tendencia al arco mayor que en el *Homo sapiens*. Toda su estructura ósea es más baja y ancha, de ahí la reducción de las costillas flotantes a vestigios. También, en consecuencia, los órganos son en general más achatados.

—¿Y qué dice que son, australopitecos?

—Una especie del género australopiteco; eso es lo que creen muchos y hay argumentos sólidos a favor de tal teoría. —Cogió ahora un cráneo—. Ellos, como los fósiles, presentan un arco dentario con tendencia parabólica y un prognatismo muy acusado. —Pasó la mano por la frente retraída, dando énfasis a sus palabras—. Por supuesto, esto último también se ve en el *Homo sapiens*: el prognatismo es común en la raza negroide; los caucasiáno-mongoloides suelen ser ortognatos, aunque hay dos poblaciones entre éstos con abundancia de prognatos; los españoles y los japoneses, curiosamente.

Devolvió la calavera a su sitio.

—De todas formas hay otros factores que les señalan como algo muy distinto. La presencia de esa proteína, la H, en la superficie de los hematíes. La diferente composición de la saliva (¿se le escapó eso, eh?). Hay muchos datos y, quizás, el más concluyente es el hecho de que la unión entre ellos y nosotros es estéril. Pero la cosa no está del todo clara e, incluso en nuestro pequeño círculo de iniciados, hay debates y enemistades por tal asunto.

—¿Y cuál es su opinión?

—Yo no dispongo de tiempo para esas tonterías, hijo. Raza, especie, grupo, son convenciones arbitrarias, herramientas. Son útiles mientras no se deje enredar uno por ellas; entonces, se convierten en un estorbo de lo más molesto.

Huertas se detuvo ante una de las fotos de las paredes. Era una antigua, de los años veinte o treinta, y mostraba a uno de ellos con su típico aspecto fornido y poco despierto, vestido con un traje barato y una gorra, empujando un carrito de mano al tiempo que miraba a la cámara con una especie de curiosidad desvaída. El trasfondo borroso de los edificios, por algún motivo, le hizo pensar que la instantánea había sido tomada en algún lugar de Centroeuropa.

—¿Les han dado algún nombre científico?

—Sí: ninguno. —Arroyo se volvió hacia él—. No existen; eso métaselo muy bien en la cabeza. No existen. ¿Me entiende?

—No existen —repitió el otro, asintiendo—. Entiendo.

—La gente no debe sospechar nunca nada. Nunca. Nada. Cueste lo que cueste.

* * *

Hablaron largo y tendido sobre el asunto y aún así Huertas, apabullado por la revelación, sólo llegó a plantear unas pocas del sinfín de incógnitas que luego le vinieron a la cabeza. Además, pasadas un par de horas, se realizó la autopsia, en la que él estuvo presente y que demostró, para su alivio, que el mendigo llamado Tomás había muerto de fallo cardíaco. Fallos cardíacos y derrames cerebrales eran la principal causa de muerte en aquella gente, una vez rebasados los sesenta años. Arroyo le había comentado algo al respecto.

—Es casi como si su organismo estuviese diseñado para durar en torno a medio siglo. Se conocen muy pocos casos en los que hayan llegado siquiera a los setenta años.

Más tarde hablaría del asunto del secreto con Viñas, mientras ellos recogían muestras de las basuras del vertedero. Y, al escucharle, el supervisor había sacudido la cabeza, con una sonrisa críptica.

—Tenemos censados a varias decenas de miles, casi todos en Europa y Asia —le comentó mientras, provisto de guantes y pinzas, iba sacando toda clase de restos, para guardarlos en bolsas numeradas—. ¿Te imaginas lo que podría ocurrir si se conociera su existencia?

—Estarían en un serio peligro.

—¿Peligro? Bueno, quizás. —Volvió a sonreír—. Pero, con los tiempos que corren, más bien creo que sucedería lo contrario. Se convertirían en el centro de atención, los medios de comunicación estarían todo el día pendientes de ellos y, sin duda, los biempensantes pondrían el grito en el cielo al conocer sus condiciones de

vida. Unos y otros se lanzarían a arreglarles la vida y les convertirían, en el fondo, en un juguete; algo así como la mascota de la humanidad... eso es algo que no podemos permitir.

—Visto así...

—Aunque, claro, no podemos descartar que algún día lleguen a triunfar cierto tipo de ideologías.

—¿Algo así como los nazis? No parece muy probable.

—Hoy en día no; pero la historia humana se mide por siglos y milenios, no por años o décadas. Y el racismo no es la única ideología potencialmente capaz de eliminar a segmentos enteros de una sociedad. ¿Qué pasaría sí, por ejemplo, a algún régimen integrista, del credo que sea, le da por considerarlos abominaciones? Ssss. — Con un sonido sibilante, se pasó el pulgar por la garganta—. Adiós. Millones de años barridos en un solo pogromo.

—Espera. —Huertas estaba haciendo memoria ahora—. Hace unos años, cuando trabajaba en urgencias, tuve que atender a un mendigo al que le habían prendido fuego. ¿Y si...?

—Lo sé. Está en tu expediente y fue una de las razones por la que te ofrecieron el puesto. Los reclutadores pensaron que serías más sensible a la problemática del asunto.

—Ah. —Se quedó un momento parado, cogido por sorpresa—. Oye, ¿no sería aquel mendigo uno de ellos?

—Lo era.

—¡Vamos...! No me digas que alguien lo sabe y está matándolos.

—No estamos seguros —suspiró fastidiado—. Han matado a bastantes mendigos así, quemándolos, y muchos de ellos pertenecían a ese fenotipo en concreto. Es de suponer que no todas las muertes son obra de los mismos ni por igual motivo; así que esto es un lío. Pero sí; es posible que alguien esté en el secreto y se dedique a matarlos.

—¿Pero por qué?

—No lo sé ni me importa, a no ser que el móvil pueda llevarnos hasta ellos. —Hizo chascar sus pinzas en el aire—. Pero te aseguro que, si algún día los descubrimos, no volverán a quemar a nadie. Por cierto, no discriminan demasiado; cualquier mendigo que encaje más o menos con el fenotipo, es una víctima potencial.

—¿Qué quiere decir eso?

—Me extraña que no te hayas fijado. Aquí mismo tenemos a dos con su fenotipo y grupos sanguíneos normales.

—Es cierto. —Le miró, azarado—. Lo había olvidado; pero es que tengo tantas preguntas en la cabeza que unas se tapan a otras. Sí, ¿qué significa eso?

—Pues que no son de ellos, aunque lo parezcan. El fenotipo achaparrado,

patizambo, prognato, también existe entre nosotros.

—Así que esos dos son humanos...

—Humanos son todos; eso que no se te olvide jamás. No se trata de aplicar ninguno de esos formalismos tontos tan al uso hoy en día —sonrió con desprecio—; pero sí que es verdad que, a veces, uno piensa según nombra a las cosas. Es por eso por lo que tampoco se les ha puesto nombre científico: no queremos que nuestro personal empiece a verlos como animales. No lo son: son gente.

—Desde luego. Pero entonces esos dos...

—Casi un tercio del grupo no son ellos y, de ese tercio, dos son pseudo-ellos. —De nuevo sonrió—. Todo esto es jerga, ya te irás acostumbrando.

—Ya. Oye, un tercio es mucho.

—Es la proporción normal en un grupo así. No creas que no trae de cabeza a antropólogos y estadísticos, como te podrán explicar...

Se interrumpió y ambos volvieron la cabeza, porque acababa de estallar un pequeño jaleo a no mucha distancia. Un indigente —uno de los del fenotipo achaparrado y prognato— parecía tener una violenta discusión con uno de los negros. Estaban peleando, a grandes gritos, por el derecho a buscar en determinado montón.

Observaron algo inquietos; pero, aunque con muchas voces y ademanes, el incidente duró poco y nunca hubo peligro de que llegaran a las manos. Luego, con insultos y malos gestos, cada uno se fue por su lado.

El negro desapareció en seguida y tanto Huertas como Viñas se quedaron mirando al indigente, que se dirigía con andares bamboleantes hacia el puente, con un saco en la mano y refunfuñando. Después, llegó Moro.

—Ya lo he visto. No es el primer roce que se produce y creo que cada vez son más frecuentes. Se trata de una cuestión fronteriza, de hasta donde llega cada uno. Es lo mismo que una disputa territorial entre dos bandas de recolectores y cazadores; exactamente igual.

—¿Hay algún peligro? —Viñas se quitó los guantes, hastiado, y encendió uno de sus cigarrillos negros.

—Quizás. Ya veremos: estos asuntos no tienen por qué resolverse necesariamente mediante violencia. A veces, las fronteras se estabilizan a base de demostraciones incruentas, como la de hace un momento.

—Estate atento... y tenme al tanto.

* * *

Un par de días después, Huertas fue testigo de un encuentro similar; aunque éste tuvo lugar al atardecer, cuando la luz iba ya decayendo, más o menos en el área central del vertedero. Dos negros y un indigente, que iban rebuscando por los

montones, espantando a las gaviotas, tuvieron un altercado a base de insultos y gestos.

Él se mantuvo a distancia, viéndoles disputar y sin saber muy bien qué hacer, en caso de que la cosa fuese a más; por eso, respiró más tranquilo al advertir que Moro también andaba cerca. Pero unos y otro, como la vez anterior, se separaron sin llegar a mayores, yéndose cada uno por su lado y dejando el asunto, al parecer, en empate.

Aliviado de que todo hubiera quedado en eso, salió al encuentro del antropólogo, que iba ya hacia él, con el pelo negro alborotado, el ceño algo fruncido y las manos en los bolsillos.

—Ffff. Creí que llegaban a las manos.

—Yo no. Ya te lo dije: ninguno de esos dos grupos es muy belicoso; las bandas no suelen serlos y éstos no van a enfrentarse físicamente de buenas a primeras. Aunque, desde luego, parece que la situación se encamina a eso; es el cuarto altercado que veo y seguro que ha habido alguno más.

—¿Qué ese eso de que las bandas no son belicosas?

—Me refiero a bandas desde el punto de vista antropológico, que es lo mío. —Se quedó mirando la cara del médico, antes de sonreír—. Te suena a chino, claro.

—Del todo. ¿Quieres decir que todos éstos son algo así como tribus?

—Precisamente, tribu es lo que no son. —Eché a andar despacio entre las montañas de residuos—. De todas las teorías, la que más me gusta es ésta que define a la tribu según el concepto de paz. Paz como opuesto de guerra. Dentro de una tribu hay paz: nadie perjudica a nadie, no se mata ni roba. No hay tribus entre los animales; es una forma social puramente humana y es la base del bienestar material.

—¿Material?

—Sin tribu, no hay progreso más allá de cierta fase. Quien pertenece a una tribu, puede irse de caza o a sembrar con la certeza de que los demás no le van a robar en su ausencia. Una banda de monos no recoge o caza más que lo que necesita; si uno de ellos se aleja un momento dejando abandonados sus plátanos, los demás se los comen. En una banda no es posible almacenar nada. Y está el asunto del liderazgo: en las bandas animales, los machos más fuertes lo acaparan todo, desde las hembras al poder, y, cuando envejecen o enferman, lo pierden todo. En una tribu, la jerarquía basada en la fuerza bruta es algo excepcional.

—¿Y dices que estos forman bandas como los monos?

—No, no. Bandas humanas, que son distintas. Pero, entre ellos, los lazos son menos fuertes y no existe el sentido de propiedad, más allá de lo puesto. Y ya viste el caso que le hicieron a Tomás una vez muerto. Bandas de este tipo son poco más que una agrupación de defensa frente al exterior. Son grupos muy poco estructurados.

—Oye... ¿tienen conciencia ellos de ser diferentes?

—Parece que no. Ya has visto que casi un tercio del grupo está formado por

mendigios corrientes y molientes, y se emparejan unos con otros. Creemos que no saben que son otra cosa... pero la cosa tampoco acaba de estar del todo clara.

—¿Y qué pasa con los negros del otro campamento? ¿También ellos forman una banda?

—También. Son un grupo muy poco homogéneo. No sé si te has acercado a ellos, pero muchos hablan entre sí en mal español, porque cada uno viene de un sitio distinto. Les une la necesidad y poco más.

Hubo un silencio. Luego, siempre caminando entre las basuras, Huertas meneó la cabeza.

—Pero eso de que las bandas son pacíficas...

—Yo no he dicho que sean pacíficas, sino que son poco agresivas, que no es lo mismo. —El antropólogo sonrió con rudeza—. Tú estás pensando en las pandillas urbanas. Pero si hablamos de miseria y de guetos, la cosa cambia por completo. Las bandas urbanas de las zonas marginales de Brasil o Estados Unidos, por ejemplo, aparte de tener muy poco que ver con las de cazadores y recolectores, son tremendamente agresivas. Pero igual les sucede a los monos africanos en los parques superpoblados. Las privaciones producen conductas anómalas. Por una razón parecida, los negros de otro lado son algo más belicosos que ellos. Por la miseria.

—¿Y ellos no están en la miseria?

—No: esto es su hábitat natural. En cambio, los negros del otro lado son gente normal, con suficiente iniciativa como para ponerse en marcha ante la presión de circunstancias desfavorables y que no han encontrado en su punto de destino otra cosa que penurias.

—No parecían muy combativos hace un momento: aunque eran dos contra uno, han dejado la cosa en tablas.

—¿No te estoy diciendo que las bandas rehuyen los conflictos armados? Las tribus no: el sistema tribal es mucho más cohesivo, hay mucha mayor identificación entre sus miembros y la dicotomía nosotros-ellos es más radical. Las tribus son belicosas, las bandas no. Las segundas son mucho más pequeñas que las primeras y se muestran más tímidas al conflicto. Casi todos los enfrentamientos entre ellas se resuelven mediante demostraciones y choques muy limitados.

—Pues, aunque sea a nivel de demostración, ha acabado en empate.

—Ten en cuenta que nosotros estábamos visibles. Los negros nos asocian, desde luego, con el campamento del puente, y no sabían si íbamos a intervenir o no. Nuestra simple presencia suponía una presión para ellos.

El médico asintió y anduvieron un trecho en silencio. Seguían vagado, como el que pasea, por el vertedero. El sol estaba bajo, ocultándose ya detrás de las torres de viviendas, al oeste, y soplabla esa brisa fresca que precede al anochecer. Los montones que ardían por combustión espontánea humeaban sin llama, las gaviotas

revoloteaban en busca de residuos y, si uno se subía a alguna de las montañas de escombros, podía ver cómo, a uno y otro lado, los hombres revolvían cansinamente en busca de cualquier resto aprovechable. El olor a materia orgánica en descomposición era terrible, aunque todos allí hacía tiempo que habían dejado de percibirlo.

—Una cosa. —Huertas rompió el silencio, observando a uno de los buscadores, a cierta distancia—. Has dicho algo... ¿debo entender que, para ellos, éste es su hábitat natural?

—Todos los que tenemos censados, y son varias decenas de miles, viven de la busca, la mendicidad y cosas así.

—Sí, pero ¿es ése su hábitat?

—Ahora sí: se han convertido en los carroñeros de la humanidad. No siempre debió ser así, claro. Pero, en algún momento dado, hace decenas o cientos de miles de años, entraron en conflicto con el *Homo sapiens* y perdieron. Cuando dos especies compiten por el mismo nicho ecológico, una de ellas resulta aniquilada... a saber cuantas veces ha sucedido entre distintas especies o géneros de los homínidos.

Se encaminaron hacia el remolque, porque el sol ya había caído y comenzaba a oscurecer entre los montones de detritus.

—Pero ellos no resultaron aniquilados.

—No. Después de todo, estamos hablando de homínidos; seres que, pese a todos sus defectos, son uno de los productos más flexibles de la evolución. En el choque con el *Homo sapiens*, o su antecesor, salieron perdiendo; pero, en vez de extinguirse, se adaptaron y lograron sobrevivir. Se movieron hacia un nicho ecológico contiguo para vivir de las sobras del vencedor. Seguro que, como pasa con otras especies, su aspecto cambió para pasar más o menos desapercibido entre sus huéspedes... y digo huéspedes porque los biólogos que están en esto, como Viñas, lo consideran un caso de parasitismo.

—¿Parasitismos? ¿Qué mal hacen a nadie?

—¿Mal? Yo estoy hablando de biología, no de moral.

—Yo soy médico, no biólogo.

—Ya. El parasitismo no tiene por qué ser nocivo para el huésped. En los casos de comensalismo, el parásito se beneficia sin que el parasitado gane ni pierda nada. Ellos se han convertido, para sobrevivir, en carroñeros de la humanidad y llevan miles de años a nuestro lado, en ese papel, sin ser descubiertos. Son tímidos y nada combativos, aunque, antes de su confrontación con el *Homo sapiens* debían ser de una forma muy distinta... cuál, es algo que nunca sabremos.

* * *

Huertas se aplicó a su labor, tomando muestras, tratando a los indigentes de la multitud de dolencias menores que les afligían —aunque sería difícil encontrar pacientes más desidiosos que ellos— y, ya en calidad de iniciado, no dejaba de pedir más y más documentación sobre el asunto a Viñas.

Descubrió que, pese a sus modales despreocupados, tanto Moro como Peregrino vivían para su trabajo y él mismo se encontró con que, según pasaba el tiempo, se absorbía más en él. De hecho, una tarde se animó a comentarlo con los otros; mientras estaban sentados en las escaleras del remolque, al final del día, tomando una cerveza.

—¿Verdad que esto engancha? —El calvo Peregrino se sonrió, al tiempo que cruzaba una mirada con el antropólogo—. De todas formas, los de la Fundación saben muy bien qué clase de gente contratan.

—¿Eso qué quiere decir?

—Suelen reclutar gente del tipo obsesivo. Tipos como Moro o como yo, o como tú. —Volvió a sonreír—. O eso creo, por lo poco que te conozco.

—Bien pudiera ser. —También sonrió.

—¿Cuántos estarían dispuestos a trabajar en una investigación como la nuestra, que durará más que nuestra vida y que, pese a su importancia, nunca saldrá a la luz pública? Piensa en el viejo Arroyo: es una de las mayores autoridades, a nivel mundial, sobre su anatomía y fisiología; pero nunca le darán el Nobel por ello y su nombre no aparecerá jamás en los libros.

—Bueno, yo no soy de los que se vuelven locos por los laureles. ¿Pero cómo es que estamos tan pocos? Un biólogo, un estadístico, un antropólogo y un médico. ¿Cómo no hay psicólogos, sociólogos...?

—Los hay, hombre. Pero no podemos instalarnos en masa a su lado; eso lo alteraría todo. Estás empezando con la Fundación y aún hay mucho que no sabes: en realidad, vamos rotando. Cualquiera día nos mandarán a alguno de nosotros a otro grupo y traerán, en vez, a un psicólogo, por ejemplo.

—Ya verás —medió Moro— lo curioso que resulta hablar con unos y con otros. Es entonces cuando uno se da cuenta, en realidad, de lo diferentes que son ellos de nosotros. —Dio un trago a su cerveza—. Justo antes de venir aquí, estuve tres meses en un equipo de Zaragoza, en el que también había un lingüista. Parece que ellos, en algún momento del pasado remoto, debieron tener algún tipo de lenguaje propio.

—Suponiendo que sea verdad, nunca sabremos cómo era ese lenguaje. —Peregrino sacudió la cabeza.

—Hasta cierto punto. Un lenguaje, en sentido amplio, responde a las pautas físicas y mentales de quienes lo usan. Los pájaros y las abejas tienen códigos hechos de giros y piruetas en el aire, ya que están dotados de alas. Y para muchos humanos, dado que tenemos manos, los gestos lo son todo.

Hizo una pausa, dio otro sorbo a su cerveza.

—Daba gusto hablar con aquel lingüista (Vara se llama; supongo que le conoces, Peregrino). Según él, ellos se han adaptado a los lenguajes humanos, pero muestran algunas peculiaridades que son comunes a todos ellos y que resultan de lo más significativo. Por ejemplo, en español, ellos nunca usan el pretérito perfecto simple; en cambio, utilizan el compuesto.

—Nunca se me dio muy bien la lengua —gruñó el estadístico.

—Vale. Lo que quiero decir es que uno de ellos nunca dirá me caí, por ejemplo, sino me he caído; y si tal cosa hubiera sucedido hace treinta años, seguiría diciendo me he caído. Es como si, para ellos, la existencia fuera una especie de línea continua y no viesan el pasado remoto, como nos pasa a nosotros, como algo ya cerrado. O ésa es la hipótesis.

—Hipótesis —volvió a refunfuñar el estadístico—. Eso es todo lo que tenemos siempre al final; hipótesis.

—Pues hazte a la idea de que todos los que estamos aquí nos moriremos de viejos y aún seguirán siendo hipótesis... ¿Qué te responde uno de ellos cuando le preguntas su nombre?

—¿Te lo dicen y ya está? —aventuró Huertas.

—No va por ahí. Cuando les preguntas, te responden diciendo, por ejemplo, me llamo José; nunca mi nombre es José. El verbo ser parece no existir para ellos; nunca son, sino que sólo están, como si todo fuese mutable y transitorio... ninguno de nosotros se ha fijado en ello porque no es nuestro campo.

Apuró la cerveza y se puso en pie.

—Muy bien señores, me voy a casa —dijo con sonrisa maliciosa—. Que tengan ustedes una buena guardia.

—¿Se sabe algo de los merodeadores de la otra noche? —quiso saber Huertas.

—Dos espabilados: andaban dando vueltas por aquí, a ver si podían rapiñar algo del remolque.

—Entonces no... —Respiró algo aliviado, porque había vuelto a recordar a aquel mendigo que quemaron en plena calle.

—No. Nunca han cogido a un exterminador de ellos, si es que de verdad hay una gente que sabe que existen y se dedica a matarles; que es algo que también está en duda. Se supone, pero nada más.

—Hipótesis —el estadístico estrujó su lata de cerveza—. Hipótesis.

* * *

A los pocos días de esa conversación, Huertas volvió a las profundidades del vertedero, en compañía de Moro. El antropólogo se dedicaba a estudiar los

movimientos de los indigentes y a entretener al otro con su charla, mientras el médico recogía muestras. A veces, cuando el primero se lo indicaba, el segundo se detenía a observar algún detalle del comportamiento de los mendigos.

El sol caía a plomo, algunos montones humeaban y el hedor era abominable. Las gaviotas revoloteaban gritando, blancas contra el azul, y los camiones pasaban traqueteando. Los plásticos, los metales, los vidrios rotos centelleaban y a Huertas, vueltos los ojos hacia esa extensión y a los hombres que rebuscaban en las basuras, entre el calor y los olores, le pareció estar ante un paisaje extraño y arcaico, un remedo de aquellos inmensos arenales de la edad Secundaria, por el que vagaban criaturas míticas. Y las torres de viviendas al fondo, cuya imagen temblaba en la atmósfera recalentada, no hacían sino reforzar la sensación.

Aquel día había mucha actividad y tanto los mendigos del puente como los inmigrantes del otro lado habían acudido en gran número a la busca. Revolvían por los montones, ignorándose mutuamente y Huertas, en un momento dado, se lo comentó al antropólogo.

—Parece que la cosa se va calmando, ¿no? —Le señaló la abundancia de buscadores, separados unos de otros por escasos metros.

—¡Qué va! —Sonrió el otro con la condescendencia del experto—. El hecho de que estén casi todos por esta zona, que es la fronteriza, indica que el conflicto se agrava. Están aquí, cada uno a su lado, para reafirmar el dominio sobre su territorio. Fíjate —señaló con el dedo—: todos están a la vista de los suyos y nadie quiere quedarse solo. Las dos bandas viven una situación prebélica y la ausencia de altercados no hace sino reafirmarlo: el tiempo de las demostraciones ha pasado ya y cualquier incidente puede desencadenar la lucha.

—¿Tú crees que llegarán a las manos?

—Veremos.

—No sé que pensar de ellos —dijo el médico, pensativo—. No parecen demasiado inteligentes, la verdad.

—Si la inteligencia es la capacidad de adaptación al medio, lo son y mucho; porque era convertirse en esto o sobrevivir.

—No te vayas por los cerros de Úbeda.

—Vale: ellos son diferentes. Si la inteligencia es la suma del instinto y el aprendizaje, ellos tienen más de lo primero y menos de lo segundo que nosotros. Mismos elementos, en distintas proporciones, pueden dar resultados muy distintos. Como ellos y nosotros; es todo.

—Ya.

—Y una cosa: el tema de su inteligencia es algo tabú. —Sacudió la mano, como disculpándose—. A mí me da lo mismo, pero te lo digo para que lo sepas.

—¿Tabú? ¿Por qué?

—Es un asunto delicado y la gente se pone de lo más nerviosa cuando se tocan ciertos temas; pierden los papeles. —Meneó enojado la cabeza—. Desde la época de los nazis, en cuestiones de ciencia hay vacas sagradas a las que es mejor no rozar.

—¿Temas intocables? ¿Lo crees de veras? —Huertas, a sabiendas, se dejó arrastrar a esa digresión, tan propia del otro.

—Y tanto. Con los nazis, hay un antes y un después en la ciencia; aunque pocos se den cuenta de ello. —Se detuvo, con la mirada puesta en los buscadores—. El nazismo fue una mezcla extraña de ciencia, pseudociencia e irracionalismo puro; hizo arder a medio mundo y causó docenas de millones de muertos. Una de las víctimas de toda aquella locura fue la ciencia porque, cuando todo acabó, fue puesta bajo tutela.

El médico le miró con respeto. Porque, en boca de aquel tipo rudo y de pelo alborotado, aquella perorata sobre la ciencia no sonaba a huero, como solía ocurrir tantas veces.

—Bueno, la bomba atómica y todo eso...

—No tiene nada que ver. —Le cortó con gesto indulgente—. Hasta los años cuarenta, la investigación era más o menos libre. Después, debido a la manipulación que hicieron los nazis de la ciencia para respaldar su ideología, se impuso una moral; un dogal. Hoy en día, uno no puede soñar con tocar ciertos temas, establecer ciertas hipótesis de partida, aunque sea para demostrar experimentalmente su falacia... por el simple hecho de hacerlo, los guardianes de la moral se echarían encima del osado sin darle tiempo a explicarse.

—Hombre. Entiendo lo que quieres decir; pero es que las teorías de los nazis...

—Ésa fue la excusa de los censores. Siglos de esfuerzos se han ido al traste. La actitud hacia la ciencia, hoy en día, es la misma que la de los fanáticos que condenaron a Darwin sin escucharle. El evolucionismo iba contra los dogmas, la moral imperante, y por tanto podía ser declarado falso y maligno, y perseguido. ¿Pero no pasa igual en nuestra época? Anda, plantea alguna hipótesis que choque contra las creencias de nuestros días...

Pegó un patadón a una botella de plástico vacía.

—Te diré que, personalmente, creo que ciertas cosas no se combaten con histerias ni con moralinas; con la ciencia basta. En un congreso celebrado en —dudó y se rascó la cabeza—, creo que fue en Estocolmo, los nazis anunciaron que iban a demostrar la menor capacidad craneal, y por tanto mental, de los negros africanos. Como descubrieron que todos los cráneos humanos tienen, más o menos, la misma capacidad, se presentaron con unos cuantos cráneos de gorila bajo el brazo. A eso me refiero: desenmascara las maniobras de ciertas gentes y acabarás con ellos.

—Las falsificaciones, hoy en día, ya no son tan burdas.

—No. —Sonrió—. Y, encima, todos se dedican a tejemanejes para llevar la pelota a su campo, con lo cual todos acaban en entredicho. Fíjate en lo que hacen todos con

la estadística. Habla con Peregrino; él puede contarte cada cosa...

Anduvieron un rato en silencio, antes de que Huertas hablase de nuevo, ahora recordando algo.

—Se me ha venido a la cabeza, a propósito de nazis y moral... En la facultad de medicina nos contaron que, en los campos de concentración, a costa de experimentos atroces en personas vivas, los nazis lograron enormes avances médicos. Parece que, acabada la guerra, hubo un verdadero dilema moral sobre sí se debía usar o no algo obtenido mediante tales métodos.

—¿Y dónde está el dilema moral? El pasado ya no puede desandarse y el no usar esos descubrimientos hubiera sido sumar, además, el sufrimiento de los enfermos susceptibles de ser curados.

—Visto así... Pero me alegro de no haber sido yo el que tuvo que tomar la decisión de si destruir o publicar aquellos descubrimientos.

—Yo no. Creo que es mala cosa dejar a otros el trabajo sucio.

Huertas sonrió sin ofenderse, porque ya conocía el temperamento del antropólogo, y éste, notándolo, quiso quitar hierro a su manera.

—Basta de filosofías. Vamos a tomar unas cervezas, que nos las hemos ganado.

* * *

Sólo un día después, se produjo el tan temido enfrentamiento.

A Huertas le sorprendió en mitad del vertedero, enfrascado en su interminable recolección de muestras orgánicas, y la primera noticia que tuvo de que algo iba mal fue cuando se desató un clamor confuso, a cierta distancia de donde él se hallaba.

Se quedó quieto, oído atento, pinzas en mano. El griterío arreciaba aunque, de alguna forma, parecía estar cambiando de cualidad. Echó a andar hacia allí, al principio a paso lento y luego cada vez más rápido, temiendo lo peor. Aún no había llegado cuando resonaron varios tiros, como petardazos, y el vocerío cambió por segunda vez. Apretó aún más el paso, sin pensar muy bien qué estaba haciendo.

A la carrera, zigzagueando entre montañas de desechos, desembocó en una porción de terreno algo más despejada, para encontrarse de golpe en el lugar del enfrentamiento. Pero ya todo había concluido. A un lado, diseminados y con expresiones que iban de la cólera al miedo, se hallaban los mendigos del puente; por la parte contraria, los inmigrantes huían en desorden. Y en medio estaban Moro y Peregrino, con sendas pistolas en las manos. Según llegaba Huertas, el estadístico alzó su arma e hizo otro disparo al aire.

Los vidrios brillaban al sol entre las montañas de basuras, la atmósfera recalentada vibraba y un soplo fétido corría a bocanadas por todo el lugar. Las gaviotas parecían cubrir los aires, espantadas por los tiros. El médico se acercó

despacio, mientras los otros dos deambulaban como a cámara lenta por el espacio intermedio, sin quitar ojo a los fugitivos. Alguno de éstos hizo intención de pararse y mirar atrás; pero los otros dispararon de nuevo al aire, dos o tres veces, haciéndoles reanudar la carrera. En seguida, el último de ellos desapareció tras las dunas de escombros.

Moro, arma en mano, se acercó a Huertas, mientras Peregrino se quedaba vigilando aún un momento. Este último, con la pistola, la cabeza afeitada y la perilla, tenía un aire de bandido sardónico que el médico no había advertido antes.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué va a pasar? —El antropólogo se encogió de hombros—. Han llegado al enfrentamiento directo... a saber como ha empezado todo. Lo cierto es que estos infelices les han durado dos segundos a los negros; hemos tenido que intervenir.

—Creí que nos estaba prohibido.

—Excepto en ciertos casos, como éste. —Viendo cómo miraba el médico su pistola, se la guardó en la cintura, bajo la camiseta—. Será mejor que vayas a echarles un vistazo; hay por lo menos un herido.

—¿Algo serio?

—No. Le han dado un palo en la cabeza y le han descalabrado.

—¿Y los negros?

—Están todos bien; llevaban las de ganar... y nosotros hemos tirado al aire.

Sólo había aquel herido entre los del puente y no era de importancia. Huertas estuvo a punto de acercarse al otro campamento, pese a la afirmación de Moro, porque podía haber también alguna cabeza rota y eso, con las condiciones sanitarias del vertedero, podía acabar en algo serio. Pero tuvo miedo de que los ánimos estuviesen calientes y de ser mal recibido, así que lo dejó para el día siguiente.

No tuvo, empero, oportunidad de hacerlo. Esa misma noche —los tres se habían quedado en el remolque, aunque ni Huertas ni Peregrino tenían guardia— hubo gritos a lo lejos, aullido de sirenas, luces destellando. Salieron y se quedaron en silencio al pie del remolque, oyendo el escándalo y mirando el reflejo de las luces en la oscuridad.

—Se los están llevando a todos. —El estadístico encendió un cigarrillo.

—¿Ha sido la Fundación la que ha mandado a la policía? —preguntó Huertas.

—Sí —asintió Moro—; ellos no pueden competir con el *Homo sapiens*; no tienen nuestra agresividad y nosotros no vamos a estar siempre cerca, como esta mañana. Mejor prevenir.

—¿Y que van a hacer con éstos? —Señaló a la oscuridad, al otro lado del vertedero.

—Les darán un billete de vuelta a casa, aunque dudo que les haga mucha gracia. —El antropólogo le miró—. Tío, tengo la impresión de que a veces no estás muy

seguro de no haber entrado en una especie de organización siniestra.

—Es verdad que a veces no sé muy bien qué pensar. —Se sonrojó.

—¡Bah, Moro! —medió Peregrino—. A mí me pasaba también al principio: conseguí trabajo de estadístico en la Fundación y me encontré con toda esta papeleta. Seguro que a ti te sucedió igual, aunque se te haya olvidado.

—Es posible. —Calló un instante. Lejos, en la negrura, seguía el alboroto provocado por la redada—. Bueno, ¿qué tal si nos vamos a dormir? Mañana nos espera un montón de trabajo.

* * *

A la mañana siguiente, no quedaba ni rastro del campamento de los inmigrantes. Huertas se llegó hasta allí dando un paseo; pero no había ya ni un alma e incluso las tiendas de campaña y los cobertizos —porque no habían llegado a levantar siquiera verdaderas chabolas— habían desaparecido. Se lo habían llevado todo al amparo de la oscuridad y era como si casi medio centenar de inmigrantes nunca hubieran estado nunca allí.

Aquello, de todas formas, no sirvió para nada. Ya ese mismo día echaron en falta a tres de los mendigos del puente; se habían ido con todas sus pertenencias y lo habían hecho para no volver. Esa misma tarde se fueron otros dos, siguiendo un goteo que marcaba la desintegración del grupo acampado bajo el viejo puente ferroviario. En días sucesivos vieron cómo los mendigos reunían sus cosas y se marchaban, en solitario o de a dos. Viñas apareció la primera mañana, vio cómo estaba todo y se fue. Peregrino se encerró en el remolque, con sus datos y sus programas; Huertas iba de acá para allá, las manos en los bolsillos y sin saber muy bien qué hacer. El único que no parecía afectado por todo aquello era Moro, que proseguía sus observaciones de campo como si tal cosa.

—Era de esperar —le comentó a Huertas—. Se suelen comportar así. Son muy poco agresivos y, al menor conflicto, suelen marcharse. Y, cuando eso sucede, lo hacen siempre de esta forma: cada uno se va por su cuenta, nunca en grupo.

—Pero son gente fuerte físicamente; más fuertes que la media...

—No tiene nada que ver; no es cuestión de fuerza, sino de actitud. En el mundo animal, eso se designa como comportamiento paloma. ¿Te suena lo de halcón-paloma? Viene de la etología. Paloma huye siempre y ellos son paloma.

—¿Y a dónde van a ir?

—Tarde o temprano, acabarán por unirse a un grupo similar. Bandas Cementerio de Elefante, las llamamos entre nosotros. Al pasar los cuarenta, se integran en bandas así, formadas por adultos de edad, sin niños, en las que lo normal es que casi un tercio de sus componentes sean indigentes normales.

—¿Por qué?

—Eso es algo que, como tantas otras cosas, aún no sabemos.

—Peregrino tiene razón: esto es frustrante. Tenemos montañas de datos, pero aún son una miseria para poder sacar ninguna conclusión.

—Así son las cosas. —El antropólogo sonrió con suavidad.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Poca cosa ya. En dos o tres días no quedará ninguno por aquí.

—¿Y qué hay de nosotros?

—Nos destinarán a otros grupos. A ti también, si es que quieres seguir en esto.

—Si no me despiden.

—Difícil. Lo único, que te manden a otra ciudad.

—Si no queda otro remedio. Bueno, ya hablaré con Viñas.

—Llámale y cuanto antes mejor, que ya sabes lo poco que se preocupa de todos estos detalles.

Se apartaron y Huertas volvió hacia el remolque, a través del vertedero. Era cerca del mediodía, y el calor y los olores eran asfixiantes, un soplo ardiente corría a golpes, arrastrando polvo y papeles manchados, y el silencio colgaba como una losa sobre el lugar, roto sólo por el zumbido de las moscas y el graznar de las gaviotas.

En su paseo, se topó con uno de los indigentes, de nombre Germán, que abandonaba ya el campamento. Un personaje desmesuradamente ancho y con una altura cercana al uno setenta y cinco, lo que le hacía casi un gigante entre los suyos; la frente retraída, el pelo áspero y con grandes entradas, y una expresión que siempre era entre aturrida y recelosa. Vestía un traje gris, lustroso a fuerza de mugre, y al hombro llevaba un saco con sus pertenencias.

—Adiós, Germán —le dijo al cruzarse.

—Adiós, doctor.

Al cabo de unos pasos, se volvió a mirarle. El indigente se alejaba con andares calmosos y zambos, el saco auestas. Soplaba el viento cálido, agitando papeles y plásticos, y, viéndole, a Huertas le volvió a la cabeza aquello que había dicho Moro sobre el lenguaje de aquella gente. Porque algo en ese personaje que se alejaba despacio, con su saco y su traje mugriento, transmitía la sensación de uno que tiene todo el mundo y todo el tiempo por delante.

Fue una sensación muy extraña, mucho, y el médico anduvo, el resto del trayecto, rumiándola. Luego, al llegar al remolque, encontró otras cosas en qué pensar, porque Peregrino estaba trasladando sus cosas, desde el interior de éste, al maletero de su coche.

—Saca todo lo tuyo —le advirtió—, que mañana vienen con el camión, a llevarse el remolque.

—A mí nadie me ha dicho nada. —Se paró en seco, molesto.

—Y a mí me acaban de avisar. Tampoco Moro sabe nada aún.

Llenó una bolsa de ropa, libros y efectos varios, y la echó al descuido en el asiento trasero de su propio coche. Se quedó un momento titubeando, mientras el estadístico trasladaba una caja llena de archivadores.

—Oye. —Se decidió por fin—. Mira, hay una cosa que quería comentarte.

—Tú dirás.

—Hay una cosa en la que he estado pensando y, cuantas más vueltas que le doy, menos me cuadra.

—¿Y qué es? —El otro cerró el maletero y se volvió a mirarle.

—Esta gente suma sólo unos pocos cientos de miles a lo largo de toda Eurasia, que es inmensa. Están dispersos entre los *Homo sapiens*, en una proporción bajísima, y no parecen tener conciencia de ser distintos. Viven a un nivel de subsistencia mínima y así se supone que se han mantenido durante miles de años...

—¿Y?

—Que no puede ser. En una proporción tan baja no pueden dar el número mínimo para sobrevivir... tendrían que haberse extinto. ¿O no?

Peregrino se recostó en su coche y sacó un cigarrillo. Lo encendió, apantallando con la mano, y lanzó una bocanada de humo blanco.

—Es cierto. En esa proporción y sin saber que son distintos, y por tanto sin buscarse, debieran haberse extinguido.

—Entonces tengo razón.

—La tienes. En estas condiciones, no podrían haber sobrevivido milenios, o siquiera décadas.

—Y nadie se ha molestado en contármelo.

—Aquí nadie cuenta nada. También yo tuve que descubrirlo por mi cuenta, en su momento. Ése es el método de la Fundación: los que trabajamos para ella somos como ratas en el laberinto; sabemos lo que somos capaces de descubrir, no más. Los hay que llevan en esto un montón de años y no se han fijado en lo que acabas de decirme... a lo mejor hasta hay alguno que ni siquiera se ha dado cuenta de que no son humanos normales.

—Lo hemos discutido mucho entre nosotros. —E hizo un gesto, con el dedo, que daba a entender que no se estaba refiriendo tan sólo a Viñas o a Moro, sino a esa pléyade de expertos en disciplinas varias, aún desconocidos para Huertas—. Este estudio lo es a nivel mundial y la Fundación es sólo la tapadera de la división local. Quizás nosotros mismos somos también parte del estudio; un factor más: el observador intermedio, observado a su vez.

—Eso es una hipótesis, claro.

—Hipótesis —suspiró el otro—, siempre hipótesis.

—¿Y qué pasa con lo que te he dicho? ¿Cómo es posible que...?

—Es un misterio. —Lanzó un anillo de humo y lo miró volar—. Lo único que sabemos es que es imposible. O, mejor dicho, que las probabilidades estadísticas de supervivencia en esas condiciones son ínfimas. Lo que, en la práctica, equivale a decir lo mismo. Con los datos en la mano, no debieran estar aquí.

—¿Y entonces?

—Está claro: si la ecuación no cuadra con el resultado, es que nos faltan factores en la primera.

—O las matemáticas están mal.

—Quizás. ¿Por qué no? —Sonrió—. Incluso las matemáticas no son más que herramientas y, si algún día conseguimos una mejor, las haremos de lado. Pero no creo que sea el caso: aquí hay elementos que no vemos, que se nos pasa por alto.

—Así que por eso recopilamos y tabulamos como maníacos todo cuanto tiene que ver con ellos, por insignificante que parezca.

—En parte. Pero no te equivoques: el estudio, en lo que toca a las distintas disciplinas, es real, por muy importante que sea esto de lo que estamos hablando.

—No te rías. ¿Y si su supervivencia se debiera a la suerte?

—¿Por qué me voy a reír? La suerte es algo a considerar. Puede ser eso o cualquier otro elemento que está ahí; algo que quizás nosotros tenemos, en mucha menor medida, y que no somos capaces de reconocer.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Ellos, no hay que olvidarlo, son homínidos. Hay animales que son capaces de usar armas, como algunas aves, o construir viviendas, como los castores o las hormigas; y los hay con diversos tipos y grados de inteligencia, como los monos o los delfines. Pero ha sido el *Homo sapiens* el que ha desarrollado ciertas capacidades que, sumadas, le han colocado muy por encima de los demás. ¿O qué otro animal ha cubierto el mundo de carreteras, presas, puertos, rascacielos, coches, aviones, museos...?

—Y ellos, otra rama de los homínidos, han desarrollado otra suma de habilidades, ese algo que aún no hemos podido identificar y también muy por encima de todo lo conocido. ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—Eso es. Quizás.

—Pues tampoco les ha llevado muy lejos.

—Depende de cómo lo mires. Fíjate en el *Homo sapiens*: por un lado es el amo de la Tierra pero, por el otro, está sumido en guerras, hambrunas, desastres ecológicos... ¿Hablamos de a dónde hemos llegado o de a dónde podríamos haberlo hecho? A ellos, ese factor X les ha sido de lo más útil, pues es el que marca la diferencia entre la extinción y la supervivencia.

—¿Y tú crees que algún día, a base de acumular datos, descubriremos en qué consiste exactamente?

—Quizás.

Guardaron silencio. Peregrino fumaba con fruición, apurando el cigarrillo, y Huertas se miraba las manos, pensando.

—Es un poco frustrante, ¿no? —dijo luego el segundo—. Ya se hace bastante cuesta arriba el estar metido en una investigación que nunca verá la luz... y, encima, la parte más importante de ella quizás no llegará a ninguna conclusión durante nuestras vidas; a no ser que suene la flauta.

—Lo dudo: ya no estamos en la Edad de Oro de la ciencia. —Sonrió—. Esa época de investigadores solitarios, laboratorios caseros e ideas geniales es cosa del pasado. Ahora estamos hablando de grandes equipos humanos, millones en material, trabajo de hormiga, y horas y más horas a la faena. Y, en esto, calculamos que aún nos queda por recopilar muchos datos; estamos en ello desde los años cuarenta y sólo tenemos una fracción de lo que necesitamos.

—Entonces, seguro que nosotros ni lo vemos.

—Quizás. Pero, si hay algo cierto, es que no hay nada seguro. El futuro está hecho de probabilidades y, desde luego, las probabilidades están en contra. Pero, de todas formas... —Dejando caer la colilla, la aplastó. Sonrió, lo que, unido a la cabeza calva y la perilla, le hizo parecerse en todo, por un instante, a un pirata jovial—. De todas formas, ¿quién sabe?

TODAS LAS NOCHES

Lo peor de los vampiros —y lo que, por cierto, acaba por perderles— es la arrogancia. Se jactan de su mortífera naturaleza, de su vigor sobrehumano, de ese magnetismo de serpiente... Presumen ser miembros de una especie distinta, más noble y superior, que se alimenta de un rebaño llamado humanidad. Ésa es una de las razones por las que me dedico a cazarlos.

Porque, en el fondo, esos espantajos cadavéricos no son más que un deshecho del género humano; otro grupo de marginales terminales, orgullosos de su condición. Digan lo que digan, son carroñeros nocturnos, condenados a sufrir una existencia miserable, sin amigos ni amor. El mismo remedo de vida que arrastro yo desde que me topé con los besos, tan afilados, de Pilar.

Han pasado ya cinco años y, desde aquel instante, nuestros caminos no han vuelto a cruzarse. Pero eso no me importa, tenemos toda una eternidad de noches para hacerlo. Una eternidad de noches... ésas eran las palabras que susurraba ella en mi oído, cuando yo le hablaba de amor. Tan sólo más tarde, convertido en un monstruo casi inmortal, pude entender cuán sardónicas eran esas palabras en sus labios.

Pero, antes o después, ella volverá. Cualquiera noche nos encontraremos en algún local de moda, abarrotado de gente. Cruzaré la penumbra laminada por el humo y allí, en mitad de la multitud, veré a Pilar, con su tez blanca, sus ojos brillantes y esa boca hermosa de sonrisa cruel.

Entonces probará la colección que he estado reuniendo para ella. Cuchillos, tenazas, sopletes... tengo casi de todo; excepto estacas de madera, claro; eso mata. Los vampiros sanan a casi cualquier herida, por terrible que esta sea, y ellos se sienten muy orgullosos de tal capacidad. Pero, como casi todo en ésta o en la otra vida, tiene dos filos. Y eso es algo que podrá comprobar en carne propia Pilar, noche tras noche. Porque tenemos una cuenta terrible que ajustar.

Y toda la eternidad para hacerlo.

EL CÍRCULO DE HOMBRES

Camino de levante, uno encuentra campos amarillos y quemados, pueblos a lo lejos, sol a raudales. El calor hace temblar el aire y provoca espejismos de agua sobre el asfalto, carretera adelante. Es por eso que no me gusta conducir por esos lugares; al menos, no a solas y a mediodía. Porque hay demasiada luz, demasiado espacio. Las referencias se pierden y la perspectiva se esfuma, te acomete la angustia del vacío, un vértigo, y tienes que agarrarte con todas tus fuerzas al volante para no perder el control.

Acabé parando un rato en el arcén, junto a un pinar, a echar un pitillo y serenarme un poco. Aún recuerdo ese calor asfixiante del mediodía, el humo rizándose en el aire quieto, el canto de chicharras en medio de un silencio pesado. Me demoré fumando y viendo pasar coches. Pensando en cómo sólo unas horas antes me disponía a un día a solas, una de esas mañanas perezosas de persianas echadas, sin nada ni nadie, escuchando música y viendo danzar las motas de polvo en los rayos de luz que se cuelan por los resquicios. Pero luego había sonado el teléfono.

Di una última calada, pisoteé a conciencia el cigarrillo y me volví al coche.

Acabé llegando a San Juan a las tres de la tarde, más o menos a la hora que habíamos quedado. Aún tuve que dar unas cuantas vueltas, desorientado por aquel laberinto de rascacielos y calles sin rótulo, antes de aparcar a tres o cuatro esquinas de distancia y acercarme andando al apartamento de Román. Fui paseando despacio, bolsa en mano, catando de esas pequeñas sensaciones que, para mí, definen los veranillos en la costa. El calor, el silencio; el viento que arrastra polvo, arena, papeles; las playas casi vacías, los pisos cerrados a cal y canto.

Estuve tocando infructuosamente el telefonillo, una y otra vez, a intervalos, antes de convencerme de que no había nadie en casa. Demasiado acalorado para indignarme, acabé arrojándome a la sombra, a fumar recostado en la pared.

Resguardado de la solana, lanzando anillos de humo al aire de la tarde, eché un vistazo alrededor. Todo seguía igual que en mi última visita, años atrás. La misma tapia enjalbegada de aire vagamente moruno, el mismo jardín mustio, las mismas pitas polvorientas. Los rascacielos devorando el litoral, el sol ardiente, las moscas negras. Esa luz cegadora, el mar azul, el cielo salpicado de nubecillas blancas.

Pasaba lentamente un tren costero, le miré con ojos entrecerrados, se alejó traqueteando cansino. Luego, al volver los ojos a la playa, al otro lado de la carretera y las vías, les vi de regreso ya, atravesando por la arena. Román y, desde luego, él. Ambos con bermudas, camisetas, alpargatas; las toallas al hombro y los ojos ocultos tras gafas de sol. Salí a su encuentro y, apenas verme, él se adelantó abriendo exageradamente los brazos, tan zalamero y falso como siempre. Nos estrechamos sonriendo las manos, tan largamente como se espera de dos viejos amigos ya

distanciados. Pero Román se apresuró a impedir cualquier intento de resumirnos nuestras vidas allí mismo, a pleno sol.

—Vamos, vámonos si queremos comer. —Se golpeteaba el reloj con el índice—. Si no, nos van a cerrar todos los sitios.

Tras una pausa, me señaló desganadamente el portal.

—¿Qué? ¿Subimos a que dejes los trastos?

—No, hombre. —Sopesé la bolsa—. Pero si no pesa nada. Venga, vámonos, que yo también traigo hambre.

—¿Qué tal el sitio de las paellas? Ya lo conoces...

—Sí. Por mí, vale.

Él, a su vez, aceptó con un encogimiento de hombros. Y nos fuimos andando hacia allá: Román en silencio; él y yo hablando de nada, cada uno indagando sobre qué había sido del otro en esos años. Maldita la gracia que me hacía darle detalles de mi vida y, mientras esquivaba sus preguntas con otras preguntas, tuve la impresión de que a él le sucedía exactamente otro tanto.

Nos sentamos en la penumbra de un salón grande, casi vacío. Arroz negro para todos, de ése que se riega con la tinta del calamar, cerveza para ellos y vino tinto para mí, y tres vermouths rojos para ir abriendo boca.

Brindamos levantando copas, haciéndolas luego entrecuchar.

—Como en otros tiempos, ¿eh? —Él se retrepó en su silla, dando un sorbo.

—Bueno, no exactamente —rehuí aquella trampa. Y sin embargo no pude evitar cierta desazón al oírle decir aquella banalidad. Agité mi vermouth, arrancando un tintineo a los hielos. Aquel malnacido siempre fue muy hábil tocando los resortes sentimentales de la gente con sus referencias a lugares comunes, tópicos y cosas así; naderías que, por cierto, no por eso resultaban menos efectivas.

Y es que hubo otros tiempos, años atrás. Entonces éramos siete, todos varones, más o menos de la misma edad, amigos entre nosotros; la típica pandilla de inseparables. Y sí que hubo momentos así, en lugares parecidos. Eran los años de facultad, con esas interminables vacaciones de verano, recorriendo la costa en dos coches de tercera mano, de camping en camping, siempre justos de dinero. Pero todo eso había sido hacía mucho, mucho.

Se había quitado las gafas, descubriendo los ojos castaños con reflejos verdes, y, al mirarle, encontré en ellos esa mirada de falsa cordialidad tan suya. Se le veía cambiado, lo que era lógico, habida cuenta los años transcurridos; esa brecha que media entre los veintipocos y los treinta y tantos. Y había ganado bastante peso, o eso pensé; aunque no era tanto que estuviera mucho más gordo como que me pareciese abotargado, como hinchado. Pero eso tampoco debía sorprenderme; al menos, no si seguía metiéndose de todo —alcohol y pastillas a puñados—, tal y como solía hacer en aquellos últimos años, tiempo atrás.

Entonces llegó la paella. Él apuró el vermut y al poco su jarra de cerveza, antes de pasarse al vino. Y así, sentado alrededor de una mesa, vimos impotentes cómo se repetía una vez más la vieja historia de siempre. Porque si al principio él estuvo cordial y expansivo, luego, a cada trago, fue poniéndose más y más tontorrón, después pesado y por último francamente desagradable.

Yo también bebo mucho, supongo que demasiado, pero es que él las cogía siempre de la misma forma, en cualquier sitio y a toda velocidad. A saber qué es lo que se metía en el cuerpo para que el alcohol le afectase así. No había cambiado en absoluto.

Hay gente que lleva como un demonio dentro, un algo que les puede por más esfuerzos que hagan en contra. Y él tenía un genio interior ramplón y baboso que asomaba con la bebida. Así, ahora, se inclinaba agresivo sobre la mesa mientras barbotaba tonterías con voz pastosa y, cada vez que nos miraba, yo podía ver cómo el desdén, la furia, el rencor, pasaban llameando, como meteoros, por sus ojos.

Román y yo le escuchábamos imperturbables, tratando de no darle pie a exaltarse aún más. Y, como siempre que algo me molesta y tengo que tragármelo, aquello acabó volviéndose en contra mía y llenándome de amargura. Porque de verdad que aquel mamón me fue en tiempos muy querido. Yo le tenía por un amigo de verdad y representaba mucho para mí.

Y es que hubo una época en que fue efectivamente un buen amigo; alguien con quien compartir y en quien confiar. Pero tenía que hacer un verdadero esfuerzo de memoria para recordarle así, porque fue cambiando hasta resultar irreconocible. Tuvo problemas, es cierto; pero la vida no suele ser fácil para nadie. Y siempre que pensaba en él, le veía como en aquel preciso instante, años después; un tío pedo y patético, siempre pendiente de sí mismo, desdeñoso con los demás en los buenos momentos y de lo más rastrero en los malos.

Él se iba calentando cada vez más con sus propias tonterías, nosotros le toreábamos como podíamos, los camareros nos miraban extrañados. Pedimos café y, ya mismo, Román encargó la cuenta, ansioso por salir de allí. Regresamos caminando bajo el sol abrasador, a través de calles desiertas que eran como hornos, asfixiados por un calor que era aún más intolerable con la comida y la bebida atravesadas en el gaznate.

Él se dedicó a pontificar durante todo el camino, soltando opiniones de lo más gratuitas sobre nosotros, nuestros respectivos trabajos y vidas sentimentales, a partir de algunos comentarios que acababa de sonsacarnos. Román le miraba molesto y yo cada vez más furioso. Y luego, de golpe, cambió por completo y comenzó a babearnos con sus historias sobre los viejos tiempos, los viejos amigos, sobre aquella ocasión que... bla, bla, bla.

Resultaba de lo más penoso y, lo que es peor, como siempre, le funcionaba.

Aquella fue, era, su gran baza: te enganchaba con toda esa palabrería barata, con continuas llamadas a nuestra amistad y no conseguías soltarte de él. Nunca habíamos podido, ninguno, y lo único que cabía hacer era esquivarle y huir de él.

Apenas llegados al piso, se fue dando tumbos a su alcoba, y Román y yo pudimos cambiar una mirada que lo decía todo.

—Ya conoces la casa —me dijo—. Así que ya sabes donde te toca dormir.

Asentí. Aquél era un piso pequeño, de los de dos cuartos; Román estaba en uno y él se había instalado en el otro. Si llegaba un tercero, dormía en un sofá-cama, a la entrada.

—Ah: y gracias por venir —añadió.

Ahora sonreí yo con desgana. Ésa había sido como una ley no escrita para nosotros en los últimos tiempos de facultad, justo antes de que cada uno tirara por su lado. Por entonces él estaba tan mal, resultaba tan insoportable que, cuando uno caía en sus garras, los demás íbamos al quite, a repartir el mal trago entre todos. Así que cuando, esa misma mañana, Román me llamó para decirme que se había topado con él en el paseo marítimo, después de todos esos años, cogí el coche e hice trescientos y pico kilómetros hasta San Juan. Porque yo recordaba muy bien lo insufrible, lo agotadora que resultaba la guerrilla emocional a la que te sometía aquel hijo de puta, así como nuestra incapacidad para mandarle a paseo y librarnos de él. Y, por desgracia, nada de todo eso había cambiado.

Román se fue a la siesta mientras que yo me entretenía aún un rato, fumando un último pitillo. También allí todo seguía igual: aquellos mismos muebles desvencijados, tan característicos de segundas casas, ocupadas unas pocas semanas al año, los mismos detalles en las paredes, el televisor antediluviano en blanco y negro... hacía bochorno húmedo y las puertas de cristal del balcón estaban cerradas para evitar las correntadas de aire. Fuera, el toldo chasqueaba a ratos. Una mosca daba vueltas y más vueltas en el silencio del salón. La seguí con los ojos y en alguna ocasión traté de atraparla de un manotazo, pero se me escabulló entre los dedos. Al final me desentendí de ella, apuré el cigarrillo y, asfixiado, fui también a tumbarme.

* * *

Desperté en una penumbra espesa, con una sensación de sofoco y pringoso de sudor, con el pelo empapado hasta la raíz. Una mosca, quizás la de antes, zumbaba invisible sobre mi cabeza y en la cocina sonaba el lento bramido del calentador de gas, delatando que al menos uno se había levantado ya y estaba duchándose.

Tabaco en mano, fui al salón. La alcoba de Román, con la puerta entornada, estaba vacía; la otra seguía cerrada y en silencio. Crucé la sala, sintiendo al andar una sensación extraña y familiar a un tiempo: ese resabio de arena bajo los pies, tan típico

de las casas de playa. Abrí la puerta del balcón y la bloqueé moviendo una silla, para asegurarme de que una ráfaga no la cerrara violentamente, haciendo saltar los cristales en mil pedazos.

Me apoyé en la barandilla, a fumar un cigarrillo y mirar afuera pensando en nada. La tarde estaba ya muy entrada, comenzaba a refrescar y la luz iba tiñéndose de esos matices suaves y melancólicos, como dorados añejos, tan propios de esa última hora que precede a la caída y el crepúsculo. Soplaban una brisa agradable, las sombras de los rascacielos casi cubrían la playa, prácticamente desierta, y se adentraban en aquel mar azul, tranquilo, lleno de destellos de luz tardía.

El balcón formaba una especie de ángulo con la playa, orientado al norte, de forma que había que ladearse para mirar al agua. Al frente uno se topaba con rascacielos y más rascacielos, una hilera interminable de edificios que se prolongaba a lo largo de toda la recurva de la costa, como un muro, hasta donde llegaba la vista. Allí, ya al final, podía divisarse esa aglomeración de torres de cemento que es Benidorm y más mar azul, así como un atisbo de ese islote pequeño y triangular cuyo nombre nunca he llegado a saber.

Había un yatecito a muy poca distancia de la orilla, la vela blanca hinchada y resplandeciente al sol en declive. Lo seguí con los ojos, los antebrazos sobre el pasamanos, el cigarrillo entre los dedos. No sé por qué, pero viéndole dar bordadas se me ocurrió que cuánta verdad hay en eso de que no se sabe nunca qué va a ser de uno, ni a dónde nos llevan nuestros pasos. Porque, ¿quién me iba a decir que estaríamos precisamente nosotros tres allí, aquel puente, después de tantos años?

Mirando atrás, ahora comprendo que, para muchos, los años de facultad son un ciclo completo, algo así como una vida entera dentro de la vida. Amistades, asuntos amorosos, formas de ser y pensar, surgen, maduran y, con frecuencia, mueren de golpe al término de ese plazo, cuando uno se ve arrojado del invernadero con un título en el bolsillo. Y, en aquel microcosmos de reglas propias, nosotros no éramos sino uno de tantos grupos autosuficientes. Un lugar común donde refugiarnos de problemas, fracasos, de la interminable guerra con las mujeres. Un lugar cerrado y perfecto, seguro de existir para siempre.

Y, sin embargo, llegó el último curso. Aquello se acababa, el cambio estaba en el aire y, si algunos esperaban con aprehensión el fin de ésta, para ellos, edad de oro, otros afilaban sus armas, aguardando el momento de adentrarse en territorio desconocido.

De todos nosotros, tuvo que ser precisamente Anto el que mejor llegó a junio. Un solo examen y, apenas acabar, cogió el coche y salió para el norte con aquella chica de tercero, ya ni me acuerdo cómo se llamaba. Y ahí, cerca de Tordesillas, adelantando a un camión, se encontró con otro coche que venía de frente. Nunca fue buen conductor y encima le gustaba pisarle. Iban tres en el otro coche; en total, cinco

muertos. Debió ser un buen choque, uno de éstos que no dejan más que un amasijo de hierros ensangrentados. Entonces había pocas autovías y no era raro encontrarse con accidentes así: vehículos destrozados y cadáveres tendidos en el arcén, cubiertos con esas antiguas mantas militares, ásperas y grisáceas.

Yo no podía creer que hubiera muerto: hay cosas que no pueden ser. Estuvimos los seis en el entierro y luego nos fuimos todos juntos. Recuerdo que hablamos y hablamos y hablamos, yendo de un sitio a otro; hasta él, al que todos huíamos ya como a la peste, supo portarse como quien fuera en otros días. Por la tarde estábamos ya borrachos, así que de madrugada íbamos todos como cubas. Acabamos montando en aquel coche de Gonzalo, grande y muy viejo, los seis, como sardinas en lata, y, bajando por la calle Génova, Gonzalo perdió el control e hicimos varios trompos en mitad de la calzada. No sé cómo no nos matamos nosotros también esa noche. Lo cierto es que al día siguiente estuvimos llamándonos unos a otros, asegurándonos de que todo el mundo había llegado a casa sano y salvo.

Y creo que ésa fue la última vez que nos encontramos. Por supuesto, quiero decir todos a la vez, los seis. Seguimos reuniéndonos de a dos, de a tres, a veces cuatro. Pero todo corría ya en contra; unos aprobaron en junio, otros nos quedamos para septiembre; así que unos empezaron a buscar empleo y otros nos fuimos de vacaciones con los apuntes bajo el brazo. Las cosas cambiaban con rapidez, concluía todo un ciclo de vida y cada cual iba ya por su lado. La muerte de Anto fue como el pistoletazo de salida para la disgregación del grupo. Unos duraron más y otros menos; yo, personalmente, al cabo de un año ya no me veía con ninguno de ellos.

Llegó Román, recién duchado, distrayéndome de esos recuerdos. Casi diez años después de todo aquello, habíamos vuelto a encontrarnos. Román acababa de divorciarse tras un matrimonio que no le dejó hijos, ni buenos ni malos recuerdos, ni nada de nada, y yo había ido dando tumbos durante todos esos años. Nos sobraba tiempo a los dos, tomamos un par de veces copas juntos y, con la naturalidad de lo que simplemente sucede, habíamos reanudado nuestra vieja amistad. Y ahí estábamos cuando de repente había reaparecido él también.

Me hizo un gesto de interrogación con la cabeza, señalando la alcoba cerrada, y yo me encogí de hombros, dando a entender que no se había movido nada allí.

—¿Vas a ducharte?

—Sí, joder. Estoy todo pringoso. —Me pasé la mano por la piel—. Me he pegado una buena sudada con la siesta.

—Sí que hace calor, sí —asintió distraídamente—. Entonces, métete ahora, antes de que se despierte.

—Sí, va a ser lo mejor.

—¿Tienes toalla?

—Puedo usar la playera; pero si me dejas una, te lo agradecería.

Él debió despertarse al poco, ya que entró en el baño apenas lo dejé libre yo. Pasó junto a mí sin decir nada, con andares torpes y los párpados hinchados; con ese calor, lo que había bebido y cómo le sentaba, debía tener un buen dolor de cabeza.

Sin embargo, la ducha pareció sentarle de maravilla, ya que volvió de excelente humor, reanimado, yo diría que casi rejuvenecido.

Aprovechamos las últimas luces para dar una vuelta por el paseo marítimo. Fuimos caminando a lo largo, lentamente, las manos en los bolsillos y mirando al mar, como ociosos con todo el tiempo del mundo por delante. Aquel puente, a pesar del buen tiempo, San Juan estaba vacío. A veces, es como si todo el mundo se pusiera de acuerdo para ir, o no ir, a un sitio en concreto. Sin embargo eso, allí y a esa hora de la tarde, con una temperatura ya suave, no dejaba de tener su encanto. No como esos horribles inviernos de la costa más al norte, en Castellón, con sus urbanizaciones fantasmas cerradas a cal y canto, y ese viento que silba sin descanso, arrastrando torbellinos de polvo gris por las calles desiertas.

Ya de anochecida, Román nos llevó a un lonja: uno de esos patios comerciales, con más de un nivel. Había un mínimo movimiento de gente y parte de los locales estaban cerrados; pero, además de las inevitables hamburgueserías y pizzas rápidas, pudimos encontrar suficientes tascas como para dedicarnos al viejo arte del tapeo. En esa ocasión, sí que pareció de veras que él volvía a ser el de otro tiempo. Era, y en esos momentos fue, un buen compañero de juerga: ingenioso, ocurrente, con la suficiente desenvoltura como para apañarse en cualquier situación.

Cierto que entonces lo pasamos bien, sí, pero eso no dejaba de llevar aparejado una contrapartida amarga. Porque, viéndole, yo no podía olvidar que estaba ante lo que fue y ya no era. Que no era más que carcasa, fachada; un resto de su antigua forma de ser, carcomida y muerta por... ¿quién sabe por qué? La gente cambia, es inevitable, y no suele ser para mejor. Él, hacía ya mucho, había cambiado por completo: el que una vez fuera mi amigo ya no existía; había desaparecido, sustituido por ese otro que teníamos delante.

Sin embargo, supongo que a ratos logramos creer lo contrario. Fuimos de un lado a otro, tomando cañas y frituras mientras hablábamos de trivialidades. Parecía haber un acuerdo tácito en no tocar temas demasiado personales, así como en evitar cualquier mención a los demás. Nadie lo hizo y, de haber sacado él aquello a colación, supongo que le hubiera mentido.

No es que el pasado no me importe, claro que me importa. Pero llega un momento en que uno empieza a arrinconar partes de él en el fondo de la memoria y, sin llegar a olvidar, casi acaba por no acordarse de que están allí. Además, cuando él cambió, se convirtió en una persona mala y cizañera, uno de ésos que se alegran de las desdichas ajenas. Así que, desde luego, yo no estaba dispuesto a hablar de los otros tres, ni sobre qué fue de ellos.

Porque parecía haber una especie de gafe sobre nuestro viejo círculo. Eso dijo una vez Román, medio en broma, aunque no solíamos tratar el tema. Pero en alguna ocasión nos habíamos devanado los sesos acerca de Fernando, tratando de imaginar qué podía haberle pasado. Por qué él, que de todos era el más político, el que parecía llamado a llegar más lejos, se había matado. Yo lo supe a través de conocidos comunes, un par de años después de que sucediera: por lo visto se pegó un tiro en la cabeza, a la vieja usanza. No quise indagar ni llamar a su familia y, dado que Román sabía tanto como yo, no teníamos sino el hecho en sí, aparte de un montón de especulaciones que eran hablar por hablar.

En cuanto a los otros dos, habían desaparecido. De Esteban nadie sabía nada, ni cómo localizarle; hasta su familia se había mudado de casa, sin dejar nueva dirección. Pero Gonzalo había desaparecido literalmente: salió un buen día de casa y nunca más se supo de él. De nuevo, fueron noticias de segunda mano y, además, Gonzalo fue siempre el excéntrico del grupo, así que aquello no nos sorprendió tanto como la muerte de Fernando. La verdad es que uno no podía estar nunca muy seguro de por donde iba a salir Gonzalo.

Y en cuanto al séptimo, él, también había estado desaparecido hasta hacía tan sólo veinticuatro horas.

Fuimos a un sitio, luego a otro, y luego a otro. Entonces, con esa brusquedad a la que ya nos tenía acostumbrados, cambió de humor: en un momento dado estábamos tan bien y al siguiente le dio por meterse con dos chicas que pasaban a su lado. La verdad es que se puso de lo más faltón y, como ellas estaban con un par de amigos, estuvo a punto de organizarse una buena pelea. Menos mal que ellos parecían tan incómodos y con tan pocas ganas de bronca como nosotros. Román pagó las copas y se disculpó con ellos mientras yo le sacaba a él a empujones, sin el menor miramiento. Aquello hizo que se acabara la noche.

Regresamos por la playa, caminando en silencio sobre la arena. Anduvimos callados un buen rato y no sabría decir quién fue el que al fin dijo algo primero, pero enseguida nos enzarzamos. En realidad, Román casi no intervino, ya que es de éstos que, mientras puedan, prefieren evitar ese tipo de discusiones. En cambio yo, cuando me enfado, soy incapaz de parar; sencillamente, no puedo dejarlo. El altercado fue a más rápidamente, nos llamamos de todo y él acabó por detenerse y plantárseme delante, encrespado como un gallo. Yo, cada vez más furioso, lo rechacé de un empujón.

—Eh, eh, eh. —Román quiso interponerse, viendo que íbamos a llegar a las manos.

Pero, en ese instante, él cedió. De repente reculó tratando de contemporizar, al tiempo que echaba mano de sus artimañas habituales. La verdad es que era de lo más difícil no aplacarse viéndole así allí, encogido como un perro y farfullando excusas.

Pero yo estaba rabioso, aparte de que le había visto recurrir a eso demasiadas veces, y lo único que consiguió fue que le gritase aún más.

Y entonces, de golpe, se echó a llorar; cosa que tampoco era, ni mucho menos, la primera vez que nos lo hacía. Román agitaba los pies sobre la arena, incómodo, y yo me aparté algunos pasos, sintiendo como se me escapaba la furia. Le miramos en silencio durante algunos segundos, viéndole hipar entre las sombras, mientras balbuceaba no sé qué tonterías. Y al cabo, como en un arrebató, se enderezó y nos gritó que se iba a suicidar.

Puede sonar estúpido dicho así, pero es que eso también lo había ensayado, y con éxito, en tiempos. Por dos veces nos dijo lo mismo, antes de intentar tirarse, en una ocasión desde un puente y la otra desde un balcón. Y en ambas oportunidades los presentes nos habíamos precipitado a sujetarle. Se trataba de un farol, claro; puro chantaje emocional, muy en su línea; pero es que él estaba realmente mal y, en el calor de la actuación, podía llegar a matarse de veras. Así que habíamos hecho lo que supongo teníamos que hacer: intervenir, aunque eso fuera, en el fondo, seguirle el juego.

Pero esta vez no. Yo estaba aún lo bastante indignado y no sé qué pasó por la cabeza de Román. El caso es que ninguno de los dos hizo amago de detenerle y, en ciertas situaciones, si uno no se mueve al principio, ya no lo hace.

Él ya nos había dado la espalda. Había luna llena y la noche era clara, así que pudimos verle trastabillando por la playa, encaminándose al mar. Todavía me temblaban las piernas, porque había estado a punto de pegarle, y busqué un cigarrillo para serenarme un poco. Román se había detenido a mi lado, las manos en los bolsillos, y recuerdo que no nos dijimos nada. Él llegó al borde y, sin titubear, se introdujo en el agua. Le vimos avanzar contra el vaivén de las olas, chapoteando como un búfalo; se adentraba más y más, y en seguida le perdimos de vista.

Estuvimos allí un buen rato, mirando y sin cruzar palabra. Soplaba una brisa templada y, en la oscuridad, el agua formaba largas líneas de espuma blanca, que iban a morir contra la arena, batiendo la orilla con ese rumor tan característico que es del oleaje en mitad de la noche. Esperamos. Nada.

—¿Nos vamos? —dijo Román al cabo.

—Claro —asentí—. Vámonos.

Regresamos caminando lentamente, en completo silencio, y, ya arriba, Román sacó un cubilete de dados. Jugamos seis o siete partidas de carreras, de las de a dos vueltas, una libre y otra obligada, con los ases de comodines. Fue pasando el tiempo; los dados repiqueteaban una y otra vez sobre la mesa, el aire entraba a ráfagas por la puerta de la terraza, alborotando los papeles, mientras en el casete sonaba la música, suave, muy suave. A veces, uno de nosotros echaba un vistazo disimulado al reloj. Supongo que ambos estábamos esperando lo mismo: que sonara el timbre del

telefonillo de abajo y apareciera aquel payaso patético, totalmente empapado.

Al fin supongo que fue Román el que se dio por vencido, apartando los dados y sirviendo, sin preguntar, dos güisquis con hielo en vaso bajo. Salí al balcón en busca de algo de aire fresco; me apoyé en la barandilla, agité mi vaso, haciendo tintinear los hielos contra el cristal.

—¿Y qué tal con tu chica? —le pregunté a Román, por decir algo.

—Hemos cortado... ya sabes cómo son estas cosas —añadió, como si eso explicara algo.

—Sí, claro. —Le miré, pero él no parecía con ganas de hablar y yo no suelo meterme donde no me llaman.

Seguía sonando la música y yo volví a entrechocar los hielos. Ya sólo quedábamos nosotros; los demás, de una u otra forma, se habían marchado. Me miré en el cristal de la puerta y no puede evitar el pensar en aquella época: cuando éramos siete y quien más quien menos iba a comerse el mundo. Pero ya no. Ahora, años después, los supervivientes no éramos más que náufragos, esperando indefensos la llegada de la mediana edad. Me miré de nuevo en la puerta entornada, di un sorbo. Bueno, me dije, pero el mundo tampoco había logrado comernos; al menos, todavía no.

Román apuró su copa y me indicó por señas que se iba a dormir, yo le hice un gesto de asentimiento. Me quedé un rato más en el balcón, con los codos sobre la barandilla, el vaso en una mano y un cigarrillo en la otra. Había un silencio total y soplaba la brisa nocturna, cargada de aromas marinos. Una luna blanca y muy grande colgaba a levante, iluminando las aguas oscuras.

Contemplando el reflejo de aquella luna, no pude evitar el imaginarme un cuerpo flotando allá, mar adentro, en mitad de la negrura. Él se había ido al agua y nosotros no hicimos nada para impedirselo. Y yo no sentía nada. En realidad, bien mirado, él no era más que un parásito, un vampiro eficaz. Uno de éstos que se te arriman y acortan distancias, creando una falsa intimidad para obligarte después con llamadas a una pretendida amistad, arrancándote respuestas que son actos reflejos, no el fruto de unos afectos que en realidad no existen.

Ésa fue su baza durante aquellos dos últimos años de facultad, la misma que había vuelto a usar en esta ocasión, cuando irrumpió de nuevo en nuestras vidas. Pero nosotros habíamos cambiado y a él, como a cualquier jugador que fía todo a la misma carta, una y otra vez, ésta había acabado por fallarle. Eso era todo. Yo no le debía nada, no hice nada, no sentía nada. Lo contrario era sucumbir a su chantaje emocional, aunque fuera a toro pasado, y darle a él la victoria.

Miré otra vez al mar oscuro. Él no había sido siempre así, no; en otro tiempo, fue un buen amigo. En otro tiempo. Suspiré sin poderlo evitar. Mi vaso estaba ya vacío, así que retiré los codos del pasamanos y, un poco a desgana, acabé yéndome yo

también a dormir.

* * *

Al día siguiente, ya entrada la mañana, bajamos a tomar el sol. No había ni una nube en el cielo, el calor era terrible y la gran extensión que es la playa de San Juan estaba prácticamente vacía de gente. Fuimos dando un paseo hasta el borde del agua, sintiendo la quemazón de la arena caliente bajo las plantas de los pies.

—Hoy me gustaría comer ligero —le comenté a Román mientras extendíamos las toallas—. Después de la siesta, quiero salir para Madrid.

—Sí —me dijo tras una pausa, como si acabara de tomar una decisión—. Yo también me vuelvo hoy; se me han quitado las ganas de playa.

—¿Esta misma tarde?

—Sí, después de la siesta; igual que tú.

—Ah. ¿Y qué pasa con él? Tiene sus cosas en tu casa.

Román se encogió de hombros. Apenas habíamos hecho mención a lo sucedido la noche antes y ambos, como de mutuo acuerdo, actuábamos como si todo fuese una más de sus gansadas; como si, en medio de un berrinche, él se hubiera marchado y anduviera por ahí. Sin embargo, cada vez que nos mirábamos, yo podía ver muy bien en los ojos de Román que los dos pensábamos lo mismo.

—Mira —replicó no obstante—. Yo, esta tarde, me voy para Madrid. Él, si no ha vuelto para entonces, que se busque la vida.

Asentí lentamente. Román se puso los cascos y se tumbó boca arriba, a tomar el sol. Yo me volví de costado, buscando un cigarrillo. Mientras lo encendía, protegiendo la llama con la mano, pasó a nuestro lado una chica verdaderamente escultural. La contemplé con ojos entornados y fue entonces, mientras la seguía con la vista, cuando, más allá de ella, le vi de repente a él, viniendo hacia nosotros.

Sí que se me erizó el pelo del cogote y tuve frío a pesar del calor asfixiante. Aquello no podía ser: ni siquiera vestía la misma ropa que el día antes —ahora llevaba bermudas y camiseta, y una toalla playera en la mano— y yo sabía de seguro que Román no le había dado llave de su piso.

Observé cómo se acercaba, sin prisas, con los ojos escondidos tras gafas negras y esa sonrisa falsa en el rostro, y poco a poco fui comprendiendo. ¿Cómo? No sé. Pero supongo que una buena venganza no puede serlo si la víctima no sabe al final quién, cómo, por qué.

No se había ahogado la noche antes, cuando se echó al mar. No podía, porque ya estaba muerto. Mirándole mientras atravesaba por la arena, supe que lo estaba desde hacía años, quizás casi desde que acabamos la carrera y cada cual se fue por su lado.

En medio de su catástrofe personal, había intentado agarrarse a nosotros, sus

amigos; pero le habíamos abandonado y él se fue a pique, culpándonos a nosotros. Recordé a Fernando, a Esteban, a Gonzalo; ahora, todo estaba muy claro. Él había vuelto para vengarse, llevaba años haciéndolo; había ido enganchándonos uno a uno, con la tenacidad de un sabueso. Le miré: un fantasma ruin, empalagoso. Volví a sentir frío.

Román, quizás alertado por algún instinto, también se había incorporado y le estaba mirando. Supe que él también había comprendido; se había puesto pálido y viéndole, de alguna forma se esfumó mi propia parálisis.

Lo hecho, hecho está; y yo, personalmente, no me arrepiento de nada. Es como en algunas manadas de mamíferos: los machos se respaldan unos a otros y acuden en ayuda de los que están en apuros; pero si uno de ellos resulta malherido, más allá de cualquier salvación, entonces lo abandonan a su suerte. Exactamente igual que nosotros: cuando él empezó a tener problemas, de verdad que hicimos cuanto pudimos por él. Soportamos incomodidades y todas su bajezas y tonterías; sólo le dimos de lado cuando nos convencimos de que no tenía remedio, de que su principal problema estaba en él mismo.

Era él el que estaba en deuda con nosotros. Él, que nos había vampirizado durante años sin escrúpulos, manipulando lo poco que de bueno le va quedando con el tiempo a la gente. Le observé, enconado, y quizás él entendió a su vez, porque la sonrisa le tembló por un instante.

—¿Qué vamos a hacer? —Román echó mano a sus gafas de sol, intentando que no le temblase el pulso.

—Creo que lo mejor es que nos volvamos a Madrid, como habíamos hablado.

Asintió lentamente.

—Sí. ¿Y después?

Le miré y entonces entendí. Él había aparecido allí, así que ahora iba a por Román; yo, de momento, estaba a salvo. Pensé de nuevo en Fernando, en Gonzalo, en Esteban. Habían pasado quince años, había tardado todo eso en acabar con ellos, uno detrás de otro; una venganza muy lenta y cruel, una venganza perfecta.

—Tendremos que plantarle cara. Es lo que siempre hacíamos, ¿no?

—Claro —volvió a asentir, aliviado por aquel «tendremos».

Yo podría ponerme a salvo si quisiera, de momento. Hasta que acabase con Román; luego vendría a por mí y, durante todo ese intervalo, por muchos años que fuesen, yo lo sabría y viviría temiendo el momento en que volviese a mí. Dos siempre pueden más que uno. Además, recuerdo que pensé mientras daba una calada, huir sería hacerle el juego. Porque yo no soy de los que abandonan a sus amigos en apuros. Porque fue él el que nos traicionó a nosotros y no al revés. Él, él.

—De todas formas —quise ser sincero con Román mientras le contemplábamos, ya muy cerca; aunque no creo que le dijese nada que él no pensase—, me parece que

esta vez sí que estamos jodidos. Jodidos de verdad.

LABERINTO

—Le invito a probar fortuna en nuestro laberinto. Nos sentimos orgullosos de él, y creo que con justicia, ya que no existe otro igual. La verdad es que podemos decir que es algo único. No hay nada comparable al número y complejidad de sus trazados, a los múltiples niveles, que hacen que las probabilidades en su interior resulten prácticamente infinitas. Son muchos los que lo han visitado y aún no se ha dado el caso de que dos recorridos fueran exactamente iguales. Y, en mi opinión, nunca se dará.

Hizo una pausa.

—Es difícil, claro. Muchos pierden en él la vida apenas comenzar y el desastre nunca anda muy lejos. Nuestro laberinto está hecho de trampas y engaños, y es fácil acabar en un callejón sin salida, o extraviarse y vagar ya por siempre sin rumbo. La muerte y el fracaso aguardan a quienes prueban en el laberinto, son parte inseparable de él, y cada uno ha de decidir cuál de las dos opciones es peor. Sin embargo, a aquéllos que logran triunfar les esperan recompensas sin límite. Pero, insisto, son muy pocos los que lo consiguen; ni tan siquiera uno entre muchos miles.

—Gente extraordinaria, claro.

—Se equivoca. Basta con algo de firmeza, flexibilidad, constancia, astucia... en fin, cualidades humanas, corrientes, y sólo en cantidades normales. Quienes destacan por algo suelen fiar de ello en demasía y eso es un error en esta prueba, porque lo que en un momento dado resulta útil puede llevar más tarde al desastre. No hay reglas fijas dentro del laberinto. Procure recordarlo, si es que se decide a entrar.

—¿Y si no...?

—En ese caso permanecerá aquí para siempre. Aunque he de aclararle que, en tal caso, no echará de menos nada. Usted decide.

—Creo que voy a probar fortuna. Elijo el laberinto.

—Muy bien —dijo en la oscuridad—. El laberinto se llama Vida y la prueba comienza en este mismo instante. Ahora, ya: nazca.

EN LAS FRAGUAS MARCIANAS

Catorce años en Marte no lograron quitarme del todo ni el asombro ni la fascinación, ni ese sabor a exótico —tan intenso para quien pisa por primera vez los planetas exteriores— que dejan los paisajes de ese mundo crepuscular. Son sensaciones únicas, muy fuertes aún en Puerto Marte, ese remedo de ciudad marciana, lleno de concesiones al gusto terrestre.

Lo sé porque pasé mucho tiempo allí, en Puerto Marte, y aún ahora no tengo sino que cerrar los ojos y recordar. Recordar los canales, el cauce de piedra, el agua oscura, el suspiro del viento. Ese sol blanco y pequeño en un cielo casi negro, como una lámpara de carburo ardiendo en el fondo de un estanque. El desierto de arenas rojas, las rocas redondas y los líquenes verde oscuro, los torbellinos de polvo bermejo. La desolación, el frío, esa terrible aridez.

Es un mundo muy viejo, mucho, y la presencia terrestre apenas ha hecho mella en él. Marca e incluso los asentamientos terrestres forman ya parte indisoluble del embrujo de Marte.

Recuerdo los helicópteros armados que revoloteaban sobre las dunas, levantando polvaredas con las aspas. El astropuerto de pistas flanqueadas por estatuas de hierro negro, las naves despegando entre fuego y estruendo. Las caravanas en las carreteras de circunvalación de Puerto Marte, los gigantescos reptiles de cargas serpenteando en hilera, las colas chasqueando contra el asfalto negro... Son imágenes híbridas que aprendí a disfrutar, sabiendo ya que formaban parte de una etapa concreta e irrepetible, un episodio más en la larga historia del planeta rojo.

Piezas de una iconografía fronteriza, que algún día pasará. Como las colonias terrestres, el contrabando de arte, las tribus mestizas. O como los tugurios del Barrio Universitario, en Puerto Marte, tan populares en la Tierra gracias a las películas, aunque luego no sean más que unos cuantos locales nocturnos, bastante tranquilos, pese a su fama.

Pero es verdad que allí se ve un retablo muy amplio del Marte fronterizo; sujetos de toda clase: pintorescos, enigmáticos y alguno que otro inquietante. Y también es cierto que en esos locales se cierran de continuo tratos dudosos; negocios más bien al filo, que ayudan a ir tirando a buena parte de los residentes del barrio.

Precisamente para cierto asunto, me llegué esa noche al *W. Jiorke*, cerca del canal. Un semisótano amplio, para nada siniestro, de techos bajos y paredes de roca rojiza. Hay estatuas de hierro negro en cada recoveco y del mismo metal son mesas, sillas, barandas, así como de piedra roja son las dos barras de bebidas.

El encargado, conocido mío, me llevó a una mesa apartada, en un rincón discreto, como a mí me gusta, desde la que podía mirar a mis anchas por el salón en penumbras. Había unos cuantos marcianos, mucho terrestre y mestizo, y algún que

otro venusino. Aquello estaba medio lleno y casi todas las mesas ocupadas. En una cercana, dos parejas terrestres observaban todo con avidez. También se fijaron en mí, lo bastante descarados como para incomodarme; pero opté por ignorarles porque, obviamente, se trataba de recién casados en viaje de novios.

Era la época, la conjunción, cuando, aprovechando que Marte y la Tierra se hallaban a la mínima distancia, una marabunta de turistas se desparramaban por Puerto Marte. Y esos cuatro, haciendo caso omiso de las recomendaciones —para variar—, habían bajado a los terribles antros del canal, para poder presumir después a la vuelta a casa.

Un camarero me trajo la copa. Las luces se hicieron aún más tenues y se alzó una música vibrante, producida por la percusión de baquetas en el interior de un gran cuenco metálico, mientras una bailarina —una mestiza de poca ropa y mucha bisutería— se arrancaba a danzar en la pista de mosaicos.

Los turistas miraban con avidez, entre cuchicheos. Yo también dejé los ojos en ella, porque se cimbreaba con estilo y en el *W. Jiorke* sabían jugar con los focos, realzando el espectáculo. Tampoco pude evitar una sonrisa, pensando en esas dos parejitas.

Porque las famosas danzas marcianas son de lo más recientes. Un producto de esas películas ambientadas en un Marte de ficción donde, entre tópicos, solían aparecer bailarinas ejecutando danzas fantasiosas, mezcla de falso oriente y pseudohindú, ajenas por completo a la cultura marciana.

Pero, como los turistas las buscaban, fueron apareciendo por los bares terrestres, luego en el canal y, poco a poco, popularizándose, hasta que los mismos marcianos acabaron por asimilarlas, trasmutando así lo falso en cierto, en un caso de retroalimentación cultural de lo más curioso.

El baile, muy movido, no iba más allá de los cinco minutos, tras lo que la percusión —el instrumento era oriundo, en realidad, de la isla terrestre de Jamaica— cesaba de golpe. Jadeando, la bailarina se inclinó para responder a los aplausos, haciendo destellar sus adornos metálicos. Y, justo al salir de escena, entraba en el local Morocho Banasto, y ambos cruzaron una mirada que era mutuamente apreciativa.

Porque Banasto —con un abuelo marciano y tres terrestres, dos de ellos mulatos americanos— tenía esa superioridad física que, tan a menudo, da la naturaleza a los híbridos. Alto y bien plantado, con la piel dorado oscuro y esos ojos amarillos suyos, era algo así como un apolo exótico y asilvestrado, con ese toque de peligro que tanto suele gustar a las mujeres.

Le acompañaban dos hombres. Uno era Chumpa Caliya, su mano derecha; un marciano que solía vestir a la terrestre, lo que rozaba lo insólito y decía mucho de su temple. Contaban muchas historias sobre él y, mirando en sus ojos verdes y rasgados,

de ser capaz de aguantar, uno podría creer la peor de todas ellas.

Al otro, un terrestre entrecano, de rasgos marcado, no le conocía, aunque era fácil suponer quién era.

—El Sr. Balboa —nos presentó Banasto—. Éste es mi amigo Vargas.

Vargas soy yo y Balboa era la causa de que yo estuviese allí esa noche. Pidieron de beber y hablamos de naderías. Sólo cuando estuvieron servidos entró Banasto en materia, aprovechando cualquier giro de conversación.

—El Sr. Balboa es profesor universitario. Es —dudó—, es...

—Me dedico a las humanidades —atajó el otro— y mi campo es Marte; lo marciano, por así decirlo.

—Lo marciano —incliné la cabeza—. Suena bien.

—Pero me han dicho que tiene usted cierta formación en tal sentido.

—Bueno, tengo una licenciatura en Arqueología Marciana, por la universidad de Panamá —y me eché a reír.

Nos reímos todos, incluso el reseco Chumpa Caliya se permitió una mueca. ¡Aquellos títulos panameños! Bastaba con tener el dinero suficiente y seis meses, y ya tenía uno el diploma en el bolsillo. Pero hubo un tiempo en que valían para conseguir el visado a Marte: así llegué yo al planeta. Y no sólo yo, porque de ahí le viene el nombre al Barrio Universitario; jamás se ha visto tanto buscavidas junto, cada cual con su respectiva licenciatura de pega.

Eso distendió y Balboa, más cómodo, abundó sobre su trabajo. Era un generalista, lo contrario a especialista: tocaba muchos campos y se ocupaba de integrar entre disciplinas distintas. Y, de siempre, se había dedicado a «lo marciano».

—Sin embargo —dio un sorbo a su copa— nunca había estado en Marte; lo había ido dejando. Pero, ahora que al fin tengo tiempo...

Dejó la frase en el aire y yo le miré curioso, porque no le había echado más allá de cincuenta y tantos, como mucho.

—No es que me haya jubilado; no soy tan viejo —sonrió, como si fuese telépata—. Pero, por fin, me he decidido a pedir una excedencia.

—Quiere viajar por el desierto, a las ciudades del Mottir —medió Banasto— y va a necesitar un buen guía —se volvió a Balboa—. Vargas lleva muchos años en Marte, es el hombre adecuado y, el que hablen ustedes dos el mismo idioma, es una ventaja añadida.

Todos cabeceamos.

—La tarifa sería la habitual —añadió—, si es que estás disponible y te interesa el trabajo, claro.

—Sí y sí —aquello era teatro, porque ya estaba hablado entre Banasto y yo. Me dirigí a Balboa—. ¿Qué planes tiene en concreto?

—Ninguno: pienso hacer trabajo de campo y decidir sobre la marcha.

Hice un gesto, dando a entender que él pagaba y que por mí podía hacerse el misterioso. En el silencio consiguiente, saqué mis cigarrillos y ofrecí alrededor. Chumpa Caliya aceptó uno.

—Primero, me gustaría ir a Dendera.

—Dendera —le miré a través de las volutas de humo—. Entonces, mejor que nos unamos a una caravana. Si no me equivoco, sale una dentro de un par de días, pero no sé yo si... —Busqué con los ojos a Banasto.

—Ya me encargo yo de que tengáis plaza —sonrió éste, cogiéndola al vuelo.

—¿Va esa caravana a Dendera?

—No: a Turakas y a Jinnaude, pero podemos enlazar en el cruce de... no se preocupe. Y, de Dendera, ¿a dónde?

—Ya veremos —soslayó otra vez.

Yo repetí el gesto. Estuvimos concretando detalles y, cuando el tema comenzaba a languidecer, Banasto llamó al camarero, antes de echar un par de billetes en la mesa.

—¿Qué vas a hacer? Nosotros vamos a dar una vuelta por el canal.

—Os acompaño entonces.

Nos acercamos al canal y fuimos caminando sin prisa por el paseo. Hacía un frío terrible, ese helor de los desiertos marcianos que le congela a uno los huesos, y el viento aullaba, agitando los faldones de los abrigos. En el cielo nocturno, centelleaban millones de estrellas y, en un momento dado, Balboa señaló una gran luminaria, al este.

—¿Harshee?

—Harshee —asentí—: Deimos.

La avenida estaba vacía y sólo de vez en cuando pasaba algún taxi eléctrico, zumbando. El viento nos arrojaba arena, el agua oscura lamía las piedras del canal. En ocasiones, Balboa se paraba a estudiar alguna estatua del paseo; efigies humanoides de hierro negro, sin cara y con huecos en pecho o en vientre, que a mí siempre me han recordado a ciertas creaciones de Dalí. Al otro lado del canal estaba el espaciopuerto, iluminado como una feria, y aún más lejos, sobre el desierto, revoloteaba una luz parpadeante.

—Un helicóptero —indicó Banasto.

—¿Hay guerrilla tan cerca de Puerto Marte? —Balboa se acercó al borde, a mirar esa luz que danzaba en la noche.

—Hum. Ésos están ahí, sobre todo, para reprimir el contrabando.

—¿Armas?

—Armas, antigüedades... —sonrió en la oscuridad.

Reanudamos nuestro paseo. No había alumbrado público y sí de edificios, de forma que, de noche, la ciudad era un carnaval de cúpulas, fachadas, estatuas, asomando en la negrura, mientras las calles se hallaban en una penumbra que casi no

dejaba andar sin tropezar.

Balboa se arrebujaba en el abrigo, helado. Banasto me tendió un cigarrillo y yo saqué fuego. Él apantalló la llama con las manos y Chumpa Caliya, a un paso, echó una ojeada en torno, las manos en los bolsillos, las solapas del ropón tapándole la cara y los faldones golpeando contra sus piernas a cada ráfaga de aire.

—Nos siguen —avisó, en marciano.

—¿Seguro? —Banasto dejó escapar una gran humareda, que el viento dispersó apenas formada.

—Seguro.

Afiné el oído: nada. Pero Chumpa Caliya era como los gatos. Seguimos andando, alejándonos algo del borde del agua y, apenas dados cincuenta pasos, el marciano nos alertó de nuevo.

—Ahí hay alguien —siseó—. Ahí.

Nos detuvimos a cercionarnos, y yo, al menos, necesité aún un segundo para discernir algo. Luego distinguí ya una sombra humana en la oscuridad, con las ropas agitándose en la ventolera. Pero, de no ser por Caliya, casi me hubiera dado de narices con él. Banasto, por su parte, no se anduvo con remilgos.

—¡Eh! —le gritó, en inglés—. ¿Qué es lo que está haciendo ahí?

La sombra se movió y, aunque sólo era un borrón, sus intenciones eran claras. Creo que uno y otros echamos mano a la vez a las armas. Estalló un fogonazo en la negrura, luego otro y otro. Chumpa Caliya replicó con su pistola y, casi al tiempo, comenzaron a disparar contra nosotros por la espalda.

Entre los estampidos, Banasto tiró de Balboa, con tan mala pata que, a la vez, yo hacía lo mismo en dirección contraria, de forma que casi le dejamos en medio. Por suerte, al menos, le hicimos caer.

—¡No se mueva! —le había gritado el mestizo, al tiempo que buscaba refugio tras una estatua, disparando a su vez.

Yo, al otro lado, como no vi escondrijo, eché a correr en ángulo, tirando contra los que teníamos detrás. Pero en seguida dejamos de disparar, viendo que éramos los únicos que lo hacían. Nuestros atacantes se habían esfumado y nosotros nos quedamos un rato en la penumbra, encañonando en todas direcciones y sin saber muy bien qué pensar.

—Se han ido —sentenció Caliya, guardando ya la pistola.

Creo que oí pasos alejándose, pero no sé si fue imaginación. Nos acercamos a Balboa, pero ya estaba en pie, ileso y con una luz en los ojos que tardé algo en reconocer: la mirada del que, de golpe, se topa con algo sobre lo que ha oído hablar durante años.

—No se equivoque —pensé que debía aclararle, mientras guardaba el arma, bajo la chaqueta—. Esto no pasa todos los días.

Banasto se carcajeó, Caliya no mudó de gesto. Ellos sí que habían estado en unas cuantas balaceras del barrio; pero eso son gajes del oficio para quien anda metido en los asuntos turbios de Puerto Marte. Yo, en cambio, siempre procuré mantenerme justo al borde de todo eso.

—Vargas tiene razón —convino, no obstante, el mestizo—. Esto no es como en las películas. —Y me miró—. ¿No tendrás cuentas pendientes con alguien?

—¿Quién? ¿Yo?

—Tú. Si a por ti no iban, a por mí tampoco; se lo hubieran montado mejor —volvió a reírse—. Así que sólo nos queda usted. Balboa.

—¿Yo? —nos miró uno a uno, confuso.

—Le seguían a él —medió Caliya, siempre en marciano, las manos de nuevo en los bolsillos—. Cuando les descubrimos, pegaron un par de tiros para cubrirse y se largaron. No le quieren muerto.

Banasto asintió, mientras yo traducía para Balboa, que tenía algún problema con el marciano vulgar. Se quedó pensando, pero no dijo ni mu.

—Muy bien. —Banasto se encogió de hombros—. Vámonos cuanto antes. Por ahí viene un taxi: llámalo, Chumpa, y le dejamos en su hotel. Vargas, nos vemos.

* * *

Aunque hablamos, no volví a ver a Balboa hasta días después, cuando le recogí, a primera hora, en el hotel. Apenas conversamos en el taxi, cada uno amodorrado en su asiento, y sólo cuando el coche enfiló el puente y el canal, y la perspectiva del desierto se abrió ante sus ojos, le vi despabilarse.

El sol, blanco y pequeño, colgaba aún bajo, al este, y un viento frío y seco zarandeaba silbando el taxi. Más allá del canal, a mano izquierda, se divisaban cuatro colosos de hierro negro, aún más imponentes contra el cielo oscuro y las dunas rojas. Se los señalé.

—Punto de Caravanas.

Punto de Caravanas era ya el pandemonio. Entre el rugido del viento y el azote de la arena, los caravaneros ultimaban detalles, dando tirones a las cinchas y asegurando bagajes, mientras los sirrecs —esos grandes reptiles marcianos, de piel correosa, que se usan como bestias de carga— se agitaban entre bramidos ensordecedores, como presintiendo la marcha.

Balboa, mochila al hombro, se quedó al borde del campo, creo que algo amilanado y sin saber muy bien qué hacer.

—Póngase el casco —le aconsejé.

Por suerte, su atuendo era práctico: mono térmico, holgado y con muchos bolsillos, y un aparatoso casco de fibra. Yo en cambio vestía a la marciana, con manto

suelto, de color amarillo, y uno de esos capirotos altos, con máscara, que tanto recuerdan a los de los penitentes de nuestra tierra natal.

—Pero póngase el casco, hombre —insistí, viéndole guiñar los párpados, a causa de la arena.

Todavía tardó un momento, como aturdido por tanta barahúnda, antes de hacerme caso. Me calé el capuz, antes de conducirlo por entre el maremágnum de hombres y bestias. El ventarrón levantaba nubes de arena y hacía flamear los mantos; los monstruos se agitaban bramando, haciendo repicar sus campanillas, mientras los jefes de caravana iban de un lado a otro, blandiendo sus trompas de bronce.

Balboa contemplaba hipnotizado a los grandes sirrechs de cola nudosa y ojos de culebra. Los caravaneros de capirote y mantos de colores ricos —ocres, óxidos, azafranes— que ondeaban con las ráfagas. El cielo oscuro, el sol chico, los torbellinos de polvo rojo que danzaban en los arenales, agitados por la ventolera. Del otro lado del canal se alzaba Puerto Marte; los rascacielos de piedra rojiza, las estatuas de hierro, las cúpulas de cobre que resplandecían débilmente en el alba oscura.

En lo alto de una duna se agolpaban los turistas, enfocándonos con sus aparatos. Yo les observé a mi vez: parejas, grupos y sí, allí habían dos hombres algo aparte. Les estudié sin sacar nada en claro, hasta que un trompetazo largo y vibrante me hizo apartar los ojos.

Daba comienzo la marcha y, entre toques metálicos de trompa, aquel caos aparente empezó a arremolinarse para desembocar en una larga hilera en movimiento, enfilando ya la larga travesía del desierto.

Así dejamos Punto de Caravanas, al paso serpenteante de los sirrechs, mientras los turistas filmaban como si les fuese la vida. Balboa se había subido a uno de los reptiles y ahora se bamboleaba de un lado a otro. Yo había preferido unirme a los que andaban junto a la caravana, a trancos largos y fusil en mano. Tiempo habría de cansarse y cabalgar.

Cogimos la carretera, que se adentraba unos cien kilómetros en el desierto, antes de esfumarse como por arte de magia en los médanos rojos. A la derecha, una nave despegaba entre llamas y estruendo. La miré mientras subía, con una estela de fuego aún más incandescente en el cielo casi negro. Se elevó, se perdió de vista y nosotros fuimos dejando todo eso atrás, hasta que la torre espacial, los colosos de hierro, las cúpulas de Puerto Marte, se desvanecieron tras las dunas y los remolinos de polvo.

Para navegar el desierto, hay que valer. Los hay que se aburren que desesperan y creen enloquecer con esos viajes interminables; pero eso es porque están ciegos y sordos, son insensibles al embrujo de Marte.

Porque pocos parajes hay más extraños y ajenos que los desiertos marcianos. Pero para entenderlo hay que haber estado allí, en mitad de esos océanos de arenas rojas,

bajo el cielo oscuro, con ese viento que aúlla y corre polvaredas entre las dunas. Ver esas formaciones rocosas redondeadas por la erosión hasta parecer gigantescos huevos rojizos, surcados por líquenes como venas verde oscuro. Sentir el frío, la sequedad, la desolación, ese algo a antiguo y moribundo que impregna todo lo marciano.

Los primeros días vimos de lejos algunas tanquetas ONU, patrullando por las laderas arenosas, y algún helicóptero armado nos sobrevoló entre rugido de aspas, cubriéndonos de arena mientras los caravaneros les ignoraban ostentosamente.

También divisamos asentamientos terrestres; alguna de esas pequeñas colonias que son como un enjambre en torno a Puerto Marte, habitadas por fanáticos — religiosos, políticos, sociales— que emigraron al planeta rojo para establecer sus minúsculas utopías en mitad de los arenales. Yo, que las conocía casi todas, se las nombraba a Balboa según iban apareciendo en la distancia.

Él y yo trabajamos cierta familiaridad a lo largo del viaje. Al acampar, nos sentábamos ante alguna hoguera de bosta, mirando cómo las llamas se agitaban empujadas por el viento. Hablábamos de Marte y lo marciano, y una noche me preguntó por el nombre que me daban los caravaneros.

—Vargas Camúchal Yun —acepté—. Sí, así me llaman.

—Y significa —lo dejó en suspenso, aunque sabía marciano.

—Vargas, el que bruñe historias.

—Vargas Bruñidor de Historias. —Me miró a la luz del fuego—. Bonito nombre; pero ¿qué significa exactamente?

—Dicen que soy de los que, cada vez que cuentan algo, lo hacen de tal forma que, sin cambiarlo, le dan matices nuevos. Por eso me llaman así.

—Ah.

—Es algo sin importancia en la Tierra, pero para los marcianos es todo un don.

—Ellos no son como nosotros —dijo, tras un instante de silencio.

—No, no lo son.

Cabeceó, con los ojos puestos en las llamas, y se quedó pensando. Yo busqué un cigarrillo y luego algo con qué encenderlo. Ninguno añadió ya nada; ambos lo dejamos ahí.

* * *

No retomáramos el tema hasta días más tarde, ya en Dendera.

Recuerdo haber estado haraganeando ante la embajada terrestre, en una plaza donde todo rezuma al viejo Marte. Las piedras de las casas, gastadas por el tiempo, las puertas de bronce trabajado, los panzudos flameros de cobre, donde rugen día y noche las grandes llamas. Las ropas de los transeúntes, que el viento hacía ondear.

Cada sonido, cada aroma y cada color.

Un marciano alto, de manto marrón y mostaza, me estaba mirando. Clavé los ojos en los suyos, rasgados y amarillos, pero no vi sino curiosidad y él, notándome incómodo, siguió su camino. Respiré. Quizás le había llamado la atención mi mono térmico, con emblemas marcianos cosidos en las bocamangas, o quizás el cuchillo denderano que llevaba al hombro derecho.

Ese arma de acero, con mango de hueso y una gracia insuperable de líneas, había salido de una forja marciana. En su campo, los herreros de Marte no conocen rival, como no lo conocen en el suyo las viejas cerámicas chinas. Y aquella pieza maestra había estado en poder, hasta un par de días antes, de un marciano de Dendera.

Éste, al que yo no conocía de nada, me había provocado en público de tal forma que no me quedó sino retarle. Luego sabría que se trataba de un asesino a sueldo y que, con ese método, ya había matado a varios hombres. Pero, como a todos nos abandona la suerte y yo tampoco había llegado ayer a Marte, esa vez fue él quien dejó la piel en el círculo de arena. Y yo me quedé con el cuchillo.

Por fin, Balboa apareció bajo el arco de piedra de la embajada, pasando entre los guardias ONU con una expresión distraída que perdió apenas verme.

—¿Usted? —me espetó, molesto—. ¿Pero no le he dicho que no me siga? No hace falta que se tome por mí molestias que no le he pedido.

—No es por usted, sino por mí —repuse de malas—. Morocho Banasto me le ha confiado y no es de los que admiten, sin más, un fracaso.

Eso le aplacó algo y yo, con un codazo, le indiqué que era mejor marcharnos: los soldados ONU, de armaduras blancas y azules, nos estaban mirando y, cuanto menos llame uno la atención de esa gente, mejor. Le llevé a un bar terrestre, en un sótano de la misma plaza, y, minutos después, nos acodábamos en la barra de mosaico, él con un café y yo con una cerveza. Había bastante aforo, casi todo de terrestres; nada raro, dada la cercanía de la embajada y lo nutrido de la colonia en Dendera.

—Aquella noche en Puerto Marte —le dije por lo bajo— iban detrás de usted y el duelo del otro día no fue casual: ese marciano era un asesino y alguien le pagó para quitarme de en medio. Y me he enterado de que alguien anda preguntando por usted: menos mal que también tenemos amigos aquí; o, mejor dicho, los tiene Banasto.

Toqueteó su taza, haciéndola tintinear contra el plato; pero no dijo palabra. Suspiré.

—No pretendo saber qué se trae entre manos; eso es cosa suya. Pero quiero que se haga cargo de la situación —saqué un papel del bolsillo—. Tome. Banasto me lo ha enviado por radio hace un rato; dígame si le suena algún nombre de esta lista: no es muy larga.

La leyó y la releyó, guardando silencio aún un rato.

—Del Toro —rezongó por fin—. Del Toro.

Le miré hastiado pero, sabiendo que no iba a soltar prenda, simplemente le aclaré que aquélla era la lista de civiles, del próximo convoy ONU a Dendera.

—Aquí hay una gran colonia y la embajada tiene mucho personal. El Tratado permite cierto número de convoyes a Dendera. —Hice una pausa—. Éste sale de Puerto Marte dentro de cinco días, así que para el sexto estarán aquí.

—Ya —cabeceó, sin dar atisbo de quién pudiera ser ese tal del Toro. Apuró su taza y, entonces, reparó en las bocamangas del mono térmico.

—¿Qué es esto? —casi rozó los bordados con los dedos.

—Usted sabrá, que es el experto.

—Emblemas marcianos, del Metal —me miró con intensidad—. Así que es usted Metal.

—Todos somos Piedra o Metal —recité sonriendo, al tiempo que llamaba al camarero—. Todos, lo sepamos o no.

—Eso enseña la Taggar, pero nunca le hubiera tomado por un creyente.

—La Taggar no es una religión, así que eso de creyente...

—Una filosofía.

—Tampoco. Más bien una tradición.

—Muy bien. Pero ¿es usted seguidor de la Taggar?

—Bueno, son muchos años en Marte...

Salimos. El viento, susurrando, arrastraba polvo rojo por las callejas. Nos pusimos los cascos.

—Hábleme de la Taggar: del Metal y la Piedra —me pidió de repente, según íbamos calle arriba.

—No creo que pueda decirle nada que usted no sepa ya.

—¿Y qué? ¿No le llaman Bruñidor de Historias? Pues venga, cuénteme ésta.

—Como quiera. —Me tomé un segundo—. Es muy sencillo. Según la tradición marciana, hay dos clases de hombres: los que son como de metal y los que son como de piedra. Los unos han de forjarse, los otros labrarse.

Los primeros se forjan poco a poco, a lo largo de la vida, como en un yunque a golpes de martillo. La verdadera naturaleza de los segundos ha de aflorar, como si un escoplo fuese arrancándoles lo sobrante.

—O sea, que los primeros son más dúctiles que los segundos.

—No. La Piedra y el Metal son analogías y, llevadas al extremo, se reducen al absurdo. Pero yo no pienso jugar a eso.

—No es mi intención...

—No es cuestión de dúctil o rígido. La diferencia está en que los de metal pueden llegar a ser y han de hacerse, mientras que los de piedra ya son y, por tanto, han de descubrirse.

—Ya. Y herreros y canteros...

—Todos somos piedra o metal, pero herreros y canteros están por encima del resto, puesto que pueden forjarse o labrarse a sí mismos.

—Ajá —anduvo unos pasos callado—. Y usted es de metal.

—Era fácil de adivinar por mi apodo marciano: Bruñidor.

—Es cierto —admitió—. ¿Y qué hay de los Kismel?

—¿Los Nueve Grandes Herreros? La Taggar no es una religión, pero, si lo fuese, ellos serían algo así como dioses del metal.

—Lo que quiero saber es si usted cree que existieron de verdad.

—Mitad y mitad. Puede que los más antiguos no sean más que fábulas, pero los últimos, por mucho que les haya distorsionado la leyenda, debieron ser de carne y hueso.

—Asha, Melo, Tonkinni —fue alzando en el aire uno, dos, tres dedos— vivieron en épocas y lugares concretos. —Me miró, los ojos ocultos tras el visor del casco—. Hay mucha tradición oral al respecto y usted, con ese nombre que tiene, seguro que la conoce bien.

—Alguna historia me sé.

—Ese campo sí que está aún poco estudiado: quisiera que hablásemos en alguna ocasión de ello —y, según yo asentía, cambió de tema—. ¿Cuándo podemos salir de aquí?

—Cuando usted quiera. Es más seguro viajar en caravana, pero tampoco es imprescindible. ¿A dónde ahora?

—A Jinnaude. Y, cuanto antes nos vayamos, mejor.

* * *

Pese a tanta prisa, pude convencerle para esperar tres días y unirnos a una caravana con rumbo a la misma Jinnaude; una ciudad mucho más sureña, donde los terrestres son contados y en la que Banasto carecía de contacto, por lo que no podíamos esperar protección allí.

Aunque esa protección no me había librado de un duelo, ni de algún que otro mal trago. Como el que me dieron, en vísperas de partir tres terrestres, ya de anochecido. Dos me cerraron el paso, en mitad de la calle, mientras el tercero se ponía a mis espaldas, y lo cierto es que me pegaron un buen susto.

—Estás meando en tiesto ajeno, tío —me soltó uno. En realidad no dijo eso, sino un chascarrillo marciano, bastante equivalente, y lo enunció en inglés, aunque se notaba de lejos que ése no era su idioma natal.

—¿En qué tiesto estoy meando yo? —llegué a replicar, temiendo de un momento a otro una puñalada en los riñones, porque notaba en el cogote el aliento pesado del tercer matón.

—Estás fastidiando a Heitar. ¿Sabes quién es Heitar, tío?

Sí que lo sabía y eso fue como un mazazo. Sin embargo, ya iba pensando en que, al menos, saldría vivo de ésa.

—Yo estoy a lo mío: a mí me pagan y yo cumplo.

—Mal hecho —el matón, siempre el mismo, me apuntó con el dedo—. Vais a Jinnaude, ¿no? Pues desaparece al llegar y deja que tu amigo se las componga como pueda.

Opté por no contestar nada.

—Sabemos quién eres, Vargas, y dónde encontrarte —sonriendo, me puso en el pecho una pegatina de la ONU; así, con un par, dándome a entender que eran de la embajada y que, bajo mano, cobraban de Heitar—. Estás en la lista negra: tú sigue jodiendo, que ya verás.

No le comenté nada a Balboa hasta después, ya en camino, un día que andábamos por las arenas, a un lado de la caravana, yo con el fusil terciado al hombro y él absorto en la inmensidad del desierto rojo.

—¿Quién es Heitar?

—Un mafioso de Dendera.

—Bueno, entre nosotros, Banasto también es un mafioso.

—Eh: hay una diferencia. Banasto es un hombre de negocios —con un gesto, impedí su réplica—. Sí, aunque sus negocios son poco legales y sus métodos acordes a esa circunstancia. Pero a él le mueve el dinero, la pasta. Heitar es un hijo puta y le encanta imponer su ley, que le laman las botas, asustar, matar.

—Ah, ah —cabeceó, ahora pensativo.

—Hasta ahora teníamos la protección de Banasto y, por tanto, de sus socios denderanos: una acción directa hubiera provocado una guerra de bandas. Y suerte hemos tenido de que eso haya contenido a Heitar.

—¿Qué va a pasar ahora?

—En Jinnaude casi no hay terrestres ni mestizos, así que no hay mafias: no tenemos quien nos proteja y Heitar puede mandar a sus hombres a por nosotros. Y está ese amigo suyo, del Toro.

—No es amigo mío.

—Debió aceptar los guardaespaldas que le ofrecieron en Dendera.

Por toda respuesta se cerró en banda, algo a lo que ya me iba yo acostumbrando. Fastidiado, me fijé en la hilera de reptiles que serpenteaban por la arena, así como en sus jinetes de mantos flotantes y capirotos. Hasta donde llegaba la vista, todo eran arenales rojos y rocas redondeadas; el viento arrastraba cortinas de polvo y, muy lejos, se columbraba una cordillera erosionada por el paso de los milenios.

—¿Ocupa usted algún rango en el Metal? —preguntó de repente.

—¿?

—Hay categorías dentro de la piedra y el metal, y a usted le llaman Bruñidor de Historias.

—Ah, ya. Bueno, en realidad todo es más nebuloso: no hay una jerarquía rígida en la piedra y el metal.

—No será rígida, pero alguna hay: los maestros herreros, por ejemplo.

—Sí, pero no lo vea desde una perspectiva terrestre; trate de verlo a la marciana. En el metal, o la piedra, uno es. Pero es, sobre todo, porque los demás así lo aceptan. A mí me llaman Bruñidor de Historias y, porque me llaman así, lo soy. Y eso vale para cualquiera, incluso para un maestro herrero.

—¿Incluso para un Gran Herrero?

—Hace casi quince mil años que no hay ninguno.

Anduvimos un trecho en silencio, contemplando los remolinos de polvo rojo que se agitaban entre las dunas.

—¿Qué opina usted de esas historias de los Grandes Herreros...?

—¿Qué historias?

—Usted ya me entiende.

—Un metal ordinario se hace a lo largo de la vida —me encogí de hombros—. Un herrero puede forjarse a sí mismo y un maestro herrero forjar a otros. Pero sólo un gran herrero es capaz de forjar a muchos, o a la misma historia, a voluntad. Supongo que se refiere a eso.

—¿Y usted cree que es cierto? ¿Que alguna vez hubo alguien capaz de hacer algo así?

—No lo sé. Hace años tenía mi propia opinión, pero ahora me he vuelto un poco como los marcianos y ellos no tienen esa necesidad nuestra de planteárselo todo, de tomar partido a favor o en contra de todo lo que se cruza en su camino. Las historias sobre los nueve grandes: están ahí y eso es lo que vale; lo que yo piense no importa mucho.

—Ya. —Me miró, de nuevo pensativo. Y creo recordar que, durante largo rato, no volvimos a cruzar palabra.

* * *

El viaje a Jinnaude acabó sin novedades, fuera de que uno desapareció en marcha, sin que nadie se diese cuenta hasta después. Debió apartarse unos pasos y ser víctima de alguno de los monstruosos predadores del desierto marciano. Pero, por lo demás, la travesía fue tranquila, cosa que no puede decirse de nuestra estancia en Jinnaude.

Balboa logró acceso a las Grandes Casas, y no sólo a los archivos, sino también a sus salones. Fue allí donde se encontró de lleno con el viejo Marte; el de los linajes vetustos, las piedras milenarias, las tradiciones inmemoriales. Ese Marte entreverado

de misterios, de penumbras, de batintines reverberando por los pasillos de piedra. El Marte de los aromas exóticos, de luces y sombras, de sabores únicos.

Él mismo, mientras tomábamos café en el único establecimiento terrestre de la ciudad, me lo comentó.

—Ahora sí —decía fascinado—. Ahora sí que estoy en Marte.

—¡Toma! —sonreí—. ¿Y dónde se supone que ha estado hasta ahora?

—El Marte de verdad, quiero decir —sonrió a su vez.

—Puerto Marte y Dendera también son de verdad.

—Ya me entiende.

—No, no le entiendo. Jinnaude es el Marte de siempre, intacto a la era espacial, es cierto: pero no por eso es más marciana que, por ejemplo, Dendera, sino sólo distinta. Yo, la verdad, cuando veo que igualan viejo a auténtico, es que me parto de risa.

—No voy a entrar al trapo —se zafó con humor—. No íbamos a sacar nada en claro y me da que iba a acabar perdiendo: creo que, como retórico, no puedo competir con usted. Vargas.

Sonriendo, lo dejamos estar. Yo también era así al llegar al planeta y viajé por las viejas ciudades lleno de ideas parecidas. Pero, con el tiempo, aprendí.

En todo caso, si algo había en Jinnaude ajeno al viejo Marte, eso era aquel par al que descubrí siguiéndome. Dos terrestres de malas pintas, desertores de las tropas ONU a los que había visto en visitas previas a la ciudad. Ellos, quizás por mis ropas marcianas, y porque siempre iban colgados de todo, no me reconocieron. Yo, en cambio, a ellos sí, y al ver que me seguían, y conociendo a lo que se dedicaban, supe en seguida a qué atenerme.

Debieron frotarse las manos cuando salí fuera, al barrio extramuros, y a mí no me costó nada sorprenderles en una de las callejas de piedra, porque aquellos infelices estaban comidos por el alcohol y las drogas. Acto seguido, me fui a ver al cónsul.

Cónsul honorario, podría decirse, aunque son los propios marcianos quienes dan tales cargos. En este caso, a un yanqui gordote y malencarado que llevaba por lo menos treinta años en el planeta y que tenía fama de ser más o menos honrado.

—Vargas —resopló, en marciano—. Matar, a tiros y por la espalda, a dos personas se considera asesinato en la Tierra.

—Hace un montón de años que salí de la Tierra. Y que me parta un rayo si vuelvo a pisarla algún día.

Me miró atravesado, rascándose con aspereza la barba de tres días, antes de pegar una calada a su canuto de maría; maría que él mismo cultivaba en su pequeño invernadero. Ya me hubiera gustado enseñar este último a Balboa, a ver que decía entonces del «Marte auténtico».

—Me seguían —añadí— y todos sabemos a qué se dedicaban esos dos.

Él hizo girar un dedo en el aire, invitándome a seguir.

—Estoy haciendo de guía para Santiago Balboa, un investigador de la Tierra, y estamos de gira, Dendera, Jinnaude, pero parece que alguien no nos quiere bien. Anda por medio un tal del Toro, también de la Tierra, y creo que se ha compinchado con Heitar.

—¿Heitar? ¡Ese cabrón! —bufó—. ¿Sabe ése del Toro con quién se junta?

—Supongo que no. Pero él, y seguro que alguno de los hombres de Heitar, vendrán a Jinnaude un día de éstos, buscándonos.

—Vargas —volvió a mirarme, envuelto en una humareda narcótica—, siempre andas en rollos raros.

—Como si uno pudiera elegir. ¿Qué pasa con del Toro y...?

—Esto no es Puerto Marte, ni Dendera, y al que venga por las bravas le voy yo a espabilar —dio otra calada—. En cuanto a esos dos, es cierto que todos sabemos a qué se dedicaban, así que vamos a dejarlo correr. Pero tú, Vargas —me apuntó con el canuto humeante—, no le cojas el gusto a eso de ir pegando tiros por si las moscas.

No esperaba salir tan bien librado y, apenas abandonar la casa del cónsul, fui a poner un par de cosas en claro con Balboa.

—Es la segunda vez que quieren matarme: está claro que el juego está en quitarme de en medio para dejarle a usted aislado.

—Hombre, tanto como aislado...

—Aislado. Usted necesita a uno como yo: un guía no marciano. Puede buscarse a otro, claro, pero puede que mi sustituto no sea muy de fiar. Y eso, teniendo en cuenta lo que va buscando, puede ser de lo más peligroso.

—¿Por qué dice que ando buscando algo?

—Por la cara que se le ha puesto. No, en serio, es cuestión de lógica y usted no es el primero, ni mucho menos, que, tras años de bucear en datos, se lanza a una búsqueda —le sonreí. Unos lo logran, la mayoría no; pero esos buscadores son una figura más en ese Marte fronterizo que tanto quise—. ¿Qué busca? Alguna de las fraguas marcianas, claro.

—¿Las fraguas marcianas? —trató aún de zafarse.

—Venga. Me ha estado preguntando y anotando sobre casi todo, excepto sobre las fraguas marcianas. ¿Le parece que tiene eso sentido?

Eso le dejó callado; parecía contrito y yo le dejé estar. Por si alguien no lo sabe, cosa que dudo, lo que los terrestres llamamos «las fraguas marcianas» son las antiguas sedes de los nueve grandes herreros; allí donde trabajaron y enseñaron. Nadie sabe dónde están, porque, a la muerte de cada uno, se clausuraban y una especie de veto sagrado caía sobre todo lo relativo a ellas. Son algo muy importante para los marcianos y de siempre han fascinado a los estudiosos. Si alguien como Balboa no hacía mención a ellas, ¿cómo no sospechar que trataba, precisamente, de no llamar la atención sobre el asunto?

—Vamos, hombre, decídase.

—Muy bien —suspiró—. ¿Puedo contar aún con usted?

—No veo por qué no.

—Están todos esos tabúes y —aquí dudó— lo cierto es que usted es un terrestre de lo más amarciado.

—Soy un no-nacido aquí y mi sitio en la sociedad marciana... —agitó una mano, para obviar aquello—. ¿Qué fragua busca en concreto?

—La de Tonkinni.

Asentí. Tonkinni, el último de los nueve grandes.

—¿Y del Toro?

—Es un colega de profesión.

—¡Caray! —no pude evitar una sonrisa—. Había oído que los profesores universitarios dedican casi todo su tiempo a apuñalarse unos a otros, pero siempre pensé que era en sentido figurado.

—No del Toro —sonrió a su vez, a medias—. Le come la ambición y, por lo que estoy viendo, no se detiene ante nada.

—Pues nos viene echando el aliento en la nuca. Él y los hombres de Heitar llegarán de un día para otro y ya deben de tener a uno aquí, porque esos dos desertores no actuaban por su cuenta. Tiene que ser alguien de la caravana, porque aquí no hay radio.

—¿Está seguro de eso?

—Y tanto. Hay radio en Dendera, pero en sitios como éste está prohibida por el Tratado y le puedo asegurar que se lleva a rajatabla.

—Me hubiera gustado cotejar aún unos datos —sacudió la cabeza—. Pero las cosas son como son: lo mejor es que salgamos lo antes posible de aquí.

—Me ha leído el pensamiento. Y ahora, ¿a dónde?

—Ahora le toca a usted. Buscamos una de las estatuas del desierto: una muy alta, con el vientre hueco y los brazos alzados a media altura entre el hombro y la vertical —hizo el gesto con la mano.

—Esa estatua ¿está por aquí cerca?

—Si no me equivoco, en algún punto dentro del triángulo formado por el canal Carosto Jinnaude y el templo de Kone.

—Entonces ya sé cuál es. Marca un cruce de caravanas, al este.

* * *

Salimos de Jinnaude al alba y recuerdo que, tras un trecho, nos detuvimos en lo alto de una duna, a echar una última ojeada. El barrio extramuros quedaba al otro lado, fuera de la vista, y la ciudad, con sus murallas de grandes sillares gastados y sus

cúpulas de cobre, era como una isla en una inmensidad de arenas rojas, que se abría en todas direcciones, hasta donde llegaba la mirada. Luego, Balboa arreó a su reptil, yo hice lo propio, y Jinnaude fue perdiéndose poco a poco a nuestras espaldas.

Me parece que fue entonces cuando Balboa descubrió lo que es el desierto marciano. Ya lo habíamos cruzado dos veces, es verdad, pero no es lo mismo hacerlo en caravana que de a dos. Uno se ve muy solo, perdido en ese mar de médanos rojos y rocas redondeadas por la erosión, con ese cielo oscuro y ese sol pequeño, y ese viento que sopla y sopla, arrastrando polvaredas, y que ha hecho enloquecer a más de un hombre.

Por primera vez, Balboa exhibía armas: un fusil marciano, cruzado sobre la silla de montar. En parte podía deberse a esa sensación de aislamiento, de amplitud, que da el desierto rojo; ese saberse librado a los propios medios. Aunque también estaba claro que no se fiaba del todo de mí.

Pero bastante tenía yo con llevarnos hasta el cruce de caravanas. Siempre el primero, en una mano las riendas y en la otra el fusil, atento a cualquier señal de peligro, sobre todo por parte de esas pesadillas quitinosas, los esclacures, que son como un cruce de pulga y escorpión, de unos dos metros, y que se entierran a esperar a sus víctimas. Una vez vi a uno en acción y fue como si la arena reventase mientras algo horrible, con un abdomen muy, saltaba para arrancar a un hombre de lo alto de su silla. Desapareció con él por el otro lado, antes de que los demás pudiéramos siquiera gritar.

Al llegar la noche, acampábamos en cualquier roquedal y había un rato, tras la cena, en que nos quedábamos junto a la tienda, charlando y oyendo el silbido del viento nocturno. Yo me sentaba de espaldas a alguna piedra, a fumar con el fusil en las rodillas, mientras Balboa se calentaba las manos sobre la unidad térmica. Recuerdo que, en una ocasión, le pregunté por qué estaba tan seguro de saber dónde se hallaba la fragua de Tonkinni.

—No me lo tome a mal, pero muchos antes de usted han creído conocer el paradero de alguna fragua marciana.

—Y todos se volvieron con el rabo entre las piernas, ¿no?

—Más de uno ni siquiera volvió.

La unidad térmica latía con luz rojiza y, a su resplandor, me miró un instante.

—Ésos que usted dicen las buscaban: gastaron tiempo, dinero y esfuerzo en investigar. Yo, en cambio, casi podría decir que me lo encontré por casualidad.

—No me diga que ha descubierto una especie de mapa del tesoro.

—Nada tan romántico. Todo es fruto de mi trabajo de generalista, al haber estado manejando, durante años, toda clase de datos sobre lo marciano.

—¿?

—Las fraguas marcianas están bajo secreto y, por tanto, los datos sobre su

emplazamiento han sido eliminados sistemáticamente —de nuevo, alargó las palmas hacia la unidad calórica—. Pero al mismo tiempo, dado que son un elemento cultural de primer orden, abundan por todas partes las referencias a ellas, y a veces esas referencias... —hizo una pausa—. ¿Me sigue?

—No estoy muy seguro.

—Un ejemplo: nada se dice sobre qué tipo de edificio alberga a una fragua marciana; eso ha sido borrado. Pero pensemos: si la más moderna tiene miles de años y, según la tradición aún existen todas, tenemos que llegar a la conclusión de que son subterráneas. Aquí, cualquier construcción abandonada durante tanto tiempo no sería ahora más que un montón de ruinas.

—Ah —encendí un pitillo—. Informaciones indirectas, ¿no?

—Muy indirectas. Un suma y sigue de ellas, año tras años, en los más diversos campos.

—¿Pero, cómo es que nadie hasta ahora...?

—Casi todos los que podrían son especialistas y se mueven en una esfera mucho más reducida que la mía. Además, ese ejemplo era eso, un ejemplo: la cosa es más enrevesada y, aparte, está la suerte. Aún así, a punto estuve de no caer en la cuenta. Luego ha sido una labor de hormiga, años y años.

—Hasta llegar a hoy —cabeceé. El viento arreció de golpe, aullando en la oscuridad.

—Pero no crea que no lo he pensado, eso que ha dicho antes —se frotó las manos, caviloso—. Más de uno entró en el desierto, a la busca, y nunca más se supo de ellos. ¿Y si alguien, como yo o por simple casualidad, hubiera dado con pistas? ¿Y si los marcianos...? —no acabó la frase.

—Marte guarda lo suyo —observé, dando una calada.

Me miró de soslayo y no dijo nada, pero yo sabía muy bien lo que estaba pensando. Al rato se fue a dormir a la tienda. Yo me quedé un poco, a echar aún otro pitillo, oyendo rugir al aire nocturno en los arenales y viendo centellear millones de estrellas en lo alto. Luego, pensando en el día siguiente, yo también me fui a tumbar.

* * *

Dos jornadas más tarde, y aún a otras dos de nuestro destino, divisamos el viejo templo de Sumau. Allí, a la vista del templo, refrené a mi reptil y llamé por gestos a Balboa.

—Tome —me bajé y le tendí las riendas—. Usted siga hasta el templo y espéreme allí.

—¿Cuál es?

—Sumau.

—Sumau... —se quedó mirando las antiguas ruinas, con sus grandes columnas, el portal adintelado y los cuatro colosos de hierro negro que guardan las esquinas. Después se volvió a mí—. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Voy a quedarme aquí, a ver si nos siguen. Espéreme seis horas, aunque supongo que me reuniré con usted antes. No creo que se aburra ahí dentro: hay mucho que ver.

—¿Qué hago? ¿Me escondo?

—Al contrario. Déjese ver, pero sin exagerar.

Palmeé el lomo de mi reptil, sintiendo con la palma su resuello pesado. Luego hice tintinear las campanillas de su cuello, para llamar a la suerte y le indiqué a Balboa que siguiese. Él arreó a su sirrec y, llevando de las riendas a la mía, se dirigió al templo. Yo me escondí tras una gran roca redonda y, quitándome el capirote, me puse una de esas máscaras marcianas de hierro negro y cobre rojizo.

Esperé dos, tres horas, fusil en mano, oteando la distancia y viendo bailar las cortinas de polvo en las laderas de las dunas, al soplo de las ráfagas heladas, antes de ver aparecer, como me temía, a un hombre a lomos de un reptil, rastreando nuestras huellas.

Uno sólo: fornido, con un manto ocre y amarillo, y un casco con visor que, como esperaba, prestó más atención al templo que a las cercanías. Apenas distinguir las ruinas hizo retroceder a su reptil y se apeó, antes de echarse al suelo y arrastrarse a lo alto de la duna para avizorar. Entonces yo, desde mi apostadero, le llamé.

Le hice dejar su fusil y venir manos en alto. Era un mestizo moreno, de ojos almendrados y muy amarillos; uno de los matones de Heitar, según admitió él mismo cuando se lo pregunté. Al parecer, habíamos salido de Jinnaude poco antes de su llegada y Heitar había enviado a los más hábiles de sus hombres a pistear. Supuse, aunque no se lo pregunté, que por parejas y que, apenas nos descubrieron, uno se había vuelto a informar. Así que otra vez estaban detrás nuestro.

—¿Y del Toro? —me interesé—. ¿Viene con vosotros?

—¿El terrestre? —Encogió sus hombros macizos—. Está muerto.

—¿Cómo es eso? —le circundé unos pasos, sin dejar de apuntarle con el fusil.

—Heitar tuvo un par de discusiones con él, así que, en cuanto descubrió un nido de esclacur, le hizo andar hacia allá y el esclacur se le comió —hizo una mueca—. Ya conoces a Heitar.

—¡Qué va!: no conozco a ese cabrón, ni quiero conocerle.

Hubo un silencio, el viento cambió y yo volvía a contornear, de forma que le diera en la cara y le estorbase cualquier intento.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —Me miró directamente, con aquellos ojos tan amarillos.

—Echa a andar —le hice un gesto con el fusil— y allá os las compongáis el

desierto y tú.

Asintió, con los labios fruncidos y, sin perder un instante, giró sobre sus pasos y se alejó. Estuve observándole caminar por los arenales, entre torbellinos de polvo rojo, con el manto ocre y amarillo ondeando a los golpes del viento. Luego, cuando estuvo ya bien lejos, recogí su fusil, antes de montar el sirrec, que esperaba pacientemente, a un puñado de pasos.

Balboa, cuando me vio llegar a lomos del reptil, salió corriendo de las ruinas, pero yo agité el fusil, para indicarle que no pasaba nada.

—Yo tenía razón y había uno siguiéndonos.

—¿Qué ha hecho? —palmeó el cuello del reptil—. ¿Es que le ha matado?

—No.

—¿Le ha dejado ir? —Clavó los ojos en los míos, boquiabierto.

—A pie y con lo puesto. —A mi vez, pasé la mano por el lomo rugoso de la bestia—. Alguna posibilidad tiene... Por cierto, ya no tiene por qué preocuparse de su amigo del Toro. Heitar lo ha despachado.

—¿Muerto? —volvió a mirarme, asombrado.

—Y tan muerto. Es fácil acabar mal cuando uno se junta con cierta gente.

—Pues lo siento —y, con una mueca, se apoyó en el fusil, en un gesto que nunca antes le había visto.

—¿Que lo siente?

—Del Toro era un trepa y un canalla, y siempre le tuve atravesado. Pero últimamente me ha dado por pensar: el mundo está lleno de ratas como del Toro, cierto, pero al menos él no era un cobarde y no se detenía, por miedo, ante ciertas cosas, como pasa con tantos.

Un silencio cayó entre ambos y nos miramos el uno al otro.

—Es un punto de vista —ahora el desconcertado era yo. Me llegué a las pesadas columnas cilíndricas, a otear el océano de dunas rojas, rocas redondas y remolinos de polvo. Me ceñí el manto porque el viento, aullando, lo hacía aletear—. Hemos de seguir camino: nos quedan unas horas de luz y aún tenemos a Heitar persiguiéndonos.

* * *

Dos días después, al llegar al cruce, nos encontramos con un nutrido grupo acampado allí: traficantes marcianos en espera de enlazar con otra caravana. Así que tuve que lidiar con los temores de Balboa, que no ocultó su inquietud al divisar las carpas de cuero oscuro, plantadas a los pies mismos del gran coloso de hierro negro.

—¿Pero cómo van a saber ellos nada, hombre? No son más que caravaneros —y le advertí luego—. Cállese o, de lo contrario, sí que van a sospechar: a ver si nos van a tomar por ladrones de antigüedades... entonces sí que íbamos a estar en

verdaderos apuros.

Fuimos recibidos con cortesía antigua, Balboa logró disimular y nadie receló de que el fuésemos otra cosa que un investigador y su guía, de gira por los viejos lugares. Ellos estaban esperando una caravana que iba a Kukaine y nos invitaron al calor de sus fuegos y, al poco, ya tenían embobado a Balboa con sus historias.

—Esto tiene su lado malo —le dije, en un aparte—. Aún falta para que llegue la caravana de Kukaine y, cuando venga Heitar, va a saber por estos hacia donde vamos.

—¿Entonces?

—Entonces nada: quedarnos sería peor. Pero le sugiero que se deje de estudios antropológicos y aligeremos. ¿Hacia dónde?

—He estado haciendo mis cálculos. Si son correctos y ésta es la estatua que buscaba, ahora hemos de ir allá. —Y señaló a lo lejos.

Seguí con los ojos su índice, hasta una línea de colinas bajas y gastadas, apenas columbradas en la distancia.

—¿Allí? ¿A las colinas de los Nisi?

—No sé cómo se llaman, pero tiene que ser ahí.

—Entonces retiro lo dicho sobre el lado malo: tendremos que comprar agua a esta gente. ¿Y después? Lo digo por el agua; en todo ese territorio no hay ni gota.

—Después, nada. La fragua está en esas colinas o yo me he equivocado de medio a medio.

Nos quedamos unos momentos al borde del campamento, contemplando el desierto rojo.

—Ya sabe —le dije— que no hay nada en una fragua marciana.

—¿Nada?

—Que están vacías, que hasta el último enser fue retirado a la muerte del gran herrero.

—Ya. No hay objetos, que no es lo mismo que decir que no hay nada —se puso el casco, porque el viento, helado y seco, le cegaba de arena—. Esos espacios vacíos son una pieza clave en la cultura marciana.

—Ellos y el secreto de su paradero.

—Cierto —asintió, volviendo a contemplar el desierto, así como las colinas, allá a lo lejos—. Cierto.

* * *

La última etapa —el viaje a las colinas de los Nisi— fue, con mucho, la más ardua, entre tormentas de polvo, frío, agua racionada y algún percance que a punto estuvo de ser serio. «Ni que los dioses marcianos estuvieran poniéndonos trabas», comentó sonriendo Balboa; pero a mí me había hecho poca gracia y él lo notó, así

que ya no hizo más observaciones de ese tipo.

Por fin, llegamos bastante maltrechos a las colinas y allí fue Balboa quien se hizo cargo, notas en mano. Y aún anduvimos vagando durante tres días por ese laberinto de rocas gastadas. Yo fusil en mano, atento a cualquier sorpresa, y él con su pantalla de datos, pendiente sólo de dónde pudiera hallarse la fragua.

En aquel terreno abrupto, teníamos que andar, llevando a los reptiles de las riendas, y al caer el sol hacíamos noche en algún recoveco, al calor de la unidad térmica, mientras el viento silbaba en la oscuridad. Una vez, mientras nos calentábamos las manos ante la unidad, Balboa me hizo notar un aullido que sonaba y sonaba en la negrura, a intervalos.

—El viento, ¿no?

—O los Nisi —encendí un cigarrillo y, viendo que iba a preguntar, me anticipé—. Son algo así como espectros marcianos: demonios.

—Es la primera vez que oigo hablar de ellos —y ya echaba mano a la pantalla, para incorporar datos.

—Las tribus locales tienen una tradición oral muy rica y muy poco estudiada por los terrestres, y los Nisi son parte de ella... se dice que estas colinas están infectadas de ellos.

—Buen cuento —ladeó la cabeza, caviloso al resplandor mortecino de la unidad—. Una buena forma de espantar visitantes.

—O de advertirles.

—No me venga con que cree en demonios.

—No sé muy bien en qué creo. —Lancé una humareda de tabaco—. Pero ya sé lo he dicho alguna vez: Marte guarda lo suyo.

Al cuarto día, Balboa se topó con algún indicio —algo que a mí me pasó desapercibido—, porque de repente, de lo más excitado y haciendo aspavientos, abandonó su reptil para acercarse casi corriendo a una garganta rocosa, que se abría a poca distancia.

—Por aquí. Tiene que ser por aquí.

Subimos a buen paso, aunque yo le advertía contra las piedras sueltas y las grietas. Pero él sólo se detuvo ya arriba, pantalla en mano, escudriñando con ansiedad en todas direcciones.

—Ha de ser aquí —casi gritó, entre el rugido del viento. Volvió la cabeza a un lado y a otro y, con una exclamación, fue hasta un peñasco próximo. Quitándose de un tirón el guante, pasó las yemas por la superficie rocosa—. Aquí, aquí. —Rozó de nuevo la piedra con los dedos, mirándome.

Asentí. Se notaba que una vez, mucho tiempo atrás, había habido allí relieves, ya casi borrados por milenios de erosión. Me despojé del capirote, antes de llamarle y, con el fusil, señalar la boca de una gruta entre grandes rocas, como a cincuenta

metros de donde estábamos.

Recuerdo cómo fue hasta allí y cómo se detuvo a pocos pasos de la boca, dilatando el momento, tal como suele pasar con hombres al final de un viaje muy largo; en su caso, uno de años o, mejor dicho, de décadas. Inspiró hondo, tuvo aún una como una duda y por fin salvó aquellos metros. Yo le seguí un poco rezagado.

Entramos en la penumbra. A unos tres metros de hondo —a salvo tanto de una mirada casual como de la intemperie— las paredes estaban trabajadas en forma de arco y el vano había sido tapiado de parte a parte, sin duda hacía miles de años, con grandes bloques de piedra. En el centro de aquel muro, destacaba una losa elíptica, llena de inscripciones en alto marciano. Pero no seré yo el que revele qué es lo que allí ponía.

Ninguno dijimos nada. Yo permanecí algo atrás y él estuvo largo rato examinando los bajorrelieves. Por fin, retrocedió un paso.

—Ésta es la entrada. Ahí detrás está una fragua marciana.

—Así es.

—Lo hice. —Tenía los brazos en jarras, sin poder despegar los ojos de la losa central—. Lo hice. Lo hice.

Era mejor salir y dejarle a solas. Encendí un cigarrillo, luchando contra el aire helado y, sin impacientarme, estuve esperando que volviera. Pero lo hizo antes de lo que yo pensaba, el casco bajo el brazo y con una luz muy extraña en los ojos. Y, lo que dijo, consiguió romperme los esquemas.

—Bueno —suspiró—. Ya podemos irnos.

—¿Irnos? —le miré boquiabierto—. ¿No va a entrar?

—No: ya tengo lo que quería. Tantos y tantos años... —sacudió la cabeza, sin acabar—. Lo he conseguido, yo lo sé y eso me basta. Así está bien.

No dije nada pero, como le estaba mirando, añadió:

—Usted, Vargas, sabe tan bien como yo lo que estas fraguas y su secreto representan para los marcianos —se detuvo y, al verme asentir, prosiguió—. Es igual que sacarle el corazón del pecho a un hombre. Si es a un muerto se trata de una autopsia; ciencia. Si se le hace a un vivo, es un asesinato. Y la cultura marciana está viva.

—Entiendo.

—Pues vámonos ya. —Y, sin otro vistazo a la cueva, se dio la vuelta.

—¿Y qué le hace pensar que no voy a revelar yo el secreto? Esto supone fama, dinero...

—No lo hará, no. —Alejándose, de espaldas a mí, agitó negativamente un dedo en el aire, riéndose—. Apostaría cuanto tengo.

Bajamos la garganta, hasta donde teníamos los reptiles y allí Balboa me dio otra sorpresa.

—Aquí acaba su trabajo, Vargas, y aquí nos despedimos. Yo seguiré por mi cuenta y usted puede ir a donde le de la gana.

—El desierto es peligroso.

—Lo sé, no se cansa usted de repetirlo. Le daré un papel de despido, por si me ocurriese algo: así no tendrá problemas legales.

—Muy bien. Pero no olvide a Heitar, así que será mejor que vaya en dirección al templo de Kone. —Fui hacia mi reptil—. Coja mi agua: la necesitará para llegar.

—¿Y usted?

—Esperaré a Heitar y los suyos. Ellos traen agua.

—No diga tonterías.

—No son tonterías. Los mercaderes del cruce no tenían mucha agua de sobra y ya les compramos nosotros casi toda. Seguro que Heitar ha hecho regresar a algunos de sus hombres y, con su agua, ha seguido con cuatro o cinco, detrás nuestro. Les tenderé una emboscada, sin problema.

—Vargas...

—Heitar no debe salir vivo de estas colinas.

Ahora fue él quien se me quedó mirando muy fijamente, antes de encaminarse hacia su reptil.

—Una cosa, una curiosidad —le pregunté—. Es sobre eso de no entrar en la fragua. ¿Pensaba usted así al venir a Marte?

—Supongo que no. Pero ¿sabe?, es verdad que Marte guarda lo suyo. —Comprobó las cinchas de su sirrec, antes de volverse a mí—. ¿Y quiere que le diga otra cosa? La verdad. Vargas, es que no estoy muy seguro de que, si hubiera intentado entrar, no me hubiera llevado un tiro en la espalda.

—Qué cosas tiene... —me eché a reír, con ambas manos sobre el cañón del arma.

Allí nos separamos y nunca volvimos a vernos. Yo conseguí regresar a Jinnaude y, respecto a Balboa, un par de meses después, algunos objetos suyos llegaron a manos del cónsul en Kukaine. Unos caravaneros encontraron a su reptil suelto, en las cercanías del canal, y se supone que fue atacado y muerto por algún carnívoro del desierto. Eso se supone.

Pero yo siempre he tenido la sensación de que Balboa está vivo; que simuló su muerte, antes de internarse para siempre en las honduras de Marte. Tengo muy claro que era un hombre de la piedra, que su viaje en busca de la fragua marciana le golpeó con fuerza, hizo saltar cascotes y asomar algo de su verdadero ser. Por eso pienso que no murió en el desierto y recuerdo que una vez, años más tarde, muy al ecuador del planeta, oí hablar de uno que muy bien pudiera ser él.

Porque yo aún seguí unos cuantos años en Marte. Luego vino la guerra, cuando la ONU se otorgó a sí misma un mandato de paz sobre Dendera, con la excusa de suprimir los sacrificios humanos. Yo, como muchos de los viejos residentes, estuve

de parte de los marcianos y, durante dos años, se las hicimos pasar canutas a los cascos blancos. Es difícil olvidar los bombardeos, las tanquetas ardiendo en mitad de los arenales rojos, y aún a veces sueño con el hedor que deja la carne quemada. Luego vino el Armisticio y, según lo firmado, más de dos mil amarcianados tuvimos que abandonar el planeta en naves neutrales. No me quejo: hice lo que tenía que hacer.

Ahora estoy sentado en mi choza de Venus, a dos pasos de la jungla, oyendo cómo llueve a cántaros. Llevo ya mucho aquí y es un planeta de veras fascinante; pero yo pertenezco a Marte y cuando sueño lo hago con dunas rojas, rocas redondas, canales de agua oscura y un cielo casi negro en el que arde sin calentar un sol blanco y pequeño.

Por eso espero que, cuando me llegue la hora, mi espíritu se libre del cuerpo y vuelva a vagabundear por esos mares de arena roja, como dice la tradición que ocurre. Y que, ese día, el pájaro de la noche vaya a posarse en el hombro de algún maestro herrero y, muy por lo bajo, en la duermevela, le susurre al oído que Vargas, después de tantos y tantos años, es de nuevo libre y ha vuelto por fin a su verdadera casa.

EL AGENTE EXTERIOR

Había asesinos en la terminal de pasajeros, esperando su llegada al astropuerto. O al menos eso suponía el hombre, aunque no pudo localizar a ninguno entre las idas y venidas de la multitud. Si detectó, en cambio, la presencia de un número anormal de guardias uniformados en aquella abarrotada estación. La mayoría vestía uniformes de la policía planetaria, pero los había que usaban ropas dispares y armas de extraños diseños: profesionales de seguridad a sueldo del gobierno de Perepore VI.

El hombre pasó sin problemas los exhaustivos controles de aduana; nadie le dedicó dos miradas, ni los sofisticados sensores de los mercenarios de seguridad zumbaron o pitaron para delatar su presencia. Tan sólo en una ocasión, mientras acarreaba su equipaje hacia las plataformas de los transbordadores, alguien pareció reparar en su presencia. Fue un hombre alto y desgarbado que le dirigió una mirada casual, apartó la vista y, un par de segundos más tarde, se volvió y observó a un lado y otro con el ceño fruncido, como si le buscara entre el gentío. Pero él se paseó delante mismo de sus narices, antes de perderse entre la muchedumbre sin ser detectado.

—¿Ocurre algo, Bam Móler?

Su desgarbado interlocutor se frotó la barbilla mientras escudriñaba desconcertado alrededor. Luego dejó escapar una mueca, medio disculpándose ante el fornido Dagú Dagú, que le contemplaba con mezcla de curiosidad y alarma.

—La verdad es que no estoy seguro. Hace un instante, he visto a un hombre que me ha llamado la atención.

Su guardaespaldas se envaró.

—¿Dónde está ese hombre?

—No lo sé. Le he mirado por casualidad. Ha sido una ojeada, sin fijarme. Luego he tenido la sensación de que había visto algo muy extraño, pero sin saber qué ni quién en concreto me ha causado esa impresión.

—Comprendo. —Dagú enarcó una ceja—. Con esos datos, bien poco podemos hacer.

El analista asintió y ambos reanudaron en silencio su paseo. Fueron abriéndose paso por entre la multitud y acabaron cruzando las puertas dobles de salida. Allí, al sentir el mordisco del frío, Bam Móler se apresuró a abrigarse.

En contraste con la estación de tránsito, el exterior estaba prácticamente desierto. Volvía a nevar y unos copos enormes danzaban a merced de las ráfagas de viento helado. Bam Móler se detuvo a observar el estrepitoso aterrizaje de una lanzadera espacial, que descendía cubriendo la pista con una marejada de fuego. Luego se enfrascó en contemplar, con gesto pensativo, las evoluciones de las naves aéreas, que revoloteaban entre las grandes estructuras del espaciopuerto, luchando contra el

vendaval de nieve. Dagú Dagú, informado del carácter y los prontos del analista, no le molestó.

—Oiga, Dagú —dijo éste por fin, hablando con lentitud—. ¿Tienen ustedes sospechas de que haya algún atentado en marcha?

—¿Un atentado? —El rostro del funcionario permaneció neutral, medio oculto por las grandes gafas de nieve.

—Uno bien grande: el asesinato de alguien muy importante.

Bam Móler observó cómo titubeaba su interlocutor. Cuanto sabía sobre Dagú era que éste trabajaba para los servicios de información planetarios y que no se trataba de un simple subalterno. Pero su lugar exacto dentro del brumoso organigrama del servicio, así como la autonomía de la que pudiera gozar, eran otras tantas incógnitas para él.

Al cabo, Dagú suspiró ruidosamente y su aliento formó una nube de vaho lechoso.

—Bueno. ¿Cómo se ha enterado?

—Acabo de sentirlo. Soy así.

Dagú Dagú le miró durante unos segundos, cabeceando perplejo.

—¿Lo ha sentido? Se me comunicó que usted es un mutante con facultades especiales, pero...

—Un mutante o un talento muy especial; los especialistas no llegan a ponerse de acuerdo y a mí, la verdad, me importa muy poco. Vamos a trabajar juntos, así que quisiera que lo entendiese, sin lugar a equívocos. Poseo una especie de superintuición: con muy pocos datos, a menudo triviales, puedo pintarme el esquema de una situación y, con frecuencia, puedo deducir qué consecuencias tendrá. A veces no necesito casi ningún dato... mis facultades bordean el terreno de la premonición.

Hizo una pausa, antes de continuar, viendo dudar a su guardaespaldas.

—No es algo que yo pueda controlar a voluntad. De repente me vienen ideas a la cabeza. Y acabo de tener la sensación de que se prepara un atentado contra Cappa Trugro.

Con un nuevo resoplido, Dagú Dagú acabó por asentir a regañadientes.

—De acuerdo. Sí. Según informaciones, que nos merecen la máxima confianza, la Federación ha enviado a un agente, un asesino terrestre, con la misión de matar al presidente Trugro.

Bam Móler se frotó las sienes, pensando.

—Un terrestre. ¿Un hombre de la Agencia Exterior?

—Eso es lo que dice nuestra información.

—Ese hombre, el terrestre, acaba de llegar a Perepore VI. Hace sólo unos minutos estaba en la estación y nosotros nos hemos cruzado con él. Lo sé. Créame.

Dagú Dagú, cruzando las manos a la espalda, le observó con detenimiento

durante largos segundos.

—Bien —suspiró al cabo, impresionado—. Si la Central le ha contratado, por algo será. Si usted lo dice, tendré que creerle. Me pondré en contacto con la Central para que tomen las medidas que estimen oportunas. Más no puedo hacer.

* * *

Días más tarde, merodeando por la zona de la revuelta antifederal, Bam Móler y Dagú Dagú volverían a tocar el tema del agente terrestre. El analista había llegado hasta una esquina, arrastrándose sobre la nieve sucia, a tiempo de ver cómo disparaban un proyectil contra los pisos altos de un rascacielos, ocupado por tiradores; una centella incandescente que se elevó, zigzagueando, hasta golpear el edificio, haciendo estallar estruendosamente parte de la fachada.

Aún se combatía esporádicamente, algunos edificios todavía ardían, a pesar de la nieve, y las naves artilladas revoloteaban disparando entre las humaredas negras. En las calles, tropas con armaduras antidisturbios aplastaban los últimos focos de la revuelta, ejecutando sumariamente a cuantos sorprendían empuñando un arma.

A la derecha, Bam Móler tuvo un atisbo de un hombre con el rostro pintado de verde oscuro y blanco, y con un fusil de gran calibre entre las manos. Dagú Dagú le disparó con su arma de energía y el atacante se derrumbó aullando sobre la nieve, convertido en una antorcha humana.

—¿Quién era ése? ¿Una especie de asesino suicida? —Bam Móler observó cómo ardía el caído, ya inmóvil.

Su guardaespaldas le arrastró hacia atrás, sin contemplaciones. Al pasar, le mostró algunos muertos con el rostro surcado de franjas blancas y verdes.

—Quiruz-viruz: radicales —gruñó con desdén—. Van disfrazados como unos salvajes de los primeros tiempos de la colonia. Aquéllos desaparecieron hace siglos; pero, ahora, las bandas antifederales se pintan como ellos para matar emigrantes.

—Éste no parecía muy peligroso.

—Pues lo son. Lo que ocurre es que tienen la costumbre de atiborrarse de fármacos de combate y, al final, les ciega el ansia de matar. Mire a éste, no tiene ni una herida. —Se acercó al cadáver de un quiruz-viruz, acurrucado en un portal, y lo derribó de una patada—. Seguro que se zampó dos puñados de píldoras de combate y se le rompió algo en el cerebro.

Arma en mano, oteó las calles desiertas.

—Hay que salir de aquí —urgió a su acompañante—. Esto está casi controlado, pero quedan francotiradores y grupos aislados.

—De acuerdo. Ya he visto bastante.

Retrocedieron entonces, sorteando vehículos destruidos, escombros y cadáveres

despanzurrados por las balas explosivas; todo medio sepultado ya por las nevadas. Buena parte del llamado barrio terrestre de la capital había quedado arrasado por dos días de feroces combates entre bandas antifederales y emigrantes de otros planetas.

La nevada arreciaba y, delante, se oían tiros y explosiones. Dagú Dagú empujó al analista al refugio de un portal.

—Bueno —suspiró el funcionario, sin apartar los ojos de la calle—. ¿Y todo este paseo para qué? Si no es mucho preguntar.

—Ya se lo he explicado. No controlo mis facultades y, por lo tanto, procuro alimentar mi cerebro con todas las impresiones posibles. Y todo este asunto de la revuelta no es una variable pequeña dentro de la ecuación.

—Tiene que haber cientos de muertos —aceptó Dagú con tono de voz preocupado—. La Federación no va a quedarse cruzada de brazos.

El analista asintió con acritud. Porque, como todos los aprendices de brujo. Cappa Trugro había invocado a demonios imposibles de controlar.

Era una historia vieja y repetida. La colonización de un mundo solía suponer gastos inmensos, sólo posibles para un organismo multiplanetario como la Federación. Gastos que, posteriormente, el planeta debía asumir en forma de deuda, gravando durante siglos su economía. Una factura aceptaba con gusto por los primeros colonizadores y aborrecida por sus descendientes. En condiciones así, sólo era necesario un pequeño grupo de imprudentes para atizar el rencor latente contra la Federación, la deuda y los cupos de inmigrantes, y convertirlo en una hoguera rugiente.

—Si la Federación envía a la Infantería Colonial —gruñó Bam Móler—, lo que ha pasado aquí va a parecer una broma. Yo estaba en Carosta Mena cuando esos carniceros la arrasaron de polo a polo, a sangre y fuego.

—¿Será así? ¿Lo ha... sentido? —Dagú volvió la cabeza para mirarle.

—Oh no, no. —Se apresuró a tranquilizarle el analista, viendo su expresión tensa—. Tan sólo era un comentario. Maldita sea. Dagú, no me considere un oráculo. Supongo que la demostración del otro día, en el astropuerto, fue impresionante. Pero tampoco me ocurre todos los días.

El funcionario volvió a observar, en busca de posibles movimientos en la calle, y tardó un rato en volver a hablar.

—Sí que fue impresionante. Me refiero a lo del otro día.

—He estado dando vueltas al asunto; de hecho, no he podido quitármelo de la cabeza —comentó pensativo Bam Móler—. Sentí algo raro, muy raro; algo que me da miedo... En la Agencia Exterior, los terrestres tienen a talentos únicos, gente con facultades tan raras como las mías o más aún. Ese agente terrestre tiene que ser alguien muy especial, lo siento. Y siento también que muy pronto sabremos algo de él.

Dagú apartó de nuevo la mirada de la calle.

—¿Lo va a lograr? ¿Llegará hasta el presidente?

—La verdad es que no lo sé. —El analista abrió los brazos en un gesto de impotencia—. Los sucesos puntuales suelen tener demasiadas variables como para poder ser predecibles. Pero una cosa sí puedo decirle: siento que es capaz de llegar hasta Trugro, perfectamente.

* * *

Esa misma noche, Bam Móler se descubrió vagabundeando por la ciudad. Atónito, se frotó las mejillas ateridas mientras miraba aturdido alrededor y se preguntaba cómo había llegado hasta allí. Nevaba copiosamente y las calles desiertas presentaban un aspecto fantasmal, cubiertas como estaban por un manto blanco que resplandecía a la luz azulada de las farolas. Deambuló por las calles vacías, sintiendo crujir el hielo bajo sus pies y consciente del silencio mortal que envolvía a la ciudad, sólo roto por el susurro de los copos al caer.

Entre el revuelo de copos blancos, distinguió a un hombre que se acercaba paseando por el centro de la solitaria avenida, envuelto en un largo abrigo que las ráfagas de aire hacían ondear. A pesar de la distancia, los pasos de aquel hombre atronaban como campanadas en mitad del silencio nocturno y, de alguna manera, Bam Móler se dio cuenta de que sus pies no dejaban huella alguna sobre la nieve. Sólo entonces supo que ese hombre era el agente de la Federación y que él estaba soñando.

El hombre llegaba con parsimonia, las manos en los bolsillos de su amplio ropón, la cabeza gacha y el rostro en sombras. El analista le aguardó parado junto a la esquina, atemorizado aun a sabiendas de que todo era un sueño.

Ya cerca, a unos pocos metros, el hombre se detuvo y levantó la cabeza, como si hasta entonces no hubiera reparado en la presencia de Bam Móler. Su rostro salió de las sombras y el analista, horrorizado, pudo ver que exhibía una sonrisa inmensa y desquiciada.

Bam Móler despertó, sobresaltado por aquella mueca de siniestro regocijo. Durante largos segundos, se quedó tumbado en la oscuridad de su alcoba, luchando por serenarse. Luego, aún sudoroso, procedió a grabar cuantos detalles recordaba de la pesadilla.

Porque ésa no era la primera vez en la que sus erráticas facultades se manifestaban en forma de sueños. Por eso, desvelado, repasó una y otra vez los pormenores de aquél en concreto. Y, de entre todos ellos, el analista encontró muy significativo el que no pudiera recordar ni uno solo de los rasgos del hombre, enmascarados todos, en su memoria, por aquella malsana sonrisa de oreja a oreja.

* * *

No mucho después, esa misma madrugada, Bam Móler recibió una llamada urgente de Dagú Dagú y, apenas media hora más tarde, este último le recogía en una de las plataformas de su edificio. Mientras volaban hacia su destino, zarandeados por las ráfagas del vendaval, Bam Móler se asomó a las ventanillas, a contemplar el panorama nocturno de calles nevadas a la luz de farolas azuladas, reparando en la gran semejanza que había entre el solitario paisaje de su sueño y el real.

—Estaba despierto —reconoció—. Tuve un sueño en el que aparecía el agente terrestre... pero supongo que todo esto tiene algo que ver con él.

Dagú asintió, de nuevo impresionado.

—Así es. Esta noche, hace apenas un par de horas, han matado a Tompca Tump Caltif.

—Tompca Tu... ¿La amiga de Cappa Trugro?

—Está usted bien informado. Sí: la amiga del presidente. O, más bien, una de las amigas; la favorita, por así decirlo.

—Ya. ¿Y suponen que es obra del agente de la Federación?

—No suponemos nada. Nos ha dejado su tarjeta de visita.

Bam Móler se sobresaltó.

—Desde luego, los tiene bien puestos el tío ése —rezongó pensativo.

La nave descendió trabajosamente sobre un edificio muy alto, ubicado en la zona más cara de la capital. A partir de la plataforma, Dagú Dagú guio al analista por una maraña de pasillos que hervían de hombres armados, hasta llegar al lugar del atentado. Aquel ala del edificio había quedado muy dañada: los tabiques se habían derrumbado y los ventanales habían estallado; el aire apestaba a materiales quemados y metales fundidos y, a pesar del viento helado que azotaba los interiores descubiertos, Bam Móler se encontró con que estaba sudando. Dio una vuelta sobre sí mismo, inspeccionando los restos ennegrecidos.

—¿Qué ha sido? ¿Una bomba de gran potencia?

—Una bomba térmica —precisó Dagú—. Libera gran cantidad de calor y la temperatura se eleva a cientos de grados en unos pocos segundos; todo cuanto cae dentro de su radio de acción resulta calcinado. —Señaló un amasijo fundido e irreconocible, a modo de ejemplo—. Por supuesto, en lugares cerrados como éste, el rápido calentamiento del aire provoca una violenta expansión del mismo... una explosión.

—¿Y Tompca Tump Caltif?

—Estaba a pocos metros del foco de incandescencia; ardió como una tea. Ya han retirado lo poquito que ha quedado de ella.

—Era una mujer muy guapa —comentó, distraído, Bam Móler.

—Por supuesto. Cappa Trugro tiene buena boca y sólo come de lo mejor — comentó con cierto sarcasmo su guardaespaldas, algo más comunicativo esa noche que de ordinario—. De todas formas, ahora ya no es más que un montón de cenizas.

Deambularon por las estancias, procurando no molestar a los técnicos que examinaban las ruinas.

—Se coló en el edificio —apuntó sombríamente Dagú—, puso la bomba y se fue. Así de fácil. Todo este edificio está de lo más protegido; aquí vive gente importante... Hubiera habido aún más medidas si Trugro hubiera venido esta noche, desde luego. Pero, de todas formas, la seguridad era ya bastante importante. Y nadie le vio, ni fue detectado por los sensores.

—¿Tenía pensado Trugro visitar hoy a su amiga?

—Parece ser que no. Suponemos que el asesino de Federación pensaba lo contrario.

—Humm —el analista, escéptico, meneó la cabeza—. ¿Quién era exactamente Tompca Tump Caltif?

—Lo dicho: una de las amantes del presidente. ¿Por qué?

—Porque acabo de tener una idea; una de las mías. —Torció el gesto—. Me da la impresión de que esa mujer tiene, tenía, mucho peso en las decisiones de Trugro.

El funcionario le observó con detenimiento y, después, se cercionó de que no hubiera nadie demasiado cerca.

—La Central la consideraba un juguete caro y punto. Pero bien pudiera ser: los hombres suelen convertirse en títeres sin darse cuenta de que lo son. —Inclinó pensativamente la cabeza—. Es cierto que más de uno había apuntado la idea de que Tompca Tump Caltif estuviera detrás de ciertas decisiones del presidente. Pero, al final, se descartó...

Alguien hizo una seña a Dagú Dagú y este condujo, sin demora, al analista hasta dos individuos, a los que presentó, vagamente, como «representantes del gobierno».

—Queremos que se ocupe de este caso —le espetó abruptamente uno de ellos, el más bajo—. Deje todo lo demás. Queremos a ese asesino de la Tierra y lo queremos ya.

Bam Móler le examinó desde arriba con expresión antipática, aprovechando la diferencia de altura.

—¿Cómo que queremos? Oiga, me confunde —replicó con aspereza—. Yo no soy ningún subalterno al que puedan mandar de aquí para allá. Soy un analista; un experto contratado, por su gobierno, para evaluar la situación política y social de su planeta, así como las posibles consecuencias que de ella puedan derivarse. Ése es trabajo para el que firmé. Lo que ustedes quieran es problema suyo.

—Calma —medió el segundo hombre, sin dejarse intimidar—. «Queremos» significa que estamos interesados en que usted se ocupe de este asunto en concreto. Si

es posible y podemos llegar a un acuerdo.

—Claro que es posible; sólo hay un problema. —Bam Móler alzó la mano derecha y frotó lentamente la yema del pulgar contra las de los dedos índice y medio.

—Lo siento. —Su interlocutor le miró desconcertado—. No sé que significa eso. Exactamente, ¿cuál es el problema al que se refiere?

El analista suspiró, de repente apaciguado.

—Es un gesto terrestre muy antiguo y extendido. Significa dinero.

—Entonces, no hay problema alguno.

Bam Móler volvió a reunirse con Dagú Dagú que, aunque mantenía una expresión neutral, parecía perversamente divertido por la escaramuza verbal. El primero se detuvo ante las grandes letras trazadas con pintura roja en la pared de un pasillo.

—«MAGNA GAIA» —leyó pensativo—. ¿Sabe usted lo que significa?

—Están comprobándolo.

—No se molesten: yo puedo decírselo. Significa algo así como «viva la Tierra». Hubo una nave corsaria muy famosa con ese nombre, en tiempos de la Hegemonía de Zubenelgenubi, y actualmente sé de un par de organizaciones extremistas que también lo usan. Pero, en sentido general, es una especie de grito de guerra terrestre.

—El hombre de la Federación se ha asegurado de que supiéramos quién ha sido el autor de todo esto —gruñó Dagú—. Si no es un loco, debe tener un buen motivo; y nosotros ignoramos cuál pueda ser.

—Hay algo que me intriga. Si Tompca Tump Caltif, no diré que manejaba a Cappa Trugro, pero sí que influía sobre él, y eso es algo que presiento con mucha fuerza, ¿por qué matarla si el objetivo de nuestro hombre es el propio Trugro?

—Quizás esperaba sorprenderle con ella.

—No, no me convence.

El gigante se encogió de hombros.

—Los terrestres son gente sanguinaria.

—¡Ja! —Bam Móler esbozó una sonrisa áspera—. No se deje llevar por los prejuicios, Dagú. Los terrestres creen en las virtudes del terror político: quien se las hace, se las paga. Así, los demás se lo piensan dos veces antes de cruzarse en su camino.

—Ya. El problema es que, con esa política, se consiguen también muchos enemigos. De todas formas, habrá que considerar la posibilidad, si es que realmente era algo más que la amante del presidente. Lo cierto es que Tompca Tump Caltif simpatizaba abiertamente con los radicales. Quizás los terrestres, o la Federación, decidieron dar un escarmiento con ella; una represalia por las matanzas de inmigrantes de estos días.

* * *

Dagú Dagú escanció dos vasos colmados de aguardiente local y tendió uno al ojeroso Bam Móler.

—¿Y ese sueño es siempre el mismo?

—En esencia sí. —El analista bebió un sorbo de licor, hizo un gesto aprobador y luego se acercó al grueso ventanal—. Siempre tiene lugar en esta ciudad. Las calles de mi sueño se parecen mucho a las de verdad; son las mismas pero exageradas. ¿Cómo podría explicarlo? Son casi iguales, pero están totalmente vacías; tienen un aspecto más solitario y amenazador, las luces son más azules e intensas... y siempre acaba apareciendo el agente terrestre.

—¿Y siempre sonrío?

—Siempre, siempre. —Agitó pensativo la cabeza—. Esa sonrisa horrible, de oreja a oreja, como de loco. Cuando la veo es cuando me despierto: no puedo evitarlo, me llena de pánico.

El hombrón apuró de un solo trago el contenido de su vaso.

—¿Hasta qué punto podemos considerar que esa pesadilla es una visión en clave de la realidad?

—Lo es; no es la primera vez que me sucede. Por algún motivo, no consigo sacarme al agente terrestre de la cabeza; ya me ocurría antes de firmar el contrato para buscarle. Cuando estoy en un atolladero y no encuentro la solución, a veces ésta me viene en forma de sueños.

Se quedó unos momentos mirando nevar.

—¿Sabe? Es algo muy extendido y no sólo entre los hombres, sino entre todos los animales superiores. Durante el sueño, elaboramos nuevas estrategias de supervivencia, sin la presión de los sentimientos o los prejuicios.

—Pero, en su sueño, nunca ha logrado verle el rostro.

—No, y de eso es de lo que quería hablarle. Ésa es una clave y creo que sé quién, o qué, es el hombre de la Agencia Exterior.

Dagú Dagú se inclinó hacia delante, interesado.

—Adelante.

—Oí hablar de él hace tiempo, en Carosta Mena. Estuvo operando en aquel planeta, justo antes de la intervención federal. Es... es una especie de hombre invisible.

—¡Un qué...!

—No es que sea realmente invisible, hombre. —El analista se sonrió, distraído, ante tal idea—. No: como ya le comenté, en la Agencia Exterior los terrestres tienen talentos casi únicos. Nuestro hombre es un tipo perfectamente anodino; uno de esos individuos que pasan siempre desapercibidos. No sé si se ha fijado en que existen personas que, hagan lo que hagan, son como un cero a la izquierda y nadie les tiene nunca en cuenta. Es como cuando estamos en un lugar público y hay gente que está a

nuestro lado y ni nos enteramos. Dagú Dagú rellenó los vasos.

—Siga.

—Este hombre es de éstos.

—Creo entender. Pero usted ha dicho que se trata de un talento único. Sin embargo, hay mucha gente así.

—No, la verdad es que no hay muchos como él. Yo le estoy hablando de un ser perfectamente anodino. Es como, por ejemplo, esas mujeres que son guapas, simpáticas y, sin embargo, no llaman la atención; no consiguen calar. Tienen poco gancho, poco cansina. Bueno, pues nuestro hombre no tiene ninguno en absoluto.

»Parece ser que la Agencia Exterior Terrestre ha estudiado a fondo el asunto, lo han medido y tabulado. Han modificado sus facciones, le han enseñado a vestirse, a hablar, a moverse... todo para conseguir multiplicar esa capacidad innata. Podríamos decir que ese hombre pasaría delante de nosotros y, prácticamente, no le veríamos.

El funcionario, que jugueteaba con su vaso, guardó un largo silencio antes de decir nada.

—No me cambiaría por él. ¿Pero, por qué sonrío de esa forma en su sueño?

—No lo sé. —Ahora, Bam Móler sacudió irritado la cabeza—. Las imágenes de los sueños suelen ser simbólicas, una especie de alfabeto personal. Cada imagen tiene un significado que es distinto según la persona.

—¿Y?

—Normalmente, esas imágenes son traducibles. Mi propio cerebro me está avisando de algo cuando me pone en mi sueño, una y otra vez, delante del agente terrestre y éste me sonrío... es una sonrisa espantosa. Pero no consigo encontrar la clave para descifrar ese mensaje.

* * *

Parsimonioso, el hombre levantó su taza humeante, llena con una infusión de estimulante local. Con secreta diversión, se volvió a observar a los dos personajes de aspecto truculento y expresión hermética que deambulaban por la inmensa cafetería. Eran mercenarios de seguridad; cuscureques, en concreto. Uno de ellos sujetaba la trailla de un gran perro urmanquel: una bestia maligna de cabeza deforme y colmillos envenenados. Pero el hombre ya había tenido que vérselas anteriormente con aquellos sabuesos mutantes, dotados de empatía, y no le impresionaban lo más mínimo.

Los cuscureques rondaban lentamente por el local, seguidos por las miradas recelosas de los parroquianos. Estaban sobre su pista, eso el hombre lo sabía. Ellos y muchos otros: toda clase de mercenarios con sofisticados equipos y perros mutantes. Policía planetaria, telépatas, émpatas, precognitores y demás ralea de mutantes metapsíquicos... todos en pos suyo. La pieza había sido levantada, comenzaba a tener

miedo y lanzaba a todos sus cazadores contra él.

El sabueso venteaba inquieto los débiles rastros de sus emociones, demasiado leves como para permitirle identificar la fuente de origen. El hombre bebió un sorbo de su infusión. Los perseguidores se acercaban, unos más y otros menos, daban vueltas alrededor de su pista y acababan por retirarse frustrados, sin conseguir llegar hasta él.

Al fondo del amplio local, detectó la presencia de un sujeto alto y desgarbado, acompañado de un gigante de aspecto marcial. De todos los cazadores, aquél era el único que de veras inquietaba al hombre. Ya se habían encontrado en el espaciopuerto y, en esa ocasión, incluso parecía haberse fijado en él por un instante; algo que nunca, hasta entonces, le había sucedido al hombre.

Luego de eso, sus caminos se habían cruzado en más de una ocasión. El hombre ignoraba la identidad de aquel extraño individuo —alguna clase de mutante metapsíquico, suponía—, pero parecía capaz de prever, hasta cierto punto, su presencia en un lugar y momento determinados.

Le observó atentamente, percatándose de que escrutaba el rostro de los concurrentes. El hombre había ya barajado la posibilidad de matar a aquel individuo, pero había terminado por descartarla. Durante demasiado tiempo se había movido impune —indetectable, invulnerable, sin encontrar nunca un rival de verdadera talla—, así que estaba dispuesto a aceptar, con sumo gusto, aquel nuevo desafío a sus capacidades.

* * *

Pensativo, Bam Móler levantó su taza, observando una vez más a través del local abarrotado.

—Está aquí —susurró—. El perro también lo ha detectado.

—¿A cuál de los tres perros se refiere? —preguntó con aspereza Dagú Dagú.

Bam Móler dejó escapar una sonrisa distraída.

—¿No le caen bien los cuscureques?

Dagú Dagú suspiró, al tiempo que observaba las idas y venidas del par de mercenarios entre la gente.

—En lo suyo son buenos. Pero son unos babosos: matarían por dinero a su propia madre y antes la torturarían gratis.

—Bueeeno. Quizás eso sea algo exagerado, aunque no mucho. Y, por cierto, entre los cuscureques y nuestro hombre hay una cuenta pendiente.

Dagú Dagú, aburrido de aquella inútil cacería, arrastró al analista hasta una mesa recién desocupada.

—A ver; oigamos esa historia. —Sonrió, barriendo con la mano los restos dejados

por los anteriores ocupantes.

—Claro. Fue en Carosta Mena, poco antes de la intervención. Allí oí hablar por primera vez de nuestro hombre. La flota federal ya estaba en la órbita y había muchos cuscureques al servicio del gobierno planetario; todo un ejército... sí que es cierto que son unos verdaderos matarifes. Bueno, nuestro hombre llegó al planeta, los cuscureques fueron tras él y, por alguna razón que yo ignoro, acabaron tomándose aquella persecución como algo personal. De hecho, llegaron a derribar un aerobús lleno de pasajeros, creyendo que él estaba dentro.

—¿Me está diciendo que asesinaron a un grupo de ciudadanos para acabar con el terrestre? ¿Pero qué clase de gobierno había en Carosta Mena?

—Las tropas federales masacraron sin piedad a los comeqlis, la minoría dominante en Carosta Mena, lo que, automáticamente, les dio a éstos la típica aureola de mártires. Por eso parece que ya todos han olvidado que eran unos fanáticos religiosos, una pandilla de intolerantes, y que cometieron toda clase de atrocidades contra los que no eran como ellos. Los jefes comeqlis dieron manos libres a los cuscureques para acabar con cuantos se opusieran a su teocracia y éstos pensaron que, si no podían identificar al terrestre, bastaba con localizarle y matar a cuantos estuvieran en la zona.

—O sea que, si por ellos fuera, hubieran ametrallado a todo este bar.

—Eso es.

—Y derribaron un aerobús. Y él no estaba dentro.

—Más aún. —Bam Móler dejó escapar una sonrisa desagradable—. Un par de días después, nuestro hombre hizo saltar por los aires a todo el Estado Mayor de los cuscureques en Carosta Mena.

—Puede que sea como invisible —gruñó el hombrón—. Pero, desde luego, le gusta hacerse notar.

—Sólo cuando le interesa, Dagú, sólo cuando le interesa. —El analista tabaleó con los dedos sobre la mesa—. Hablando de eso, es extraño que haya habido una fuga de información tan importante en la Agencia Exterior Terrestre. Es verdad que ningún secreto está a salvo, pero tengo la impresión de que ha podido ser una filtración voluntaria.

—¿Una información interesada? Bien, todo es posible. Ya se molestó él en dejarnos tarjeta de visita. Quizás la intención de la Agencia Exterior era que supiéramos lo que se nos venía encima, para ponemos nerviosos. Una cosa así encaja muy bien con esa política de terror de la que antes hablaba.

Hizo una pausa antes de continuar y bajó un poco más el tono de voz.

—Es cierto que él —y señaló con el índice a lo alto, dando a entender a su interlocutor que hablaba de Cappa Trugro— está muy afectado y se encuentra bajo medicación. La muerte de ella, unida al hecho de saber que alguien como nuestro

hombre está al acecho, sin que nadie sea capaz de dar con él...

—Pondría a prueba los nervios de cualquiera —aceptó Bam Móler.

—Me pregunto si no será por eso por lo que el terrestre sonrío en sus sueños —sugirió esperanzado Dagú—. Quizás el plan consiste en hacernos perseguirle en vano, y sólo entonces matar al... a él. Para hacer que su sustituto se lo piense dos veces.

—No deja de ser una posibilidad. —El otro inclinó la cabeza—. Pero presiento que no es así.

* * *

A primera hora de la mañana, Bam Móler se encontraba dictando su informe cuando Dagú Dagú irrumpió en su apartamento. Asombrado, el analista reparó en el gesto sombrío de su visitante y se apresuró a franquearle la entrada.

—Ya ha sucedido —exclamó el funcionario, sin más preámbulos.

—¿Qué es lo que...? Ah. —Bam Móler cayó en la cuenta—. He sabido por las noticias que Trugro había sufrido una indisposición. ¿Le han matado?

Dagú Dagú sacudió la cabeza.

—Está vivo. El agente de la Federación ha conseguido llegar hasta él, pero no ha recibido daño físico alguno.

—¿Entonces?

—Antes necesito un trago.

El analista buscó una botella y un par de vasos. Tendió uno de estos últimos a Dagú, que se había dejado caer en un sillón.

—¿Y bien?

—Lo dicho. Nuestro hombre ha logrado llegar hasta el presidente. Habíamos multiplicado las medidas de seguridad, pero lo ha conseguido de todas formas. Se habían cancelado prácticamente todas las apariciones públicas de Trugro; pero anoche asistió a una especie de cena oficial, un acto restringido.

—¿Y qué demonios ha pasado?

Dagú Dagú rellenó su vaso y lo levantó para observar su contenido al trasluz.

—Sonrió —dijo distraídamente.

—¿Cómo?

—Sonrió. Después de la cena Trugro pronunció un discurso y el hombre de la Federación estaba mezclado entre la gente. Cuando Trugro miró en su dirección, de repente, enseñó esa sonrisa de loco que tanto se repetía en sus sueños.

Bebió otro sorbo de licor.

—Yo también estaba allí y pude verlo; de hecho, fui de los pocos que se dieron cuenta. Cappa Trugro se puso blanco y cayó redondo. Ya estaba mal de los nervios y esto... Sí que era una sonrisa horrible; horrible de verdad. Creí que se me paraba el

corazón.

Ahora fue Bam Móler el que relleno los vasos.

—Tiene gracia maldita. Tanto dar vueltas a qué significado podía tener esa sonrisa de mi sueño y, al final, no tenía ninguno. Mis sueños me estaban avisando acerca de esa sonrisa. Supongo que comprende qué es lo que ha pasado.

—Por supuesto. —Dagú Dagú hizo un gesto de cansancio—. Todo ha sido un plan preconcebido: los terrestres y la Federación filtraron la noticia de que habían enviado un asesino a Perepore. Querían que lo supiésemos; era parte fundamental de su plan.

—Luego nuestro hombre mató a Tompca Tump Caltif —volvió a sorber de su vaso—, supongo que por media docena de razones distintas. Y anoche remató el trabajo demostrando al presidente que es vulnerable, que puede llegar en cualquier momento hasta él. Le sonrió de esa forma y él, que estaba al tanto de los informes, supo quién le sonreía.

El analista asintió.

—Cappa Trugro es la cabeza visible de un grupo de poder; vivo vale algo; si muere, simplemente es sustituido. La Federación no gana nada matándole. ¿Cómo no pensé antes en ello? Ahora tienen a alguien vivo y atemorizado, porque sabe que no está a salvo del asesino terrestre.

—¿Puede hacer alguna previsión sobre lo que va a suceder?

—Cappa Trugro se volverá más prudente, coqueteará menos con las bajas pasiones antifederales de la gente y será bastante menos complaciente con los desmanes de las bandas radicales.

—¿Y se alejará la posibilidad de una intervención? —musitó Dagú Dagú, sin poder ocultar su alivio.

—No, no habrá intervención. Con todo lo que pueda decirse de los terrestres, ellos están en contra de ese tipo de operaciones, excepto como último recurso. La invasión de Carosta Mena se hizo en contra de su opinión.

—Pero hay más pesos pesados en la Federación, aparte de los terrestres.

—No habrá intervención; tengo una sensación muy fuerte al respecto. —Bam Móler se incorporó—. Bien, el informe que estaba preparando, sobre la situación planetaria, no sirve ya de gran cosa; todo ha cambiado radicalmente y tendré que comenzar, de nuevo, desde el principio. Yo no sé si todo esto no me va a costar un buen montón de dinero... Por cierto, nuestro hombre se esfumaría en la confusión de los primeros momentos, claro.

—No tuvo necesidad ninguna de apresurarse. Como ya le he dicho, aparte de Cappa Trugro, no más de tres o cuatro personas llegamos a verle sonreír y supongo que el resto no fue capaz de entenderlo. Se tardó cierto tiempo en comenzar su búsqueda y, por supuesto, no hubo resultado alguno.

Dagú Dagú volvió a alzar su vaso contra el trasluz.

—De repente, vi a un hombre con una sonrisa capaz de helar la sangre en las venas. Todo duró un par de segundos, no más. ¿Y quiere saber lo más curioso? No le quité los ojos de encima y soy un profesional. Pero, cuando dejó de sonreír, le perdí un instante entre el revuelo de la gente, un parpadeo.

Pensativo, se llevó el vaso a los labios.

—Y ya no supe decir quién era.

BESOS DE ALACRÁN

Como cada mañana, el capitán Moctaur había subido a la torre de control. Siguiendo la costumbre de años, lo hizo por la escalera exterior, ascendiendo hasta lo más alto para terminar acodándose en la barandilla del piso alto, a contemplar ociosamente el bosque claro, las arboledas dispersas y los herbazales acariciados por la brisa, más allá de la descuidada pista del astropuerto.

En un extremo de las instalaciones, perdida entre las hierbas verdes y amarillas, yacía una vieja lanzadera abandonada, con el casco enrojecido por la herrumbre. Gigantescos insectos alados de caparzones brillantes danzaban entre la vegetación. Una bandada de aves, de plumajes multicolores, sobrevoló el astropuerto antes de alejarse hacia el sur. Con indolencia, el capitán se colocó un cigarrillo entre los labios, siguiendo con la vista el vuelo de la formación, que aleteaba perezosamente en el cielo azul sin nubes de Balifata II.

El capitán Moctaur hizo visera sobre los ojos, observando. Allí, punteando el cielo a unos pocos grados más al sur que la bandada, algo volaba a baja altura, acercándose al astropuerto. Enfocó sus prismáticos sobre aquella mota. Un transporte, una gran nave aérea que se desplazaba muy lentamente en el aire claro de la mañana, planeando a unos pocos metros por encima de las ondulantes copas de los árboles. Pensativamente, el capitán encendió el cigarrillo y lanzó una bocanada de humo que la brisa dispersó casi de inmediato. Luego, con una última mirada al lento transporte, entró en la penumbra de la sala de control.

Casi al descuido, comprobó que las defensas automáticas del astropuerto estuvieran activas. El capitán no creía seriamente en la posibilidad de un ataque de piratas. Diez años de servicio en Balifata II le había acostumbrado a las naves que llegaban furtivamente, volando a muy baja altura para esquivar los sensores de otros aparatos.

—A ver, esa nave sin identificar que se aproxima volando desde el sur —avisó por el sistema de comunicaciones—. A ver si me recibe, cambio.

Silencio.

—Nave desconocida acercándose al astropuerto de Balifata II desde el sur. Nave desconocida acercándose al astropuerto de Balifata II desde el sur —advirtió más formalmente—. Aquí Control. Identifíquese inmediatamente o cambie de rumbo. De lo contrario, será derribada por las defensas del astropuerto.

Casi al momento el monitor parpadeó, mostrando un rostro fatigado.

—Control, Capitán Moctaur... —titubeó—. Escuche, tengo serios problemas, yo...

—¿Problemas técnicos?

—No, negativo —volvió a vacilar—. Me persiguen, soy yo quien está en peligro, necesito que me ayude...

Moctaur se recostó en su asiento. En su calidad de capitán del astropuerto de Balifata II —el único operador del único astropuerto en todo el planeta—, era además el administrador de los asuntos humanos, así como el representante oficial ante la especie indígena.

—De acuerdo, de acuerdo —volvió a reparar en el aspecto agotado del piloto del transporte—. Vamos a ver: tome tierra en la pista auxiliar tres, pista auxiliar tres. Cuando haya aterrizado, hablaremos.

Mientras bajaba por la escalera exterior, el capitán Moctaur contempló algo inquieto cómo la nave descendía con lentitud, dando bandazos y dispersando a su paso las nubes de insectos multicolores. El piloto maniobraba con tanta torpeza que, durante unos instantes, el capitán temió que el transporte acabara estrellándose contra la pista circular pintada de rojo.

Por fin, la rampa se abrió con un sordo zumbido y el piloto, mugriento y demacrado, tal como le habían mostrado los monitores, descendió entornado los ojos y lagrimeando bajo el súbito estallido de luz. Reculó al vislumbrar al hosco capitán del astropuerto, que se acercaba con el torso desnudo, un visor oscuro sobre los ojos y un pesado fusil de dos cañones en ristre.

—No se preocupe. —Moctaur palmeó su arma, advirtiendo la aprensión de su visitante—. Lo llevo por costumbre.

—Capitán Moctaur... mi nombre es Ónlifan Déglet...

—Le recuerdo perfectamente, Déglet. —El capitán cabeceó. Balifata II sostenía una reducida colonia humana, apenas dos centenares de individuos, técnicos y operadores en su gran mayoría, dispersos por todo el planeta. Y el capitán Moctaur era de los que se vanagloriaban de conocer a cada uno de ellos—. ¿Dónde aprendió usted a pilotar?

—No tengo licencia de ninguna clase, he venido volando en semiautomático...

—Ya —examinó la gran mole del transporte, los números de identificación, los logotipos comerciales pintados sobre el casco metálico—. Ésta es una nave de transporte industrial. ¿Cómo la ha conseguido?

—La robé —aceptó llanamente su interlocutor.

El capitán Moctaur guardó silencio un par de segundos.

—De acuerdo, Déglet, ya arreglaremos eso. —Terciando descuidadamente su fusil sobre el hombro, hizo un gesto amable hacia su visitante—. Pero ahora, vamos dentro. Me parece que está muy cansado. Primero, repose un poco; ya hablaremos después.

* * *

Acomodándose en su asiento, el capitán Moctaur ofreció un cigarrillo a su

visitante. Éste, visiblemente relajado tras una ducha y un par de sedantes, lo rechazó con un gesto. En silencio, el capitán escanció un par de vasos de licor amarillento y ofreció uno de ellos a su huésped.

—Bueno. —Ónlifan Déglet agitó la cabeza, llevándose la bebida a los labios—. Vine a este planeta con un contrato de técnico, hará ya casi tres años. Me reclutaron para el trabajo en Ante Dibayim... es mi mundo natal.

—Supongo —el capitán encendió su cigarrillo— que antes de firmar le informaron cuidadosamente de lo que iba a encontrar en el planeta.

—No puedo negarlo. En realidad —esbozó una sonrisa desanimada—, yo ya había oído hablar sobre Balifata II y las Caravenig.

—Ya. —El capitán lanzó una bocanada de humo, asintiendo pensativamente—. Prosiga.

—Bueno. Desde mi llegada, he estado trabajando en una de las factorías alimenticias del hemisferio sur, en Escaín Malum. Allí, la colonia de humanos es muy pequeña; cinco personas en total. Los primeros meses fueron realmente aburridos, la verdad, mucho más duros de lo que yo había pensado. Los otros técnicos de la colonia eran gente poco sociable, por lo menos con los otros humanos: rara vez se les veía fuera del trabajo. Uno de ellos es un verdadero ermitaño, una especie de misántropo; los otros tres preferían la compañía de las caravenig.

»Al principio, me volqué exclusivamente en mi trabajo, manejando la maquinaria extraplanetaria. En aquella época, mi trato con las caravenig era cortés pero frío, puramente profesional. Recuerdo lo mucho que me sorprendió que ellas mantuvieran la misma actitud hacia mí, como obligándose a mantener las distancias... después de todo, las habladorías las presentan como una especie de sirenas...

El capitán esbozó una sonrisa despectiva, sin hacer comentarios.

—Esa época fue espantosa; según fueron pasando los meses, aquel régimen de vida tan solitario se me hizo insoportable. Al final, supongo que era inevitable, comencé a tratarme con las caravenig: un comentario aquí, una pequeña charla allá. No me resultó nada difícil: pese a todo lo que digan de ellas, no son monstruos.

—Claro que no, hombre —rezongó el capitán—. ¿Pero quién ha dicho esa tontería? Las caravenig son civilizadas, cultas, amables... a mi juicio, como especie, su media es muy superior a de los humanos.

—Si, bien, poco a poco, fui congeniando con ellas, introduciéndome en su sociedad, aunque tardé en olvidar mis prevenciones; y algunas caravenig siempre guardaron las distancias conmigo, nunca comprendí por qué.

—¿No lo entiende? —El capitán volvió a sonreír sin ningún humor—. Los humanos y las hembras caravenig sienten una atracción mutua inevitable. Pero lo que unos —se golpeó el pecho desnudo con el índice— llamamos uniones híbridas, otros lo llaman xenofilia. Dicen que es una perversión de orden sexual. En ciertos sitios,

uno puede ser perseguido legalmente, aunque ellos lo llaman «ser puesto bajo tutela de las autoridades». Sin contar todos los planetas donde, aún siendo aceptado, uno se convierte en un enfermo a ojos de la gente, un paria social. Y muchas caravenig tampoco ven con buenos ojos la relación de sus congéneres con alienígenas... aunque sus motivos sean menos palurdos que los de los humanos.

—Nunca lo había pensado. Lo cierto es que tanto como las caravenig como yo, como de común acuerdo, manteníamos una especie de juego de etiquetas, era algo ambiguo... es cierto que hay una atracción mutua muy fuerte. En fin, luego conocí a Eriticlana.

Se detuvo. El capitán sirvió más bebida sin decir palabra, observando los ojos de su visitante, enturbiados por los tranquilizantes.

—La existencia en Balifata II puede ser muy agradable; en un mundo tan lleno de luz, de colores. —Ónlifan Déglet agitó distraídamente su vaso, haciendo oscilar la bebida amarillenta—. Eriticlana y yo hemos estado juntos durante dos años, dos años que parecen haber pasado en un soplo. Pero —suspiró—, al mismo tiempo parece que hubiera transcurrido toda una vida. No hay nada que pueda compararse a la relación entre una caravenig y un humano, nada. Es verdad todo eso que se cuenta por ahí, en los planetas.

»Y esos cuentos —se dijo para sí el capitán Moctaur—, aunque tú no lo sepas, fueron el anzuelo que usaron para atraerte al planeta... lo mismo que a mí.

—Las caravenig son alienígenas y sin embargo son tan parecidas a las mujeres humanas; tan parecidas y tan distintas. —El técnico hizo rodar su vaso entre los dedos, hablando con lentitud—. Es una situación tan contradictoria... todo en ellas resulta tan familiar, y a la vez tan extraño. Hace perder la cabeza, emborracha, esclaviza. Podía pasarme horas mirando a Eriticlana, acariciando su pelo, su piel; esa piel de las caravenig que tiene un tacto tan... —Incapaz de encontrar las palabras, agitó vanamente los dedos en el aire—. Tienen una forma de moverse, de mirar, de ser... no sé como explicárselo.

—No necesita hacerlo. —Le interrumpió con voz suave el capitán Moctaur—. Sé perfectamente como son las caravenig.

—Sí, claro, que tontería. —Su interlocutor gesticuló azorado—. Estoy algo confuso con estos medicamentos. En fin. Llevábamos una vida tranquila, sencilla, feliz. Hasta que ella comenzó a cambiar. No fue un cambio a mejor ni a peor, no, ni de un día para otro. Pero empezó a comportarse de una forma distinta, cada vez más, como si se estuviera convirtiendo en otra persona. Yo no encontraba ninguna causa justificada, no sabía a que atribuirlo, y poco a poco comencé a sentir miedo. Por supuesto, hablamos tomado todas las precauciones posibles para evitar un embarazo: conocíamos demasiado bien las consecuencias de la fecundación en las caravenig. Realmente, no hubo ningún cambio en nuestra relación... pero yo no podía evitar el

sentir que aquella alteración de su carácter no presagiaba nada bueno, que era el preludio del desastre.

El capitán cabeceó en silencio, invitándole con un ademán a proseguir.

—Comencé a espiar sus movimientos; la vigilaba continuamente, cada vez más atemorizado. Así, llegó el día en que la sorprendí frente al espejo. Es como si aún lo estuviera viendo. Ella estaba allí plantada, desnuda, sonriendo y haciéndose mohines a sí misma, atusándose el pelo, contoneándose sin cesar mientras admiraba el rudimentario aguijón que acababa de nacer en la base de su espalda. —Con un suspiro, se pasó los dedos entreabiertos por el cabello—. Eso es lo más espantoso, lo que me hizo huir a lo loco de nuestra casa. No la transformación en sí, sino el hecho de que ella estuviera tan feliz, que disfrutara tanto con su metamorfosis...

Hubo un largo silencio.

—Comprendo. —El capitán se levantó y, con las manos en los bolsillos, se asomó a las cristaleras—. Déjeme explicarle algo. En los caravenig, los dos géneros están mucho más descompensados que entre los humanos. No se trata sólo de que las hembras sean inteligentes, sociales, longevas; mientras que los machos son seres de corta vida y semi-inteligentes. Las hembras caravenig son las portadoras de los juegos de cromosomas masculinos y femeninos de la raza, al revés de lo que sucede entre los humanos. A nivel de especie, los machos son poco más que vehículos orgánicos de material genético. De hecho, ni siquiera son imprescindibles para la perpetuación de la especie.

»Las hembras caravenig, eso lo sabe usted muy bien, pueden ser, bajo ciertas condiciones, autofecundas. Puede llegar a producirse la meiosis, la escisión del núcleo, sin el concurso del macho, dando lugar a individuos haploides, seres con la mitad de los cromosomas. Desgraciadamente, la excitación sostenida es uno de los factores que se supone que pueden desencadenar el fenómeno. Por eso las uniones entre terrestres y caravenig resultan fértiles, en un sentido figurado, claro. Pueden tomarse precauciones, retrasarse, pero al final... y, entre los caravenig, la hembra preñada siempre mata al macho.

—Lo sé, lo sé —balbuceo Déglet—. Pero ella, ella disfrutaba con el cambio... y yo pensé, pensaba...

—Son alienígenas, joder, alienígenas. —El capitán gesticuló en el aire—. ¿Por qué le resulta eso tan difícil de entender a la gente? No pueden evitar ser como son. Ese aguijón que vio en la espalda de su mujer, eso no es nada comparado con la metamorfosis interior. Se transforman en seres distintos una vez fecundadas. Es su naturaleza y considerarlas monstruos es tan injusto como recriminar a un humano que envejezca... en fin, ¿qué sucedió después?

—Escapé a ciegas. Durante tres días estuve dando vueltas sin ton ni son. Luego, recuperé un poco de sentido común, volví a la factoría y robé ese transporte. Vine

hacia aquí volando en semiautomático, a velocidad económica para poder llegar. Usted es administrador de los asuntos humanos en Balifata II, tiene que ayudarme.

El capitán movió lentamente la cabeza.

—Eso es imposible —suavizó la negativa con un tono de voz amable—. ¿Cuántas veces habré oído lo mismo? No. —Tendió una mano para evitar que su interlocutor le interrumpiera—. Escúcheme. Yo mismo tramité su contrato matrimonial, lo recuerdo, tengo buena memoria. También recuerdo lo cuidadosamente que le expliqué la cláusula de muerte incluida en él. Usted lo aceptó: aceptó quedar a merced de su esposa y ni yo ni ninguna autoridad humana podemos hacer nada por usted.

El técnico le miró anonadado.

—Pero ¿es que piensa entregarme? —Agitó aturdido la cabeza—. Ella va a matarme, matarme.

—No, no pienso hacer tal cosa. Tranquilícese —el capitán Moctaur encendió un nuevo cigarrillo—. Oficialmente, no puedo ayudarle. Pero, bajo mano, le daré una nave, y armas, y una lista de los vuelos interplanetarios programados. También le daré un consejo. —Hizo una pausa, observando la expresión turbada de su interlocutor.

—Escuche —continuó, dando una pensativa calada—. Hay quien piensa que las uniones entre caravenig y humanos son una aberración, especialmente perversa en este caso. Una parte de las caravenig también las reprueban: consideran horrible el aparearse con el ser humano, ya que eso les conduce, tarde o temprano, al asesinato de un ser inteligente... entre ellas, la muerte del macho es un impulso atávico, una compulsión a la que no pueden sustraerse.

»Hace ya años, vino a Balifata II un experto, un xenólogo que tenía sus propias ideas. Hablamos mucho. Él afirmaba que las caravenig y los humanos son dos sexos complementarios de dos especies física y mentalmente ajenas y sin embargo parecidas. Según él, en esa polaridad, —hizo girar dos dedos en el aire—, en el intercambio de señales, reconocibles pero distorsionadas, es donde reside la tremenda atracción entre ambos. Cada uno ve en el otro como algo familiar a la vez que diferente. Y en el caso de las caravenig es aún más fuerte, porque se encuentran ante una pareja inteligente, cosa que el macho caravenig no es. Es una especie de magnetismo que ninguno puede evitar una vez desencadenado.

»Además, él sospechaba que los humanos contratados para trabajar en este planeta son cuidadosamente seleccionados. Parece ser que existe en algunos sujetos de nuestra especie un instinto, un deseo de muerte que acude irremediamente al reclamo de cosas como las historias que se cuentan sobre las caravenig. Ésos son los elegidos preferentemente por las agencias que surten de trabajadores a Balifata II. De hecho, aparte de gente así, pocos son los que aceptan un contrato para trabajar aquí.

El técnico volvió a pasar sus dedos por entre el cabello.

—¿Y usted? —inquirió de repente.

—Probablemente, yo también fui elegido de acuerdo con un patrón prefijado. Aunque en mi caso la selección fue hecha por las autoridades humanas y, desde luego —sonrió sombríamente—, el perfil buscado era otro bien distinto. Siempre suponiendo que aquel xenólogo estuviera en lo cierto. Todos sus conocimientos no debieron bastar para salvarle, porque se internó en el planeta y nunca más se supo de él.

»Con todo esto que le estoy contando, lo que quiero es avisarle. Si él tenía razón, la gente como usted puede trabajar contra sí misma, desear en el fondo que su esposa caravenig acabe encontrándolo. Téngalo muy en cuenta. Huya a alguna zona despoblada, escóndase; tienda una emboscada a su mujer, si se atreve. No le plante cara; cuando están en ese estado, las caravenig son máquinas de matar. Le daré una nave; no anule el sistema automático, así podré recuperarla. Si lo hace, seré yo quien salga a buscarle. Intente matar o despistar a su esposa, luego vuelva. Si lo consigue, yo me encargaré de ocultarle en algún transporte interplanetario. Sobre todo, sea prudente. —Añadió, recordando a cuantos habían sido atrapados al pie mismo de la pista, y como habían sido arrastrados gritando hacia su muerte, tras las arboledas.

—¿Es factible? —el técnico esbozó una sonrisa desgana—. ¿Hay alguien que lo haya logrado?

—Por supuesto. —Mintió el capitán, alegrándose de llevar los ojos ocultos tras el visor.

* * *

En mitad de la noche, una nave aérea proveniente del sur sobrevoló el astropuerto, antes de descender lentamente, con todas sus luces de posición pulsando. Perdido entre las sombras, el capitán Moctaur observó como aterrizaba para posarse entre los herbazales al borde de la pista. Durante largos minutos no hubo ningún movimiento, las luces del aparato parpadeaban, la propulsión ronroneaba en la oscuridad. Por último, con tranquilidad, el piloto descendió.

El visitante, una mujer, paseó su mirada por las desiertas instalaciones: la pista descuidada, la torre de control a oscuras, el pequeño almacén de piedra. Las copas de los árboles y las hierbas susurraban mecidas por la brisa, los insectos nocturnos zumbaban alrededor de las dispersas luces blancas del astropuerto. Volvió los ojos hacia la torre. Desde allí, saliendo de las sombras, el capitán Moctaur se acercaba a ella, cruzando la pista con su pesado fusil de dos cañones bajo el brazo.

Caminando sin prisas a su encuentro, el capitán examinó a esa visitante nocturna. En la penumbra, aparecía como una caravenig típica, con su espectacular melena listada de negro y dorado, ojos rasgados de pupilas inhumanas, boca jugosa y

expresiva. Vestía un funcional mono azulado, lleno de bolsillos, e iba aparentemente desarmada. Mujer y alienígena a la vez, se dijo el capitán, tan atractiva para un humano como todas las caravenig.

—¿Puedo servirla en algo? —Fusil en ristre, se detuvo a unos pasos.

—Soy Dor-Lipi Eriticlana. —La alienígena le dedicó una larga mirada. Su voz era extraña, llena de matices insólitos y, sin embargo, agradables—. Busco a mi esposo. Un humano llamado Ónlifan Déglet.

—No está aquí. —El capitán cabeceó.

—Pero estuvo.

—Es cierto —aceptó—. Pero ya se ha marchado.

—Le encontraré. —Hubo una pausa en la que la caravenig y el humano se contemplaron con mutuo interés—. Después, tras el desove, volveré.

El capitán ladeó la cabeza, mirando en el interior de los ojos rasgados de la alienígena.

—Chica —dijo con suavidad—. ¿Sabes quién soy yo?

—Claro, eres el capitán Moctaur, todas en Balifata II han oído hablar de ti. —Sonriendo, sacudió su espesa cabellera negra y dorada—. Sin embargo, si quieres, me gustaría volver.

Moctaur acarició pensativo los cañones de su arma.

—Aquí me encontrarás —dijo simplemente.

La caravenig le dedicó otra gran sonrisa entre las sombras, antes de darle la espalda y volver a su nave. El capitán encendió un cigarrillo y se quedó a contemplar el despegue del rechoncho aparato constelado de luces. Apoyó los cañones de su fusil en el hombro y fue deambulando lentamente por el margen de la pista, lanzando blancas bocanadas de humo que se alejaban flotando en la oscuridad. A lo largo de su paseo, volviendo de vez en cuando la cabeza, escudriñaba con atención las arboledas en tinieblas, sin descubrir nunca nada.

Y sin embargo, cuando las lunas estaban llenas, Moctaur solía vislumbrar al fantasma de su tercera esposa correteando por entre los árboles. Muchas veces, el capitán se había internado en la espesura, corriendo en vano en pos de aquella aparición que le esquivaba una y otra vez, antes de terminar esfumándose en la noche, dejando tras de sí los ecos de una risa maliciosa. Era por eso, por aquella risa que él tan bien recordaba en labios de su tercera mujer, que el capitán acariciaba la esperanza de que ella, a la que tanto había querido, no le guardara ningún rencor.

Volviendo a girar la cabeza, contempló caviloso la oscuridad. En algún punto, en línea recta tras las primeras filas de árboles, aguardaba el cementerio particular del capitán Moctaur. En aquel lugar, cuidadosamente alineadas, estaban las tumbas de sus seis esposas caravenig. El capitán las había ido degollando con su cuchillo, largo y afilado, con la hoja parecida a la de una guadaña. También, a cierta distancia, había

otra veintena de sepulturas descuidadas y anárquicamente distribuidas. Ésas contenían a humanos: unos eran parientes y amigos de víctimas de caravenig, otros asesinos a sueldo. Cada cierto tiempo, alguno de ellos llegaba en misión de venganza al planeta. E, invariablemente, el capitán acababa con él a tiros, apenas pisaba Balifata II, antes de arrastrar cansinamente el cadáver a través de la pista y la arboleda, y abrir una nueva fosa.

Arriba, la nave caravenig era aún visible, una pequeña mota luminosa que cruzaba el cielo nocturno. Sin duda, ella terminaría por encontrar a su esposo humano, aquel pobre infeliz, y le mataría. El capitán Moctaur arrojó la colilla, viendo como volaba la brasa, a través de la oscuridad, hasta chocar contra el firme de la pista y deshacerse en un surtidor de chispas rojas. Recordó los brillos que ardían en los ojos rasgados de la caravenig. Los humanos y las caravenig eran sexos altamente compatibles, demasiado. Aquellas uniones híbridas rebosaban de sensaciones y sentimientos nuevos y exóticos, totalmente desconocidos en las respectivas especies. El capitán Moctaur contempló las siluetas de los árboles balanceándose en la oscuridad. Dor-Lipi Eriticlana volvería. Juntos, compartirían de nuevo el veneno que una vez catado ya nunca podía evitarse. Juntos, hasta que llegara lo inevitable. Entonces, uno de ellos acabaría con el otro; sólo para echarle luego de menos y comenzar otra búsqueda de alguien en quien avivar ese fuego entre cuyas llamas suele lacerarse a sí mismo el alacrán.

OSCURO CANDENTE

A media mañana, la partida de caza merodeaba sin rumbo por los arenales costeros, esa sucesión de dunas que se agolpan a lo largo de la bahía, como un oleaje de arenas resplandecientes, al este de Cósig Venus. Surban Argorades abría la marcha, el fusil perezosamente terciado al hombro, un visor ante los ojos, rastreando al azar por las largas cuestas arenosas. Sus cuatro compañeros le seguían en silencio a algunos pasos, zigzagueando con lentitud por entre los médanos, remontándolos, deteniéndose a veces en lo alto para otear aquella franja desértica interpuesta entre la jungla y el mar.

El inmenso sol amarillo de Asarag II llameaba en un cielo azul intenso, ascendiendo hacia el mediodía, y el mar, a cierta distancia, centelleaba lleno de reflejos de luz. Grandes libélulas revoloteaban sobre las dunas, el calor estremecía las imágenes y una brisa ardiente, cargada de aromas marinos, arrastraba fugaces torbellinos a lo largo de las laderas.

Cerca del límite oriental de los arenales los cazadores dieron con una pista reciente, un rastro continuo y sinuoso que delataba el paso del monstruo. Aquellas señales, algo emborronadas ya por el viento, serpenteaban por las pendientes de arena blanca hasta perderse de vista en dirección al mar. Nadie dijo nada; se demoraron unos instantes sopesando las armas, cubriéndose mutuamente mientras escudriñaban las cercanías a través de los visores, buscando cualquier indicio que pudiera indicar la proximidad de la bestia.

Al fin, seguro de no hallarla allí, el doctor Argorades hizo una señal a sus compañeros y, con el pesado fusil entre las manos, comenzó a seguir las huellas. La pista daba vueltas interminables por las dunas, culebreando sin fin y acercándose poco a poco a la orilla del mar. Los cazadores iban siguiéndola, caminando despacio, parándose en alguna ocasión a observar alrededor, sin descubrir nunca otra presencia que no fuera la de las libélulas gigantes.

Algo más tarde hallaron un segundo rastro; pisadas que, procedentes del este, iban a superponerse con el surco ondulante del monstruo. Argorades se arrodilló en la arena caliente, estudiando con atención todas aquellas marcas revueltas. Duge M. M. Lus —fuerte, corpulento, renegrido— se le aproximó, inclinándose a su vez.

—Son tres; seguramente siguen también al monstruo... y no debe hacer mucho que han pasado por aquí —comentó Argorades en voz alta, avisando a los demás cazadores.

—Una media hora —convino Lus.

—No me gusta —ése era Cozo Jujanlo, unos pasos más atrás—; me huele mal.

El doctor se ladeó para ojear a aquel sujeto enjuto, de grandes bigotes negros y talento natural para la caza, que ahora se removía empuñando su fusil de dos cañones,

girando la cabeza a todos lados, como un ave de presa intentando avizorar el peligro.

—Quizás tengas razón —aceptó a regañadientes. También él había sentido un roce helado; uno de esos presentimientos que, con el tiempo, había aprendido a respetar—. No, a mí tampoco me gusta todo esto, aunque no sabría decir por qué... Bien, vamos adelante, pero con cuidado.

Ambos rastros se entremezclaban, culebreando por entre los médanos blancos hasta llegar al mar, allí donde los arenales desembocaban en grandes playas abiertas. La avalancha de luz era cegadora, el calor aumentaba sin cesar, la evaporación hacía humear las pozas creadas por el reflujo de la marea. El oleaje chapoteaba en la orilla y las ropas de los cazadores se agitaban a impulsos del viento cálido. Un sombrero de ala ancha daba lentas volteretas por la playa desierta y Argorades corrió a cogerlo, sintiendo crecer sus temores.

Las huellas giraban allí hacia oriente, paralelas al mar, y, a unos doscientos metros, no lejos de donde la selva se agolpaba contra las dunas, en una erupción de vegetación, se columbraban dos bultos caídos en la arena.

—¡Eh! —gritó Cozo Jujanlo—. Pero, si eso son personas... ¡Hay muertos ahí delante!

Sintiendo un latido en las sienes, Argorades enfocó su visor sobre el área, en *zoom*, y constató que, en efecto, se trataba de cuerpos humanos, de dos hombres caídos junto al agua.

—Ojo, ojo. —Manoseó su fusil—. Puede que esté aún por aquí.

Durante largos segundos observaron alrededor, respaldándose unos a otros. El doctor paseó los ojos a través de la playa inmóvil. El aire recalentado vibraba, alterando las formas; ráfagas ardientes removían las arenas, alzando pequeños torbellinos: el silencio, la quietud, el bochorno, lo presidian todo. Se enjugó el sudor y, deslumbrado, contempló la jungla que brotaba al pie de las dunas con un estallido de tonos verdes. Pesadas nubes blancas volaban lentamente en el cielo tropical y, mar adentro, las aguas azules espumeaban en torno a las grandes moles coralinas, rojo sangre, del centro de la bahía.

—Bueno, hombres. —Se decidió—. Vamos allá; mantengan las distancias.

Fueron acercándose muy despacio, desplegados en abanico. Al girar la cabeza, datos alfanuméricos, marcaciones, biogramas, surgían y se esfumaban en el campo de los visores, avisando de la presencia de artrópodos en las dunas, así como la de una multitud de formas de vida que abarrotaba las aguas litorales.

—¡Hay algo muy grande! ¡Allí, allí, a las diez!

Surban Argorades se giró siguiendo las indicaciones de Alco Gracama, el bisoño de la partida. Había, sí, una gran forma de vida bajo las arenas, a unos cuarenta metros a la izquierda. Dedicó algunos instantes a valorar el torrente de datos que le suministraba el visor.

—Calma; sólo es un escorpión real. No es lo que buscamos.

—Eh —dijo entonces Jujanlo—. Uno de esos sigue vivo.

Sorprendidos, dirigieron la mirada adelante; a esa distancia, los visores ya alcanzaban a suministrar algunos datos, todavía confusos.

—Aún vive, sí —corroboró Duge M. M. Lus, antes de señalarles los animalejos acorazados que rondaban junto a los cuerpos: crustáceos rechonchos, grandes como melones, con caparazones verdosos erizados de espinas—. Así que será mejor que nos demos prisa en sacarle.

Argorades dudó otro momento, observando una vez más las arenas circundantes.

—De acuerdo —aceptó—, vamos a por él antes de que se lo coman.

Apuntando a todos lados, acudieron con rapidez junto a los cuerpos. Tel Orecuí y Lus la emprendieron a puntapiés con los crustáceos, cubriéndoles con una lluvia de arena. Las bestezuelas —artrópodos disimétricos, con una pesada pinza en el lado izquierdo y dos más pequeñas en el derecho— retrocedieron hacia el agua blandiendo sus defensas. Jujanlo estudiaba con avidez las señales impresas en la arena, mientras Argorades atendía ya al superviviente.

Con un ojo en aquellos seres blindados, cuyas pinzas podían quebrar con facilidad la pierna a un hombre, el doctor examinó al herido. Sufría fracturas y laceraciones terribles, la mitad del rostro se había abrasado al contacto con la arena ardiente y, del otro lado, el ojo estaba abierto y giraba enloquecido en su órbita.

—Es Vassa... —Desazonado, el fornido Lus se pasó los dedos por el cabello—. ¿Pero qué te han hecho, hombre?

Los labios del herido aleteaban, pero el doctor no supo si era debido a un temblor involuntario o a algún intento de hablar; ni siquiera pudo decidir si estaba o no consciente.

—Tranquilo, tranquilo —musitó de todas formas, acomodándole—. Vamos a pedir ayuda.

Se incorporó, haciendo gesto de secarse el sudor, antes de reparar en que tenía las manos ensangrentadas. Se las restregó en la ropa, acercándose a la orilla. Tel Orecuí ya estaba allí, entablado comunicación con la ciudad.

—He contactado con la seguridad; ya vienen.

—Está muy mal. —Agitó la cabeza, rebuscándose en los bolsillos. Al otro lado de la bahía, visibles gracias a la curvatura de la costa, resplandecían los rascacielos de piedra blanca y las cúpulas cobrizas de Cósig Venus. Con gesto ausente, se colocó un cigarrillo en los labios, apartándose del agua. Duge M. M. Lus le hizo reparar en el cadáver.

—Mira, ése es Tralle Mom, creo; está hecho trizas.

Cabeceó de nuevo, soltando una larga bocanada de humo y Cozo Jujanlo, que iba de un lado a otro, le señaló entonces en una huella zigzagueante que salía del mar.

—Estaba en el agua, al acecho; cuando pasaron, atacó. —Le mostró un área pisoteada y revuelta, señalándole los despojos: armas caídas, restos de equipo, un visor roto.

—Pero, si eran tres. —El doctor se inclinó intrigado sobre las huellas—. ¿Dónde está el otro?

Jujanlo se pasó el fusil de mano, acariciándose el espeso bigote. Luego le llevó algo más allá, hasta donde una gran cantidad de sangre se había secado al sol, apelmazando la arena en gruesos terrones oscuros. Un nuevo rastro, ancho y ondulante, nacía en aquel punto, dirigiéndose a la jungla.

—Mató a uno e hirió a otro, pero al tercero se lo llevó.

Una nave de la Seguridad Planetaria llegó desde el mar para sobrevolar la zona e, ignorando las señales de los de tierra, comenzó a inspeccionar las dunas con sus sensores. Casi simultáneamente, otros dos aparatos particulares hicieron acto de presencia.

—¿Quiénes serán éstos? —Argorades torció el gesto al ver como, primero uno y luego el otro, abandonaban el área para dirigirse a la selva.

—La competencia, claro. —Lus los estudiaba a través del visor.

—Habrán oído nuestra llamada —Jujanlo esbozó un gesto de resignación—, y ahora tratan de levantarnos la pieza: normal.

—Bueno; la alternativa era dejar morir a Vassa.

—Eh, nadie ha dicho eso.

La nave artillada aterrizaba lentamente, alzando cortinas de arena. Dos hombres saltaron a tierra, empuñando sus armas; luego, bajó un tercero. El doctor contempló sorprendido a este último; un personaje de gran estatura, ataviado con ropas verdosas y algunas piezas de blindaje corporal, con los ojos ocultos tras un pesado visor.

—¿Dagú Dagú?

—Surban... —El hombrón cambió un rápido apretón de manos con el cazador—. Ya tenía noticias de que estabas en el planeta. Pero luego hablaremos.

Asintiendo, Argorades le mostró la historia impresa en las arenas.

—Seguían las mismas huellas que nosotros, sólo que con una media hora de ventaja. —Resumió—. Está claro que el monstruo les tendió una emboscada; acabó con ellos.

—Y, entonces, el tercero...

—Se lo ha llevado consigo, seguramente para devorarlo.

El hombre de seguridad acarició su arma, ojeando receloso los alrededores. A pocos pasos, su gente introducía al cazador malherido en una cápsula vital. Le señaló con la cabeza.

—¿Quién es éste? ¿Le conoces?

—Vassa Andren: alimañero, como yo. Un viejo conocido.

—Maldito bicho —suspiró, dedicando un último vistazo a los arenales—. En fin, vámonos; apretándonos, cabremos todos.

—¿Irnos?

—No pensaréis quedaron aquí; el monstruo puede estar todavía al acecho.

—Ojalá. —Sonrió sin humor—. Mira, hemos salido de caza: todo esto es parte del oficio.

Desde la nave artillada, alguien les hizo gesto de listos. El capitán Dagú aún dudó unos instantes, volviendo los ojos hacia la línea de selva, a unos trescientos metros de distancia.

—Muy bien, allá vosotros... pero, nada de locuras; sé prudente.

—Tranquilo. Después, si quieres, podemos tomar una copa, charlar un rato.

—Claro. —Se encaminó al aparato—. ¿Te parece bien en el Continental, a las nueve? ¿Sí? Estupendo, allí estaré. —A medio camino de la nave, se volvió a gritar—. ¡Y ten cuidado, hombre!

Sonriendo, su interlocutor agitaba una mano para tranquilizarle. La nave despegó entre nuevos torbellinos de arena, ganó altura, se alejó a gran velocidad en dirección a Cósig Venus. Argorades sacó su paquete de cigarrillos, ofreciendo. Duge M. M. Lus y Tel Corecuí aceptaron.

—Bueno amigos. —Se apoyó en su fusil y, envuelto en una humareda de tabaco, contempló abstraído las dunas blancas, el mar, la selva—. Vamos a dar un paseo por la selva, aunque no creo que encontremos nada.

* * *

Minutos antes de la hora convenida, Dagú Dagú se presentó en el bar del hotel Continental. El capitán sentía cierto apego por aquella sala agradable, de claroscuros tenues, amueblada con ese remedo de arte aborigen que los pobladores de segunda oleada llaman Venus Colonial. El público estaba formado, como de costumbre, por una extraña mezcolanza: empleados de corporaciones espaciales, exiliados de otros planetas del sistema, incluso algunos pobladores de primera oleada —los llamados aborígenes—, codeándose con toda clase de aventureros con pintorescos oficios, propios de las fronteras de la expansión estelar: exploradores, prospectores independientes, traficantes, mercenarios, buscadores de tesoros...

Surban Argorades ya estaba allí, haciendo tintinear los hielos de su vaso mientras contemplaba ensimismado el espectáculo de los grandes terrarios, llenos de exóticas formas de vida local. No parecía haber cambiado con los años; seguía siendo aquel personaje alto y fibroso, de carácter algo truculento, que el capitán conociera tiempo atrás. Aún llevaba ropas de caza, cómodas y holgadas, y, aunque había dejado su fusil, una pistola de gran calibre colgaba ostentadamente de su axila izquierda. Dagú,

por el contrario, poco amigo de hacerse notar, había sustituido el uniforme por ropas de civil, caras y discretas.

—Surban, hombre, ¿cuánto hace?; y te veo igual que siempre.

—Y yo a ti. —Le estrechó la mano—. Milagros de la ciencia, al menos en mi caso.

Se sonrieron mutuamente y, en el silencio posterior. Argorades señaló al terrario: tras el cristal acorazado, bullía un hervidero de tallos gruesos y flexibles, en continuo movimiento. Durante algunos segundos, miraron el lento serpenteo de aquella maraña, agitándose como un nido de culebras vegetales; bajo ella, podía entreverse un gran bulbo leñoso, de casi tres metros de diámetro, hundido a medias en la tierra negra.

—*Gorgofitas*... una especie interesante.

—No para toparse con ellas en la jungla.

—No, claro. —Esbozó una sonrisa—. Hablaba desde un punto de vista científico.

—Ya. —Absorto, el capitán admiraba el pausado vaivén de los tallos; aquellos extremos, gruesos y carnosos, con hendiduras repletas de espinas, recordaban a rudimentarias cabezas de ofidios—. Me pregunto por qué las crearían los terraformadores, qué utilidad pueden tener. —Con un ademán, abarcó el resto de los terrarios—. El planeta entero está lleno de seres así.

—Bueno; se suele hablar mucho de ecologías viables, de la necesidad de predadores para mantener el equilibrio. Pero todo eso no es más que una sarta de mentiras. La expansión espacial no obedece sólo a la necesidad; toda clase de personajes y grupos se lanzan a colonizar mundos, con toda clase de ideas en la cabeza... y a saber cuál era la filosofía de los que hicieron habitable este planeta. Desde luego, debían ser gentes de lo más curiosa.

—Se nota que has sido profesor. —Sonrió distraído, apartando los ojos de aquella planta carnívora, similar a una vieja cabeza cubierta por una cabellera de serpientes—. No es bueno mirarlas demasiado —murmuró—. Tienen algún poder de seducción; emboban a sus víctimas y las atraen a su muerte. Al menos, eso se dice por aquí.

—Lo he leído. —El doctor se inclinó interesado sobre el cristal—. Pero parece que no es más que una tradición popular; nunca se ha probado científicamente.

—Quizás, pero para la gente de Venus es un hecho.

—Venus, eh... qué curioso.

—¿Por qué? Aquí siguen la vieja nomenclatura terrestre. Nadie llama al planeta Asarag II; para todos es Venus Asarag, o Venus a secas; igual que Asarag I y IV son Mercurio y Marte Asarag... pero, hombre, éste no es el único sistema donde se usa tal terminología; no sé de que te sorprendes.

—De nada. —Agitó su vaso—. Sencillamente, me estoy preguntando hasta que

punto el hecho de llamar Venus a este mundo influyó en que se le diera esta ecología: junglas, artrópodos gigantes, grandes reptiles. Después de todo, entre los antiguos terrestres, circulaba cierta mitología al respecto. Sería interesante indagar en el tema.

Mientras se apartaban del terrario, se colocó un cigarrillo en la boca.

—Oh, por cierto. —Dagú ladeó la cabeza, azarado—. Tu amigo ha muerto, no sé si lo sabías.

—No era amigo mío; simplemente, nos dedicábamos a lo mismo. —Se reclinó contra la barra, lanzando una gran humareda, lenta y espesa—. Pobre, pobre hombre.

—No pudieron hacer nada. Si sólo hubieran sido heridas... pero parece que las garras del monstruo segregan tóxicos muy activos. —Se encogió malhumorado de hombros—. Ya ha pasado un par de veces: alguien que sobrevive a un ataque para acabar muriendo envenenado.

—Lo sé, ya he visto los informes.

—Caray; acabáis de llegar y ya estás manos a la obra. Eso sí que es dedicación.

—Amigo, yo no tengo una nómina como tú. Tengo que despabilar si quiero comer.

—Procura no ser tú la comida del monstruo, como les ha pasado a otros.

—Sí. —Agitó la cabeza—. No sé si tienes algún dato al margen de los informes.

—Nada. Apareció un día y comenzó a matar, eso es todo. Ya ha habido aquí casos de asesinato realizados mediante bioarmas, claro; pero ninguna de esas alimañas era tan feroz, ni de lejos, como ésta. —Se acodó en la barra—. Respecto a quién la ha enviado, ya sabes lo difícil que resulta averiguar algo; quizás con el tiempo, analizando acciones, se pueda deducir algo; pero eso a ti no te sirve de nada.

—No —murmuró, asintiendo para sí mismo—. He consultado la lista de víctimas y no parece haber relación entre ellas, y eso es malo. Las alimañas, si no buscan a alguien en concreto, matan a cuantos se cruzan en su camino... un verdadero baño de sangre.

Hubo un silencio, el capitán cabeceaba lentamente; Surban Argorades se había fijado en otro de los terrarios, ocupado por un escorpión real. Una pesadilla de placas amarillas y negras, grande como un buey, que se bamboleaba haciendo oscilar en el aire su pesado aguijón.

—Es lo que más temen los administradores: Cósig Venus depende en buena medida de los residentes extraplanetarios y todo esto puede espantarlos. La verdad, espero que podáis cazarla.

—Por eso no te preocupes; al final, siempre lo hacemos. El verdadero problema está en saber cuanto tiempo nos llevará.

* * *

Alco Gracama hizo un alto junto a la esquina, el fusil en las manos, vigilando aburrido las proximidades. Algo más atrás, el doctor Argorades se había recostado en la pared, fumando con gesto ausente, y Cozo Jujanlo trataba de enjugar el sudor, acariciándose la frente para, acto seguido, contemplar disgustado la humedad que le brillaba entre los dedos.

Alrededor, dormitaban las calles de Cósig Venus, abandonadas a la luz y el calor de la media tarde. Las naves aéreas surcaban lentamente los aires, sobrevolando las plataformas, mientras loros de plumaje azul y amarillo revoloteaban en torno a las gárgolas de las cornisas. Una brisa húmeda corría a ráfagas, los lagartos se deslizaban por los muros y, allí donde uno volviera la vista, podían ver iguanas enormes dormitando al pie de las escalinatas.

Multitud de cúpulas cobrizas centelleaban al sol, deslumbrantes, y los jardines elevados eran como explosiones de color —verdes salpicados de rojo, amarillo, azul— entre la piedra blanca de los rascacielos, allá, en lo alto. Al igual que en tantas otras culturas de clima tórrido, las gentes de Asarag II parecían sentir predilección por lo grotesco y lo barroco; un regusto que les llevaba a cubrir cada palmo de las fachadas con una infinidad de semblantes, monstruos, figuras semihumanas; una profusión tan densa, tan enmarañada, que a veces, incluso, llegaba a causar algo parecido al vértigo en ciertos espectadores.

—¿Y ahora qué? —suspiró Gracama, sacando al doctor de su ensimismamiento—. ¿Cuánto tiempo vamos a seguir así?

—Todo el que haga falta. —Dio una calada, notando la mueca desganada de su interlocutor—. Amigo, aquí está el meollo de la caza: seguir rastros durante horas, esperar y esperar, y, casi siempre, volverse de vacío. Este oficio está hecho ante todo de paciencia, suele ser aburrido y a veces peligroso.

—Humm. —Gracama se situó a su vez en la sombra, estudiando el rostro de sus socios—. Vamos a ver, ¿en serio esperáis encontrar algo siguiendo las instrucciones de ese pobre tarado?

—Querintomélud no es ningún tarado —gruñó Jujanlo—; es un mutante, un gran adivino.

Gracama, inseguro, optó por callar. En silencio, observó de nuevo las calles inundadas de luz, recordando la entrevista con el vidente: las tinieblas punteadas por el resplandor de las velas, las estatuillas lacadas, los tapices entrevistados en las paredes. El propio Querintomélud arrellanado en las sombras, rechoncho como un ídolo, bamboleando sin cesar su cabeza deforme. Se acarició la barba, corta y bien cuidada. Personalmente, había contemplado con escepticismo al mutante; pero sus compañeros le habían mostrado el mayor de los respetos, bebiendo ceremoniosamente sus infusiones y prestando gran atención a sus balbuceos, como atesorando cada una de sus palabras.

—Mira —dijo Argorades—. No te lo tomes a broma, porque no lo es.

—Simplemente —volvió a dudar—, resulta difícil de creer que estemos dando vueltas, con este calor, sólo porque un vidente nos dijo que era aquí, a estas horas, donde debíamos buscar al monstruo.

—Te queda mucho que aprender. —Jujanlo se alzó irritado de hombros.

—Bueno, bueno —medió el doctor—. Mira: a falta de más pistas, ¿por qué no seguir ésta?, ¿qué tenemos que perder?

No hubo más comentarios. Gracama meneó de nuevo la cabeza, sopesando su arma, un fusil de cañón chato, gemelo del de Jujanlo. Argorades, por su parte, tan sólo llevaba su pistola de gran calibre, aún enfundada bajo la axila. Tras un intervalo de mutismo, el doctor dejó escapar una última bocanada y, enderezándose, indicó que debían proseguir.

Continuaron su desgano vagabundo por la ciudad desierta, examinado la sombra de los portales, la vuelta de las esquinas, los recovecos entre las efigies de los muros. Argorades, distraído, palmeó al pasar el lomo de una gigantesca iguana verde que remoloneaba en mitad de la calzada, haciendo chasquear su cola contra el pavimento.

Entonces, desde alguna calle adyacente, les llegó retumbando un gran grito, un chillido horrible que reverberó una y otra vez entre aquellos acantilados de piedra blanca, con ecos que parecieron vibrar durante un tiempo insoportablemente largo. Los alimañeros se sobresaltaron, arrancados del sopor. Cientos de loros asustados alzaban el vuelo desde las cornisas, rompiendo la quietud de la tarde con el batir de multitud de alas.

—¡Quieto, loco! —Jujanlo contuvo al impetuoso Gracama, que ya se lanzaba a la carrera.

—Pe-pero, ese grito...

—Ante todo, calma. —El doctor cambió de mano la pistola, se pasó el dorso por la boca y, por último, volvió a empuñar el arma con la diestra—. No olvides que perseguimos a un monstruo artificial: suelen ser unos ladinos. Además, formamos un equipo; si actúas por tu cuenta, nos pones en peligro a todos. —Con la memoria, volvió a escuchar aquel chillido, dejándolo resonar en su cabeza. Se humedeció los labios; había habido miedo, dolor, muerte, en aquel grito interminable—. ¿Estamos? Bueno, pues vamos allá.

Doblaron una esquina, luego otra, antes de encontrarse con una plaza escalonada, una especie de rellano que enlazaba vías a distintas alturas. Los loros volvían poco a poco a sus asideros, entre las gárgolas de pisos intermedios, devolviendo el silencio a las calles. Empuñando sus armas, los alimañeros se adentraron en la glorieta; sólo para detenerse casi en el acto, consternados por la visión de la sangre a escasos metros.

Asiendo la pistola con ambas manos, Argorades examinó minuciosamente el lugar. Apenas nada se movía en la plaza; los insectos sobrevolaban zumbando la sangre y, más allá, una iguana subía unas escalinatas, serpenteando con pesadez, la lengua bífida azotando incesantemente a todos lados. Se levantó un aire repentino, agitando las ropas holgadas de los cazadores. El polvo del pavimento, alborotado, se arremolinaba enturbiando el ambiente y, por doquier, los semblantes de los muros sonreían enigmáticos mientras grandes lagartos verdes se paseaban sobre los rasgos de piedra blanca.

—¿Veis algo?

Primero Jujanlo, después Gracama, contestaron negativamente.

—Pues no debe andar lejos. —Inquieto, escudriñaba la plaza, sintiendo resbalar el sudor por las sienes—. Acaba de matar a alguien hace un momento, aquí mismo.

Con una voz, Jujanlo les hizo ver un rastro sangriento, igual al que dejaría un cadáver arrastrado. Con un gesto, Argorades indicó que siguieran. Sin embargo, la huella llevaba sólo un poco más allá, hasta una estatua masiva y oscura de hierro pavonado, para desaparecer en la boca de una alcantarilla. Los alimañeros se acercaron con cautela; la tapa estaba a unos metros y había manchas rojizas en el reborde circular. Por fin Jujanlo se decidió a asomarse, encañonando a las tinieblas del pozo.

—Eso es —rezongó el doctor—. Agáchate más, hombre; a ver si te engancha a ti también.

Como dándole la razón, un gran golpe, hueco y sostenido, resonó desde las profundidades, haciendo brincar a Jujanlo. Furioso, disparó luego varios tiros contra la oscuridad abierta a sus pies. Los estampidos retumbaron como cañonazos por toda la plaza, haciendo que de nuevo inmensas bandadas de aves multicolores alzaran ruidosamente el vuelo.

Retrocedieron lentamente; Jujanlo unos pasos detrás, aún mascullaba por lo bajo. Inspeccionaron de nuevo los alrededores, buscando cualquier dato que pudiera serles útil. El doctor se colocó un cigarrillo en los labios y se detuvo al advertir la sangre que salpicaba los muros. Inclinandose, lanzó una pensativa bocanada, absorto en la visión de los regueros que resbalaban despacio por los semblantes de piedra, dejando grandes lagrimas rojas en las comisuras. Luego, al advertir un zapato de mujer caído en el pavimento, se acercó a recogerlo y lo hizo saltar en la palma de su mano.

—Una mujer —dijo Gracama—. Ya me pareció aquel grito... pero no estaba seguro.

—Sí. —Melancólicamente, dio vueltas al zapato entre los dedos; anaranjado y de calidad, tan terso y brillante como un juguete—. Escucha: perseguimos alimañas, seres de laboratorio, y no sería la primera capaz de imitar gritos humanos ni la última que matase para atraer nuevas víctimas.

Su interlocutor asintió en silencio.

—No es bueno precipitarse, es peligroso. Si una alimaña ha cogido a alguien, bueno, resulta estúpido aumentar su ganancia; no se debe correr nunca hacia la muerte.

—Entiendo —murmuró por fin, acariciándose la barba—. Es sólo que ese grito...

—Lo sé, lo sé; mira, no pienses más en ello. —Descartó el asunto con un ademán—. Bien —ladeó la cabeza, contemplando los charcos de sangre como si acabara de descubrirlos—; será mejor que avisemos a la seguridad.

* * *

Surban Argorades se había asomado a la ventana, tratando en vano de captar algún soplo de brisa marina. Nada; la atmósfera nocturna colgaba inmóvil sobre Cósig Venus, húmeda y pesada. Con un suspiro se sentó en el antepecho y, apoyando la espalda en el muro, fumaba lanzando ojeadas distraídas a la calle en sombras.

Se entretuvo con aquel maremágnun de azoteas, el resplandor de las luces amarillentas y anaranjadas, los árboles ornamentales que formaban galerías de vegetación. Rehuyendo el centro, se habían alojado en la Suu Fan Tan, un barrio periférico, donde aún se construía al viejo estilo venusino; con casas de planta cuadrada, de gruesos muros de barro plastificado, tres o cuatro alturas y amplios patios centrales. Allí también, las fachadas mostraban infinidad de figuras fantásticas, modeladas en las paredes, más profusas y grotescas aún, si cabe, que las esculpidas en la piedra de los rascacielos del centro.

Dagú Dagú se le acercó vaso en mano y Argorades no pudo dejar de fijarse en el rostro sudado, en el gesto de sofoco. Violento, esbozó una disculpa, mostrándole la palma de las manos.

—Tranquilo, hombre. —El hombretón dejó escapar una sonrisa cansada—. También ocurre en mi casa; aquí la refrigeración falla cada dos por tres. Éste es un mundo con pocas manufacturas y siempre andamos escasos de piezas, a no ser que uno sea rico y viva en el centro.

Un mosquito nocturno, con casi dos palmos de longitud y un par de enormes alas membranosas, surgió como un espectro de la oscuridad. Entró aleteando con pesadez y, casi en el acto, del otro lado del cuarto, le salió al encuentro algo parecido a una centella azulada. El capitán alzó los ojos, atento. El recién llegado —Dagú lo sabía— era uno de los animalillos de Duge M. M. Lus; una especie de halcón, feroz y valiente, diminuto como un colibrí.

Pudieron ver como se enfrentaban en pleno vuelo, a media altura. Ambos guardaban las distancias, batiendo frenéticamente las alas; el pequeño halcón prácticamente inmóvil en el aire; el insecto gigante volando en círculos, arriba y

abajo. Después, sin previo aviso, se enzarzaban en rápidas escaramuzas que les llevaban zigzagueando a gran velocidad de un lado a otro de la habitación, haciendo difícil seguir sus evoluciones.

El capitán se enderezó interesado. Los contrincantes habían librado ya tres, cuatro asaltos de resultado incierto, separándose cada vez para revolotear uno en torno al otro. Valoró las formas estilizadas del mosquito, su tamaño, la envergadura de alas, sabiendo que aquellas ventajas resultaban meras apariencias ante la menuda ave de presa.

Hubo una última refriega, muy breve esta vez. Luego el mosquito fue a caer desde lo alto como un titán abatido, siguiendo una larga espiral. Se estrelló contra el suelo y quedó allí tendido, inmóvil, estremeciendo aún las alas a intervalos, con débil zumbido.

Argorades miró de nuevo hacia la calle. Dagú se ladeó, buscando al vencedor del combate aéreo. Pero el minúsculo halcón, matador de insectos, ya se había refugiado entre las sombras de una esquina del techo, perdiéndose de vista.

—¿No se lo come? —preguntó chasqueado.

—Si tuviese hambre, lo haría.

El capitán cabeceó, desviando su atención hacia los tres hombres que aún se afanaban entre datos e imágenes, intentando lograr un modelo del monstruo.

—¿Y vuestro amigo? —trató de recordar el nombre—. ¿No interviene en esto?

—¿Quién, Jujanlo? —Lus manoteaba ante el rostro, tratando de airearse—. No; ha salido a rastrear por su cuenta. Y, la verdad —añadió sonriendo—, es lo mejor.

Hubo un coro de risitas cómplices. El doctor arrojó la colilla a la calle, siguiendo con los ojos la estela rojiza de la brasa.

—Jujanlo —aclaró—, es buen alimañero... y poco más. Sobre el terreno, es de los mejores; pero cuando se trata de usar la cabeza, es mejor no contar con él.

—Es buen tipo —añadió Lus con otra mueca maliciosa—. Pero si se le saca de un par de temas, el hombre no da mucho de sí.

El capitán mostró una sonrisa fugaz, mera cortesía, antes de señalarles la proyección que flotaba entre los tres hombres; la simulación del monstruo, aún incompleta.

—Bueno, algo hemos conseguido —dijo Lus—: simetría bilateral, torso humano o humanoide, cola de serpiente... un tipo de alimaña bastante común.

—Cierto. —Argorades, aún instalado en el alféizar, asintió pensativo—. Yo mismo perseguí a una de éstas en Asegabug IV, hace ya años. Era igual, aunque no tan feroz. Solía matar ganado; todo lo más, alguna vez atacaba a pastores, a viajeros solitarios, cosas así.

—Ah, yo también cacé una así, una vez. —Tel Orecuú se arrellanó—. Pero fue en Cormunya III, y sólo robaba niños: al menor descuido se colaba en las casas y, zas, se

los llevaba.

—No serían como ésta. —Lus señaló al simulacro—. Ésta tiene demasiados medios, parece capaz de engañar a cualquier sensor... no, no es lógico.

—¿Por qué no? —Se opuso Dagú—. Este mundo es el refugio de unos cuantos fugitivos con dinero. Las ciudades como Cósig Venus están llenas de exiliados políticos y económicos de otros planetas del sistema. Esa gente suele tener enemigos poderosos y se protege en consecuencia. Si alguien les enviara una alimaña, usaría algo así. Id a ver las mansiones del Caalú, o algunas de por aquí, en la Suu Fan Tan; son verdaderas fortalezas privadas, prácticamente inexpugnables.

—Sí, Dagú. —Argorades sacó otro cigarrillo—. Ya lo sabemos; se supone que somos expertos, hombre. Y, según las listas de víctimas y sin contar alimañeros, la bestia ha matado ya a seis personas; pero sólo dos eran «alguien» y ninguna de ellas excesivamente importante.

—¿Y?

—Que en esto, como en todo, rige un principio de economía. Una alimaña no es más que un arma de alta biotecnología; sus creadores la diseñan por un precio y con un fin. Y, para matar a un par de pelagatos, no hacía falta tanto; a no ser que haya matado ya a alguna pieza mayor y las autoridades lo estén ocultando.

—De ser así, tampoco yo tengo noticias. Y —sonrió sin humor—, también nosotros somos expertos en lo nuestro: ya lo hemos pensado. Quizás el objetivo no sea nadie en concreto, sino la propia Cósig Venus. Aquí las ciudades son entes independientes y no todas están en buenas relaciones: esto puede ser una variante de la guerrilla; no sería la primera vez, ¿no? O puede que el monstruo tenga un blanco múltiple: varias piezas medianas en vez de una grande.

—O —sugirió Lus— que esa grande esté aún por caer.

—También. —Meneó la cabeza—. Lo único cierto es que todo esto tiene muy nerviosos a los administradores y nos están dando bastantes problemas.

—¿Problemas? —Argorades le miró intrigado, dejando escapar una nube de humo—. Pero si todo este asunto no toca a la seguridad más que en un sentido general.

—Por supuesto. Está en las cláusulas de mi contrato: un caso así desborda las competencias de seguridad y la administración habrá de recurrir a especialistas. Pero —añadió con gesto hastiado—, eso no impide que nos estén presionando a base de bien.

El doctor dejó escapar una sonrisa de comprensión, sin decir palabra, y, agitando su cigarrillo, arrojó un revuelo de cenizas a las sombras. Entonces, súbitamente, se desencadenó una gran tormenta, refrescando el ambiente. En pocos instantes, la lluvia caía rugiendo en tromba, en gruesas gotas, y anegaba las calles, difuminando el resplandor de las luces. Se oía golpetear el agua en la oscuridad, el olor de la tierra

mojada subía a oleadas y todos acudieron a la ventana abierta a reírse de los peatones que corrían bajo el diluvio.

* * *

Algunas noches más tarde, Cozo Jujanlo aún perseguía en solitario a la bestia. La había rastreado a través de todo Cósig Venus; por el centro, por los barrios, a lo largo del borde de la jungla; por todas partes, apegado a las pistas con la tenacidad de un antiguo sabueso.

Se detuvo en un cruce, haciendo un barrido con el olfateador; un cilindro chato, de aspecto poroso. Nada. Aquella madrugada sofocante, las huellas llevaban a trompicones hasta la Suu Fan Tan; pero, allí se esfumaban. Sin inmutarse, continuó haciendo molinetes con el sensor hasta lograr captar un vestigio oloroso del monstruo en el aire.

Esperó. Al cruzarse, los transeúntes le miraban de soslayo; una ojeada, apenas más. Ya había pasado el tiempo en que la aparición de alimañeros con sofisticados equipos desataba alarma y expectación. Apoyando el fusil en la cadera, se limpió el sudor. Después volvió a agitar el cilindro, esperando mientras el procesador calculaba tiempo y procedencia del olor.

La estima apuntaba a un lateral, tal y como esperaba: la bestia solía frecuentar aquella red secundaria —tórrida, oscura, poco transitada— que serpenteaba entre las principales arterias urbanas. Según el sensor, hacía aproximadamente una hora desde que estuviera allí. Atisbando desde la esquina, el alimañero vaciló un instante ante las sombras, antes de aventurarse en la callejuela, de nuevo sobre la pista.

Allí las luces casi desaparecían bajo una vegetación exuberante que se aferraba a los muros, sumiendo los pasajes en claroscuros verdosos. El bochorno, la humedad, parecían condensarse en las callejuelas, haciendo irrespirable el aire, y los insectos zumbaban por todos lados, entrando y saliendo de los resplandores.

Ahora se movía con lentitud, vigilando las sombras. Él, como veterano, prescindía de la visión nocturna, temiendo que un dispositivo anulador de la bestia le cegase en un momento crítico, dejándole indefenso en medio de una repentina oscuridad. De vez en cuando, se detenía para alzar el olfateador, valorando cuidadosamente los datos que centelleaban ante sus ojos. Luego, seguía adelante.

Se paró de golpe, mientras los sistemas del visor le alertaban sobre un gran bulto en la oscuridad, a pocos metros. Se mantuvo así durante largos segundos, encañonándole, hasta cercionarse de que aquellos registros pertenecían a un ser humano; vivo, según las lecturas. Después maldijo, a caballo entre la indignación y la risa, comprendiendo que no se trataba más que de un borracho tumbado en el suelo.

Fue acercándose, oyéndole ahora roncar. El visor había detectado una mancha

térmica a su lado, una huella residual de la bestia. Se secó el sudor, atónito; ya que todo indicaba que la bestia se había demorado unos instantes junto a aquel beodo, quizás observándole mientras su cerebro inhumano decidía si despedazarle o no.

—Has vuelto a nacer, dormilón. —Se rio en voz alta—. Y, encima, jamás llegarás a saberlo.

Continuó, dejándole atrás, para, al cabo, salir empapado a una calle mayor, de regreso a las vías principales. Perplejo, descubrió que la búsqueda le había llevado, tras un sinfín de giros, casi al pie de la casa que ocupaban sus socios y él en la Suu Fan Tan.

Miró alrededor, inquieto. Los sensores advertían de la presencia de la bestia allí, quizás en esa misma esquina, tan sólo minutos antes, y el ansia de la caza comenzó a adueñarse de él. El visor señalaba de vuelta a las callejuelas. Alzó la vista hacia su alojamiento; las luces de la sala estaban encendidas, la ventana de par en par. Entonces, con dos dedos en la boca, profirió un silbido formidable, digno de un pastor de Asegabug IV, intentando llamar así la atención de sus socios.

La silba consiguió sobresaltar a los peatones, y poco más. Esperó unos segundos sin que nadie se asomara, sin dejar de vigilar al tiempo en torno suyo. Allí plantado, sopesaba indeciso su fusil, diciéndose que Cozo Jujanlo había cazado grandes bestias feroces en su planeta natal, a solas y con muchos menos medios técnicos a su disposición.

Reanudó la búsqueda, redoblando precauciones. Aplicarse sobre las huellas, medir cada paso, comprobar que nada se escondía en esa oscuridad, tras aquel recodo. El calor era asfixiante y las luces, filtradas por la vegetación, teñían de verde los relieves de los muros. El visor mostraba pistas sueltas —un resto de olor, un trazo térmico— mientras avanzaba sintiendo la vieja comezón: la que erizaba sus cabellos y le crispaba los nervios, avisándole así de la proximidad del monstruo.

Llegó a una encrucijada, una especie de plazuela entre callejones, y escrutó detenidamente los contornos. A pocos pasos, una mancha de calor indicaba dónde la bestia se había detenido unos momentos, minutos atrás. Realizó otro barrido con los sensores, y la estima comenzó a señalar hacia una calle a la derecha, muy cerca ya.

Al otro lado del cruce había vislumbrado previamente a una mujer entre las sombras y ahora volvió su atención hacia ella, fijándose en cómo se arrimaba a la pared, el semblante muy pálido, quieta en esa oscuridad. El visor delataba respiración agitada, pulso rápido, ¿miedo?, haciéndole preguntarse si no habría presenciado el paso de la bestia, quizás un momento antes.

Atravesó la encrucijada muy despacio, alerta. Deslizó el índice por el bigote, antes de posarlo de nuevo en el gatillo, y se detuvo. Sofocado, escudriñaba las calles adyacentes, sintiendo que el monstruo estaba allí mismo, al alcance de la mano y, con cautela, se fue acercando al recodo que servía de refugio a la mujer.

Se miraron en silencio. Ella no se había movido; seguía sumida en tinieblas, fijando en el alimañero unos enigmáticos ojos rasgados. Éste titubeó de repente, intimidado por esa extraña mirada. Manoseó inquieto su fusil, lanzando rápidos vistazos a la penumbra circundante, sintiendo cómo el sudor le resbalaba por el cuello, y se acercó un poco más.

—¿Se encuentra bien? —susurró—. Oiga, ¿qué es...?

Entonces se detuvo, estupefacto. Un momento antes, ella apenas le llegaba a la barbilla; sin embargo, ahora crecía con rapidez: sus rostros ya estaban a la misma altura, le rebasó. En las tinieblas, se escuchaba un roce largo y áspero contra la piedra; el sonido de lo que se arrastra. Jujanlo reculó presa del pánico, pero ella parecía flotar en la negrura, mirándole desde lo alto. Sus labios se habían distendido en una sonrisa enorme, llena de dientes afilados, haciéndole perder buena parte de su apariencia humana. Por un fugaz instante, todo pareció quedar quieto; después, cuando la bestia alzó unas garras como guadañas entre las sombras, Cozo Jujanlo chilló aterrorizado.

* * *

Apenas un puñado de gente acudió al velatorio; alimañeros en su mayor parte, más o menos conocidos de los difuntos, que fueron dejándose caer por allí a lo largo del día. Iban a la casa mortuoria, cambiaban apretones de manos y algunas palabras con Surban Argorades, deteniéndose pensativos ante los cadáveres, y, tras un tiempo más o menos largo, se marchaban.

El doctor estuvo toda la mañana allí; cuidando detalles, atendiendo visitas o, casi siempre, a solas con los cuerpos. Y era entonces, en esos lapsos muertos, cuando fumaba sin tregua y, mientras el humo giraba en volutas perezosas, recorría con pasos lentos la longitud de la sala, una y otra vez, volviendo con la memoria a la escena del desastre.

El calor, la humedad, aquel aire espeso. La policía planetaria con sus pesadas armaduras antidisturbios y el abrirse camino entre ellos, obligándose a mantener el paso tranquilo. La gente en las azoteas, asomada en silencio a la calle. Las naves artilladas sobrevolando despacio la oscuridad, con todas sus luces destellando.

Los cuerpos despatarrados, uno a pocos metros del otro, sin que nadie hubiera pensado aún en cubrirlos. El centelleo de las naves, alumbrando el cruce con fognazos azules e intensos. Insectos monstruosos aleteando en el calor de la noche y los hombres de seguridad que trataban en vano de ahuyentarlos a manotazos.

Fue a sentarse en una jardinera de piedra, ante los cadáveres, colocándose a duras penas un cigarrillo en los labios, y Duge M. M. Lus se le había acercado, fumando también con manos temblorosas.

—Jujanlo —suspiró—. Rastreaba por su cuenta, ya sabes cómo era. Pero, por fin se ha encontrado con la horma de su zapato.

Argorades asintió sin comentarios, antes de señalar los restos mutilados de Alco Gracama.

—¿Y él?

—Estábamos en casa y de repente salió corriendo: decía que había visto a Jujanlo por la ventana, que nos había llamado. Nosotros, Orequí y yo, bajamos detrás, pero no se paró a esperarnos. No sé; supongo que oyó los gritos de Jujanlo y fue en su ayuda; así debió cogerle el monstruo.

—Mira que se lo tenía dicho. —Estuvo contemplando en silencio los cuerpos; luego se había puesto la cabeza entre las manos—. Maldita, maldita sea.

El bochorno, la atmósfera sofocante, las sombras. La quietud de los cadáveres, las mejillas yertas; el olor de la sangre, el sudor pegajoso, el zumbido de los insectos...

También Dagú Dagú tuvo un instante para visitar la casa mortuoria, a media mañana. Lo hizo de paisano, acompañado de una amiga; una mestiza, hija de aborigen y emigrante, con los modales ostentadamente lánguidos de su gente. Se había recogido el pelo, pintándose símbolos fúnebres en el rostro, en señal de duelo, aunque era evidente que todo aquello la aburría. Era delgada, exótica y, pese a las circunstancias, el doctor se descubrió admirándola de reojo, diciéndose que todos aquellos enrevesados dibujos blancos favorecían su piel morena.

—¿Y tus socios? —El hombrón hablaba en susurros, siguiendo esa inmemorial costumbre humana de bajar la voz en presencia de los muertos.

—Lus vendrá esta tarde; vamos a turnarnos.

—¿Y el otro?

—¿Quién, Orequí? Ya ha salido del planeta. En esto, uno acaba volviéndose supersticioso y a él le ha dado por pensar... es lo mismo, se ha ido; estaba en su derecho.

—No es asunto mío, claro. —El otro se puso las manos a la espalda—. Pero a mí eso me parece dejar a los amigos en la estacada.

—En parte, a mí también. —Sonrió débilmente—. Pero le había entrado el miedo y, en esas condiciones, tampoco iba a servir de mucho, excepto de estorbo. Así que quizás sea lo mejor.

Dagú cabeceó y, tras un silencio, hizo una seña a su amiga, que se distraía contemplando los símbolos funerarios lacados en blanco sobre el negro reluciente de las paredes. Oprimió el brazo del doctor y se fueron, dejándole otra vez a solas con los muertos.

* * *

Los alimañeros vagabundeaban por la Suu Fan Tan, fusil en ristre, dejándose guiar por los revoloteos de un rastreador autómatas; un dispositivo volador del tamaño de una sandía. Una nave de policía fue a descender en silencio desde la oscuridad, yendo a posarse tras ellos. Volvieron la cabeza. Dagú Dagú se apeaba ya calmadamente, con un gesto de saludo, vistiendo un atuendo holgado de color verdoso, un casco con el visor oscuro ante los ojos y algunas placas de armadura antidisturbios sobre el cuerpo; todo en el estilo irregular y algo truculento de los mercenarios de seguridad.

Palmeó el fuselaje del aparato y éste se elevó trazando una gran parábola. Cruzó un saludo informal con el doctor —un guiño, un cabeceo—, mientras Lus cambiaba de mano el fusil, adelantándose a estrecharle la diestra.

—Sí, esta noche estoy de refuerzo. —Se ajustó el equipo, ojeando alrededor—. Andamos algo escasos de personal: ya son unos cuantos los que han rescindido contrato y se han largado.

—Ajá. —Argorades hizo una mueca de comprensión; en la última semana, la bestia había atacado a dos patrullas de seguridad, matando a cinco agentes—. ¿Y tú?

—¿Yo? —El hombretón sonreía desdeñosamente—. En mi vida he cancelado un contrato; es fatal para la cotización profesional. —Al girar la cabeza, las luces de la calle resbalaron sobre el cristal negro del visor—. Bueno; y, ¿cómo va la caza esta noche?

—Bah. Pistas sueltas, poco más... ¿Quieres conexión? —añadió, advirtiendo el interés de su interlocutor por las evoluciones aéreas del autómatas—. ¿Sí? Vale, te doy sintonía.

Deambulaban lentamente. Duge M. M. Lus algo retrasado, acunando pensativo su fusil. Dagú valoraba en silencio las lecturas del sensor: datos, cálculos, estimaciones que surgían y se esfumaban ante sus ojos. El bochorno pendía como un velo sobre la ciudad, los vapores nocturnos enturbiaban el ambiente, nubes de mosquitos aleteaban enloquecidos en torno a los resplandores anaranjados y amarillentos de las luces callejeras.

—Datos insuficientes, como de costumbre —rezongó por fin—. Se le intuye, pero no se le ve; se nos escurre entre los dedos... nos tiene a todos en jaque, maldita sea.

—Eso no es casualidad, sino algo muy bien estudiado. —El doctor se colocó un cigarrillo en los labios—. Se pueden crear modelos matemáticos de casi todo y existe una relación entre la capacidad de matar de un ser y sus posibilidades de supervivencia; hay una proporción óptima y, si una aumenta, la otra disminuye. Los biotecnólogos lo tienen muy en cuenta a la hora de realizar sus diseños. Esta alimaña actúa al límite, pero dentro de esa relación óptima; en la banda estrecha, como decimos en la jerga profesional.

—Interesante —admitió—. Ya sabía de eso, pero pienso estudiarlo de nuevo y

comentarlo, de paso, con unos cuantos. Últimamente, hay muchos nervios y los hay que parecen olvidar que la bestia no es más que una máquina biológica.

—No te equivoques: todo ser vivo es una máquina: las diferencias vienen dadas por la experiencia, la capacidad de aprendizaje, la flexibilidad de fines y medios. Y las alimañas de este tipo suelen poseer mucho de todo eso. En cuanto a eso de los nervios... existe todo un subgrupo de modelos que manejan factores psicológicos y sociológicos: las variables del miedo. Y no me cabe duda de que esta ciudad, como grupo humano, es uno de los objetivos.

—¿Y los otros?

—Los propios alimañeros. —Agachó la cabeza, mirándose los pies al caminar—. Está claro.

—La población, los alimañeros; ¿es ésa la razón de tanta ferocidad?

—En parte. La crueldad sólo es una estrategia, un arma más. Lo que pretende es provocar el pánico: ésas son las variables del miedo de las que te...

Le interrumpió la agitación a sus espaldas, un tiro suelto, los gritos. Giraron sobre los talones; Dagú con el arma ya en las manos; Argorades levantando el fusil, el cigarrillo olvidado en la comisura de los labios. Algo había atacado a Duge M. M. Lus, arrebatándole del suelo, y ellos, de reojo, alcanzaron a entrever horrorizados cómo desaparecía a través de las copas de los árboles, chillando y pataleando desesperadamente en el aire.

Olvidando cualquier precaución, Argorades se abalanzó adelante para, alzando los ojos, escudriñar la vegetación entrelazada sobre su cabeza. Apuntando alto, buscaba ansioso en la espesura, las sombras, cada resquicio del enramado. Nada. El follaje había vuelto a la calma, todo estaba quieto y tan sólo algunas hojas sueltas caían revoloteando en la semioscuridad.

Dagú Dagú continuaba inmóvil a unos pasos, arma en mano. Una brisa húmeda y pesada mecía las copas, haciéndolas susurrar; el rastreador autómatas giraba desorientado en círculos; los segundos iban pasando despacio, muy despacio. Luego, de repente, se reanudaron los gritos; el ramaje se estremecía violentamente y, desde lo alto, comenzó a caer sangre en grandes goterones, como lluvia roja.

Una gota dio al doctor en la frente, resbalándole cálida por el entrecejo. La tocó con la yema de los dedos, aturdido, y luego, rugiendo, comenzó a disparar. Iba de un lado a otro, fuera de sí; los tiros atronaban bajo la bóveda de los árboles; cortezas, ramas, hojas, volaban en todas direcciones. Dagú Dagú acudió a la carrera y le redujo, le arrastró atrás. Cientos de aves de colores se lanzaban a los aires, llenando la noche con el batir de alas. El capitán había desarmado a Argorades y ahora forcejeaban, vociferando sin entenderse, mientras aún se oía chillar en lo alto, cada vez más lejos, más débilmente.

* * *

—Has perdido a tus socios, estás solo y, la verdad, no tienes muy buen aspecto. —Dagú Dagú sacudía con lentitud la cabeza mientras paseaban por las afueras de la Suu Fan Tan—. Quizás lo más prudente fuera que dejases todo esto.

Surban Argorades sonrió sin alegría, dando una larga calada al cigarrillo. No contestó nada y el capitán tampoco añadió más. Siguieron deambulando ociosamente bajo los árboles de sombra y Dagú observó de soslayo a su interlocutor: las mejillas enflaquecidas, los ojos ocultos tras el visor; el sombrero de ala ancha, adornado con largas plumas amarillas y violetas.

Adelante, los edificios se espaciaban y desaparecían, dando paso a la selva; la calle desembocaba en una senda, y letreros a ambos lados advertían de que se estaba abandonando el casco urbano y, por tanto, la protección de las defensas automátas. El alimañero les dedicó una mirada casual, sin detenerse, y Dagú se abstuvo de comentar nada.

Aquel sendero se internaba en la selva de los arrabales: húmeda, tórrida, oscura; apenas menos exuberante que la jungla profunda. Anduvieron despacio entre las criptógamas de troncos escamosos y los helechos gigantes. Llamativas libélulas volaban entre la vegetación, el sol ardiente brillaba en cada resquicio de la espesura; el calor subía a golpes, arrastrando vaharadas de olores. El agua estancada humeaba, los vapores danzaban en la penumbra y el rostro de ambos hombres relucía con la intensa transpiración.

—No te engañes —dijo bruscamente Argorades—. Por «alimaña» se conoce a una gran variedad de armas biotecnológicas, desde teratoplagas a monstruos de laboratorio. Este trabajo no es, normalmente, ni la mitad de espectacular o peligroso de lo que la gente cree. Ya me dirás que tiene de emocionante el control de una plaga de los cultivos... —Se demoró para encender otro cigarrillo—. Pero sí; a veces, se pasa mucho miedo.

—Entonces, déjalo; búscate otra cosa.

—Ya lo he hecho, pero siempre vuelvo. —Esbozó una mueca desganada—. Me gusta mi trabajo, como a ti te gusta el tuyo; además, a veces, puede ganarse mucho dinero con esto.

—Dinero, dinero... los administradores no hacen más que aumentar la recompensa y la ciudad está llena de locos dispuestos a ganarla; salen de caza y no vuelven. A saber cuantos han muerto ya aquí. —Con las manos, abarcó la vegetación circundante—. Ni siquiera necesitan toparse con la bestia, la jungla de Venus es suficientemente mortífera de por sí.

—No todos los muertos eran aficionados, algunos eran profesionales y de los

buenos. —Apoyó el pie en un tocón, dejando escapar una espesa bocanada de humo—. No me cabe duda de que uno de los objetivos del monstruo somos los propios alimañeros.

—Pensaba que eso estaba de sobra establecido.

—Bueno, no; antes creía que entre sus estrategias de supervivencia estaba el revolverse contra sus perseguidores, no sería la primera vez. Pero ahora pienso que siempre hemos sido uno de sus objetivos primarios, desde el principio.

—La población, los alimañeros... ¿a dónde nos lleva todo eso?

—Dímelo tú; eso es parte de tu trabajo, no del mío.

—Yo no estoy en la investigación. —Se encogió de hombros—. Además, ya sabes lo difícil que es resulta averiguar nada en casos como éste; me temo que jamás lograremos nada. De todas formas, si eso es cierto, ahí tienes una razón de más para dejarlo.

—No, no. —Fumó con gesto de cansancio—. Ya vamos hasta el final, hasta que yo le coja o él acabe conmigo... si es que nadie se me adelanta, claro.

—¡Bah! —El capitán meneó hastiado la cabeza. A unos metros, dos escorpiones gigantes, marrones con pintas amarillas, combatían estruendosamente, o quizás realizaban una parada nupcial. Las libélulas revoloteaban alrededor y, lejos, entrevisto en la bruma humeante, un reptil inmenso y primitivo chapoteaba entre los helechos—. Tú sabrás que es lo que tienes que demostrar. Yo, desde luego, nada; así que salgamos de aquí; esto es peligroso, peligroso de verdad.

—Claro, perdona. —Sonrió distraído—. Vámonos.

* * *

Una noche más, Surban Argorades buscaba al monstruo. Pistas sueltas le habían conducido al centro, dando vueltas y más vueltas, y ahora se arrimaba contra una esquina, fusil en mano, observando las calles desiertas. Las naves aéreas volaban entre los rascacielos, brillando como luciérnagas, los focos iluminaban fachadas de piedra blanca, estatuas, cúpulas cobrizas, y los jardines elevados resplandecían en lo alto como islas de verdor suspendidas en la nada.

Se asomó con precaución, examinando cada pórtico, cada arcada, las luces y las sombras. Todo estaba quieto, en silencio; el aire nocturno colgaba inmóvil, enjambres de mosquitos danzaban al resplandor de las farolas, los reptiles se escabullían por los muros. Giró la cabeza, haciendo surgir nuevos datos en el visor. Había, sí, más huellas; pistas olorosas y térmicas que conducían a las callejas, el terreno favorito de la bestia.

Pasando el dorso de la mano por los labios, se internó en los claroscuros de los pasajes; despacio, muy despacio. La atmósfera era allí asfixiante, estancada; cada

arco parecía albergar una amenaza, el revuelo de insectos hacía bailar sombras monstruosas al reflejo de las luces; los rascacielos alrededor eran como paredes de desfiladeros, pareciendo juntarse en lo alto y acentuando la sensación de agobio.

Se detuvo a considerar la situación: el olor de la bestia estaba en el aire, había rastros infrarrojos en el pavimento y el procesador señalaba a una callejuela de la izquierda. Fue hasta la bocacalle. Cerca de la esquina, una salamanquesa color rojo sangre, larga como un brazo, culebreaba a lo largo del muro. Durante un momento, tratando de dejar la mente en blanco, se distrajo viendo cómo se deslizaba por entre las tallas. Después, arriesgó un rápido vistazo.

Volvió a asomarse, demudado. Había cuerpos tendidos allí delante, inmóviles en la semioscuridad, y no necesitó más que otra ojeada para saber que estaban muertos. Se limpió el sudor de la frente y anduvo hacia ellos extremando las precauciones.

Se detuvo ante los cadáveres; el fusil entre las manos, el dedo en el gatillo. Eran dos, uno de ellos mujer, y habían usado armas y sensores; alimañeros quizás, aunque él no reconoció a ninguno. Debieron morir con rapidez, casi en silencio; una media hora antes, de acuerdo con las lecturas del visor.

Los sorteó tratando de no fijarse demasiado en ellos. Uno, el hombre, había caído sobre el otro; la boca abierta, las manos crispadas alrededor del vientre, los insectos agolpándose encima de las entrañas al descubierto. Escudriñó a todos lados, el visor le ofreció nuevas estimas y, lentamente, fue dejando los cuerpos atrás.

Una polilla enorme, saliendo de repente de la oscuridad, fue a estrellarse contra su rostro, dándole un susto de muerte. Apenas pudo contener un grito de terror. Lanzó varios manotazos contra el insecto, que aún aleteaba enceguecido alrededor, y se recostó resollando contra la pared, las piernas temblorosas, sintiendo el golpeteo desbocado del corazón.

Avanzaba lentamente, cuidando cada paso, cada gesto. Las callejas se alargaban sin fin ante sus ojos, túneles de luces y negruras entrelazadas; no había sonidos ni movimientos; el calor era intolerable y la humedad creaba una especie de bruma leve, alterando las perspectivas. Realizó otro barrido con los sensores: el monstruo había estado allí hacía tan sólo minutos, y las estimas señalaban hacia delante.

Sopesó el fusil, dudando. El aire viciado le era casi irrespirable; transpiraba tan copiosamente que desbordaba los drenajes de su equipo y el sudor le corría por todo el cuerpo. Consultando de nuevo el visor, miró a un lado, al otro, a la espalda. Y entonces, sintiendo erizarse todos los cabellos, captó con el rabillo del ojo un movimiento arriba y atrás, e intentó apartarse de un salto.

La bestia había estado oculta en las sombras de lo alto, entre las tallas, inmóvil, asiéndose a la pared como una sabandija gigante, y ahora descendía como una exhalación sobre él. Las garras aceradas le erraron por muy poco, arrancando surtidores de chispas a la piedra de los muros. El choque le hizo caer, aunque se las

arregló para rodar sobre el hombro, al estilo de los luchadores. El agujijón caudal azotaba alrededor, alzando nubes de centellas en la semioscuridad; los serpenteos de la cola volvieron a derribarle: salió despedido por los aires, el fusil por un lado, el visor por otro.

Fue dando tumbos hasta estrellarse contra la pared y, casi sin darse cuenta, empuñó su pesada pistola. El monstruo ya se le echaba encima con un bramido espantoso, las uñas como hoces por delante, surgiendo de la negrura con aquel rostro sonriente y aterrador, vagamente humano. Apretó el gatillo. Los estampidos eran atronadores, el arma se encabritó en sus manos; sangre y pingajos le salpicaron con fuerza la cara, cegándole.

Se limpió apresuradamente los párpados con el antebrazo, manteniendo la pistola ante sí. Guiñando los ojos, miró en torno. La munición explosiva había parado en seco la acometida de la bestia; cabeza, tórax, abdomen, habían reventado bajo los impactos, y los despojos se desperdigaban en un radio de metros. Algo más allá, la cola de serpiente, de unos cinco metros, aún se retorció y saltaba espasmódicamente, chasqueando contra el pavimento.

Dejando caer la pistola, se pasó las manos por el rostro, pringoso de sudor propio y sangre ajena. Fue a incorporarse, pero una arcada repentina le derribó de nuevo y, arrodillado entre las sombras, tuvo que enjugarse las bilis que le churreteaban el mentón, sintiendo aún los espasmos de un estómago vacío.

Se puso en pie apoyándose en las tallas, enfundó la pistola, anduvo con piernas aún temblorosas hasta los restos del monstruo. Luego fueron llegando las naves de seguridad, iluminando a ráfagas azules las callejuelas. Y mirones, autoridades, otros alimañeros.

Se hurgó en los bolsillos buscando tabaco y Soris Lan, un viejo conocido, le dio fuego en silencio. Fue a recostarse contra la esquina a fumar ensimismado, y entonces vio llegar a Dagú Dagú, de civil y con un visor ante los ojos, caminando con parsimonia.

—Bueno, bueno, aquí está el gran hombre. —Sonreía sin humor, las manos en los bolsillos—. Lo has conseguido, ¿eh? Pero igual podías estar ahí tirado, como esos dos, con las tripas fuera.

Argorades esbozó una mueca ambigua, sin responder. Todavía reclinado, dejó escapar una gran bocanada, viendo como el humo ascendía y se dispersaba. Luego, sonrió a su vez.

—Sí que estuvo cerca. —Asintió con lentitud—. Tal como pensé, dejaba pistas falsas a sus perseguidores; así se metían de cabeza en la trampa. —Hizo una pausa para ahuyentar a los mosquitos—. Era capaz de crear olor y temperatura a voluntad, en cantidad variable, y engañar así a los procesadores... por eso yo había reprogramado el mío; para que pudiera darme las distintas opciones.

—Y así fue como la cogiste.

—No, no. —Se reía entre dientes—. No es tan sencillo: sin duda, el monstruo ya había previsto esa posibilidad, porque se movía sumando engaños, tendiendo trampas que escondían otras trampas. De haber seguido las alternativas que me brindaba el procesador, ahora estaría muerto.

—Pero eso, a su vez, ya entraba en tus cálculos. La clave está en suponer que es lo que supone el contrario, ¿no? —Movi6 muy despacio la cabeza—. Amigo, eso es juego peligroso; un fallo y adi6s.

—Bien; ha sido una cacería de las de antes. —Volvi6 a reírse por lo bajo—. Uno cuenta consigo mismo y con nada m6s... bueno, y con la suerte; si uno no tiene un poco de suerte, no tiene nada.

Hubo una pausa. Las naves a6n revoloteaban destelleando sobre sus cabezas, policías de armaduras antidisturbios rechazaban con contundencia a los fisgones y algunos t6cnicos de la ciudad ya estaban sobre el terreno, investigando entre los restos dispersos del monstruo.

—C6mo siento haberla hecho saltar en pedazos... —murmur6 Argorades, vi6ndoles recoger los despojos—. No es f6cil encontrar una as6 y hubi6ramos podido estudiar... ¡Eh, cuidado ah6, idiotas! —vocifer6, sobresaltando ligeramente a Dag6 Dag6.

Como por reflejo a alg6n roce, la cola de la bestia comenz6 a culebrear violentamente, derribando hombres como bolos, mientras el aguij6n caudal se alzaba igual que una l6tigo, no hiriendo a varios por poco.

—¿Pero por qu6, hombre? —dijo luego el capit6n—. ¿Tanto querías la recompensa? ¿O ha sido una especie de venganza, por prurito profesional?

—No, no; m6s bien, es cuesti6n de h6bito. En estos casos, con la vida en juego, los nervios est6n a flor de piel, los sentidos de punta —le mir6—; y las sensaciones son tan intensas, 6nicas... violencia, miedo, tensi6n; uno acaba por acostumbrarse a ellas, por necesitarlas. Es igual que esto —sostuvo en alto el cigarrillo humeante—: al principio nos da algo; despu6s, adquiere valor por s6 mismo... pero no s6 si entiendes lo que estoy diciendo.

—S6, claro —suspir6—, perfectamente.

—Si es as6, ¿qu6 puedo explicarte que ya no sepas?

El capit6n mene6 lentamente la cabeza, las manos a6n en los bolsillos, mientras Argorades apuraba su cigarrillo y entornaba los p6rpados, dej6ndose llevar por todas las sensaciones de aquel momento: el revuelo de polillas en torno a las luces, el zumbido de los mosquitos, el olor a sangre. El sudor pegajoso, las sabandijas en las paredes, la atm6sfera irrespirable. La humedad, la quietud, las tinieblas, el calor...

CROMATÓFORO

Con un gesto distraído, el piloto situó la propulsión en compás de espera.

—MundoRan —anunció con voz neutra, volviéndose en el asiento.

Mous Mongea, el único pasajero de la pequeña lancha, sonrió desganadamente y se puso en pie, recogiendo su equipaje de mano. Al costado de la nave, la rampa se abrió con un zumbido. Tras dos semanas en los ambientes climatizados de naves de línea y estaciones orbitales, el calor fue como un golpe.

Mongea buscó sus gafas oscuras, cegado por el gran sol amarillo de MundoRan. El piloto descendió tras él; se quitó el casco y, sentándose en el borde inclinado de la rampa, ofreció tabaco a Mongea.

—Un vicio venerable —comentó, lanzando una gran bocanada de humo. Sujetando el cigarrillo con los dedos índice y medio, señaló hacia dos estructuras de piedra, visibles al otro lado de las pistas—. Esa aguja es la torre de control; el domo es la estación. Vaya directamente allí, a la aduana.

Con la colilla entre los dedos, abarcó los campos circundantes. Un gesto amplio que dejó una estela de humo.

—Aunque no se vean, hay armas autómatas cubriendo el astropuerto. La gente de por aquí es muy peculiar... de todas formas, avisan por los altavoces antes de disparar.

Mongea miró aprensivamente a su alrededor.

—Gracias —dijo simplemente.

—De nada. Que tenga una buena estancia.

Esbozando un gesto de despedida, Mous Mongea se alejó cruzando las pistas. Contó un total de ocho, pintadas de verde jade y anárquicamente distribuidas; todas estaban vacías, excepto la más lejana, ocupada por una nave de carga. Fuera de las pistas y las estructuras de la estación, no había nada. El astropuerto era un islote perdido en una pradera alta y amarillenta —aparentemente interminable, extendiéndose más allá de la vista en todas direcciones—, salpicada por unos pocos árboles aislados.

Pudo distinguir dos viejas naves a medio desguazar, abandonadas sobre la pradera, en el límite del astropuerto. La instalación entera parecía desierta: la maleza invadía el espacio entre las pistas y la única presencia apreciable consistía en la lancha posada a sus espaldas, con la propulsión latiendo sordamente y su piloto recostado a la sombra, fumando un cigarrillo.

Se detuvo un instante para enjugar el sudor, acusando la embestida de la luz y el calor. El aire del planeta dejaba un regusto seco y polvoriento. «MundoRan», suspiró. Una brisa ardiente soplaba a ráfagas, agitando las matas amarillentas. Los únicos sonidos eran el rumor del viento, el palpar de la lancha y un chirrido inconstante,

producido por algún insectoide local.

Siendo muy joven, Mous Mongea había soñado con una vida errante entre las estrellas, llena de viajes a mundos lejanos. Irónicamente, mucho tiempo después, cruzaba las pistas de un planeta así, aunque con un estado de ánimo muy distinto al que acompaña a los despreocupados vagabundos espaciales.

En uno de sus bolsillos guardaba la copia del comunicado; de las Autoridades de MundoRan a Mous Mongea, ciudadano del planeta Ic Trane II. Un comunicado escueto en el que se le notificaba el fallecimiento de la esposa de su viejo amigo Aratum, así como del posterior suicidio de éste.

Pasado el golpe emocional de los primeros momentos, Mongea había releído una y otra vez el mensaje, sintiendo que contenía más de lo evidente; algo oculto y que, sin embargo, se insinuaba detrás del lenguaje plano y burocrático. Una impresión tan fuerte que le hizo tomar pasaje, rumbo al lejano MundoRan, so pretexto de hacerse cargo de los cadáveres.

Mous Mongea encontró la estación tan poco acogedora como el resto del astropuerto; un largo vestíbulo abandonado y en completo silencio, con hileras de sillones vacíos bajo los focos de luz blanca y fría. Cumplimentó los tramites de entrada ante los sensores de la Aduana automática, obtuvo un vehículo en los monitores de una agencia y abandonó con rapidez la terminal desierta.

A sus espaldas, se apagaron las luces de la estación y las puertas se bloquearon con un chasquido audible. Descendió las escaleras; la pradera comenzaba en el último peldaño y no había ningún árbol sombreando la entrada. Caminó entre las hierbas amarillentas, que golpeaban en sus flancos, a impulsos de la brisa. Enjugándose nuevamente el sudor, escrutó el domo de la estación. La hierba crecía en los resquicios, entre los bloques de piedra, y no pudo encontrar un solo adorno en toda la fachada. Más allá, la torre de control arrojaba su sombra estrecha a lo largo de la pradera.

Sacudiendo la cabeza ante aquel crudo minimalismo arquitectónico, Mongea volvió su mirada hacia la derecha. El vehículo solicitado —una nave rechoncha, compacta y funcional— abandonaba lentamente la oscuridad del hangar, situado bajo el domo de la estación.

* * *

Con un suspiro, Mongea se instaló en el interior del cubículo climatizado.

—Destino: Hospital de Arugascan. Precisiones sobre el aterrizaje: a cargo del cerebro del hospital —informó al cerebro de la nave. Reflexionó un instante—. Comunicación con el hospital —añadió.

Volando hacia el suroeste, a una altitud media de trescientos metros, envió un

mensaje de llegada —en una hora, dato de la nave—. Luego, se retrepó en su asiento, para contemplar el paisaje. La pradera de hierbas amarillentas cubría, en apariencia, todo el continente, quizás el planeta entero. En un par de ocasiones, divisó a lo lejos manchas de distinta coloración, que contenían arboledas y edificaciones agrupadas: unidades agrícolas, el soporte económico y social de MundoRan. En una de aquellas granjas había pasado sus últimos años de vida Aratum.

Aratum Mongea, su viejo amigo Aratum, había abandonado Ic Trane II, y lo había hecho para no regresar. Tampoco volvieron a encontrarse los, hasta entonces, inseparables Mous y Aratum. Sin embargo, entre ambos se había mantenido una correspondencia irregular; forzosamente llena de tópicos y lugares comunes, ya perdidos para ambos.

Gracias a esos contactos, Mous Mongea conocía las andanzas de Aratum, vagabundeando de planeta en planeta por espacio de tres décadas. Luego, cinco años atrás, supo que había contraído matrimonio, estableciéndose definitivamente —o así daban a entender sus mensajes— en MundoRan, un oscuro planeta agrícola, poco poblado y apartado de las principales rutas del comercio estelar.

A partir ese momento, la comunicación entre ambos fue algo más regular. Los mensajes de Aratum solían mencionar a su esposa; monólogos sobre un mismo tema: el amor verdadero, la mujer de su vida... El mundano Mongea contemplaba pensativamente —maldiciendo los inconvenientes de la comunicación pregrabada— la imagen de su amigo, mientras éste trataba de transmitirle la intensidad de sus sentimientos, perplejo ante el hecho de que la vida en común no hubiera diluido el entusiasmo de Aratum.

A veces los mensajes mostraban a la esposa de Aratum. Una mujer agraciada, que sonreía insegura a la cámara y murmuraba unas palabras de cortesía —azuzada por el sonriente hombretón sentado junto a ella—, destinadas a alguien que no conocía.

Luego, repentinamente, llegó hasta Ic Trane II la noticia de su muerte casi simultánea.

* * *

—Cinco minutos para destino —anunció el cerebro de la nave.

Mongea abandonó sus recuerdos para contemplar el descenso sobre el complejo burocrático de Arugaskan: una enorme circunferencia formada por construcciones altas y funcionales. El círculo interior, invadido por la maleza amarilla, prestaba a la ciudad un aspecto monumental y abandonado, sólo desmentido por unas pocas naves aéreas que revoloteaban entre los edificios.

El vehículo enfiló hacia un rascacielos de piedra blanca y acabó posándose en una de las plataformas, a media altura del edificio.

Un hombre salió a su encuentro en la plataforma; la primera figura humana que encontraba en el planeta. Aquel hombre era alto, fuerte y de apariencia fibrosa, con un rostro de rasgos marcados y ese aspecto de edad indefinida que producen los sucesivos tratamientos rejuvenecedores.

—¿Mous Mongea? Le esperaba. Su mensaje nos llegó hace una hora. —El hombre avanzó con la mano tendida—. Surban Argorades. —Se presentó.

Se estrecharon la mano derecha: un gesto de cortesía casi universal entre los humanos de distintos planetas.

—Doctor Argorades —titubeó Mongea. Las ropas de su interlocutor le señalaban como un miembro de la clase médica, y no rechazó el tratamiento de doctor.

—Acepte mi pésame por la muerte de Aratum Mongea y su esposa.

Aquello confirmó una sospecha de Mous Mongea. Desde el principio, había imaginado el malentendido.

—No éramos parientes —advirtió—. Mongea es un apellido muy común en Ic Trane II. Pero, Aratum Mongea y yo éramos íntimos amigos desde hace mucho tiempo.

El doctor Argorades carraspeó, algo desconcertado.

—Bien, las Autoridades encontraron su nombre y dirección... evidentemente se ha producido una confusión. Aunque, a fin de cuentas, es irrelevante. He dispuesto los cuerpos, por si desea verlos.

Mongea cabeceó, sintiendo un repentino nudo en la garganta. Argorades le mostró la salida de la plataforma. Pero luego se detuvo bruscamente, haciendo una mueca que parecía un gesto de disgusto hacia sí mismo.

—Hace dos semanas realizamos las autopsias, tal como marca la ley planetaria —explicó cuidadosamente—. Desde entonces, los cuerpos han sido conservados en cápsulas criogénicas. Lógicamente, están desnudos.

Mongea se acarició el mentón, preguntándose cuál era la preocupación del doctor Argorades.

—La desnudez es un asunto sin importancia para un nativo de Ic Trane II. —Le tranquilizó luego, entendiendo al fin el sentido de la observación.

Los cuerpos descansaban dentro de grandes cápsulas de tapas transparentes; en mitad de una sala pequeña de paredes blancas, inundada por la luz del sol, que entraba por el gran ventanal.

El doctor Argorades le dio la espalda y se colocó junto al ventanal, con las manos en los bolsillos, mirando pudorosamente hacia el exterior.

Lleno de melancolía, Mous Mongea examinó el rostro de los muertos, ligeramente distorsionados por el fluido criogénico. Primero los rasgos voluntariosos de Aratum, poco modificados por los años de vida nómada. Luego el perfil hermoso de la mujer, una cara conocida por medio de los mensajes.

—¿Cómo murieron?

—Ella —algo en la pronunciación de esa palabra hizo alzar la cabeza a Mongea — sufrió un accidente. Fue alcanzada en la espalda por el brazo de un autómata agrícola. Le aplastó la espina dorsal... murió en el acto. Su amigo se quitó la vida dos días después.

—Sí. Todo eso lo sé. Mi pregunta es: ¿cómo?

El doctor suspiró, inclinando pensativamente la cabeza.

—Aquí en MundoRan, como en muchos de los planetas humanos, poner fin a la propia vida es un derecho fundamental de las personas. Existen fármacos específicos y de libre disposición... una muerte tranquila, sin angustia, sin dolor.

Mongea volvió a examinar los cuerpos.

—Aratum amaba mucho a su esposa. Podía ser, en ocasiones, muy impulsivo — esbozó una sonrisa desvaída—. Supongo que el dolor de los primeros momentos...

El doctor Argorades le interrumpió, con un tono seco que captó su atención.

—En su momento, realizamos las autopsias, tal como marca la ley planetaria. Ella murió golpeada por el brazo de un autómata fuera de control; sobre eso no hay ninguna duda —hizo una pausa, como buscando las palabras precisas—. La autopsia reveló otro hecho, más allá de cualquier duda. Esta mujer no era humana.

Mongea miró con incredulidad hacia la cápsula.

—No humana... un alienígena.

Argorades pareció cambiar de humor. Abandonó el ventanal y, con las manos en la espalda, dio varias zancadas a lo largo de la estancia.

—No, yo no he dicho eso. No era un ser humano; pero tampoco era un autómata o un alienígena.

El desconcertado Mongea se colocó delante de la cápsula, intentando constatar visualmente la afirmación del doctor. Pero no pudo apreciar nada extraño en el cuerpo de quien fuera esposa de Aratum Mongea.

—No entiendo —desistió—. Quisiera que me explicara... sabía que había algo raro, lo sentí. Por eso vine.

El doctor asintió sobriamente, como si, por alguna razón, hubiera supuesto aquello.

—Por supuesto. Si le parece, hablaremos en mi despacho.

* * *

El despacho del doctor Argorades era un rincón pequeño, oscuro y personal: el refugio de un erudito, atestado de un desorden que fue como un remanso para Mongea, tras de tanto funcionalismo seco.

Argorades le señaló un sillón, mientras él se sentaba detrás del escritorio

abarroto. Rebuscó en los cajones y ofreció un cigarrillo a Mongea. El doctor dio varias caladas en silencio.

—Un vicio venerable —comentó distraído.

Mongea estudió al doctor.

—Usted no ha nacido en MundoRan.

—¿Cómo?... No, no soy de MundoRan —aceptó Argorades con un vaivén de la mano—. Estoy de paso, como quién dice.

—Un alma errante. —Mongea saboreó las palabras.

El doctor le miró sorprendido y luego sonrió de medio lado, con una mezcla de vanidad y azaramiento.

—Bueno. Algo así.

Durante unos instantes se observaron mutuamente en silencio, cada uno buscando en el otro la imagen del hombre que hubiera podido ser, si las circunstancias personales hubiesen sido distintas.

—Bien, veamos —el doctor arrojó una nube de humo hacia el techo—. Hará unas tres semanas examinamos el cadáver de esa mujer. En la autopsia constatamos que era humana sólo en apariencia... Al principio no nos dimos cuenta. El aspecto externo; la forma y disposición de los órganos... todo eso es idéntico al ser humano. Las divergencias son menores y pueden encontrarse en personas normales.

—Bueno —continuó—. La disparidad era ya manifiesta en niveles más básicos. Los órganos son iguales, pero las células que forman los tejidos son totalmente diferentes de las humanas. Lo mismo sucede con la fisiología, la bioquímica... Son procesos distintos, aunque producen resultados iguales, algo que recibe el nombre de homología. No sé si me sigue.

—Sí. Es como un ser humano, pero no es un ser humano. Pero ¿cómo es eso posible?

—Mimetismo tal vez. No estamos muy seguros. Creemos que no tuvo siempre esa forma.

Pensativamente, Mous Mongea unió la punta de los dedos ante su rostro.

—¿Con qué objetivo?

—La tendencia de la diversidad biológica es la de ocupar todos y cada uno de los nichos ecológicos disponibles —sonrió—. Discúlpeme la pedantería; es el enunciado de una ley que suele aceptarse por cierta. El ser que examinamos... parece que se camufla entre los miembros de especies distintas a la suya y consigue ser aceptado por ellos. Supervivencia.

Argorades hizo una pausa, aplastando la colilla mientras examinaba el rostro de Mongea.

—El caso no es nuevo. Hace tres siglos, una expedición científica a Gurgur III descubrió el primero de estos seres: un organismo volador que, exteriormente, no se

diferenciaba en nada del resto de la colonia. Fue una casualidad, siempre ha sucedido así. Desde entonces, se han registrado dos docenas de casos, en planetas distintos y con organismos de morfologías dispares. En dos ocasiones fueron seres camuflados como humanos; éste ha sido el tercero. En todos los casos, la base celular de los organismos camuflados era la misma.

Mongea se removió inquieto.

—Un parásito...

—Vulgarmente, se considera al parasitismo como algo destructivo para quien lo sufre. Pero no es así. Los únicos parásitos que causan daño a sus huéspedes son los que están mal adaptados a éste. No se haga ideas raras al respecto.

»No piense que el camuflaje es sólo externo. No, es mucho más que eso, todos los parásitos se aferran a su huésped y en este caso también es así, aunque no utilizara ganchos ni garras ni ventosas.

Argorades hizo otra pausa, mientras encendía un nuevo cigarrillo.

—En todas las parejas humanas existe un vínculo afectivo. En cada caso, se produce un acople mejor o peor... Pero hay quienes encajan de una forma perfecta. Hay una empatía... algo que les hace ser como la llave y la cerradura —movió las manos como intentando aprehender un volumen inexistente—. Hay gente que parece haber nacido la una para la otra. Se ve a veces. A mí me sucedió, hace mucho tiempo; pero es difícil de explicar.

—Entiendo lo que quiere decir. —Mongea cabeceó—. Continúe, por favor.

—Bien, reduzcamos lo que he dicho a un nivel puramente mecánico. Se convierte en un intercambio de estímulos y respuestas entre las dos personas involucradas.

»Hasta donde sabemos de este organismo, suponemos que logra reconocer las necesidades de estímulos y respuestas de su huésped. También es capaz de contestarlas en forma adecuada, reinterpretar las señales, reajustarse y volver a emitir esas respuestas modificadas... un funcionamiento continuo, conocido como retroalimentación. Ésa es el arma de este ser; aunque desconocemos el mecanismo utilizado.

Mongea suspiró, recordando los arrebatados mensajes de su amigo.

—Aratum —dijo lentamente, pensando en la mujer tendida en la cápsula— siempre tuvo debilidad por las mujeres altas y morenas.

—Un dato interesante, que merece la pena ser recordado.

—Todo esto... Aratum, ¿llegó a saberlo?

El doctor Argorades se removió en su asiento, incómodo.

—Es la ley planetaria. Yo no lo hubiera hecho así... La gente de MundoRan tienen pocas burocracia, pocos conceptos. Pocas leyes, pero aplicadas a rajatabla. Son...

—Minimalistas —dijo secamente Mongea.

—En todo.

—Y esa noticia mató a Aratum.

—Probablemente —aceptó Argorades.

—Bien, está hecho. —Mongea sacudió la cabeza—. Respecto a los cuerpos, quisiera que los enterraran aquí, en MundoRan. Aratum aborrecía Ic Trane II y no tiene sentido llevarle de vuelta. Por supuesto, yo correré con los gastos... En otro tiempo, fuimos como uña y carne. Es lo menos que puedo hacer.

* * *

Mongea se inclinó con precaución por el borde de la plataforma. Al oeste, el gran sol de MundoRan se enterraba bajo el horizonte, sin que la temperatura hubiera descendido un ápice.

—No. Ignoro dónde conoció Aratum a su mujer. —Trató de hacer memoria—. Siempre pensé que ella era de MundoRan y que por eso se habían instalado aquí. De todas formas, revisaré nuestra correspondencia. Si encuentro algo, se lo haré saber.

Se apartó de la plataforma.

—Aratum era bastante impulsivo y la noticia debió ser como un mazazo... Pero, pensando fríamente en el tema... Durante estos cinco años, fue muy feliz y no sufrió ningún daño. Entonces, ¿qué diferencia hay?

El doctor Argorades esbozó una mueca, con las manos en los bolsillos.

—Bien... si consideramos que las emociones tienen una base meramente química, no hay ninguna diferencia; de hecho, sería el estado perfecto: comensalismo, necesidades mutuamente cubiertas.

»Pero si hay más, un algo intangible... en ese caso, es un fraude, parasitismo total. Por supuesto, eso queda fuera de mi campo. —Repitió la mueca—. Los aspectos a considerar son tantos...

Se estrecharon la mano: una despedida casi universal entre los terrestres nacido en distintos planetas.

—Una cosa más —dijo repentinamente Argorades—. Un detalle. No sé si desea que los entierren juntos o separados.

Con un pie dentro de la nave, Mongea titubeó unos momentos.

—Realmente, no sé —suspiró al cabo—. ¿Podría dejarlo a su criterio?

El doctor Argorades le miró sorprendido, luego sonrió sin humor.

—Desde luego —dijo con voz neutra—. Yo me ocuparé.

EL CENTRO MUERTO

Tumbado en la penumbra azul del camarote, el cigarrillo entre los dedos. Culse Garatán dejaba pasar el tiempo, soñando con párpados entornados. El humo subía despacio en la oscuridad y, entre espirales blancas, danzaban los espejismos. Recuerdos de otros planetas, otras lunas; de mundos, de ciudades exóticas, de espaciopuertos bajo cielos extraños. La memoria de un puñado de astronaves con nombre propia aguardando cargas en pistas lejanas, describiendo órbitas interminables, despegando envueltas en nubes de fuego.

Dejó caer el brazo para rozar la cubierta, buscando ese trepidar sordo y constante que es el latido de las naves; el lento ronroneo de equipos y maquinarias en funcionamiento. Había una débil vibración haciendo temblar el metal, apenas nada.

Incorporándose con pereza, echó una ojeada a la falsa portilla y, poco a poca fue volviéndose hacia esa pantalla circular, irremediamente atraído por las imágenes del Centro Muerto. La visión del abismo estelar, de grandes soles ardiendo en el vacío, de astronaves muertas flotando inmóviles en la oscuridad. Absorto, se acercó a la portilla sin poder despegar los ojos del cementerio estelar, deslumbrado por el extraño espectáculo de los pecios atrapados en el pantano gravitatorio, suspendidos de la nada.

Soltó una lenta bocanada de humo, atento a la pantalla. A esa negrura que parecía contener toda la inmensidad, la ausencia, la desolación del espacio, provocando vértigo en el espectador. Los astros sin nombre que llameaban en la noche espacial. Los cientos, los miles de naves inertes que relucían entre tinieblas, como minúsculas lunas artificiales.

Y allí afuera, en alguna parte del Centro Muerto, uno entre esa constelación de vehículos perdidos, dormitaba desde hacía siglos el viejo casco de la *Milg Meráin*, la astronave del capitán Aroga.

Recordar a aquel curioso personaje —muerto hacía casi cuatrocientos años y, sin embargo, aún vivo— le hizo apartarse por fin de la pantalla. Sus dedos revolotearon sobre el sistema de comunicaciones, presintonizado en las frecuencias de la *Milg Meráin*, y, casi en el acto, el monitor cobró vida. El capitán Aroga estaba a la escucha las veinticuatro horas.

Un hombre alto, moreno y chupado se asomó a la pantalla. Desaliñado, envuelto en humo de tabaco, repantigado tras su escritorio de factura exótica. Un interlocutor locuaz y contradictorio, de ademanes desenvueltos, y ojos oscuros y ardientes. El capitán de la *Milg Meráin* o, mejor dicho, su fantasma.

En otros tiempos, Garatán había charlado ociosamente, y oído historias, sobre espectros y astronaves. A veces, incluso, había creído entrever siluetas a la luz mortecina de los corredores; atisbos de reojo que se esfumaban al volver la vista.

Pero nunca imaginó que llegaría a conversar con un fantasma electrónico; la emulación, vía cerebro de la nave, de un hombre ya muerto.

Garatán solía hacerse cábalas acerca de los últimos días del verdadero Entaunce Aroga. Se le imaginaba atascado en el pantano gravitatorio, en una nave averiada y llena de cadáveres, enfrentado a la certeza de la muerte. La desesperación, la voluntad, el sufrimiento de las cesiones neuronales y los volcados masivos de datos —marejadas de recuerdos, emociones y sentimientos— al cerebro de la nave; todo para esquivar a la muerte y el olvido; el destino común a cuantos naufragaban en el Centro Muerto.

—Buenas noches, sobrecargo. —Sonreía—. La llamada de primera hora, ¿no?

—Así es, capitán —suspiró—. Siempre es igual; día tras día...

—Noche tras noche —le reconvino amablemente el otro—. En el espacio no hay día; sólo noche. Antes teníamos más cuidado con el vocabulario profesional.

—En fin. —Garatán encendió otro cigarrillo—. Supongo que tampoco hoy tiene nada para nosotros.

—Nada, lo siento. —Meneó la cabeza—. No quisiera desanimarle, pero las arribadas al Centro Muerto son algo sumamente raro. Sólo un salto entre millones termina mal; termina aquí. Y, cuando ocurre, su nave llega tan malparada, o aún peor, que la suya.

—Claro. Pero hay que mantener una rutina, una esperanza.

—Por supuesto; lo peor que puede uno hacer es aflojar. Eso mata fácilmente aquí, en el Centro Muerto.

—Bueno, capitán; ahora tengo trabajo. Después, con un poco más de tiempo, volveré a llamar.

—Muy bien. —Aroga dio una honda calada a su eterno cigarrillo—. Quizás entonces podamos echar un par de partidas; algún juego de tablero quizás.

El sobrecargo cerró, despidiéndose con una cabezada. El capitán de la *Milg Meráin* debió ser un gran fumador, aparte de un jugador empedernido; uno de esos devotos de los lances que requieren suerte y habilidad a partes iguales.

Tras aplastar la colilla, salió para acceder a los túneles de servicio; ese sistema de pasadizos que serpenteaba toda la longitud de la nave, a gravedad cero, entrecruzándose bajo el casco como una red venosa artificial. Por ellos fue vagando sin rumbo, sin prisas, comprobando datos en los sensores e impulsándose con languidez a través de los claroscuros blancos y violetas de las lámparas.

Adelante el maquinista flotaba a media altura, embutido en su pesado equipo, con el visor ante los ojos, trabajando en alguna de las múltiples averías causadas por el salto al Centro Muerto. Lentamente, fue derivando a su encuentro.

—¿Cómo va la cosa?

—¿Cómo va a ir? Podemos quedarnos sin aire en cualquier momento. Los

circuitos auxiliares no son de fiar; están diseñados para emergencias, para tiempos cortos.

Garatán asintió en silencio y el maquinista no añadió más. Fue entonces cuando un golpetazo inesperado hizo retemblar las paredes del túnel; un pesado estruendo que se alejó rebotando por las curvaturas de metal.

—¡Coooño! ¿Pero qué ha sido eso? —El maquinista se revolvió, volteando en el aire.

El sobrecargo le pidió silencio con un dedo sobre los labios, antes de ascender para agarrarse al mamparo y pegar una oreja al metal. Así se quedaron largo rato —uno girando despacio en la atmósfera azulada del pasadizo, el otro adherido como un parásito a la pared arqueada—, esperando un sonido que no llegó a repetirse.

Tras larga espera, Garatán se apartó, flotando hacia el centro de la galería.

—Nada. Seguramente, un fragmento ha rozado el caso.

—Seguramente.

Garatán evaluó receloso los mamparos. Aquel último salto había causado daños estructurales a la nave y él pasaba horas y más horas recorriendo las galerías, temeroso de que, en cualquier momento, cediese alguna sección del casco. Luego, se volvió hacia el maquinista.

—Me voy al puente. Supongo que el viejo ya habrá llegado.

—Supongo. Yo voy a seguir con esto, a ver si sacamos algo en claro.

—Si se repite ese ruido, avísame.

—Descuida.

* * *

Vislumbró al capitán entre las sombras del puente, jugueteando con una taza humeante, ensimismado en las pantallas. Se detuvo, tratando de acomodarse a la falta de luz. El capitán siguió inmóvil, la ventilación susurraba quedamente y, por doquier, pulsaban imágenes de negrura, de infiernos incandescentes, de naves varadas en el vacío.

Luego, el capitán advirtió su presencia. Con gesto azarado, le señaló una de las pantallas murales y el sobrecargo comprendió que se había dejado atrapar por la visión de aquella astronave gigante que colgaba arriba y a babor de la *Sulce*.

Un pecio colosal, grande como una luna pequeña. Niveles y niveles superpuestos, rematados por cúpulas enormes. Plataformas, arbotantes, torres. Una red compleja de estructuras, entre las que saltaban puentes arqueados. Un mundo artificial de matices oro viejo y cobrizos, reluciendo en la noche del espacio como una legendaria ciudad volante.

Contemplar esa inmensa astronave muerta provocaba la inquietud, cierta desazón

ligada a las formas, los volúmenes, las dimensiones o a una incómoda sensación de antigüedad; una impresión acentuada por las imágenes que mostraban los telescopios: una erosión milenaria, debida a la lenta lluvia de fragmentos y meteoritos. Sí, concedió Garatán, recostándose en la penumbra para admirar esa alhaja que pendía de la oscuridad: resultaba hermosa, inhumana, aterradora.

Y sin embargo, tras el desastre, con múltiples averías y sistemas vitales fuera de servicio, aquel pecio les había supuesto una esperanza de repuestos, de provisiones y salvación. En aquel momento, buscar allí había parecido una buena idea.

—Treinta años de servicio, diez de capitán, y jamás había perdido un hombre —murmuró el capitán, como si sus pensamientos hubieran seguido rumbos paralelos—. Tampoco una nave, claro.

—No le des más vueltas, no tiene sentido.

Su interlocutor se arrellanó acunando la taza aún humeante, y contempló sombrío la pantalla. En aquel momento había parecido una buena idea que el navegante y el técnico trataran de abordar la astronave con la lancha, mientras el resto de la tripulación aguardaba en la oscuridad del puente —el capitán en su sillón, sorbiendo café; el sobrecargo y el maquinista dando paseos de acá para allá, empalmando un cigarrillo tras otro— atentos a los cautos revoloteos de la lancha alrededor del gigante.

Recordaba a la perfección las dudas, los tanteos, las demoras. El instante del descenso, cuando la lancha cruzaba lentamente, brillando como una luciérnaga, ante una inmensa ojiva de reflejos dorados, buscando alguna plataforma o boca de aterrizaje. Una corta espera, el aviso de que la nave auxiliar se había posado con éxito, un cruce de comentarios mientras acoplaban esclusas. Luego silencio, silencio, silencio.

—Ojalá hubiéramos establecido contacto con el capitán Aroga. Él hubiera podido avisarnos a tiempo.

—No funcionaba el equipo de comunicación —suspiró hastiado el sobrecargo—. Pero si no teníamos ni aire. Mira: no le des más vueltas.

—La maniobra fue correcta, desde luego,... —Calló, porque uno de los monitores se había activado para mostrar el rostro fatigado del maquinista.

—Debe ser para mí. —El sobrecargo se interpuso—. ¿Qué hay?

—Ese ruido, se ha... mira, aquí está otra vez.

Hubo un sonido largo y lento, un retumbar hueco que se repitió casi antes de apagarse los ecos del primero, como un repicar gigantesco. El maquinista permanecía suspendido en la claridad azulada del túnel, meciéndose suavemente en el aire mientras examinaba perplejo las paredes curvadas. El estruendo se reprodujo. Garatán se acariciaba desconcertado la barbilla. El capitán le hizo a un lado para encararse con la pantalla.

—Sal a escape de ahí. Ya.

—Enterado. Recojo el equipo y...

—Ni equipo ni nada. Fuera. —Volvió la cabeza entre las sombras azules—. Vamos a tomar una medida de los campos.

Asintiendo, el sobrecargo se dirigió a los sensores.

—¿Qué puede ser? —comentó intrigado, atento al monitor—. ¿Fisuras en el casco? ¿Algún fragmento exterior?

—No sonaba a nada de eso. Pero enseguida vamos a verlo.

En pantalla, sobre fondo negro, una imagen esquemática de la *Sulce* giraba despacio sobre sus ejes, envuelta en un halo amarillento, ancho y estable; la representación del campo de la nave. El capitán golpeó con el índice.

—Aquí, aquí... desde luego, hay algo.

La imagen se amplió en saltos sucesivos, ciñéndose al área de la perturbación. Con un respingo, el sobrecargo se echó atrás en su asiento, buscando un cigarrillo. El maquinista llegó y, tras una ojeada, se quedó quieto sin decir palabra.

Parecía haber una gran turbulencia multicolor asentada sobre el casco de la *Sulce*; una alteración que bullía y se agitaba, como enroscándose perezosamente sobre sí misma.

—Esto son medidas de campo, no imágenes de formas físicas. —Recordó por fin el capitán—. No vayamos a perder los nervios.

Nadie respondió y, en silencio, estuvieron observando la perturbación. Se desplazaba muy despacio sobre el casco, variando constantemente de forma y volumen, y parecía llena de nodos hirvientes que se anudaban y desenrollaban sin cesar. Garatán fumaba sentado en la penumbra; el capitán se inclinaba sobre el monitor, con el rostro iluminado por la pantalla. El maquinista se removía inquieto entre las penumbras del puente, haciendo resonar los amuletos metálicos de Vilgaum III, su planeta natal.

—Míralo —dijo por fin—. Eso es algo vivo, y es muy grande.

—No, Náuim, no —murmuró el capitán—. Estamos pensando todos en lo mismo; pero los monstruos del espacio no existen.

—No, claro —suspiró el otro—. Si no son más que fábulas... igual que el Centro Muerto. Su interlocutor se enjugó el sudor. Antes, era de los que negaban la existencia del Centro Muerto. Algunas naves se esfumaban en pleno salto, eso lo aceptaba; pero no admitía que terminaran reapareciendo en una zona muerta, un área repleta de viejas naves perdidas.

—De acuerdo —admitió—. Sabemos más de los efectos del salto que de sus causas; en esas condiciones, no hay nada raro en que alguno entre millones salga mal. Pero siempre pensé que, cuando eso sucedía, las naves quedaban totalmente destruidas, volatilizadas. La historia del Centro Muerto me parecía una leyenda más

de las que se cuentan las ratas de astronave; una versión más moderna de mitos terrestres, muy antiguos... pero lo cierto es que aquí estamos.

—Verdad. —Garatán señaló con la brasa de su cigarrillo la turbulencia en pantalla—. ¿Y esto?

—No voy a cometer el mismo error. —Volvió a secarse la frente—. Admito que puede ser cualquier cosa... hasta un ser vivo.

Hubo un nuevo silencio.

—Estamos listos —rezongó por fin Garatán—. De ésta sí que no salimos.

—No quiero oír esa clase de comentarios. —Cortó con voz suave el capitán—. Cada cual puede pensar lo que quiera, pero que se lo guarde para sí. —Se volvió al maquinista—. ¿Podemos conseguir información adicional?

—Imposible —negó—. Con el cerebro de la nave destruido, estos sistemas no son más que sensores: registran datos, pero no pueden procesarlos ni extraer conclusiones. —Encendió un cigarrillo, pensando—. ¿Por qué no consultamos con el capitán Aroga? Seguro que tiene algo que contarnos. Después de todo, lleva cuatrocientos años aquí y suele estar al tanto de todo.

* * *

—Sí, eso es —corroboró Aroga—. Un monstruo del espacio.

Suspirando, el capitán de la *Sulce* paseó la vista por las pantallas, saltando de la imagen de su anfitrión a la de aquella turbulencia que parecía hervir sobre el casco de su nave. Se deslizó los dedos entreabiertos por el cabello.

—¿Y por qué no nos ha advertido?

—¿Advertirles? —Sostuvo su mirada con ojos sombríos—. No. Ese monstruo no aparece siempre y ustedes ya tenían suficientes problemas. Hice lo que pensé que era mejor.

—Bueno. Lo cierto es que ya está aquí. ¿Qué puede suceder?

—Depende. —Se retrepó para soltar lentos anillos de humo—. Se quedará ahí fuera, tanteando el casco de su nave, buscando una forma de introducirse.

—¿Y lo conseguirá?

El capitán Aroga se ladeó, demorando el responder.

—Depende. —Titubeó de nuevo, al ver las expresiones de sus oyentes—. Dos de cada tres veces lo logra.

—¿Pero qué es eso realmente? —El capitán de la *Sulce* manoseaba su taza, intentando controlar el tono de voz—. Comprenda que necesitamos toda la información que pueda darnos, cualquier cosa.

—Claro. —Entrelazó los dedos—. Pero no puedo ofrecerles mucho. Hasta donde yo sé, nadie ha podido verlo; lo más que se ha conseguido es lo mismo que ustedes:

una medida de campos. Y tampoco está nada claro cómo consigue entrar en las naves. Yo, personalmente, supongo que se infiltra; el salto al Centro Muerto suele causar daños estructurales, ya les avisé de ello, y no es raro que aparezcan microgrietas en el casco... pero no hay nada seguro.

—¿Qué clase de ser puede ser? —Garatán ojeó aprensivo las pantallas.

—No sabría decirle. Las medidas señalan que, en parte, es orgánico. Pero sólo en parte. Carezco de datos suficientes para aventurar ninguna opinión.

En la media luz fría del puente, el capitán de la *Sulce* le observó sorprendido, antes de agitar la cabeza y decirse que, en los momentos más inesperados, el cerebro inhumano de la *Milg Meráin* acababa por asomar tras la fachada de Entaunce Aroga.

—Capitán, ¿existe alguna forma de detenerlo?

—Nadie lo ha conseguido, lo cual no quiere decir que sea imposible. Pero será mejor que estén listos para evacuar su astronave, para el caso de que logre acceder al interior. Es el único consejo que puedo darles.

* * *

A partir de entonces, Garatán tuvo sobradas ocasiones de escuchar cómo el monstruo probaba la resistencia del casco exterior. Mientras deambulaba por las galerías de servicio, más de una vez se vio sorprendido por un golpetazo atronador sobre su cabeza, un eco sostenido que retemblaba a lo largo de los túneles, reverberando entre curvas. Y siempre sonaba cerca, como si algún sentido alienígena avisase al ser de su presencia, azuzándole contra el metal que los separaba.

En tales instantes, mientras los mamparos arqueados retumbaban alrededor suyo, se remontaba en la penumbra azulada, buscando los monitores. Y, pegado a las curvaturas del túnel, como un insecto gigante, espiaba cada detalle de ese campo deforme que se adosaba a la astronave; aquel volumen cambiante, recorrido por espasmos multicolores, que crecía y menguaba sin cesar, enroscándose continuamente sobre sí mismo.

Y así se quedaba durante largo rato, olvidando el posible peligro, atado al monitor por un sentimiento que era mezcla de curiosidad y pavor. Una atracción malsana que el capitán Aroga parecía compartir.

—Sí —aceptaba éste, huraño—. Fue ese ser lo que acabó conmigo. O, al menos, ésa es la conclusión lógica; aunque no tengo datos al respecto en el cerebro de la *Milg Meráin*. Pero, dado que rondaba desde hacía tiempo por el exterior de mi nave, no resulta difícil suponer que, al final, logró entrar.

—Pero no tiene idea de lo que pudo suceder, claro.

—No. Aroga había tomado sus medidas, pero debieron servirle de bien poco. Cuando, una noche, no se conectó al cerebro de la nave, éste, siguiendo sus

instrucciones, asumió que estaba muerto y puso en marcha mi programa. Es cuanto sé. —Hizo una pausa, entrecerrando pensativamente los párpados—. Me gustaría echarle un vistazo, descubrir cuál es su aspecto. Nadie ha logrado imágenes suyas, ha escapado a toda clase de trampas y entrado en espacios teóricamente inaccesibles... debe ser condenadamente listo.

—¿Inteligente?

—La inteligencia es un concepto de lo más artificioso. —Remarcó su desdén con un gesto—. No. Estamos hablando de un ser con habilidad, astucia, capacidad de aprender. Hablamos de supervivencia... y ésas fueron las cualidades que, acerca del monstruo, anotó en el cerebro de la *Milg Meráin*.

—¿Anotó quién?

—Yo. ¿Quién va a ser? En sus últimos días, el capitán Aroga parecía fascinado por el monstruo y reunió cuantos datos le fueron posibles respecto al mismo.

—A veces, capitán, me cuesta seguirle —rezongó exasperado Garatán.

—¿?

—Cuando habla usted de sí mismo, tiende a confundir la primera y la tercera persona. Es de lo más chocante.

—Pero lógico. —Hizo bascular su sillón—. Mis recuerdos, actitudes, mi forma de ser, no son sino un reflejo, un simulacro, de las de Entaunce Aroga; él lo diseñó así. Pero no son exactamente iguales, no pueden serlo. Yo soy él, pero los dos no somos lo mismo.

—Uff. —Lanzó un vistazo a los monitores, antes de volverse a su interlocutor para escrutarle unos segundos, antes de aventurar con cautela—. La verdad, me pregunto por qué lo hizo.

El capitán le examinó a su vez, la cabeza ladeada.

—Para escapar a la muerte.

—Y lo consiguió.

—No, tan sólo he logrado un aplazamiento. No es que Aroga tuviese demasiado apego a la vida. La extinción física es un hecho que más nos vale aceptar, porque acaba llegando, tarde o temprano. No. Lo que me quitaba el sueño era que, con la muerte, llegaría la pérdida total, la aniquilación de cuanto que vivido, querido, sentido... de todo cuanto soy. Nunca he podido soportar la idea de desaparecer, esfumarme sin dejar rastro.

—Por lo que dice, en su mundo natal no creían en una vida tras la muerte.

—En mi mundo natal había seis o siete credos distintos. Era yo el que nunca ha creído mucho en todo eso.

—Le comprendo —suspiró—. Yo también suelo darle vueltas a todo eso. Y más aún —sonrió con desgana— después de nuestra arribada al Centro Muerto.

Encendió un cigarrillo, lanzando grandes bocanadas antes de proseguir.

—Aquí es fácil pensar en ciertos temas, plantearse algunas preguntas. Sé muy bien que no hay escapatoria. Al principio, puede que tuviera alguna esperanza, pero hace ya tiempo que he comprendido que estamos condenados. Ni más ni menos que todos los que han llegado antes que nosotros a este agujero... y, ahora, supongo que se nos está acabando el plazo.

Calló. Ambos fumaban con lentas caladas, contemplándose el uno al otro entre humaredas. El capitán Aroga —o puede que el cerebro de la *Milg Meráin*— titubeaba. Una actitud que ya le era familiar al sobrecargo de la *Sulce*: un largo mutismo acompañado de inmovilidad, quizás mientras los programas rectores de aquel espectro electrónico tomaban una decisión.

—Sí —acabó por reconocer a regañadientes—. Opino lo mismo que usted. Yo tampoco creo que les quede mucho tiempo.

* * *

De nuevo se había parado ante una falsa portilla, fumando en la semioscuridad azulada, cautivado por las imágenes del Centro Muerto. Ensimismado en las naves muertas que brillaban en la negrura y en los orbes que ardían en el vacío como infiernos rojos, anaranjados, azules. Entonces, de repente, las alarmas comenzaron a aullar, dándole un vuelco al corazón.

Corrió a las pantallas, aturdido por el rugir de los avisadores. El capitán estaba en imagen.

—El monstruo ha logrado entrar —anunció con voz rápida y tranquila—. Reúnete conmigo en mi cámara.

—Estoy en el Control Auxiliar...

—Sí —se inclinó sobre algún sensor fuera de imagen—. El Corredor Principal es seguro por ahora, pero no hay tiempo que perder.

Garatán abandonó el camarote con un paso vivo que, en seguida, se convirtió en una carrera de cubierta en cubierta, atravesando a toda velocidad la nave sin poder sustraerse a la idea de que adelante, a la vuelta de cualquier esquina, algo enorme y horrible podía estar esperando para abalanzarse sobre él.

Cruzó un sinfín de pasillos solitarios, a través de escaleras, cubiertas, accesos; huyendo de lo que sabía detrás y angustiado por lo que temía delante. Luego de una eternidad, alcanzó jadeante la cámara del capitán.

Le encontró sentado, cara a la puerta, con los pies sobre el escritorio. Entrelazaba las manos sobre el pecho y fuegos desafiantes le asomaban a los ojos, y el sobrecargo comprendió que había estado bebiendo. Con un ademán descuidado, como si fueran a despachar algún asunto de rutina, le invitó a pasar.

—Vamos, adentro. —Con otro gesto, le señaló una gran pantalla.

Garatán, aún sin aliento, se volvió hacia la imagen para estudiar los complejos diagramas de colores. Aquéllos —los reconoció en el acto— eran los planos de la astronave y había una mota brillante, un punto rojo, que centelleaba al desplazarse a lo largo de los esquemas.

—Ahí está: el Kraken.

—¿El qué?

—El monstruo, hombre. —Le contempló tras párpados entornados—. Es una leyenda terrestre; una bestia marina, un ser gigantesco y lleno de tentáculos que atacaba a las naves. Se le conocía como el Kraken... fíjate en esos campos que genera, igual que tentáculos que se retuercen, eso es lo que me lo ha recordado.

El sobrecargo volvió a examinar los planos.

—Viene hacia aquí. —Observó cómo el capitán le daba la razón con un movimiento de cabeza—. ¿Y Náuim? ¿Dónde está?

—No lo sé. No ha establecido contacto y eso que las alarmas están sonando por toda la nave. —Se pasó los dedos por el cabello—. Me temo que le ha cogido.

—Y nos va a coger a nosotros también. —Garatán observó, sudoroso, la pantalla—. Estará aquí en seguida. Tenemos que salir a escape.

—Éste es el sitio más seguro. La *Sulce* es una astronave vieja y tiene toda una historia a cuestas. No siempre estuvo destinada a la línea entre Vilgaum III y Gui Cuane. Hubo un tiempo en que saltaba de aquí para allá en busca de fletes. Eran viajes más azarosos, había sus riesgos y toda la estructura está acorazada como seguridad adicional. —Con dos dedos, abarcó los mamparos circundantes. Sonrió—. No pongas esa cara, hombre; es uno de los pequeños secretos de los capitanes. No consta en ningún plano ni documento.

Pero el sobrecargo valoraba de vista los mamparos, lanzando ojeadas ocasionales al monitor.

—Viene hacia aquí, no hay duda.

El capitán asintió displicente, sin cambiar de postura y con los ojos en el corredor. Irritado, Garatán plantó un pie sobre un resalte y se encendió con lentitud un cigarrillo, dispuesto a no amilanarse ante la desidia del capitán.

El tiempo fue pasando muy despacio. El corredor parecía alargarse ante sus ojos, vacío y silente, totalmente quieto bajo el resplandor azulado de las lámparas. El capitán se retrepaba en su sillón, el sobrecargo dejaba escapar lentas bocanadas de humo blanco.

Luego, comenzaron a escuchar el estruendo de algo muy grande que se desplazaba por los pasillos, chocando con los mamparos, arrasándolo todo a su paso, haciendo añicos los metales y el cristal. Garatán echó una nueva mirada al punto rojo.

—Se nos echa encima.

El corredor se oscureció de repente. El capitán alzó una mano y chasqueó los

dedos, y la compuerta se cerró como por ensalmo, encajando con un sonido hueco y retumbante.

Pasaron seis o siete segundos. Algo muy pesado embistió contra el mamparo frontal, haciendo retemblar toda la estructura de la cámara. Luego, silencio. El sobrecargo y el capitán cruzaron miradas.

—¿Has visto? —musitó aquél—. Las luces se han apagado de repente.

—Es uno de los fenómenos ligados al Kraken, al monstruo. Aroga ya me lo había advertido, pero yo contaba con echarle un vistazo, aunque fuera de pasada.

El mamparo atronó bajo una nueva embestida. La cubierta pareció vibrar bajo sus pies y, en esa ocasión, el metal se combó un poco. Una abolladura, grande como una cabeza humana, apareció cerca de la compuerta. El capitán se incorporó maldiciendo.

—Es fuerte, fuerte de verdad. Ahora sí que estamos listos.

Resonaban más golpes, surgían nuevas abolladuras. En seguida, el martilleo fue haciéndose casi continuo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Garatán por encima del estruendo.

—No. —El capitán, sacudiendo lentamente la cabeza, con un nuevo gesto, hizo aparecer una salida de emergencia—. Por ahí se va a las cápsulas, ya conoces el camino. Vete tú, yo me quedo.

—Vamos, hombre. —El otro le asió por el codo—. No nos queda casi tiempo.

—No, no. —El capitán se zafó—. Yo no me meto en una cápsula. No pienso encerrarme en una de esas ratoneras, con aire para una semana. Acabas asfixiándote, casi sin espacio para moverte, chapoteando en tu propio sudor. Ni hablar. Hace mucho tiempo que tomé la decisión: de todas las muertes, ésa es una de las peores. Siempre he tenido pesadillas con eso. Me quedo. —Rebuscando en su escritorio, extrajo un arma de longitud corta y grueso calibre. Sonrió turbiamente—. Otro recuerdo de los viejos tiempos. Prefiero aguantar aquí. —Comenzó a cargar, con cierta torpeza, la pesada munición.

El sobrecargo valoró la resistencia del mamparo. La cámara temblaba, resonando como una campana bajo el ataque del monstruo, y el metal se abollaba y deformaba más y más, a cada nuevo embate.

—Yo voy a intentarlo.

—Suerte.

Se abalanzó hacia el túnel y corrió la veintena de metros que le separaban de la cápsula salvavidas. Se detuvo, junto a ésta, un instante, el necesario para volverse y comprobar que el capitán no había cambiado de idea. Nada. El túnel estaba vacío, no había movimientos entre las luces rojas de emergencia y, más allá, los mamparos retumbaban como si algún dios loco batiera con furia un gong gigante.

Entró y se ajustó con dedos torpes el arnés. La catapulta expulsó la cápsula.

Los diminutos propulsores de la cápsula entraron en acción y detuvieron el

movimiento. Perplejo, Garatán comenzó a sintonizar monitores, buscando algo que justificase aquella decisión del cerebro de abordó. Resopló. Los sensores mostraban a la cápsula salvavidas flotando ya casi inmóvil, a medio camino entre la *Sulce* y una masa enorme, grande como una pequeña luna. Sudoroso, reconoció al inmenso pecio de babor. La catapulta le había lanzado contra aquella astronave, obligando al cerebro a anular todo impulso, para impedir la colisión.

Comprobó lo ya intuido: que los motores carecían de potencia para una segunda maniobra. Repasó los datos de los sensores y, con creciente temblor, buscó el brazalete médico, intentando en vano no pensar en que la cápsula se había detenido demasiado cerca de la *Sulce*, al alcance del monstruo.

El brazalete le disparó una batería de calmantes en sangre. Garatán se recostó en el asiento y entornó los párpados para escuchar cómo el corazón golpeteaba desbocado, sintiendo al sudor frío serpentear piel abajo, en regueros.

Abrió luego los ojos y examinó el cubículo, los instrumentos, el par de asientos vacíos con sus arneses meciéndose mansamente en gravedad cero. Acarició las paredes acolchadas. Recordó pensativo el momento de arribar al Centro Muerto, cuando, en pleno salto, supo que algo iba mal.

Porque lo normal es que el salto sea indetectable, demasiado fugaz para los sentidos; una transición que sólo deja en el viajero el regusto de un espejismo de caída. Pero aquella vez, demasiado asombrado para sentir pánico, el sobrecargo se había encontrado precipitándose en un vacío infinito. Más tarde, al estudiar los registros de la *Sulce*, descubriría que todo había durado apenas dos segundos. Pero incluso dos segundos se convierten en eternos cuando se está en caída libre, con avalanchas de recuerdos e ideas agolpándose en la oscuridad.

Con esa lucidez torcida de las drogas, volvió al instante en que salieron del salto. Los fogonazos rojos de las alarmas, las sirenas aullando, las grandes pantallas ciegas y llenas de estática. La nave entera se estremecía, trepidando como si fuera a deshacerse en pedazos, los objetos cliqueteaban en sus asideros, la cubierta temblaba bajo sus pies...

Con movimientos que se le antojaron eternos, manipuló la comunicación, buscando los canales de la *Milg Meráin*. El capitán Aroga apareció en la emulación de su cámara, sentado tras su escritorio tallado, envuelto en humo de tabaco, observándole con ojos como taladros.

—Buenas noches, sobrecargo.

—El monstruo ha entrado en nuestra nave —le informó, articulando con cierto esfuerzo—. El maquinista ha desaparecido y yo he podido escapar en una de las cápsulas salvavidas... es cuanto nos quedaba: perdimos la lancha.

—¿Y el capitán?

—Se quedó e hizo frente al Kraken.

—¿El Kraken? —se detuvo un momento y Garatán comprendió que estaba recurriendo a los bancos de datos de la *Milg Meráin*. Sonrió pensativamente—. Ah, el Kraken; sí, es un buen nombre... ¿cuál es su situación, sobrecargo?

—Me encuentro parado entre mi nave y ese pecio gigante que teníamos a babor, ya sabe; y me resulta imposible moverme. Me temo que estoy al alcance del Kraken.

El capitán Aroga volvió a inmovilizarse, una pausa muy larga esta vez.

—Sí, el monstruo puede alcanzarle en cualquier momento.

—¿Me queda mucho tiempo?

Otro intervalo.

—No, apenas nada.

—Entonces —balbució, encendiendo un cigarrillo—, qué más da el aire.

Como de mutuo acuerdo, se quedaron en silencio, reanudando ese viejo ritual de contemplarse sin cruzar palabras, como si cada uno buscara una clave secreta en la postura del otro. La cápsula comenzó a inundarse de humo, los filtros zumbaban, una pequeña alarma comenzó a destellar.

Hubo un roce en el exterior, un sonido hueco acompañado por un bamboleo de la cápsula.

—Ya está aquí —el cigarrillo resbaló entre sus dedos y flotó a la deriva. Lo recuperó con esfuerzo.

—Lo he oído.

Hubo un nuevo ruido, algo más fuerte, como si aquel ser tantease la resistencia de la cápsula salvavidas.

—Voy a morir —asumió angustiado, carcomido por un temor que ningún tranquilizante podía anular—. Pero yo también tengo miedo de esfumarme, de no ser nada nunca más.

Asintiendo, el capitán Aroga alzó una mano y, a ese gesto, por primera vez, la imagen emitida por la *Milg Meráin* cambió. La cámara dejó paso a una gran sala abarrotada de toda clase de gente y el asombrado Garatán pudo ver que, en primera fila de aquella multitud, se hallaban el capitán y el maquinista de la *Sulce*. También su interlocutor estaba allí, ahora de pie.

—No tiene por qué preocuparse —le dijo con suavidad, al tiempo que le mostraba la estancia con una mano—. Como puede ver, aquí estamos casi todos.

Garatán contemplaba boquiabierto la escena y fue comprendiendo poco a poco que el cerebro de la *Milg Meráin* capturaba datos de todos los que se comunicaban con ella, creando emulaciones de sus interlocutores. Sonaban más golpes en el exterior y la cápsula se balanceaba mientras el monstruo la iba rodeando con su abrazo.

Aturdido, volvió por última vez los ojos al monitor. La cápsula salvavidas crujía bajo una presión creciente, humo y cenizas revoloteaban en el interior, el capitán

observaba desde el otro lado de la pantalla, esperando. Y luego, al final, cuando las curvaturas de metal comenzaron a ceder rechinando, éste se adelantó con la mano tendida, haciéndole señal de acercarse: el gesto del anfitrión, que invitaba su huésped a no demorarse más en el umbral.



LEÓN ARSENAL (Madrid, 1960). Casi como para cumplir con el viejo tópico, León Arsenal es piloto de la marina mercante española y, como tal, navegó durante años en toda clase de buques. Aunque su obra, al menos hasta el momento, no recoge prácticamente nada de lo visto durante esos años, sí que encontramos en ella, una y otra vez, el gusto por lo exótico y lo lejano, por los viajes, la aventura y lo fronterizo. Una fascinación que está muy presente en su narrativa fantástica, pues, desde que comenzara a escribir, a comienzos de los noventa, su producción ha estado muy vinculada al género fantástico. Ha cultivado también la aventura y la novela histórica y éste es su tercer libro en el mercado.